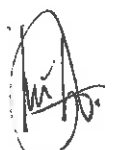


BAKUNIN OBRAS COMPLETAS

Volumen 5

Prólogo de Max Nettlau
Prefacio de Sam Dolgoff
Traducción: Diego A. de Santillan
y A. Schapiro
Traducción del prefacio y de los
Apéndices A y B: Juan Gómez Casas


Febrero
1987

LAS EDICIONES DE
La Piqueta

1ª edición: Ed. *Tierra y Libertad*. Barcelona, 1939
Cubierta: *Roberto Turégano*

I N D I C E

Prefacio, Sam Dolgoff	VII
Nota a la presente edición	1
Prólogo, Max Nettlau	5
ESTATISMO Y ANARQUIA (1873)	53
Apéndice A	283
Apéndice B	311
Adónde ir y qué hacer	315
Postscriptum al prólogo, Max Nettlau	317
Índice de nombres	321

Las Ediciones de La Piqueta
San Bernardo, 34 . Madrid.
Depósito Legal: M- 12705-1986 (tomo V)
I.S.B.N.: 84-7443-040-2 (obra completa)
Imprime *García Rico*
María del Carmen, 30 - 28011 Madrid

PREFACIO

Los anarquistas rusos —una síntesis de comunismo y sindicalismo— obtuvieron su orientación de las ideas de Bakunin. Se consideraba a las comunas rurales apropiadas para hacer frente a los problemas de transformar la economía campesina en un país donde los oprimidos e inquietos campesinos constituían, en tiempos de Bakunin, la gran masa de la población. Las comunas urbanas (a veces llamadas “ciudades libres”) y los sindicatos industriales se consideraban mejor preparados para hacer frente a los problemas originados por la industrialización de Rusia en los últimos años del siglo XIX, problemas que posteriormente se complicarían por la emergencia de una nueva clase de proletarios desarraigados. La coordinación de la economía se lograría por medio de una red interdependiente de federaciones locales, regionales y nacionales de comunas y sindicatos.

Aunque ninguna organización específica bakuninista se estableció en Rusia durante su vida, Bakunin influyó decisivamente el movimiento ruso radical. La obra de Bakunin Estatismo y Anarquía tuvo un efecto enorme en la juventud rusa. Stepniak nos dice cómo “Bakunin inspiraba a los jóvenes revolucionarios, para quienes los escritos de Bakunin simbolizaban la revolución...”. El conde Pahlen, Ministro de Justicia del zar denunció que los escritos de Bakunin y Lavrov incitaban a la juventud rusa a “...cometer crímenes contra el Estado...”. Kropotkin recuerda en sus memorias que en el Círculo Chaikovsky al que pertenecía “...nuestros jóvenes escuchaban la impresionante voz de Bakunin y la agitación de la Internacional tuvo sobre nosotros un efecto devastador...”

“...A partir de Bakunin los populistas rusos buscaban y obtuvieron, no tanto una organización como una concepción

del mundo, que tuvo un efecto profundo y duradero en todo el movimiento revolucionario..." (Franco Venturi: Raíces de la Revolución).

Estatismo y Anarquía, de Bakunin, así como su panfleto Algunas palabras a mis jóvenes hermanos en Rusia (anticipándose a la obra de Kropotkin: Llamamiento a los jóvenes), incitaban a los intelectuales y estudiantes de la clase elevada y media a vivir con el pueblo y a luchar con ellos para su liberación:

"...Por eso, mis jóvenes amigos, abandonad este mundo que muere, estas universidades, academias, donde estáis aislados y permanentemente aislados del pueblo... ID AL PUEBLO..."

"ID AL PUEBLO" se convirtió en la famosa consigna del movimiento narodnik (populista). Hay realmente una sorprendente semejanza entre las ideas de Bakunin y las tendencias libertarias que emergieron del movimiento populista: la esencia del populismo (como indica el nombre) es una fe permanente en la capacidad creativa y revolucionaria del pueblo. En oposición a Marx los populistas insistieron en que la Voluntad del Hombre y no el modo de producción es la condición primera del cambio social. Por otra parte, el capitalismo no era la condición previa indispensable para la transición al socialismo y el Estado no era la consecuencia, sino la causa esencial de la desigualdad y la opresión. Ellos argumentaban que la alternativa al capitalismo y la centralización gubernamental del poder ya existía en la comuna campesina rusa —el MIR—, una federación de comunas auto-gobernadas en la línea enunciada por el anarquista francés Proudhon.

* * *

En cuanto al campesinado, Bakunin no compartía la ciega fe de los populistas en la comunidad campesina, el MIR. Para realizar su verdadero potencial, el MIR tendría que ser revolucionado desde dentro, purgado de paternalismos, de la absorción del individuo por el jefe de la misma, por el MIR, y por el culto al Zar":

"...el patriarca de la familia es simultáneamente un déspota y un esclavo: un déspota doméstico que ejerce su tiranía sobre cuantos se hallan bajo su techo y al mismo tiempo es fiel servidor del MIR y el esclavo del zar... La familia rusa es un blanco cementerio... El MIR, ya debilitado por el paternalismo, se halla corrompido sin remedio y aplastado por el Estado... los dirigentes del MIR son los instrumentos de la opresión y los servidores venales de los terratenientes ricos..." (V. Apéndice A en este volumen).

* * *

En relación con el establecimiento de cooperativas bajo el capitalismo, la fundación de colonias rurales como la Nueva Icaria de Cabet en América, "...que organizan su propia vida sobre la base de la libertad...", que pueden servir como ejemplo, y otros esquemas para reformar el capitalismo o minar el Estado —medidas que hoy se recomiendan por los liberales modernos, los pacifistas y los reformadores socialistas— Bakunin argumentaba que: "...las experiencias llevadas a cabo en diferentes países han puesto de relieve que la emancipación por esos medios es imposible..." (Apéndice A). Experimentos similares en una escala infinitamente más amplia, han confirmado los puntos de vista de Bakunin.

* * *

El tema fundamental de Estatismo y Anarquía, como se especifica en el subtítulo es La lucha entre los dos partidos diferentes (o tendencias) en la Asociación Internacional de Trabajadores.

Bakunin insistió repetidamente en que las diferencias personales entre él y Marx no fueron la principal razón para la escisión de la Internacional en dos facciones opuestas. Insistió en que el conflicto implicaba fundamentalmente diferentes concepciones tanto sobre la teoría como sobre la táctica del socialismo; los "marxistas" autoritarios contra las tendencias libertarias "bakuninistas". Las dos principales líneas de pensamiento que ayudaron a configurar el carácter del moderno movimiento obrero y socialista. Subrayaremos los pun-

tos más importantes señalados por Bakunin en su crítica del marxismo (V. en este volumen).

El Estado y el determinismo Economicista.

Lo mismo que contra Marx, Bakunin afirmó que en un Estado socialista, las estructuras políticas y la burocracia ejercen las funciones de las clases depuestas y disfrutan de sus mismos privilegios. El Estado no es sólo el producto del "modo económico de producción", sino el creador y perpetuador de la desigualdad económica, política y social. La crítica de Bakunin es mantenida también por diversos pensadores modernos. En este sentido, Rudolf Hilferding, un conocido economista marxista que revisó sus puntos de vista sobre el carácter del Estado, escribió:

"...está en la esencia del totalitarismo estatal el subordinar la economía a sus propios fines... Los sectarios marxistas no pueden comprender la idea de que el actual poder del Estado, habiendo logrado la independencia, está desarrollando sus enormes fuerzas de acuerdo con sus propias leyes, sometiendo a otras fuerzas sociales y obligándolas a servir a sus fines..."

El filósofo y estudioso marxista, Sidney Hook, declara rotundamente que:

"...la existencia de la Unión Soviética refuta la teoría marxista del materialismo histórico y del determinismo económico, dado que los cambios económicos básicos se llevaron a cabo por medio de la acción política (decisiones del Estado)..."

En la actualidad, es demasiado evidente que la nacionalización de la propiedad y de los medios de producción tanto en las dictaduras "socialistas" como en los Estados capitalistas del "bienestar", no alteran la desigualdad básica entre los que manejan el poder y los que sufren sus consecuencias.

Los marxistas creyeron ingenuamente que el "Estado obrero" languidecería y se transformaría en una sociedad libre y sin Estado. Pero las revoluciones del siglo XX y el establecimiento de los Estados totalitarios y los democráticos de la sociedad del "bienestar" han demostrado —de acuerdo con las previsiones de Bakunin— cómo las estructuras del Estado centralizado crean una nueva burocracia y lo que Bakunin llamaba una nueva "clase científico-política", la moderna comisariocracia.

Para respaldar su aserto de que el Estado es algo más que "el comité ejecutivo de la clase capitalista" (Marx y Engels en el Manifiesto Comunista) y constituye en sí mismo una clase, Bakunin cita los ejemplos de Serbia para demostrar cómo el Estado puede llegar a ser una dictadura que se autoperpetúa, dominando al pueblo y a la economía; cómo un ejército inmenso de funcionarios gubernamentales pueden crear, en ciertas condiciones, su propio Estado y "...explotar al pueblo... al objeto de proveer a los burócratas de todas las comodidades de la vida..." (V. en este volumen).

En este sentido, René Dumont, renombrado economista y sociólogo francés informa, después de ciertas visitas a algunos de los nuevos Estados, que la industria principal de estos nuevos países es la administración estatal. En quince colonias anteriormente francesas, la producción económica declinó, pero el número de políticos aumentó: "tan pronto como un campesino aprende a leer y a escribir se va a la ciudad y se convierte en funcionario..."

Condiciones previas para la Revolución Social.

En oposición a Marx, Bakunin creía que las revoluciones se desencadenarían con más facilidad en los países "atrasados" que en las naciones industriales relativamente avanzadas, con grandes sindicatos reformistas, una importante clase media y gran número de granjeros prósperos.

La mayoría de la gente interesada en el carácter del moderno movimiento obrero de las democracias industrializadas de Europa y América, estarán de acuerdo con Bakunin en que una de las principales razones de la degeneración del movimiento obrero son...

"...los trabajadores relativamente acomodados que ganan salarios elevados... los cuales están de tal modo impregnados de una variedad de prejuicios burgueses que —exceptuando los ingresos— no se diferencian en nada de la burguesía..."
(V. en este volumen)

En este sentido, la historia ha probado que Bakunin tenía razón frente a Marx. Porque las revoluciones más importantes de este siglo han sido las efectuadas en la Rusia pre-industrial y en China. Y el fermento revolucionario ha sido más poderoso en las zonas subdesarrolladas del "Tercer Mundo".

Bakunin y Marx discreparon asimismo fundamentalmente en las condiciones previas de la Revolución Social. En contra de Marx, Bakunin creía que la revolución sería encendida por la gente que "tiene el demonio en el cuerpo"; desencadenando a aquéllos a quienes Marx llamaba arrogantemente el "lumpen-proletariado" (inútiles desarraigados). Sin embargo, el lumpen-proletariado de Bakunin incluía a todas las clases sumergidas: trabajadores pobres y no especializados, pequeños propietarios campesinos, minorías raciales oprimidas, jóvenes e intelectuales alienados de la clase media, y "bandidos" (por cuyo nombre Bakunin designaba a los rebeldes "sin ley" dedicados a la causa del pueblo; gente como Putgatchev, Stenka Razin, y los carbonarios italianos):

"...Marx habla desdeñosamente de este lumpen-proletariado, pero en él, y solamente en él, y no en el estrato aburguesado de la clase trabajadora, se halla cristalizado todo el poder y la inteligencia de la revolución social..." (V. en este volumen)

Como ya se hizo notar en el prefacio del volumen I, Bakunin subrayaba la importancia de los factores psicológicos en la revolución, insistiendo en que la revolución era imposible para la gente que había "perdido el hábito de la libertad". Oponiéndose al fatalismo marxista del "determinismo económico", Bakunin dejaba más posibilidades para la voluntad del hombre, para sus aspiraciones de libertad e igualdad, su "instinto de revuelta", que constituye la "conciencia

cia revolucionaria" de los pueblos oprimidos. Bakunin resume esta actitud:

"...la pobreza y la degradación no son suficientes para generar la revolución social. Pueden provocar rebeliones locales, esporádicas, pero no grandes insurrecciones masivas... Es indispensable que el pueblo esté inspirado por un ideal universal... que tenga una idea general de sus derechos, una profunda, apasionada creencia en la validez de esos derechos... cuando esta idea y esta creencia popular se unan a la clase de miseria que lleva a la desesperación, entonces, la revolución social estará cerca, será inevitable y ninguna fuerza humana podrá detenerla..."
(V. en este volumen)

Una formulación y un resumen más adecuados de los puntos de vista de Bakunin se encontrarán en el Programa de la Sección Eslava de Zurich, de la Internacional (Apéndice B de este volumen).

* * *

En los días de la Internacional muchos socialistas de los dos campos, incluido Bakunin, creyeron que el colapso del capitalismo y el advenimiento de la revolución social eran inminentes. Aunque esto fue una ilusión, el debate que provocaron sobre los principios fundamentales sigue siendo válido, y bajo ciertas formas aún continúa en nuestros días. Para otros muchos en ese mismo tiempo —como ha señalado el científico político francés Michel Collinet— las cuestiones discutidas por los marxistas autoritarios y los bakuninistas libertarios parecían meras especulaciones abstractas en cuanto a lo que podía ocurrir en un distante futuro; pero los problemas que entonces parecían tan alejados, añade Collinet,

"...son hoy cruciales; y van a ser decisivamente planteados sólo en los regímenes totalitarios, que guardan una relación con Marx, sino también en las naciones capitalistas que están siendo dominadas por el poder creciente del Estado..."

Sam Dolgoff
Diciembre 1980

Nota a la presente edición de Estatismo y Anarquía.

La edición que hoy ofrecemos a los lectores incluye los apéndices A y B redactados por Bakunin y publicados en la primera edición en lengua rusa, impresa en Zurich en 1873 por amigos del autor y divulgada casi por completo en la Rusia zarista. No se sabe por qué razón, los apéndices fueron suprimidos en las ediciones posteriores de 1906 y de 1919, publicadas ambas en San Petersburgo.

La primera versión española de Estatismo y Anarquía se dio a conocer en 1929, tomando como base la edición rusa de 1919, por lo que también apareció sin los apéndices. Otra edición española aparecería en 1939, patrocinada por la editorial Tierra y Libertad, de Barcelona, a punto ya de finalizar la guerra civil.

Por consiguiente y con la presente edición, es la primera vez que aparecen en lengua española los dos históricos apéndices, de los cuales el A es famoso por tratar específicamente la problemática rusa y por exponer las ideas de Bakunin sobre la forma de llevar la lucha contra el imperio ruso zarista. Tales ideas se propagaron ampliamente entre la juventud "narodniki", es decir, la juventud que va al encuentro del pueblo. Nos complacemos en ofrecer hoy estos apéndices, por lo que Estatismo y Anarquía, único libro que Bakunin publicó antes de su muerte, ocurrida en 1876, aparece completo en esta edición.

Las notas de los Apéndices A y B y de *Adónde ir y qué hacer* han sido traducidos del Volumen 4 de las *Obras Completas* de Bakunin, publicadas por el International Instituut voor Sociale Geschiedenis, Amsterdam, edición de Arthur Lehning.

PROLOGO
DE
MAX NETTLAU

PRÓLOGO

I

Este volumen de las *Obras* presenta el libro ruso más extenso de Bakunin, libro del que, desde 1873 a 1919, únicamente existía una edición, ya muy rara, en su idioma original. Sólo algunos extractos traducidos al francés fueron publicados, entre el 10 de febrero y el 21 de octubre de 1878, en *L'Avantgarde*, pequeño periódico colectivista y anarquista editado en La Chaux-de-Fonds, Jura suizo, por la Internacional francesa y jurasiana, con el apoyo de Pablo Brousse y, frecuentemente, de Pedro Kropotkin. Entra bien aquí este volumen, después de los trabajos de Bakunin del año 1870-71 —de la guerra francoalemana a la Comuna de París— escritos de actualidad y de investigación teórica, porque se mueve más o menos sobre el mismo terreno, a la vez práctico y teórico, tratando de abrir surcos más profundos aún, por consiguiente tomando proporciones más vastas y dejándolo —inútil es decirlo— en fragmentos como los demás escritos (la primera parte de una introducción solamente), pero que completa de un modo muy interesante los cuatro anteriores volúmenes. Contiene, en efecto, una buena parte de lo abordado en las disertaciones no publicadas de 1870-71 —de las que da una lista aproximada el prólogo del tomo II—. Pero, al leer a Bakunin, se observa que esos procedimientos literarios, irreflexivamente acusados de incoherencia, son los que dan a sus escritos una juventud sempiterna: sabe revolotear tan ligeramente de la actualidad a la idea general, del presente de su época a su evolución histórica, de un pueblo del Occidente a los pue-

blos del centro, del este, del mediodía de Europa, del Asia igualmente, de la historia a la filosofía, a la literatura, que estamos en viaje intelectual con él, sin cansarnos nunca de impresiones nuevas e imprevistas. No es un capricho literario el que reúne esos múltiples asuntos, es un pensamiento muy tenaz y sólido que desea ir al fondo de todas esas cosas y que, no pudiendo agotarlas, posterga a menudo las explicaciones, otras veces se extravía por un sendero; pero el objetivo de la discusión no es olvidado nunca.

Estos escritos son, pues, como una Academia de la Grecia antigua: Bakunin discurrendo sobre todos esos asuntos de lo real a las abstracciones generales, pero sin perderse nunca y volviendo siempre a la realidad. Es, verdaderamente, su exacta mentalidad, los hechos acumulados en su cerebro y los razonamientos que le hacen hacer, lo que nos descubre así con una sinceridad absoluta; nos ha conservado de este modo unas como fotografías del trabajo de su cerebro, y este libro, el último que ha escrito, posee un gran encanto.

Sumariamente, los dos principios, el que combate a muerte, con el mejor derecho posible, y el que preconiza con toda su energía y su ardor —el “estatismo” y la “anarquía”— están encarnados en este libro en Alemania por una parte, y en los pueblos latinos y eslavos por otra. De las 308 páginas de la edición rusa de 1873, ocupa desde la primera a la 162 en probar que entonces, en la primavera de 1873, todos los Estados del continente europeo hubieran sido impotentes frente a Alemania, y en las páginas 163 a 308 da un resumen del desarrollo, siempre reaccionario, de Alemania desde el siglo XVI hasta 1873, abordando apenas el socialismo autoritario de Marx y de Lassalle, cuya discusión amplia se reservaba para la segunda parte de la introducción. Se puede presumir que, como el volumen presente es una intensificación de la segunda parte de *El imperio knutogermánico* (1871), esa segunda parte habría dado una amplia elaboración de los sofismas de los comunistas autoritarios; se puede presumir aún que la obra misma —porque hasta aquí estamos en la introducción “vvedenie”— habría remodelado *El Antiteologismo* y *El fantasma divino*, de 1867 y 1870, para volver a tomar esa bella obra de los primeros meses de 1871 que se llama *Dios y el Estado*, y que luego habría

llegado a la realidad socialista de su época, a la Internacional, abarcando por primera vez el mundo obrero hasta entonces tan dividido y descuidado, y habría presentado de nuevo todo su programa social, el de destrucción y reconstrucción, tal como lo conocemos desde el *Catecismo revolucionario* de 1866 a los artículos de *L'Egalité* (1869) y otros escritos. Discute ya el programa ruso de actualidad en el *Apéndice A*, impreso en 1873, y habría vuelto quizás a la cuestión eslava, a sus relaciones polacas, etc., en una palabra, a lo que iba a describir en el verano de 1868 en los manuscritos inacabados. He ahí una hipótesis de reconstrucción del “torso”; y se habría encontrado en él lo que tenía que decir sobre la Comuna de París y contra Mazzini y las hermosas cosas que sabía proponer sobre el desarrollo histórico de Italia y de España, el Renacimiento y el federalismo, y sus previsiones sobre la gran misión que veía reservada a América del Norte, al Japón y a Siberia, etc. De todos esos asuntos, había tratado largamente y reiteradas veces desde 1864 ó 1865 en manuscritos que quedaron casi siempre inéditos y en folletos ocasionales publicados en condiciones muy adversas a su circulación y que se perdieron pronto, sin hablar de lo que había esparcido a manos llenas en cartas larguísimas, de las cuales sólo algunas han sobrevivido. Podía, pues, con excelente razón, volver a construir su obra con esos materiales, conocidos ahora gracias a los manuscritos conservados, pero entonces ignorados salvo para los íntimos, que al menos conocían su pensamiento fundamental por medio de sus cartas y sus discursos o discusiones. Desgraciadamente, como del gran trabajo del invierno de 1870-71 sólo *El imperio knutogermánico* vio la luz, con un gran retardo, en 1871, de todo ese conjunto únicamente esta parte, expansión de las ideas del folleto mencionado, ha sido impresa. Y el lector moderno hará bien en tener en cuenta ese hecho; no le será demasiado difícil —los tomos siguientes de las *Obras* le darán facilidad para ello— reconstruir las partes esenciales de la obra total.

Antes de entrar en la historia de este volumen y de algunas cosas que a él se refieren, quisiera dar un resumen sucinto, tomando por base el de mi *Biografía de Bakunin* (1900, págs. 769-772), cuando leí este libro con gran aten-

ción. Mencionaré y comentaré entre paréntesis ciertos pasajes.

Bakunin parte de la misión de la Internacional, entonces tan activamente perseguida por los gobiernos. De la Internacional italiana, de la juventud italiana. En ninguna parte, ni en España incluso, está la revolución social tal vez tan cercana (fué la época del Congreso de Bolonia, en marzo de 1873, cuyas resoluciones claramente anarquistas fueron en mayor o menor parte redactadas por Bakunin: tan grande era su solidaridad en ideas y en deseo de acción con los camaradas de ese país). En Italia, también predomina el proletariado extremadamente pobre; es en él y no en las capas semiburguesas y semiobreras donde reside la fuerza de la revolución futura (asunto reservado para más amplia discusión; fué escrito bajo la impresión de las persecuciones motivadas por el Congreso de marzo, por tanto no mucho más tarde).

La influencia de Napoleón III es reemplazada por la de Bismarck. Alemania y Prusia, no Rusia, son el centro de la reacción (asunto reservado para más tarde: el programa de Marx, Lassalle y de los socialdemócratas alemanes). Francia, Austria. La guerra y la Comuna. Las dos corrientes, Estado y Revolución. (Nota de actualidad revolucionaria de 1873: los obreros de la Francia meridional están dispuestos en favor de la revolución española, incluso hasta la tendencia a constituir una federación nacional con el proletariado español— idea que no habría desagradado a Eliseo Reclus, que escribió, el 14 de febrero de 1873, bajo la influencia de la república en España: "...España se apoya en nuestro Mediodía, que es el país rojo de Francia, y por el otro lado dá la mano a Argelia, que no es menos escarlata"... (1).)

Sobre la Francia de Gambetta, sobre Inglaterra, donde la revolución social está más próxima de lo que se piensa y en ninguna parte será tan terrible, porque en ninguna parte encontrará una resistencia tan desesperada y bien organizada (observación cuya verificación queda por hacer, pero que tiene parte de verdad; la prosperidad de Inglaterra ha postergado su evolución social revolucionaria). Sobre Es-

paña, donde se esboza el cuadro de una revolución social conducida colectivamente por la Internacional y la Alianza. Sobre Italia, sus tradiciones de comunas-ciudades autónomas, su corrupción presente, "la consortería", es decir el comercialismo triunfal.

La miseria solamente, no lleva más que a miserias locales; para que haya una revolución social, es preciso un ideal popular común, elaborado por el instinto popular, educado, instruido por una experiencia amarga, la conciencia del derecho popular y la fe apasionada en ese derecho. Si a eso se añade la miseria que impulsa a la desesperación, entonces la revolución social es inevitable; ese es el caso de Italia.

Por los pequeños Estados, el autor pasa a Austria, a sus nacionalidades; dice: "...somos enemigos tan abiertos del "paneslavismo" como del "pangermanismo" (asunto reservado para un estudio en un volumen futuro). Considera a los eslavos como una raza no política, es decir no estatista. (Observación que se leía a menudo; los eslavos no serían "staatsbildend", formadores de Estados.) Bakunin dice literalmente: "...En vano los checos se recuerdan de su gran Moravia y los servios del reino de Dushan. Fueron acontecimientos efímeros o fábulas antiguas. La verdad es que ninguna raza eslava fué capaz, por sí misma, de fundar un Estado [pág. 57]; eso se hizo siempre bajo la influencia alemana o tártara" [pág. 58]. (Esto parece una contradicción con el ultraestatismo que se ha observado antes de 1914 en Rusia, Bulgaria, Servia y que se observa desde 1918-19 en Checoslovaquia, Yugoslavia, Polonia, Rusia y la Ucrania soviéticas; pero la duración de esos Estados es aún bastante corta y su suerte futura es desconocida.)

Cómo serán libertados los eslavos —por la guerra o por la revolución social—; todo su porvenir depende de eso. Un gran Estado eslavo, una federación de Estados eslavos, todo sería insuficiente contra el pangermanismo; sólo por una revolución social, por la lucha contra todo Estado, es posible su liberación; el Estado sería su tumba; lo que constituye su debilidad, su impotencia para fundar Estados, sería su fuerza.

Las nacionalidades, como hecho histórico local incontable, pero no como principio humano general. Cuanto me-

(1) Eliseo Reclus, *Correspondence*, II, París, 1911, página 126.

nos se piense en él, cuanto más inspirado se esté por un contenido humano general, más valdrá.

Reforma (del siglo XVI) y Revolución francesa; revolución social.

El proletariado eslavo debe unirse a la Internacional.

Contra las tendencias patriotas-estadistas de la mayoría de los eslavos occidentales y meridionales. Discusión de las ambiciones estadistas servias. Discusión de los checos, donde Bakunin se recuerda de los campesinos y de la juventud checa, según su propia experiencia en 1848 (cuyos detalles son conocidos ahora por su proceso en 1850-51 y su relato en la *Confesión* de 1851). Habla en favor de una organización obrera checa con el programa de la Internacional, anti-autoritaria y con el apoyo de la sección eslava de Zurich (ningún checo entró en esa época, que yo sepa, en relación con Bakunin, pero el movimiento socialista checo de esa época y durante más de treinta años aún vivía en armonía perfecta con el movimiento obrero de lengua alemana en Austria, observando los dos partidos su autonomía y practicando la solidaridad; también de 1880 a 1884, por ejemplo, ambos fueron arrastrados en mayoría por la misma corriente revolucionaria, que se tornó pronto anarquista, procedente de la *Freiheit* de J. Most, y ambos volvieron al seno de la socialdemocracia algunos años después, hacia 1887. Únicamente cuando las nacionalidades eslavas fueron puestas en ebullición nacionalista por la contrarrevolución rusa, antes y principalmente después de 1905 —esperanza del zarismo de salvarse por ese desvío y esperanza de la burguesía "cadete" de 1905 de expansión nacional, y al mismo tiempo para evitar la revolución obrera y campesina en Rusia, aunque fuese al precio de la guerra— los socialistas checos se pasaron al nacionalismo y se separaron claramente de la socialdemocracia de lengua alemana en Austria. Eso es lo que ocurrió en lugar de lo que Bakunin deseaba).

Discute a los jefes políticos checos de entonces, a los Palacky, Rieger y otros que había visto en la obra en 1848 y a quienes no quería. Ve el Austria alemana atraída por Berlín, el Austria eslava por Rusia. Rusia desde 1856. El odio a los rusos en la burguesía alemana y sus causas. Los agentes paneslavistas. Prusia y Polonia. Ve en Rusia y quizás también en los Estados Unidos los únicos aliados de la

nueva Alemania de 1871, a quien ve absorber a Austria, con excepción de Galitzia, creyendo saber que entre San Petersburgo y la corte alemana se discute ya secretamente el reparto de Austria.

Rusia, tal como es, debe extenderse por medio de la conquista hacia el Oeste, como propone el paneslavismo, o hacia el Este: India, Persia, Constantinopla; se dice que el príncipe heredero (el futuro Alejandro III) favorece la dirección hacia el Oeste, el zar Alejandro II hacia el Este.

Bakunin se aplica a demostrar que Rusia no puede seguir la dirección paneslavista hacia el Oeste, vía revolucionaria, antilegitimista, que el zarismo no seguirá en su propio interés (observaciones que Nicolás II hubiera hecho bien en leer antes de firmar la orden de movilización en 1914). Esta parte del libro tiende a unir los pueblos eslavos y latinos contra los alemanes, pues todos están amenazados por sus conquistas y se sienten unidos por el odio a los alemanes.

Después discute la política de conquista dirigida hacia el Oriente. Insiste sobre la importancia de las costas marítimas para los grandes Estados y reconoce que los habitantes de los litorales forman una especie de aristocracia entre los hombres (consideraciones de gran exactitud y alcance), en tanto —agrega— que la navegación aérea no haya nivelado esa ventaja. La caída de Alemania en los siglos en que, después de la decadencia de la Hansa (federación poderosa de los puertos comerciales y centros de comercio y de industria en el interior durante los siglos de la Edad Media) y la separación de Holanda, quedó impotente en el mar. De ahí el deseo de volver a adquirir ese poder, la toma de Dantzig, de Schleswig y de Holstein, Trieste un puerto alemán, el Danubio alemán; si hay una flota alemana, ¡adiós Riga, Finlandia, San Petersburgo! Una guerra a muerte rusoalemana sólo puede quedar diferida; Rusia, amenazada con perder el Báltico, debe conquistar el mar Negro, Constantinopla.

Discute la expedición rusa contra Jiva (turkmenos). Cree imposible la conquista de la India; si es preciso conquistar, sería más fácil tomar la China; pero, entonces, toda la Siberia, hasta la Rusia europea, sería inundada de chinos, peligro que el Gobierno ruso encara livianamente.

Con ese examen de las fuerzas y tendencias, Bakunin trata de establecer su tesis de que en el continente europeo, en 1873, sólo queda un Estado verdaderamente autónomo: Alemania. Ve la causa de eso en el instinto de socialidad (o sentimiento societario) propio del pueblo alemán, comprendiendo el instinto servil de sumisión y el instinto dominador del sometimiento sistemático del más débil.

Y, a partir de ahí, la segunda mitad del libro se esfuerza por probar esas calificaciones mediante un examen de la historia alemana, que continúa el comenzado en *El imperio knutogermánico* (1871) y que, elaborado hasta la Reforma, es vuelto a tomar de nuevo en la Reforma. Esta vez, Bakunin dice más o menos cuanto tenía que decir sobre ese asunto, con excepción de la crítica de Marx, Lassalle y la socialdemocracia, abordada también, pero relegada a la segunda parte de la introducción. La continuación del libro no apareció.

Se encuentra allí lo que habría podido ser una hermosa parte de las memorias de Bakunin; mucho sobre el hegelianismo, Feuerbach, Marx, las tendencias intelectuales y sociales antes de 1848, los años de 1848-49. Bakunin remueve sus propios recuerdos, pero tiene ante todo presente su tesis y suprime el elemento personal. El resultado es, para mí, ambiguo —ni memorias, ni historia, sino producción tendenciosa de tesis—. Pasa los años 1849 a 1858, período de sumisión sin esperanza, y discute ampliamente los años 1860-70, el período de Lassalle (está muy al corriente del odio feroz de Marx contra Lassalle, que aquél debía tragar y ocultar; en eso vió muy claro, como lo prueban ahora los documentos que se conocen).

A partir de esos años anteriores a 1870, es ayudado de nuevo por sus propias impresiones del tiempo de la Liga de la Paz y de la Libertad (1867-68) y de la Internacional. Vuelve a trazar la acción de los demócratas y de los socialdemócratas alemanes durante ese período y el de la guerra, y termina por un cuadro de la reacción pangermánica después de la guerra, de la acción de la burguesía alemana y de la de Bismarck. Ese imperio dirige una guerra a muerte contra la revolución social. Bismarck, en nombre de 40 millones de alemanes tras sí, pronunció su condena a muerte, y Marx, adversario y envidioso de Bismarck, con los jefes

socialdemócratas tras sí, declara —como si apoyase a Bismarck— la misma guerra desesperada a la revolución social, por su lado. Eso será expuesto en la parte siguiente.

"Sobre la bandera pangermánica, está escrito: *Mantenimiento y refuerzo del Estado a todo precio*; sobre la bandera socialrevolucionaria, sobre la nuestra, al contrario, está escrito en caracteres de fuego y de sangre: *Abolición de todos los Estados; destrucción de la civilización burguesa; libre organización de abajo arriba por medio de las asociaciones libres; la organización de la masa oprimida por el duro trabajo, de toda la humanidad libertada; creación de un mundo nuevo, el de toda la humanidad solidarizada.*"

El libro termina con estas palabras que no se encuentran en la reimpresión rusa hecha en 1919: "En la parte siguiente se demostrará cómo esos dos principios opuestos se derivan de la conciencia del proletariado europeo y cómo se han desarrollado" (pág. 308, edición de 1873).

Este resumen permite a los lectores de los escritos de Bakunin que quedaron inéditos, pero que se reunieron en parte en los seis volúmenes de *Oeuvres* (París, 1895-1913, edición interrumpida, cuyo tomo VII habría comprendido otro de los escritos de que se habla aquí), precisar exactamente la posición del volumen ruso escrito en la primavera de 1873. Se ha visto a Bakunin, acalorado después de sus vanos esfuerzos por hacer penetrar sus ideas de guerra revolucionaria que llegase a la revolución social, a la liquidación del Estado, en Francia (agosto a noviembre de 1870), decir todo lo que pensaba de la burguesía francesa durante la guerra; pero, liquidada esa guerra, se vuelve inmediatamente contra el vencedor alemán y le consagra esta exposición de su inferioridad histórica, de su mentalidad radicalmente viciada y pervertida por el culto a la autoridad que es *El imperio knutogermánico* (véase *Obras*, tomo II). Sobrevino la Comuna, que puso en tensión su pensamiento, su pluma, y a la cual defiende a partir de junio de 1871 en escritos que quedan inéditos, porque muy pronto —verano de 1871— toda su acción literaria se concentra en la gran lucha contra Mazzini, lucha que ha tenido consecuencias felices para el despertar de la conciencia revolucionaria internacionalista en Italia, lo cual absorbe grandemente el trabajo de Bakunin, que se entrega entonces a una actividad

variada, de propaganda elemental, de propaganda íntima de ideas más avanzadas, de organización pública y secreta, de relaciones personales con todo ese mundo joven que acudía hacia él, actividad que comienza en el otoño de 1871 y continúa y se profundiza en 1872, 1873 hasta los acontecimientos de agosto de 1874, la insurrección general preparada para ese tiempo, el último esfuerzo revolucionario en que participó Bakunin directamente.

Pero había aún otro enemigo, además del sistema de Gambetta, del sistema de Bismarck, de las matanzas de la Comuna por Thiers, de los insultos de Mazzini contra la Internacional y la Comuna; ese enemigo, como se sabe, fué la intriga autoritaria en la Internacional, el sistema de Marx, con sus sucursales en Ginebra (los políticos obreros locales, el viejo Becker y Utin), en Leipzig (Liebknecht) y en otros lugares. No era Bakunin el que deseaba hacer públicas las diferencias fundamentales que desgarraban a la Internacional, aunque ardía en ansias de una discusión a fondo con Marx en el terreno de las ideas y de una explicación definitiva entre camaradas sobre todas las cuestiones personales puestas en el tapete por algunos. Pero debía dar su apoyo a los internacionales antiautoritarios del Jura y de Ginebra que, desde el congreso celebrado en las Pascuas de 1870 en La Chaux-de-Fonds, eran el objetivo de las enemistades autoritarias, tanto locales como las de ciertos hombres omnipotentes en el Consejo general de Londres. Bakunin resumió, pues, en el verano de 1871, la historia de esas cuestiones en los dos manuscritos en parte conservados, la *Protesta de la Alianza* y el *Informe sobre la Alianza* (*Oeuvres*, tomo VI, 1913; *Werke*, II, Berlín, 1923); luego difundió la protesta colectiva (circular jurasiana del 12 de noviembre de 1871) por un buen número de cartas explicativas, y después le vino la idea de dar a una de esas cartas una forma interminable, por decirlo así, transformándola en libro (15 de febrero al 11 de marzo de 1872; manuscrito conservado inédito). Ese texto, 143 páginas en cuarto, corresponde en algunas partes al del libro ruso de 1873.

Intervienen otros trabajos, lo mismo que ciertas noticias, que hicieron a Bakunin dirigir la larga carta a Anselmo Lorenzo, pidiéndole cuenta de lo que habría dicho al volver de la Conferencia de Londres, 1871, con respecto a Marx

y a Bakunin. La respuesta, que se hizo esperar, y la perspectiva del congreso general suspendieron de nuevo toda publicación, cuando repentinamente Marx abrió el combate directo por la circular odiosa sobre las "pretendidas escisiones en la Internacional", todo un folleto (mayo de 1872) al cual Bakunin y otros camaradas respondieron con desprecio en el *Bulletin* jurasiano, en junio. Se convino que la respuesta histórica motivada sería redactada por James Guillaume; de ahí su *Mémoire*, publicada en 1873, pero cuyas primeras hojas fueron distribuidas ya en el Congreso de La Haya, en septiembre de 1872.

Se conocen los medios, de una truculencia y perfidia consumadas —medios que, en lo que concierne a las maniobras empleadas para deshonorar a Bakunin por maquinaciones a puertas cerradas, flanquean el crimen vulgar—, que Marx y Engels adoptaron para salir a todo precio supuestamente victoriosos en ese congreso, aunque fuese a costa de destruir la Internacional, asestándole un golpe mortal, escamoteándola en la Europa revolucionaria, como un malabarista hace desaparecer un objeto (transferencia del Consejo general a Nueva York, lo que por lo demás fué saludado irónicamente por los antiautoritarios, que se habrían consolado de su ausencia incluso si hubiese sido transferida a la Luna). Bakunin se vió, pues, no sólo insultado, pretendidamente expulsado, por la mayoría de ese congreso, sino que vió también que Marx, no pudiendo dominar a la Internacional, prefirió deshacerla, desterrar las federaciones antiautoritarias y revolucionarias. Todo eso le hizo sobresaltarse, y nos quedan tres escritos que testimonian su irritación y su disgusto extremos.

Primero quiso hablar públicamente en *La Liberté*, de Bruselas, el órgano antiautoritario más importante de aquella época; su manuscrito (1 a 8 de octubre de 1872) fué interrumpido por un viaje y no continuado. Se encuentra en la *Société Nouvelle* (Bruselas, julio-agosto de 1894), en *Oeuvres*, IV (1910, págs. 341-390) y en *Werke*, III (1924, páginas 221-250).

Comenzó luego una segunda entrega de *El imperio knuto-germánico* (4 de noviembre al 11 de diciembre de 1872) publicada en *Oeuvres*, IV, págs. 397-510.

Como no se han conservado las rápidas notas para el

año 1873 sobre el empleo de cada día, lo mismo que las cartas y los manuscritos de Bakunin, laguna irreparable en el estudio de su vida, es imposible decir si en los primeros meses de 1873, pasados en Locarno, redactó aún otros textos; pero cuando se presentó la ocasión, cuando la imprenta rusa de Zurich pidió materiales para componer libros anarquistas, redactó para ella el libro presente, que, en su parte llamada "Introducción", es otra protesta vehemente contra Bismarck y contra Marx, y que, en su parte principal, nos habría dado sin duda la exposición completa de sus ideas, ese gran libro que soñaba siempre y cuyos fragmentos más importantes es lo que se encuentra en los tomos III y IV de esta edición (véanse los prólogos de dichos volúmenes). Las disensiones en la imprenta impidieron la continuación de ese trabajo, y si el tomo II fué comenzado y perdido, los textos mencionados de octubre a diciembre de 1872 nos dan, según creo, una idea bastante clara de lo que las partes perdidas e incabadas han podido contener.

Se ve, pues, que Bakunin está dominado en todo ese tiempo, desde 1870, por una indignación suprema por lo que hace Bismarck en Francia e indirectamente en toda Europa, por lo hecho por Marx contra él y sus amigos y camaradas e indirectamente contra toda la Internacional, contra todo el movimiento obrero; y aunque el pueblo alemán no haya sido ni sea idéntico a Bismarck, pues sufría como todos los pueblos están forzados a sufrir los tiranos, ni a Marx, que ni siquiera conocía y fué siempre para la masa un ideólogo lejano que algunos jefes, oradores y periodistas trataban de imponerle, a pesar de todo eso, ese pueblo se encuentra en el yunque donde Bakunin trabaja, dando martillazos de gigante, golpeando a Bismarck, golpeando a Marx y extraviándose una parte de esos golpes sobre ese pobre pueblo que sale de ellos bastante maltrecho y que si hubiera podido leer ese libro ruso se habría quizás horrorizado de sí mismo y ¡se habría ahorcado! Esto, en el caso que hubiera reconocido la justicia de la crítica de Bakunin. Yo no creo en esa justicia; pero el lector debe formarse su propia opinión al respecto.

Diré sólo esto: como lo que precedió a la redacción del libro muestra, está escrito *ab irato*. Bakunin sabía odiar; "... nada de perdón, sino guerra implacable a nuestros ene-

migos, porque son enemigos de todo lo que es humano en nosotros, enemigos de nuestra dignidad, de nuestra libertad.

Wir haben lang genug geliebt,
Wir wollen endlich hassen!" (1)

(de la carta del 29 de marzo de 1845 a su hermano Pablo; los versos son del conocido poema de su amigo Jorge Herwegh: *Das Lied vom Hasse*). Y no sólo la *Confesión* de 1851, sino muchos otros documentos muestran el odio contra los alemanes que profesaba como esclavo. Fué igualmente, desde 1848 hasta el Congreso de La Haya, ofendido injustamente por Carlos Marx y por personas del ambiente de éste, y habría debido ser de una paciencia o de una pasividad sobrehumanas si no hubiese sentido contra ellos la más viva indignación, una enemistad absoluta.

Sería yo el último en dudar que su causa, en teoría y en sentimiento, fuese la buena, la de la libertad contra la autoridad, la de la anarquía hermosa y buena contra un estatismo seudosocial mezquino y feo, paraíso de una nueva burocracia supuestamente socialista e infierno continuo del pobre pueblo, siempre esclavo y oprimido.

Pero de ahí a aceptar su manera de ver en las mil cuestiones históricas y psicológicas de los pueblos y de las razas que aborda en este libro y en los escritos que le preceden, hay un gran trecho para mí. Al comparar sus ideas sobre todos esos asuntos, a menudo muy complicados, expresadas sea en 1848, en 1862, sea en 1868, ó 1870, ó 1873, me doy cuenta de una gran continuidad que prueba hasta qué grado habían arraigado en él todas esas concepciones que muestran su grandísima constancia y sinceridad; pero pienso también que eso no basta para darles una validez general y perdurable. Son opiniones eminentemente subjetivas, y como tales muy interesantes para el estudio de la mentalidad de su autor; mas, para ser aceptadas generalmente, habrían de estar fundamentadas de diverso modo. Un lector a quien nada una a Bakunin, se percata en seguida de que este libro y sus escritos semejantes son de tal parcialidad, que vacilaría en seguirlo, y las más bellas ideas de Bakunin

(1) ¡Hemos amado demasiado, — queremos odiar, al fin!

se perderían para él de ese modo. Nosotros, que pensamos solidariamente con Bakunin sobre tantas cosas, que vemos cuántas veces tiene razón en lo que señala, no debemos por eso seguirle sin vacilaciones en todo lo que dice; resultaría de ello un extravío verdaderamente más que lamentable. En este libro, mil verdades se flanquean con mil semiverdades, con mil errores, errores sobre el pasado, sobre la actualidad de su tiempo y sobre el porvenir, del cual nos son ya conocidos más de cincuenta años, años de experiencia y de investigación que necesariamente deben modificar la validez de casi cada opinión emitida en 1873 y que, para Bakunin, se remontan a menudo a 1848 ó más lejos aún.

De Marx a Bismarck, de Bismarck al pueblo alemán, no hay línea divisoria para el autor, lo mismo cuando trata de cuestiones de movimientos que conocía de muy cerca, como cuando trata de los demás movimientos que no ha podido conocer directamente, y lo mismo para su época, para lo que ha podido aprender y observar en muy buenas fuentes en 1848-49 y en 1849-50 en Alemania, y para la historia de los siglos pasados, que muy pocas personas han estudiado a fondo y que ciertamente han sido mejor examinadas hoy de lo que lo fueron en 1873. Es interesante, es seductor ver cómo un hombre amante de la libertad y de las buenas causas encara todo eso; aprendamos a examinar los fenómenos de nuestro tiempo con el mismo interés siempre vivo, con la libertad y la dignidad humana como criterio; pero no aceptemos cualquiera que sea de esas mil aserciones porque *Bakunin dixit*, como un católico diría: *Roma locuta est*; la cuestión no está por eso decidida. Disfrutemos de este libro estéticamente; es un paseo con un brillante conversador libertario; pero no aprendamos de carrera sus juicios sobre los hombres y las cosas, no nos convirtamos en loros de Bakunin.

El era el primero en indignarse por el juicio sumario desdeñoso expuesto por Marx y otros contra el pueblo ruso, y se preocupó de eximirlo de defectos y de taras, explicando que tal cosa era debida al elemento alemán, la otra al tártaro, la de más allá a influencias desfavorables que tuvo que sufrir el pueblo. Muy bien; que el resultado sea siempre exacto o no, el método es bueno. Pero él no aplica ese método al pueblo alemán, para quien "construye"

una solidaridad u homogeneidad que va de los reyes y los príncipes al pueblo, como si en ese, lo mismo que en los demás, la diferencia entre lo que quiere y siente el pueblo y lo que sus jefes y príncipes le han hecho hacer en el curso de la Historia no fuera enorme. El fondo de todo pueblo es bueno, la esencia de todo príncipe o gobierno es mala: es eso lo que creemos como internacionalistas y como libertarios, ¿no es así?; entonces, ¿por qué amotinar unas razas contra otras, eslavos y latinos contra alemanes, como lo hacen este libro y los otros escritos mencionados en mil ocasiones, hasta impresionar a un lector arrastrado por el encanto de las otras ideas del autor? Si hay diferencias muy notorias entre los pueblos, es que, viviendo separados por el estatismo que les hace desconfiar unos de otros, se desarrollan en un ritmo diferente; tienen que luchar en grados muy diversos para ganar su vida, favorecidos o no por la configuración del terreno, el clima, las riquezas naturales, las vías de comunicación; están en la gran vía por donde pasan las guerras o están más o menos garantizados contra esas plagas, etc. De ahí resulta que si el efecto de todos esos factores fuera reflexivo y encarnado en un solo ser, esos seres, cada cual un pueblo, serían en el mismo momento histórico un conjunto mixto de jóvenes y de viejos, de sanguíneos y de melancólicos, etc., y como además hablarían lenguas diferentes, es seguro que no habría una armonía completa. Pero el socialismo y el internacionalismo aminoran las diferencias materiales, nivelan las fronteras estatistas, provocan el acercamiento, la comprensión, la amistad recíprocas y la armonía se establece. Bakunin se esfuerza todo lo posible por hacer conocer, apreciar y amar su raza eslava por los otros pueblos, es muy amable para los italianos y otros, ¿por qué se encarniza en la lucha contra el pueblo alemán?

Si se dijera que hizo eso, de 1870 a 1873, porque el Estado alemán era entonces victorioso, poderoso y amenazador, si se quiere, para los otros pueblos —aunque el hecho de que, desde 1871 a 1914, Alemania no haya hecho ninguna guerra no soporta las aprensiones sentidas en 1873—; si se dijera que odió al más fuerte de la hora, se podría responder que ya tenía ese mismo odio en 1848, cuando, ciertamente, la impotencia de Alemania en política era muy

grande y cuando él mismo, admitido entonces y antes en la amistad y en los consejos de un buen número de los hombres avanzados de Alemania, tuvo ocasiones únicas para informarse sobre la verdadera disposición de las fuerzas estatistas y populares en ese país. En una palabra, en este libro el magnífico espíritu libertario y de rebelión de su autor y su sentimiento de raza, de nacionalidad, se interpretan en un grado que a menudo es penoso reconocer. Si yo quisiera que Bakunin no hubiera dicho muchas cosas que se encuentran en este libro, no es porque crea que causen mal a ese pueblo a quien maltrata, sino porque presiento que harán dudar de la competencia de Bakunin y poner en duda también partes numerosas en donde tiene mil veces razón.

Es preciso, pues, leer este libro con mucho discernimiento, no figurarse que se está ya informado a fondo después de haberlo leído sobre las cuestiones nacionales de Europa y de Asia. Al contrario, no se habrá leído más que una hipótesis, una tesis más bien, al lado de tantas otras que se leen continuamente sobre esas cuestiones. En cada caso se impone el estudio para comprender su historia, su evolución, y para liquidarlas, para limpiar el globo de esa fuente de miseria continua, no existe más que el internacionalismo más franco y amplio que pasa por sobre todas las diferencias del pasado y sólo reconoce el individuo libre en la humanidad libre.

II

Por lo que precede, se comprende, pues, cómo este libro, bastante extenso, ha podido ser creado tan rápidamente por Bakunin; manaba de su pluma ininterrumpidamente, pues se había formado en su cerebro por treinta años de observación y de reflexión, y sus ideas habían recibido una continua expresión literaria inédita en manuscritos y en cartas. Escrito, en fin, en esas proporciones amplias, no tenía para su autor el carácter de unilateralidad que puede tener para un lector moderno; fué compuesto en la convicción de que sería seguido de tres si no de cuatro volúmenes parecidos que formarían un conjunto; formó, además, parte de una

serie variada, de la cual sólo fueron publicados otros dos volúmenes, pero de la que se proyectaron por lo menos cuatro. Además, el libro se convirtió inmediatamente en un volumen de actualidad para la propaganda revolucionaria rusa por el famoso *Apéndice A*, la quintaesencia de las opiniones de Bakunin sobre lo que era preciso hacer en Rusia, parte desgraciadamente omitida en la edición rusa de 1919, a la que corresponde esta edición española. El libro es, pues, una prueba de la amplitud que esa propaganda rusa iba a adquirir, en fin, después de tantos desengaños como había sufrido Bakunin en ese terreno desde 1862; si no fué continuado, es que la unidad del pequeño grupo ruso de 1872-73 iba a tener pronto un fin inesperado.

Notemos de paso que este libro, que quedó desconocido a causa de su lengua, tuvo fuera de los rusos un lector asiduo: fué Carlos Marx, que había sido impulsado por su interés hacia la situación de los campesinos en Rusia a aprender a leer un poco el ruso, en 1874, si no me engaño (1); escarbó ahincadamente en el libro de Bakunin y, según el buen método antiguo —empleado casi cuarenta años antes por Bakunin también, cuando leía a Hegel—, escribió un resumen que se dice bastante elaborado e interesante para publicar. Había hecho cuanto pudo, en 1872-73, en el Congreso de La Haya y en el folleto de la Alianza, para deshonorar a Bakunin en público, y lo leía atentamente en 1874, sin duda con un espíritu absolutamente contradictorio; ello es un testimonio de respeto intelectual que muestra la hipocresía demagógica de Marx en su intriga de los años precedentes.

Bakunin no había conseguido nunca, hasta casi ese último año de su larga vida política, que terminó en 1874, publicar un libro, y menos en ruso, aunque se prodigaba escribiendo manuscritos y cartas y a veces llegó a publicar folletos y artículos. Tanto su aislamiento en ideas como su ímpetu para gastarse en las nuevas actividades que la hora

(1) Debo esta noticia hace ya unos veinte años a D. Riazanof, que encontró ese manuscrito en los papeles de Marx y que ya entonces proyectaba su impresión. No sabría decir si fué publicado ese resumen después, pero se le encontrará, sin duda, un día en la edición rusa e internacional de Marx y Engels, en una treintena de grandes volúmenes, comenzada en Moscú, en 1923.

En algunos de los volúmenes posteriores de esta colección, pensamos reproducir ese *Apéndice*. (Nota editorial).

le exigía, y su preferencia por la acción inmediata mediante la palabra y la carta, unido todo ello a una penuria de medios materiales que se conoce cada vez más, en sus detalles desconcertantes, y que paralizaron tan a menudo su acción, le impidieron concentrarse en publicaciones regulares; cada escrito que por fin pasa a la impresión tiene su historia y le exige más esfuerzo para verlo publicado que para escribirlo. Al llegar a Londres, a fines de diciembre de 1861, encontró la Imprenta Rusa Libre, inaugurada por Herzen en febrero de 1853; el gran *Kolokol* y tantos libros, folletos y colecciones salían profusamente; pero él apenas pudo hacer aparecer la primera parte de su *Llamamiento a los amigos rusos y eslavos*, como suplemento del *Kolokol* (febrero de 1862). Cuando ese periódico se le cerró para lo sucesivo, el *Llamamiento* fué reducido a un pequeño folleto de actualidad rusa, que apareció en setiembre, el *Narodnoe Delo* (*La causa del pueblo*; Romanof-Pugatchef, o Pestel?). Debió contender con el polaco Mieroslawski en un periódico francés cualquiera, publicado en Londres y, en edición aparte, en un folletito. En Suecia, en 1863, los grandes periódicos liberales, apenas se habían abierto a sus artículos sobre Rusia cuando, temiendo comprometerse demasiado, se le cerraron de nuevo. Permaneciendo los años siguientes en Italia, hizo algunos vanos esfuerzos o simples proyectos no continuados para hablar sobre Rusia, y sólo tuvo ocasión para decir algunas palabras francas en el Congreso de la Paz de Ginebra en 1867. Se propuso, en fin, este mismo año, ocuparse de ella más vivamente, proyectando escribir mucho en el *Kolokol*, mas este periódico cesó su publicación en lengua rusa. Quiso explicarse definitivamente con los polacos, pero no se publicó más que ese folleto contra Mieroslawski, en junio de 1868, y de su *Cuestión revolucionaria en los países rusos y en Polonia* únicamente existen fragmentos manuscritos inéditos. Resumió todo su pensamiento en uno de sus discursos en el Congreso de Berna (septiembre de 1868), mas el *Kolokol* en lengua francesa no quiso publicarlo; existe en pequeño folleto.

El mismo año, esperaba que se crease un departamento para la composición en ruso en una gran tipografía de Berna, que tendría un periódico ruso para él y sus amigos; pero

el proyecto de Berna debió ser abandonado, y el periódico —el primer número solamente— *Narodnoe Delo* (*La Causa del Pueblo*, septiembre de 1868), fué escrito la mayor parte por él, aceptando su programa ruso; mas debió desentenderse de los números siguientes de esa publicación. En 1869, parecieron abrirse grandes posibilidades por las versiones y promesas, no reconocidas aún como falaces y exageradas en gran parte, de Sergio Netchaef. Entonces se necesitaban principalmente llamamientos vivos y penetrantes, y Bakunin redactó sus famosas *Algunas palabras a mis jóvenes hermanos en Rusia* (mayo de 1869; 7 páginas en 8.º, en la edición francesa, Bruselas, D. Brismée) y tomó parte, aun desconocida en su detalle, en la redacción de otras de esas proclamas. Está ya también establecido que fué el autor del *Catecismo revolucionario* de 1869. Después de ese período de gran efervescencia, redactó algunos folletos más razonados: *La ciencia y la revolución*, *La Alianza Revolucionaria Universal*, *Sección rusa*, y *A los oficiales del ejército ruso*, aparecidos todos en los primeros meses de 1870, época en la cual escribió también algunos artículos en francés sobre Rusia, la muerte de Herzen, etc., insertados en *La Marseillaise*, de París, etcétera.

Pero las relaciones con Netchaef se hacían poco a poco imposibles, hasta su ruptura y enemistad completas en el verano de 1870. En ese mismo momento, sin embargo, Bakunin se interesaba mucho por hablar francamente a la juventud y al sector intelectual ruso mediante una revista mensual que preparaba con Ogaref en Ginebra, y en la que también P. Lavrof, entonces en París, fué invitado a tomar parte, si bien se excusó. Su programa, resumido en una carta a Lavrof (15 de julio de 1870), vale la pena reproducirlo aquí, al menos concisamente, porque de dicha época —verano de 1870— data la emancipación de Bakunin de las tramas de Netchaef, que lo había atraído, por su energía y su voluntad revolucionaria incuestionables, al terreno de una táctica que no era la suya. Es imposible discutir aquí la persona de Netchaef; me limito a decir que fué, según mi impresión, profundamente autoritario, dictatorial, blanquista. No hallaba camaradas de energía semejante en la emigración, más bien doctrinaria y moderada, que encontró en Ginebra, pero se percató del temperamento revolucionario

de Bakunin —quien por su parte admiró la energía feroz de Netchaef—, y, en esas condiciones, éste, que no era más que un impulsivo, pero que poseía una astucia y un cálculo tranquilos, calculando el inmenso apoyo que recibiría de Bakunin, no se preocupó de su anarquismo, que no compartió nunca. Por esa simulación, Bakunin creyó ver en él al revolucionario ideal y se sometió a todas sus exigencias, a su táctica de astucia, de doblez, que declaraba necesarias en interés de la causa. Así fué como, en cierto grado, contra su propio instinto, se puso a las órdenes del comité desconocido de que Netchaef pretendía depender, etc. Todo eso se reconoció, al fin, que era de una irrealidad demasiado palpable, y el encanto de Netchaef terminó. En esos últimos tiempos, Bakunin conoció algunos jóvenes rusos que deseaban una sincera colaboración con él y no dominarlo y explotar su nombre y su prestigio, como había hecho Netchaef. Había principalmente uno, Miguel Sajin, llamado entonces generalmente Ross, joven muy abnegado y que veía claro en todas esas cosas, que tenía un sentido realista de las proporciones y se daba cuenta de lo que era Bakunin, de lo que podía y de lo que debía ser aún para la juventud rusa, y del romanticismo jesuítico de Netchaef, que derrochaba y devastaba las fuerzas y el talento, todo el ser, en fin, de Bakunin como combustible de su fuegucito conspirativo, bastante irreal y mezquino después de todo. Esos jóvenes rusos, en particular Ross —para expresarme así—, restablecieron a Bakunin en su puesto, de donde, por exceso de buena voluntad extendida a las maquinaciones de Netchaef, había comenzado a deslizarse. Desde entonces, Bakunin quedó en contacto continuo con esos jóvenes rusos y siberianos que, si no eran capaces de hacer gran cosa —en su necesidad extrema, algunas veces le enviaron algún dinero desde Zurich; uno de ellos pagó la impresión de *El imperio knutogermánico*; Ross (en París, durante la Comuna) estuvo siempre a su disposición, por viajes rápidos y la práctica revolucionaria, que exige mucha habilidad, puntualidad, “una mano de hierro en un guante de terciopelo”, según James Guillaume tenía placer en decir de él—, significaban nuevamente para Bakunin un ambiente ruso de confianza, que reemplazaba el de 1866 a 1868 (la señora Obolenski Mroczkowski, Jukowski, señora Jukowski) que el

intrigante Utin había conseguido minar y carcomer a comienzos de 1869: la pesadilla de 1869-70, el sistema Netchaef, se había evaporado del todo.

Este programa de julio de 1870 declara, pues —no cito textualmente (he traducido del ruso la parte esencial de la carta en mi *Biografía de Bakunin*, nota 4025)—, ser socialista revolucionario, lo más pronunciado posible, pero reservado y moderado en la forma. Los artículos principales serán:

1. Ateísmo. Negación de toda religión y fe, reemplazadas por los conocimientos positivos, la ciencia viviente y no doctrinaria.

2. Negación del estatismo en todas sus formas —del derecho jurídico, del derecho de propiedad, del derecho de familia—, reemplazado por una institución internacional, de abajo arriba, por la federación libre de los “artels” (asociaciones), comunas, distritos, provincias y países económicamente organizados, sobre la base del trabajo y de la propiedad colectivos. El derecho humano general de cada uno a la vida y al desarrollo humano completo, reemplaza al derecho jurídico.

3. De ahí la guerra implacable al individualismo autoritario de Marx y a toda la escuela alemana. Guerra contra el colectivismo impuesto de arriba abajo por algún comité revolucionario, por algún poder central u oficial. Reconocimiento del desarrollo autónomo de la organización autónoma de las masas obreras bajo la influencia de la ciencia, siempre más accesible al pueblo, pero también bajo la influencia de la propaganda viva, teórica y práctica, de los círculos revolucionarios secretos, unidos entre sí por el mismo pensamiento y el mismo fin, mas todo lo diseminados que se pueda, en la extensión del territorio.

“4. La nacionalidad, con todas sus diferencias, determinaciones y rasgos etnográficos e historicoculturales, según nuestra opinión, no forma ni un derecho ni un principio, sino un hecho histórico natural, de que es imposible hacer abstracción, con el cual es preciso contar si se quiere obrar realmente y no abstractamente. Reconociendo que las exigencias revolucionarias son las mismas en todas partes: la humanización de la sociedad, de las instituciones del hom-

bre, estamos al mismo tiempo convencidos de que las formas de expresión de esas exigencias serán completamente diferentes en los grupos de pueblos diferentes, porque no son determinadas por ideales arbitrarios e introducidos del extranjero por personas o grupos, sino por la situación personal, cualidad y preparación histórica de cada grupo de pueblos.

"5. Creemos así, por ejemplo, que en Rusia y en algunos otros países eslavos y no eslavos (en Hungría, en Italia meridional, en España), que son los menos sujetos a la influencia de la civilización occidental, urbana e industrial, el socialismo de la aldea prevalecerá sobre el socialismo de la ciudad" (1).

6. Aun reconociendo con la escuela de Comte que no se deben violar los hechos y las situaciones nacionales comprobadas por la Historia, que esos hechos y esas situaciones obedecen a la lógica férrea que les es inherente y que es más fuerte que todas las personas y grupos, reconocemos al mismo tiempo el derecho y la utilidad de la propaganda revolucionaria y de la acción revolucionaria de personas y de grupos secretamente concertados sobre esta base: que esas personas y grupos no caigan del cielo, sino que pertenezcan a la misma realidad, que la elaboren y la perfeccionen a su modo, aunque más unilateralmente sin embargo, a condición de que conozcan atentamente, seriamente y sin exagerarla, esa realidad sobre la cual quieren obrar.

7. Consideramos el Estado, en la fase presente de su desarrollo, como un producto petrificado, no orgánico, del proceso de vida de los pueblos, como un departamento me-

(1) Bakunin reconoce perfectamente la necesidad de la convivencia, de la tolerancia mutua, al escribir, por ejemplo, en la carta a *La Liberté*, octubre de 1872: "...Pero, hoy, ¿qué hacer [entre autoritarios y antiautoritarios]; hoy, la solución y la conciliación en el terreno político es imposible y es preciso tolerarse mutuamente, dejando a cada país el que le parezcan mejor adaptadas a su situación particular..." "Esta solidaridad [económica] nos une [en la Internacional], mientras que las cuestiones políticas nos separan fatalmente..." *Oeuvres*, IV, página 348, "...En espera de ello, reconocemos perfectamente [a los trabajadores de Alemania], su derecho a marchar por la vía que les parece mejor, siempre que nos dejen la misma libertad: Reconocemos también que por su historia, su naturaleza particular, el estado de su civilización y su situación actual, están forzados a marchar por esa vía. Que los trabajadores alemanes, americanos e ingleses se esfuercen, pues, por conquistar el Poder político, ya que eso les agrada. Pero que permitan a los trabajadores de los otros países marchar con la misma energía hacia la destrucción de todos los poderes políticos. La libertad para todos y el respeto mutuo de esa libertad, he dicho, tales son las condiciones esenciales de la solidaridad internacional" (página 377.)

cánico del organismo popular viviente. La fuerza del Estado es ahora una fuerza pura y exclusivamente mecánica, dirigida contra el pueblo, fundada solamente sobre la policía y el ejército, y nosotros dirigimos, pues, todos los esfuerzos de los grupos y personas revolucionarias hacia la destrucción del Estado por la organización de la fuerza elemental del pueblo.

8. Ponemos, pues, como primera condición de todo progreso real en Rusia, la destrucción del imperio panruso.

Bakunin comprendió que Lavrof no suscribiría ese programa —creía aún en las reformas útiles que introduciría el Gobierno— y le pedía al menos su colaboración circunstancial en caso de necesidad, anónima, y que sería desconocida fuera del "muy pequeño número de personas serias que forman nuestro círculo".

La guerra de 1870 puso un fin a ese proyecto de revista; conocemos ya la dirección de los esfuerzos de Bakunin desde entonces hasta el verano de 1871 (véanse los prólogos de *Obras*, tomos I a IV) y su actividad intensiva italiana, jurasiana, española, etc., desde entonces hasta la primavera de 1872. Sin embargo, mientras que Ginebra se desliza hacia atrás, en la juventud estudiantil de Zurich hay algunos camaradas, sobre todo Ross, que trabajan tranquilamente, que dispersan los equívocos y las prevenciones creadas por el asunto Netchaef, que saben también contrarrestar las tentativas reiteradas del mismo Netchaef, que, siempre libre, ya en Francia, en Londres, ya en el Jura y al fin —esa fué su ruina, porque un polaco lo traicionó y el Gobierno de Zurich lo entregó a Rusia, donde pereció después de más de diez años de grandes sufrimientos en la fortaleza de San Petersburgo— en Zurich, trata de afirmarse de nuevo, de desquitarse de Bakunin y de los que habían roto el yugo primeramente sutil, después cada vez más pesado, que creyó tener por misión imponerles, para que fueran humildes peones en su juego, que nadie podía penetrar.

Sucedió así que tres estudiantes rusos —uno de ellos, Ralli, conoció a fondo los orígenes de la cuestión Netchaef en San Petersburgo, en 1868-69, detenido entonces también él por largo tiempo; por lo demás, de una manera lejana,

pero perfectamente reconocible, emparentado con Bakunin y muy próximo a él entonces; los otros dos, estudiantes de Moscú, perseguidos también por un movimiento de estudiantes ligado a la efervescencia general en el período de Netchaef, efervescencia creada por él, pero que supo aprovechar hábilmente en su juego—; sucedió, pues, que, interesados más o menos por Ross en ver con sus propios ojos cómo era Bakunin, le visitaron en Locarno. El 11 de marzo de 1872, llegan allí V. Holstein y su mujer; el 22, Oelsnitz y Ralli. El 27, anota Bakunin en su diario: “pacto concluído”; el 1 de abril: “leído el programa y el reglamento con los rusos”; el 3: “última noche con los rusos; hecho diccionario (para la correspondencia cifrada); el 4 de abril: “todos mis rusos, idos”.

Eso quiere decir, apoyado en otros documentos y testimonios, que ese grupo secreto, que se llamó “Russkoe Bratstvo” (Fraternidad Rusa) se formó entonces; pertenecían a él Bakunin, Ross, Ralli, Oelsnitz y Holstein. Fueron todos hombres activos entonces, que conocían otros estudiantes de Zurich, reconocidos por ellos a causa de su pasado político; igualmente, estimulados sin duda por Bakunin, se les unieron estudiantes servios y con ellos renovó Bakunin su propaganda nacionalista eslava, destructiva de Austria-Hungría sobre todo. Habría querido llegar también a los checos, pero no se pudo hacer nada por ese lado, que sepamos. Hubo nuevas relaciones polacas, pero no satisfactorias, como siempre, por chocar con las pretensiones polacas de reconstruir una Polonia histórica que abarcara los pueblos no polacos que le habían sido incorporados en otro tiempo contra su voluntad de entonces y presente —ucranianos, rutenos blancos y lituanos—, pretensiones que Bakunin no reconoció jamás. El medio donde todos los eslavos se encontraban era la Sección eslava de la Internacional, cuya fundación nota Bakunin el 7 de julio de 1872; tras ella estaban los Hermanos Eslavos, grupo secreto diferente del de los Hermanos Rusos. Por lo demás, estando Bakunin ligado con Ross ya desde 1870 y muy estrechamente por asuntos internacionales también, existía una diferencia de intimidación para Ross y los otros tres; de esos tres últimos, de nuevo, Ralli estaba más ligado con Bakunin (había cesado sus estudios y se había hecho tipógrafo) que los estu-

diantes de Medicina Oelsnitz y Holstein, que continuaron y se hicieron más tarde médicos rusos en Francia, sólidamente establecidos, buenos hombres, pero que no militaron más. Entre estos dos, creo que Bakunin consideraba a Oelsnitz con una intimidación algunos matices superior a la que admitió para Holstein.

Había, pues, en un pequeño medio, una superorganización extraordinaria, una verdadera hipertrofia en grupos secretos (1), de lo que resultaron, necesariamente, después de cierto tiempo, la envidia, la desconfianza, la discordia. Pero, al menos durante un año, todo marchó bien. Fué ante todo la lucha la que hizo continuar esa solidaridad, porque los bakuninistas, como se les llamó, fueron una minoría bastante reducida frente a la gran masa de los lavristas (partidarios de Lavrof), socialistas moderados, estatistas, reformistas. Sería fácil hablar largamente de esos años de 1872-73, porque existen excelentes materiales: el diario de Bakunin de 1872, una cantidad de cartas de 1872-73, las memorias de N. Sokolof (no sé si han sido impresas; me fueron leídas del manuscrito), las memorias de Ralli, los recuerdos que Ross, Ralli y Oelsnitz me han contado, y muchas otras fuentes.

Bakunin permaneció en Zurich desde el 4 de julio al 10 de octubre, con excepción de algunos viajes al Jura; volvió por última vez en la primavera de 1873 para convenir con Lavrof las condiciones de una paz conveniente entre los bakuninistas y los lavristas, que habían llegado a hacerse una verdadera guerra, y en último extremo Ross hizo que Bakunin fuera de Locarno para organizar un *modus vivendi* entre ambos campos.

Durante los tres últimos meses de 1872, hubo alrededor de Bakunin una vida intensa; inspiró abnegación a muchos jóvenes, hombres y mujeres, que bien pronto se lanzaron en cuerpo y alma en la dura propaganda popular en Rusia, que “fueron al pueblo” y que casi todos y todas después de algunas semanas, meses, raramente años, de esa agitación,

(1) Había también una institución llamada el Purgatorio —de la que Bakunin anota una reunión la tarde del 25 de septiembre. Se habían puesto mutuamente en el banquillo de los acusados para liquidar, después de una discusión, todos los antiguos pecados e iniciar una nueva obra. La idea no es mala; se podrían incluso pasar por aito las frustraciones y pecadillos sin caldearlos por una tal discusión. Esa debía ser, por lo demás, según la idea de Bakunin, una ocasión de hacerse consciente de los propios defectos, por una crítica amistosa recíproca.

cayeron en las prisiones para años de calabozo preventivo y, después de proceso, por docenas de años en Siberia. Ross cayó también, uno de los últimos, al comienzo de 1876; le fueron necesarios veinticinco años aproximadamente para librarse de Siberia y del internamiento en provincias y para volver de nuevo a Occidente, años más tarde. En la hora actual, ya octogenario, vive aún, como también Z. Ralli.

Para esa juventud redactó Bakunin la *Privavlenie A* (*Apéndice A*) del libro *Estatismo y anarquía*, veintidós páginas, de pequeña impresión, omitidos en la edición de 1919 y en ésta, con gran sentimiento del viejo Ross, que imprimió el libro en 1873 y que se sintió afligido cuando vio la omisión de esa parte esencial. Bakunin, discutiendo lo que se necesita para que un revolucionario sea eficiente en un pueblo (pág. 48, 1873; pág. 96, 1919) habla del ideal trazado por el instinto popular de cada país que la Internacional despertará y desarrollará, y sin el cual sería imposible una revolución social. A eso se refiere el *Apéndice*, que desea precisar que ese ideal de un pueblo nada tiene de común con las fórmulas y teorías políticosociales elaboradas al margen de la vida popular por los sabios de la burguesía. La ciencia no puede adivinar las formas de la vida futura de la sociedad; sólo puede establecer las condiciones "negativas" que resultan de una crítica firme de la sociedad presente —como la negación del derecho de herencia y la afirmación abstracta, por decir así, negativa de la propiedad colectiva—, la negación de la idea del Estado y la afirmación, negativa también, de la anarquía.

En Rusia —continúa Bakunin—, hay una corriente tendente a hacerse maestros del pueblo (1), puesto que, se afirma, sólo el pueblo instruido comprende su derecho y puede ser impulsado a la revuelta. Luego se plantea la cuestión, ¿qué es lo que se enseña al pueblo? ¿Será lo que no sabe uno mismo, lo que no se puede saber y lo que debe uno mismo aprender del pueblo?

* Incluido en la presente edición.

(1) A esta cuestión, discutida en el socialismo de todos los países, condensada en las dos fórmulas: por la libertad, a la instrucción, y por la instrucción, a la libertad, consagra Bakunin una parte de *Narodnoe Delo*, (núm. 1, 1868), el folleto *La ciencia y la revolución*, 1870, escrito en julio de 1869, una parte del artículo sobre las intrigas de Utin, verano de 1870 (impreso por primera vez en *Golos Truzenika*, Chicago, enero-febrero 1925) y el escrito ruso de 1872, si no un poco posterior, ¿*Dónde ir y qué hacer?* (impreso por primera vez en *Rabotchii Put*, Berlín, julio-agosto 1923). Este escrito, sobre todo, es el que habría que comparar con el *Apéndice A*. Véase pág. 315 de esta edición.

Esa tendencia se compone de dos categorías de hombres: 1.º, de numerosos doctrinarios y charlatanes, fundadores de bancos populares, de sociedades cooperativas, etc., de gentes que se llaman positivistas y ahora marxistas; 2.º, de un número más pequeño de jóvenes honestos que creen que no hay otro camino; a ellos se dirige Bakunin.

¿Qué quieren enseñar al pueblo? ¿La verdadera ciencia? El gobierno no tolera eso y la situación económica del pueblo no le dispone a recibir esa enseñanza.

¿Qué pueden hacer, pues, los amigos del pueblo? Despertarle a su propia acción, mostrarle las vías y los medios de su emancipación. Estos son, o bien revolucionarios —la sublevación general— o un mejoramiento gradual de la situación económica —una vía difícil—; tanto las teorías como los medios prácticos —asociaciones, cooperativas— no tienen efecto real. A lo sumo, los jóvenes encontrarán de ese modo obreros; pero, entre los campesinos, esa acción no tendría resultado alguno.

Pero ¿no hay otra cosa que hacer en Rusia?

En el pueblo ruso existen dos condiciones fundamentales de la revolución social: la miseria y la esclavitud. ¿Existe un ideal popular general? Sí, existe, y sostiene:

1. Que la tierra pertenece al pueblo que la trabaja.
2. Que su uso no pertenece al individuo, sino al mir.
3. Autonomía de la comuna; hostilidad de la comuna hacia el Estado, (pág. 295)

Eso corresponde al ideal del proletariado de los países latinos.

Sin embargo, hay tres aspectos desventajosos:

1. El patriarcado (el despotismo en la familia campesina).
2. La absorción de la personalidad por el mir.
3. La fe en el zar. (pág. 296)

Un cuarto factor, la Iglesia, no tiene la importancia para el pueblo ruso que tiene en Occidente. La Iglesia, es para el pueblo una taberna celestial donde se emborracha y se olvida por un momento de su miseria. Sólo la revolución social, no la propaganda de los librepensadores, podrá matar la religión. No hay que engañar al pueblo, pero no hay que colocar la cuestión religiosa en la primera línea de nuestra propaganda popular; eso sería, según la profunda convic-

ción del autor, traicionar la causa del pueblo, que no tiene tiempo de ocuparse de muchas cosas a la vez, y al cual es preciso proponer la "cuestión principal", la "cuestión económica-política", la "revolución social" y la "destrucción del Estado".

Los tres factores desventajosos surgen todos del primero, el despotismo sobre la familia, de donde se derivan la sumisión ante el mir y ante el zar. Aparte del zar, los funcionarios y los nobles, únicamente el bandolero está fuera del mir: el bandidaje es, pues, un fenómeno histórico importante en Rusia —los primeros rebeldes, los primeros revolucionarios, Pugatchef y Stenka Razin, fueron bandidos.

Las comunas no tienen conexiones entre sí, las revueltas locales no tienen perspectivas. Uno de los deberes principales de la juventud revolucionaria será el de ser un lazo viviente, revoltoso, entre las comunas aisladas que trataban de asociarse así en tiempo de las antiguas rebeliones.

El pueblo deifica al zar, ausente, y odia al funcionarismo, que ve.

Más que nunca, el bandidaje es la única salida para el individuo, la sublevación general para el pueblo.

"¿Qué puede hacer en esas condiciones nuestro proletariado intelectual, la juventud rusa socialrevolucionaria, honesta, sincera, abnegada en grado extremo? Debe, sin duda, ir al pueblo (*idti v narod*) (1), porque ahora, en todas partes, sobre todo en Rusia, fuera del pueblo, fuera de los numerosos millones de las masas sometidas al trabajo duro, no hay vida, no hay causa, no hay porvenir. Pero ¿cómo y con qué fin ir al pueblo?"

Dos tendencias proponen, una un trabajo pacífico, preparatorio, la otra un esfuerzo revolucionario para organizar directamente la resistencia del pueblo. Los primeros, no creyendo posible la revolución ahora, van al pueblo para compartir fraternalmente su miseria, para prepararle mediante su ejemplo —como obreros de las fábricas, en colonias agrarias, dando el ejemplo de una vida antipatriarcal—. Eso es muy magnánimo, pero son gotas en el mar; la desilusión les espera.

(1) Son las palabras *ir al pueblo* de este pasaje las que dan el sello a toda una época de la propaganda preparatoria en Rusia; se ha ido al pueblo, por decirlo así, en masa.

Nosotros creemos en el otro camino, el de la lucha; ésta será la salvación.

En el pueblo mismo se lucha contra el patriarcalismo; el mir se ha convertido hasta tal grado en un instrumento del Gobierno que una lucha contra el Estado, los funcionarios, no se detendrá ante el despotismo del mir. La fe en el zar se ha debilitado. Es preciso mostrar al campesino que el Estado que odia es el zar mismo.

Es preciso asociar los mejores de los campesinos entre sí y con los obreros de las fábricas. Es preciso instruirlos sobre el carácter general de la miseria en Rusia, sobre las fuerzas latentes del pueblo, sobre la falta de cohesión. Un periódico, incluso noticias orales les informarían sobre las revueltas locales y sobre los movimientos revolucionarios en Occidente. El pueblo debe ver la juventud en su seno, obrando, a la cabeza en cada rebelión, consagrándose a perecer en la lucha. La juventud misma debe trabajar según un plan bien reflexionado y sometiendo a la más fuerte disciplina para producir esa unanimidad sin la cual no hay victoria. Debe educarse ella misma y educar al pueblo, no sólo en la resistencia desesperada, sino también para el ataque atrevido. El proletariado intelectual no tiene ninguna otra vía de acción que ésta.

Esa vía trazada a la juventud revolucionaria rusa por Bakunin fué seguida por los mejores, una verdadera selección de hombres y mujeres abnegados. Stepniak, entonces militante en Rusia, me dijo, en mayo de 1894, que se tenía en la juventud rusa de ese tiempo una gran opinión de Bakunin; que el libro *Estatismo y Anarquía* produjo un gran efecto, y que sus escritos para el lector representaban la revolución misma. L. E. Shishko, del gran grupo ruso de Tchaikovsky, cuenta que el libro encontró las más grandes simpatías, sobre todo en la primavera y en el verano de 1874, en el período del ímpetu apasionado para "ir al pueblo" (véase Lavrof, *Materialy*, X, Ginebra, octubre, 1896, páginas 172-74). Un adversario, el blanquista Tkatchef escribió (*Anarchija Mysli*, Londres, 1879, pág. 5) que el libro fué activamente difundido en Rusia y que tuvo una indudable influencia sobre la mentalidad de la juventud. Véanse también los recuerdos de Debagorio-Mokrievitch, I (París, 1894, págs. 45, 59, 65), y el acta de acusación muy deta-

llada del proceso de los Cincuenta (edición de Leipzig 1888, pág. 109). Se comprueba a través de este último documento la importación del libro en cantidades por la frontera rumana. Es probable que la rareza del libro se explique por tales envíos y la circulación hasta ser consumido por la lectura o hasta perderse por las investigaciones, etc., en Rusia, e igualmente por las confiscaciones y destrucciones de grandes cantidades en la frontera, cuando los contrabandistas tenían mala suerte. En Rusia, se tenía tan poca ocasión de leer a Bakunin, que ese libro, llegado en un momento de un interés intensificado por la revolución popular, atrajo todos los espíritus elevados (1).

En el segundo *Apéndice* (págs. 311-313) reproduce el programa de la Sección eslava de Zurich, escrito por Bakunin, que lo anota en su diario el 14 de agosto de 1872. Se dice allí (el texto está redactado en francés y cito el texto impreso según el manuscrito conservado por Ralli, *Briefwechsel*, 1895, págs. 381-383):

"2. Combatiré [la Sección] con igual energía todas las tendencias y manifestaciones del paneslavismo, es decir, de la llamada liberación de los pueblos eslavos por el poder del Imperio ruso, lo mismo que el pangermanismo, es decir, de su supuesta emancipación por la acción políticamente impuesta de la civilización burguesa de los alemanes, que tratan de organizarse hoy en un gran Estado llamado popular (2).

"3. Partidarios del programa revolucionario anarquista, que es el único que contiene, según nuestra opinión, las condiciones de una verdadera y completa emancipación de las masas populares, y convencidos de que la existencia del Estado, de todo Estado, es tan incompatible con la libertad del proletariado como es contraria a la fraternidad humana, internacional de los pueblos, queremos la abolición de todos los Estados.

"Para los pueblos eslavos, sobre todo, esta abolición es una cuestión de vida o muerte y, al mismo tiempo, el único

(1) Polémicas teóricas contra el *Apéndice A*, se encuentran en el *Nabat*, de Tkatchef, blanquista (reimpreso en *Anarchija Mysli*, Londres, 1879, págs. 5 a 22) y en el libro *Nuestras controversias* (en ruso, Ginebra, 1885, págs. 35-47, etc.) del marxista G. Plejanof.

(2) La observación sobre el paneslavismo es muy clara; la referente al pangermanismo se explica cuando se penetra en la discusión de esa tesis en una gran parte del libro.

medio de reconciliación con los pueblos de raza extranjera, sea turca, sea magiar, sea alemana" (1).

Los artículos 4 y 5 se refieren a la abolición del derecho jurídico, de la propiedad individualmente hereditaria y de la familia jurídica; el artículo 6, a la "federación absolutamente libre de los individuos en la asociación de las asociaciones productivas, sea en las comunas autónomas, sea, más allá de las comunas y de los límites provinciales y nacionales, en grandes asociaciones homogéneas ligadas por la identidad de sus intereses y de sus tendencias sociales; y de las comunas en naciones, de las naciones en la "humanidad". Los artículos 7, 8, 9 se refieren a la "idea divina", a la ciencia y a la instrucción y a las mujeres.

"10. La Sección eslava, aun dándose por misión especial la emancipación de los pueblos de raza eslava (2), no tiene, de ningún modo, a la organización de un mundo eslavo aparte, hostil o sólo extraño a los pueblos de razas distintas. Al contrario, tendrá por objeto principal hacer entrar los pueblos eslavos en la gran familia humana que la Asociación Internacional de los Trabajadores tiene por misión constituir sobre las bases de la libertad, de la igualdad y de la universal fraternidad."

El artículo 11 está dirigido contra un poder autoritario cualquiera en la Internacional; el artículo 12, contra las verdades oficiales impuestas en esa sociedad, y ese artículo declara que la Sección quiere hacer entrar el proletariado eslavo en la solidaridad económica universal, verdadera y única base de la unidad de la Internacional. El artículo 13 reconoce las libertades de las otras secciones, y el artículo 14 declara: "Como la Federación jurasiana ha proclamado altamente esos principios y como los practica sinceramente, la Sección eslava de Zurich ha pedido su admisión en su seno"; esta admisión tuvo lugar; Ralli y Holstein fueron los delegados de la Sección al Congreso jurasiano celebrado en Saint-Imier el 15 de septiembre de 1872; en agosto de 1873, eligió a Bakunin como su delegado al Congreso In-

(1) Hasta la anarquía, los pueblos eslavos estarán, pues, en estado de enemistad con los tres pueblos mencionados, observación extraordinaria para una organización que declara (artículo 1.º) adherirse plenamente a los estatutos generales "de la Internacional", votados en 1866.

(2) En el artículo 1.º, se "da por misión especial la propaganda del socialismo revolucionario y la organización de las fuerzas populares en los países eslavos." ¿Es la misma cosa?

ternacional de Ginebra. No asistió, y, además, siendo ese mes de agosto el de la ruptura entre Ross y sus tres camaradas, esa fecha marca también el fin directo o muy próximo de la Sección eslava.

En un programa polaco redactado también por Bakunin —el texto francés se encuentra en el *Bulletin* jurasiano de 1872— se dice sobre los límites de Polonia:

"7. Enemigos de todo poder de Estado, no reconocemos ningún derecho histórico o político. Para nosotros, Polonia no existe más que allí donde el pueblo se siente y quiere ser polaco, y acaba allí donde se asocia libremente a una unión libre de otro pueblo, por no querer pertenecer a la unión polaca."

De otra versión de ese programa que había de ser el de una sección polaca de la Internacional y de su periódico *Gmina* (*La Comuna*), no aparecido, mas para el cual Bakunin redactó un largo artículo, extraigo estos dos artículos (en traducción):

"6. Tendemos una mano fraternal a todos los hermanos de la gran raza eslava que gimen como nosotros bajo el yugo extranjero, el yugo moscovita, alemán, magiar o turco. Convencidos de su derecho indudable a una existencia y a un desenvolvimiento popular independientes, estamos dispuestos a concertar con ellos una alianza estrecha contra todos nuestros opresores y los suyos, a cualquier nación que pertenezcan. Y cada pueblo, o más bien cada Estado que oprime a otro pueblo en nombre de su propio pueblo, nos es odioso.

"7. Pero somos igualmente enemigos del paneslavismo de Moscú como del pangermanismo de Berlín y de Viena. Nuestro objetivo final es, no una federación eslava, sino la federación de todos los hombres, de todos los pueblos de la tierra, que es preciso libertar para siempre de sus amos y del poder de esos amos. Y en nombre de los derechos humanos generales a la emancipación del pueblo trabajador oprimido de todos los países, tendemos la mano fraternal a los socialistas revolucionarios de Europa y de América y queremos concluir con ellos una alianza poderosa, no de palabra, sino en la realidad."

Sin embargo, si esos polacos se aproximaron aparentemente a las ideas de Bakunin y aceptaron a los rusos en su

sociedad, bastó que llegase un socialista nacionalista polaco, Tokarzewicz, para hacerles cambiar de opinión y reclamar una revisión del programa. A causa de eso, Bakunin y sus amigos presentaron su dimisión en una carta razonada que se debe también a Bakunin. Basta decir que el llamado Stempkowski, que pocos meses después entregó a Netchaef a la policía suiza, fué la persona que hizo marchar esa sociedad a derecha y a izquierda; le convenía también introducirse en el ambiente de Bakunin, a quien se presentó el mismo día de su llegada a Zurich (4 de julio), etc. Fué el último esfuerzo de Bakunin para encontrar un terreno de cooperación solidaria con los polacos.

Se entendió mejor con los jóvenes servios y croatas; el 5 de agosto anota: "escrito organización para servios". Vió tanto a Svetozar Markovic, el fundador del socialismo servio, a quien anota en su carnet, como a Nicola Pasic, cuyo nombre no se encuentra en él, pero a quien, se asegura, conoció igualmente entonces. Pero esos hombres eran ya políticos consumados que contaban con factores de potencia más sustancial que Bakunin, gobiernos y electores, y debió de ver en ellos hombres de Estado y moderados. Bakunin estuvo en contacto con los jóvenes servios y croatas (Hrvac' anin) que lucharon en la calle con los gendarmes para arrancarles a Netchaef (sin conseguirlo), y como Bakunin consagró, sin duda, todas sus reclamaciones territoriales contra Austria-Hungría, no creó ciertamente el nacionalismo servio, que existía de larga data, pero le prestó una gran ayuda. La biografía de Svetozar Markovic por el profesor Skerlic' (en servio, Belgrado, 1910), libro bien documentado sobre esa época, lo testimonia.

¿Estamos en el nacionalismo o en la Internacional? La Internacional y el nacionalismo, para hablar exactamente, no han estado nunca del todo separados, pues estuvieron ligados por la noción tan elástica de la liberación de los pueblos o naciones oprimidas. Una tal liberación realiza un nacionalismo nuevo y apela a las simpatías internacionales; la guerra por la nacionalidad es, pues, legítima, bien acogida y sancionada internacionalmente. La fundación de la Internacional en 1864 tuvo lugar bajo el signo de la reconstrucción de Polonia y apelando a Europa contra Rusia: Marx y los ingleses no juraban más que por esos dioses. Baku-

nin, por su parte, juraba por el odio y la alianza eslavolatina contra los alemanes, magiares y turcos. ¿Podía ser de otro modo? Con 1848 y Napoleón III, Cavour y Mazzini, Garibaldi y la insurrección polaca, las guerras alemanas y la cuestión oriental constantemente ante los espíritus, ¿de dónde habría venido un internacionalismo serio? No existe hoy, sesenta, cincuenta años después; el primer grito de opresión nacional basta siempre para abrazar los odios y preparar amenazas y guerras, relegar a último lugar las ideas de conciliación, de convivencia, de humanidad. Se toma partido inmediatamente, se reduce la conciencia mediante argumentos especiosos a falta de otros y se dejan las profesiones de fe internacionalista para el buen tiempo en que el cielo nacional esté sin nubes y las declaraciones internacionalistas no obliguen a nada. No fué de otro modo en 1872 o en 1864, salvo que fuese un poco menos sofístico entonces. No nos asombremos, pues, de nada, ni del lado de Marx (a quien yo considero un excelente patriota inglés ante todo, de ningún modo alemán), ni del de Bakunin (que, con razón, se sentía eslavo de pura sangre): si uno y otro han dicho y hecho algunas veces muy bellas cosas para el internacionalismo, esa es su gloria y han estado a la cabeza de los hombres de su tiempo en eso —era preciso valor e inteligencia para hacerlo—; y si han patrullado a menudo terriblemente en el nacionalismo, que los que estén perfectamente inmunes y exentos de él les arrojen la primera piedra. Fueron hombres de su tiempo y de los que dijeron francamente lo que pensaban, cosa que es rara y permite ver desplegados tantos defectos, pequeños y grandes, que otros han sabido ocultar. Se les conoce menos, pero eso no prueba que hayan sido impecables.

También habría que tener en la memoria estas consideraciones, según mi opinión, para abordar con un espíritu independiente la lectura de *Estatismo y Anarquía*.

III

Sea como quiera, Bakunin, por sus ideas, por su personalidad y gracias al impulso dado entonces al movimiento antiautoritario, estaba en 1872 en contacto constante con

una verdadera pequeña Internacional de juventud, de buenas voluntades, de entusiasmo por las ideas y de simpatía hacia su persona. Se asoció en la primavera con Ralli y sus amigos los rusos de Zurich, recibió después la larga visita de Carlos Cafiero en Locarno y quedaron íntimamente ligados desde entonces. Las relaciones españolas fueron muy frecuentes en 1872-73 y renueva sus relaciones de buena camaradería con Eliseo Reclus en Lugano. En Zurich, ese microcosmo eslavo, le espera; jóvenes de ambos sexos de los más abnegados nihilistas; los jóvenes servios que han debido de recordarle los sueños del Congreso de los eslavos en Praga, en 1848; un joven polaco, Turski, el único que no fué al fondo nacionalista polaco, pero en cambio fué blanquista encarnizado y se resistió a Bakunin y a todos los demás sobre la dictadura en la revolución. La sombra de Netchaef, que no dejaba de barajar las cartas a su modo, y su suerte trágica, fueron una mancha negra sobre ese hermoso verano de 1872; también la salud en estado desesperado de Vicente Pezza, de Milán, que estuvo mucho con Bakunin ese verano, iluminado por la idea anarquista, pero moribundo, enfermo del pecho. Los viajes al Jura hicieron fraternizar la juventud rusa de Zurich, una parte de la cual acompañaba a Bakunin, con los obreros de la Federación jurasiana. El Congreso de La Haya, esa victoria pírrica de Marx, fué ampliamente contrarrestado por Bakunin mediante el Congreso internacional celebrado en Saint-Imier y por la conferencia reservada de la Alianza secreta reunida en Zurich en septiembre y que creó o renovó las relaciones revolucionarias íntimas con italianos y españoles sobre todo, inaugurando la gran actividad en esos países de 1873 y 1874. *Rebus bene gestis* en Zurich, Bakunin volvió lentamente por Ginebra a Locarno, donde, en ocasión del largo viaje de su mujer a Siberia, a casa de sus padres, vivió entonces solo en el albergue del Gallo que vió en esa época buen número de visitantes. Se puso a escribir, a escribir cartas, y descansó en conversaciones con Saitsef, un ruso radical que habitaba en Locarno, muy instruido, pero escéptico ante las ideas libertarias. Las memorias de Sokolof, que pasó dos meses en su casa, de enero a marzo de 1873, nos describen gráficamente ese período en que vivía enteramente su propia vida, prestando su apoyo a

una cantidad de esfuerzos de propaganda y a planes o proyectos de acción en el mediodía y el este de Europa. Incluso sus preocupaciones materiales habían sido un poco aminoradas entonces; su acreedor principal era el propietario del albergue, Giacomo; cuando le llegaban fondos, le pagaba; cuando no, Bakunin lo había amansado de tal forma que le dejaba tranquilo durante toda la jornada cuando le decía por la mañana con voz grave y sonora estas tres palabras: *coraggio, esperanza, perseveranza*, y Giacomo era inspirado por el valor, la esperanza y la perseverancia, y no decía una palabra sobre la factura el resto del día. *Probatum est*.

En Zurich, entre otros medios de propaganda en el ambiente ruso. Bakunin había apoyado mucho el que sus camaradas se ocuparan de la biblioteca rusa, un gabinete de lectura para libros y revistas rusas, socialismo y ciencia. Los camaradas, una veintena aproximadamente, se encontraron frente a los lectores, la gran masa de los estudiantes, la mayoría de opiniones moderadas, netamente hostiles a las ideas anarquistas. Estos juraban por Lavrof, que no se sentía revolucionario, un hombre de un socialismo reposado y que se atiborró de creencias o veneración hacia la filosofía, lo que hizo que tanto Bakunin como Marx, que le conocían bien, se burlaran de él. Sin embargo, representaba el justo medio entonces; estatista cuando fué impresionado por Marx en Londres, un poco neutral en estatismo cuando vió en Zurich en qué grado el ambiente ruso estaba influido por el desprecio absoluto hacia todo estatismo que sabía difundir Bakunin. Por eso Ross, que conocía a Lavrof desde hacía mucho tiempo, continuó acariciando el proyecto de revista rusa esbozado en 1870; y esa vez Lavrof estaba muy dispuesto a tomar parte, pero Bakunin lo estaba ya mucho menos, no tomando en serio a Lavrof, que había sabido producir no menos de tres programas diferentes para esa revista. Esas negociaciones de los últimos meses de 1872 no condujeron, pues, a ningún resultado, y Lavrof hizo aparecer solo, desde 1873 a 1877, su revista *Vpered (Adelante)*, que, testimonio de la influencia moral de Bakunin, conservó en los primeros tiempos una actitud bastante neutral en estatismo. Los estudiantes no fueron tan reservados; sucedió que a un centenar de lavristas se

les metió en la cabeza conquistar la biblioteca que la veintena de bakuninistas defendían. Estos habitaban en gran parte en una casa llamada "Zum Bremerschlüssel", donde estaba también la biblioteca; los lavristas asediaron la casa y hubo revoltijos homéricos y de muy mala sangre. Esto pasó en los primeros meses de 1873, y Bakunin fué llamado por Ross a Zurich en abril, para tratar directamente con Lavrof sobre un *modus vivendi* que asegurara la paz.

Era preciso, pues, pensar en medios de publicación independientes, y fué esbozado un primer proyecto práctico para la fundación de una imprenta rusa por Ralli, que sugirió a uno de sus compatriotas de Besarabia, Ursati, que fundara tal imprenta en Zurich con una decena de miles de francos (noviembre de 1872); pero no se hizo nada. En fin, en abril o mayo de 1873, la imprenta se fundó con fondos suscritos por un esfuerzo de los camaradas mismos: Ralli, 1,000 francos; señorita Hardine (más tarde la mujer de Ralli), 200 fr.; el remanente de una antigua caja de estudiantes de Moscú, 300 fr.; Oelsnitz y Holstein, 200 fr.; una de sus hermanas, 100 fr.; señorita Trofimova, 1,700 francos; señorita Potocka, 600 fr.; señora Lavrof (cuñada del hermano de P. Kropotkin), 1,000 fr.; en total, 5,100 francos.

El trabajo fué hecho por cuatro personas: Ralli, Ross, Popof y Jakovlef; estos dos últimos eran tipógrafos de oficio y camaradas, y enseñaron su arte a los otros dos; Ralli había hecho estudios de Medicina, y Ross, politécnico, era experto en trabajo manual, haciéndose rápidamente carpintero cuando se encontró en América en 1870, etc. "Se trabajaba regularmente de seis o siete de la mañana hasta las siete de la tarde. Popof, Ralli y Jakolef trabajaban a menudo noches enteras si había alguna cosa apremiante que hacer" (carta de Oelsnitz a James Guillaume; en mi *Biografía de Bakunin*, 1900, pág. 767). La corrección y la correspondencia estaban a cargo de Oelsnitz y, como se verá pronto, era preciso hacer bastantes traducciones, lo que hicieron Oelsnitz y otros amigos del grupo. Había una prensa a mano para dos personas donde se podían imprimir de 1,000 a 1,200 hojas por día trabajando catorce horas, según Ralli me ha contado en otro tiempo.

Se pusieron pronto al trabajo y, lo que caracteriza ese

esfuerzo, no se produjeron —que yo sepa— ni folletos ni volantes, sino que se abordó directamente la producción de un número de volúmenes bastante grandes. Bakunin alimentó esa imprenta mediante envíos sucesivos de manuscritos y señalando lo que había que traducir; se compusieron y se imprimieron así al menos dos libros a la vez.

Estas ediciones tenían la inscripción colectiva: *Izdaniia socialno-revoliucionnoi partii* (Ediciones del Partido Socialrevolucionario).

Ross tuvo esta idea, sugerida por las colecciones de los principales periódicos antiautoritarios que poseía, *La Liberté* (Bruselas), *L'Egalité* (Ginebra), *Le Progrès* y *Solidarité* (Locle, Neuchâtel): formar tres volúmenes sobre la literatura (artículos de teoría), los congresos generales y los congresos de cada país de la Internacional. Según J. Guillaume (*L'Internationale*, III, 1909, pág. 95), Ross se habría dirigido a él para pedirle que escribiese una historia abreviada de la Internacional, lo que corresponde con lo que Ross me dijo en 1922, de que Guillaume comenzó a escribir sobre el Congreso de Ginebra de 1866, manuscrito que Ross le devolvió. Guillaume (*id.*, pág. 95) se recuerda de su plan: 1. Resumen de la historia de esa sociedad en Suiza, sacada de la *Mémoire* jurasiana, y algunos artículos de *L'Egalité* y de *Le Progrès*. 2. Resumen de esa historia en Bélgica y artículos de *La Liberté*; eso para el primer volumen; otros volúmenes para los otros países. "Mi plan fué aceptado y redacté dos noticias sobre Suiza y Bélgica; fueron traducidas en ruso por Zaysef [Saitsef] creo; los artículos de periódicos fueron escogidos sea por Bakunin, sea por el grupo de Zurich y traducidos... para esa elección no se me consultó...". Ross me dijo que se reunieron esos materiales en Zurich y que Bakunin, cuando lo supo, hizo que se le enviara todo, agregando introducciones y notas.

Veamos ese libro, que se titula: *Istoritcheskoe Rastvievie Internacionala* (*El Desarrollo Histórico de la Internacional*). Primera parte, 1873 (sin lugar de impresión), 2, 375 págs. en 8.º Es una colección única aún, puesto que en ninguna parte se han tomado el trabajo de conservar así una cantidad de los mejores artículos, dispersados y rápidamente perdidos de vista y olvidados en los periódicos de la Internacional. El volumen, segundo de la serie, apareció

a fines de agosto de 1873, como la primera que estuvo lista de esas publicaciones.

La introducción ocupa las páginas 3 a 43 de la *Mémoire* jurasiana, que apareció casi al mismo tiempo o algunos días después del libro ruso. Siguen *Los adormideras*, *La Política de la Internacional*, *La instrucción integral*, por Bakunin (*L'Egalité*, 1869) y sus artículos en el *Le Progrès* (Locle, 1869), "revisados y aumentados por el autor": son los artículos que he vuelto a imprimir, en 1895, en *Oeuvres*, I, sin compararlos, sin embargo, con el texto corregido ruso.

Artículo de *Le Progrès* del 4 de septiembre de 1869, atribuido a Guillaume, mientras que es de Jukowski; *Ecos del Congreso de Basilea* (de *Le Progrès*; contra M. Hess); *Carta al ciudadano Murat*, por Guillaume (*Le Progrès*, 1 de enero de 1870).

Legislación directa y anarquía, *La Iglesia y la revolución*, extractos del famoso discurso de C. De Paepe en el mitin de Patignies, 1863, tomados de *Le Progrès*.

La fiesta del primero de marzo (en el cantón de Neuchâtel), por Guillaume.

El Estado (*Le Progrès*, 12 de marzo de 1870), atribuido a Guillaume, pero que es de A. Schwitzguébel.

La parte belga contiene: *Esbozo del desarrollo de la Internacional en Bélgica*, firmado por la Redacción (páginas 174-182). He visto sobre ese mismo asunto un manuscrito de Bakunin que no corresponde al texto impreso, pero que comienza parecidamente, hablando sobre Buonarroti en Bélgica, asunto sobre el cual escribió varias veces Bakunin, basándose, según creo, en lo que oyó decir sobre ello en otro tiempo en París y en Bruselas. Por otra parte, Guillaume dice haber redactado una noticia sobre Bélgica, y las notas, más exactas, sobre la sociedad "Le Peuple", sobre la *Tribune du Peuple*, han debido de ser compuestas por Guillaume, según lo que él supo de sus amigos belgas, De Paepe y otros. Es también probable que en ese texto los manuscritos de Guillaume y de Bakunin hayan sido refundidos por Bakunin.

Artículos de *La Liberté*: *La guerra* (1868, núm. 18), *El Vigésimo aniversario de las jornadas de junio de 1848* (1868, núm. 52), *Imperio y revolución* (núm. 58), *Propiedad, capital y cambio* (núm. 59, discutiendo a Proudhon y a Co-

lins), *Congreso de la Internacional* (en Bruselas), *Solidaridad internacional* (núm. 62), *La revolución en España* (núm. 68), *Teoría de la revolución, 1869* (1869, núm. 81), *El socialismo en París* (núm. 86), *La situación del proletariado en Bélgica*, *Parlamentarismo y socialismo*, *Las matanzas [de huelguistas] en Saint-Etienne* (1869, núm. 105), *La revolución en Francia* (núm. 109), *La república* (núm. 110), *El imperio constitucional* (núm. 111), *El sistema Ollivier*, *La guerra civil en España*, *Teoría de la fuerza* (núm. 111), *Las mujeres y el socialismo* (núms. 110, 112, 114).

Sigue un capítulo único e inesperado: *La Alianza internacional de los socialistas revolucionarios*, firmado por la Redacción (págs. 301-317); es el relato hecho por Bakunin de la historia de su sociedad secreta, la Fraternidad Internacional, desde 1864 a 1868, la fundación de la Alianza pública y la historia de ésta (1868-69); el discurso de Bakunin en el Congreso de Ginebra, septiembre de 1867, está intercalado (págs. 302-307). Esta es una exposición incompleta, indudablemente, sin la menor indiscreción, claro está, pero llena de indicaciones en grandes líneas precisas sobre el verdadero pensamiento y la táctica de Bakunin y de sus camaradas íntimos durante esos años. Quedé maravillado el día que, en 1892 según creo, encontré ese capítulo en el ejemplar encuadernado que comprende el *Estatismo* y esa colección —los dos rarísimos— que Kropotkin me había prestado entonces por primera vez; su mujer había descubierto y conservado esos volúmenes hacía mucho tiempo. Nadie conocía la existencia de ese capítulo; todos los historiadores y biógrafos lo han ignorado. J. Guillaume no había sabido nada y tuvo noticia de su existencia, con asombro, por medio de mi *Biografía*, que comenzó a leer en 1903. Se ha escrito cien veces sobre la Alianza, pero esa fuente, de primer orden, permaneció ignorada. Luego, por documentos y cartas aún más esparcidas, se obtuvieron confirmaciones de algunas partes de ese relato; otras son aún y serán siempre la fuente única sobre ciertas cosas. La ironía del azar quiso que, por el mismo tiempo aproximadamente, fuera publicado el libelo odioso de Marx, Engels, Lafargue y Utin sobre la Alianza, investigación que se vanagloria de penetrar los secretos de Bakunin y que, en verdad, no encuentra nada que valga; pero la *Mémoire* jura-

siana, de Guillaume —excelente sobre lo que dice, pero que silencia con razón el fondo de muchas cosas y se condena por eso a ser una fuente preciosa, aunque voluntariamente muy incompleta—, y ese capítulo ruso que dice tantas cosas —también él pasa por alto otras—, son, sin embargo, una luz que ilumina muchas tinieblas.

Siguen el discurso de Bakunin en el Congreso de Berna, de 1868 (págs. 317-365), y su informe sobre el derecho de herencia, sacado de *L'Egalité*, 1869.

Es, pues, un volumen que retiene el máximo posible de la vida intelectual de la Internacional en Suiza y en Bélgica en los años de desarrollo ascendente y de grandes esperanzas, 1868 a 1870 sobre todo. Se imprimieron 1,000 ejemplares, como el tomo III; de *Estatismo y Anarquía* se tiraron 1,200 ejemplares; pero, como he dicho ya, las confiscaciones al contrabando en la frontera rusa hicieron que se perdieran muchos volúmenes.

La imprenta produjo aún los once primeros pliegos de *Estatismo y Anarquía*, cuyo texto debió de ser escrito en mayo-junio-julio de 1873. Después sobrevino una ruptura entre Ross y el grupo Ralli, Oelsnitz, Holstein, que obligó a Bakunin a tomar partido; no había causa directa, que hubiera podido ser eliminada, sino incompatibilidad de temperamento, desarmonía de caracteres, que habían existido siempre y que hicieron poco a poco imposible la cooperación incesante exigida por la imprenta y otros trabajos. Bakunin declaró que se hacía solidario con Ross, a quien conocía más íntimamente que a los demás. Habría aceptado estar en relaciones amistosas y separadas con ambas partes; pero esa proposición no pareció haber sido aceptada de buena gana, y entonces, el 29 de agosto, hubo de reconocer el fin de las relaciones políticas con Ralli y sus amigos.

Estos tres, con los dos tipógrafos, abandonan la imprenta de Zurich, considerándose injuriados porque Ross no les cede nada; compran otros materiales tipográficos y se establecen en Ginebra, donde esa imprenta de Ralli continuó un número de años e hizo algunas publicaciones de un anarquismo correcto, aunque visiblemente atenuado, incoloro, que perdió su vigor y su ímpetu. Eso no nos concierne aquí; si bien hay que reconocer que, desgraciadamente, inaugura-

ron esa labor siempre útil, atendida y abnegada, pero pálida y débil, haciendo un mal juego a Bakunin.

Reproduzco este hecho según las propias palabras de Oelsnitz escritas a James Guillaume (véase mi *Biografía de Bakunin*, pág. 777): "...Poseyendo un programa de la Fraternidad Rusa fundada por Bakunin y de la cual éramos miembros nosotros, programa escrito por Bakunin y que contiene una hermosísima exposición de los principios anarquistas, resolvimos imprimirlo en forma de folleto, después de haber tachado previamente en absoluto cuanto, de una manera o de otra, tenía relación con la organización de la Fraternidad Rusa, de suerte que, en ese folleto, no hay nada más que puros principios anárquicos y colectivistas, un resumen de lo que se imprime cada día en los periódicos socialistas antiautoritarios..."

Se trata del folleto *K russkim revolucioneras* (A los revolucionarios rusos), núm. 1, 1873. Septiembre. "Revolucionnaya Obshtchina Russkich Anarchistov" (Edición de la Comuna Revolucionaria de los Anarquistas Rusos). 14 páginas en 12.º; sin lugar de impresión; está reimpresso en la edición rusa de las *Cartas*, 1896.

La observación de que esas ideas se imprimían en todos los periódicos es excesivamente inexacta. En efecto, se trataba del conjunto de un documento que fué remitido a los miembros del grupo secreto por un acto de confianza y al publicarlo, aunque fuese en la forma elegida, abusaron de esa confianza. El autor de la carta a Guillaume se asombró y se indignó porque —según la opinión de Bakunin que Ross mismo les transmitió— "somos traidores que hemos impreso, como pretende, el programa secreto de la Alianza". Bakunin, en una última carta a uno de los tres (1 de octubre de 1873) lamenta mucho que esa publicación "haya abierto entre vosotros y yo un abismo. Hay cosas que no se comprenden desde nuestro punto de vista y que se admiten aún menos. Eso, probablemente, os parecerá incomprensible; espero que lo comprenderéis más tarde..."

He comparado ese texto ruso con un impreso clandestino que data del invierno de 1868 a 1869 (4 págs. en 4.º) y que reproduce el programa de la organización de la Fraternidad, dejando en blanco ese nombre y toda otra indicación real, pieza impresa en confianza por Czerniecki, el impre-

sor de Herzen, y lo he comparado aún con los fragmentos de una traducción italiana de los principios de la Alianza (reconstruida en Zurich en septiembre de 1872) encontrados en Italia en casa de los internacionalistas presos, y reproducidos, por ejemplo, por el procurador en el gran proceso de Florencia en 1875, según el libro que contiene su informe (*Dibattimenti...*, Roma, 1875, 530 págs.), y esa comparación (véase mi *Biografía de Bakunin*, pág. 778) muestra hasta qué grado esos tres documentos se corresponden, algunas veces, textualmente. Ello quiere decir que el documento fundamental de una organización secreta en pleno vigor entonces (1873) en Italia y España si no en otras partes, fué publicado en ese folleto ruso por hombres a quienes había sido remitido en confianza como miembros que hacían profesión de darse a las ideas. Tal cosa se realizó casi al mismo tiempo que Marx hacía una publicación de documentos semejantes con el fin de destruir esa sociedad, la Alianza, sirviéndose de lo que otras personas aún, mediante nuevos abusos de confianza, le habían comunicado de proyectos atribuidos a Bakunin. El grupo en cuestión no ignoraba el relato de Bakunin sobre esa sociedad secreta y sabía perfectamente que si dicho relato hablaba francamente de un pasado ya lejano, era de una discreción absoluta sobre el presente de entonces, 1873; ayudaron a Marx y a los procuradores italianos a colmar esa laguna. Eso basta para comprender que, para Bakunin, tal acción inesperada, no solo marcaba el fin de sus relaciones con esos tres, sino que incluso debió de experimentar un desencanto general sobre mucha gente.

Ross continuó la publicación de los tres libros hasta terminarlos, trabajando con gran perseverancia, pero casi solo. Es muy probable que Bakunin, absorbido desde entonces por los asuntos italianos y los propios asuntos entre él y Cafiero con motivo de "La Baronata", esa desgraciada villa de Locarno que Cafiero hizo reconstruir entonces, se desinteresara de dichos volúmenes rusos; pero Ross poseía una gran tenacidad y llegó al fin propuesto, no ya en Zurich, sino en Ginebra y en Londres. Zurich se hizo inhospitalario entonces para los rusos, y la policía impidió la continuación de la imprenta. Ross hizo componer los pliegos 12 y siguientes en Ginebra, en la imprenta del polaco

B. Gilk, antiguo miembro de la sección de la Alianza (1869). "Para esa segunda parte he retocado un poco el manuscrito de Bakunin, suprimiendo algunas cosas demasiado largas y algunas repeticiones", escribe a Guillaume (1908). Me dijo (en 1904) que mucho más tarde, en Lugano —por lo tanto en 1875— Bakunin le mostró una cantidad de hojas que serían la continuación del texto; pero esa indicación es contradictoria con respecto a la reproducida por Guillaume (*Oeuvres*, VI, 1913, pág. 427), según la cual, en junio de 1874, en Locarno, cuando Ross deseaba obtener el manuscrito de la segunda parte de *Estatismo*, Bakunin, "absorbido como estaba desde hacía ocho meses por los trabajos de amueblamiento de "La Baronata", no había escrito nada." Yo no puedo explicar esta contradicción; es muy posible que los manuscritos rusos que existían en 1875 no se encuentran ya donde serían buscados; pero si esa continuación no fué escrita en 1874, ciertamente, no ha sido escrita después. En 1922, Ross me ha dicho que Bakunin escribió algunas hojas del segundo volumen; pero se ignora dónde se encuentran.

En noviembre de 1873, Ross se dirigió a Londres, adonde había expedido el material tipográfico de Zurich.

El Desenvolvimiento Histórico de la Internacional había aparecido ya el 28 de agosto de 1873, día en que Oelsnitz escribió a Ralli que debía comprarlo (6 francos), porque no se daba ningún ejemplar. Esto pasó, pues, después de la ruptura con Ross. ¿Cuándo apareció *Estatismo y Anarquía*? Aunque el título lleva la fecha de 1873, no apareció sino entre diciembre de 1873 a marzo de 1874. Ross debía de estar en Londres entonces e ignoro cómo pudo hacer para organizar la distribución del libro; pero era práctico y no lo dejaría amontonado. Su gran preocupación era la expedición en masa a Rusia, y los depósitos en las librerías fuera de Rusia le interesaban poco. Este punto queda aún por aclarar.

Hubo una tercera publicación rusa ya mencionada. N. Sokolof, el autor de *Otshtchepency* (*Los Refractarios*, un libro sobre los rebeldes y socialistas del pasado, recogido en Rusia y reimpresso en Zurich), buen conocedor de las ideas prudhonianas, fué estimulado por Bakunin a escribir sobre Proudhon en los primeros meses de 1873, en ocasión

de su larga visita a Locarno. Esto muestra que Bakunin buscaba una ocasión de presentar a Proudhon a los lectores de ese tiempo, hombre tan despreciado y maltratado por Marx como él mismo. Ross parece haber tenido la idea de dirigirse a Guillaume, hombre infinitamente más apropiado para obtener un manuscrito de tal asunto que Sokolof. Guillaume compuso un estudio muy interesante sobre las *Confesiones de un revolucionario para servir a la historia de la revolución de febrero*, de Proudhon (1849), que combinó con una crítica de éste desde el punto de vista del anarquismo colectivista y una exposición de esta última concepción. Así encuentra el lector allí presentado a la vez lo que admiramos todos en Proudhon: su crítica a la autoridad, y un razonamiento claro y razonado sobre las cuestiones en las cuales los anarquistas de la Internacional diferían de Proudhon en el terreno económico. Saitsef tradujo el manuscrito francés que había servido a Guillaume para inspirar las conferencias que sobre Proudhon pronunció en el Jura; ese manuscrito fué devuelto a Guillaume y quemado en 1899. Como Guillaume no oyó nunca leer una traducción del texto ruso, no sabía cómo había obrado Saitsef con su manuscrito, si lo había traducido o arreglado. Ese libro parece ser el más raro de los tres; ya no he visto más que el ejemplar del British Museum que procede, creo, del depósito legal; estaba completamente nuevo, en cubierta verde; lo he abierto hace treinta años, siendo su primer lector. Es, pues, *Anarchiya po Prudonu* (*La Anarquía según Proudhon*), 1874, III, 212 páginas en 8.º

Ross y uno o dos cajistas polacos produjeron ese libro en los primeros meses de 1874; después, el material tipográfico fué enviado al Jura, a casa de un amigo de Ross, que no renunciaba a otros proyectos de publicación; pero, cuando fué detenido en Rusia, a principios de 1876, consiguió hacer saber a sus amigos que deseaba que se enviase el material a Ginebra, a Ralli, lo que se hizo. Yo agrego aún que, en 1873, en ocasión de la ruptura del grupo, Ross habría deseado entenderse y cooperar con Ralli si éste se hubiera separado de los otros dos. Mas como Bakunin no quiso separarse de Ross, por lo mismo, Ralli quiso continuar con sus amigos, y se produjo la ruptura.

Ralli, en los recuerdos publicados en la revista rusa *Mi-*

nuvishie Gody (El Pasado) San Petersburgo, octubre 1908, págs. 142 a 168, cuenta que, en 1872, envió a Bakunin, a petición de éste, varios libros de Proudhon, especialmente las *Confesiones* y la *Idea general de la revolución en el siglo XIX* (1851). Las otras indicaciones son interesantes, pero no sé ponerlas de acuerdo con lo que ha dicho siempre Guillaume (1). Dice que el prefacio (III páginas) de *Anarchiya po Prudonu* fué dictado por Bakunin a Saitsef; sería preciso volver a leerlo para estudiar su contenido, del que no conservo ningún recuerdo. Parece creer que el libro es de Saitsef y que éste reproduce la crítica de Proudhon que escuchó de labios de Bakunin en conversaciones sobre Proudhon, tal como una a la cual asistió también Ralli. Nada más probable que tales conversaciones; pero Ralli no dice nada del manuscrito de Guillaume que sirvió de base al texto ruso de Saitsef. Sería, pues, necesario volver a tomar el libro críticamente y ver en qué grado ha sido Saitsef el traductor de Guillaume y lo que ha podido agregar de pensamientos de Bakunin, que una investigación paciente podría separar del texto Guillaume-Saitsef.

Pero Ralli posee otro manuscrito de Saitsef también sobre Proudhon, una introducción a la *Idea general de la revolución* y un resumen de los tres primeros estudios de Proudhon. Bakunin revisó ese manuscrito e hizo algunas ediciones; por ejemplo, escribe a la cabeza del primer capítulo lo que sigue (traducido del ruso, Min. G. pág. 145):

“Cuando en la sociedad existe una causa suficiente para la revolución, ninguna acción humana puede impedir que esa revolución se haga. Si el gobierno o las clases privilegiadas tratan de impedir la revolución, tales esfuerzos por sofocar la fuerza revolucionaria, esas reacciones, aunque por un momento parezcan coronadas de éxito, no hacen más que reforzar en su esencia la fuerza que quieren sofo-

(1) Cada autor de memorias dispone de un grado diferente de recordación, es inevitable. He pasado en otro tiempo muchas horas con las memorias de Ralli, publicadas en 1894 y 1896 en lengua rumana, que no me es nada familiar, y he ido a Bucarest, a fines de 1893, expresamente para recoger los recuerdos de Ralli sobre Bakunin, muy amablemente comunicados por él. Sabe muchísimas cosas; pero, por lo que se refiere a las relaciones con Bakunin (de marzo de 1872 a octubre de 1873, que comprenden por tanto dos veranos), le ocurre fatalmente que confunde algunas veces 1872 con 1873, tal viaje a Locarno con tal otro, Lermontof con Hrvac'anin sobre todo, etc. Si esos recuerdos hubieran podido apoyarse en un cuadro cronológico exacto, serían de una precisión distinta.

car; ayudan a formularse la idea revolucionaria; muestran con mucha más seguridad a la revolución la vía que debe seguir; le trazan esa vía que el instinto revolucionario, abandonado a sí mismo, habría quizás buscado largo tiempo sin encontrarla” (1).

Ross debió de hacer las expediciones de ese volumen directamente desde Londres, lo que explicaría aún más su rareza en el Continente. En Locarno, desde mediados de julio, las disensiones entre Cafiero y Bakunin implican tanto a Ross como a Bakunin en el curso de esos meses penosos y crueles para él; cesa completamente de considerarlo su amigo y se lo dice en términos muy francos. Ross hizo ese otoño un viaje rápido a Rusia (entre el 19 de octubre y el 6 de diciembre, fechas de cartas de antes y de después de ese viaje). El 18 de diciembre de 1874, cuenta sus impresiones en Rusia —lamento no conocer en detalle esas páginas—. Propone entonces a Bakunin imprimir el *Apéndice A de Estatismo* en folleto separado y le invita a escribir adiciones sobre la organización, tal como el que había ya comenzado (2), o bien la continuación de *Estatismo* y *Anarquía*. Pero Bakunin, aunque hasta 1875 escribió sobre Rusia, no debió de atender ninguna de esas proposiciones, sintiéndose cordialmente lesionado por los acontecimientos de los pasados meses.

Así termina su cooperación con los jóvenes rusos, comenzada en el verano de 1870, llegada al verdadero apogeo en 1872-73 y carcomida y cortada en 1873-74. Sin embargo, gracias a la abnegación de varios, que fundaron la imprenta, a la perseverancia de uno solo, Ross, que no desistió de llevar a buen fin esos tres libros notables, y a la actividad siempre dispuesta de Bakunin, los tres volúmenes fueron publicados. Habrían merecido una suerte más favorable, una distribución más armoniosa, el estudio y la discusión más tranquilos; pero, no obstante, cayeron en buen terreno,

(1) Sería preciso ver si ese pasaje se encuentra en *Anarchiya po Prudonu*. Ralli dice que ese libro fué también compuesto en Zurich, y de él se imprimieron 1200 ejemplares en una prensa a mano, en parte, hasta la ruptura. Todo eso es posible, pero es posible también —probable incluso para mí hasta la verificación por el libro— que ese manuscrito, tal vez no utilizado, haya inducido a Ralli a error.

(2) En su viaje penoso de agosto-septiembre, Bakunin anota el 19, en Sierre (Valais): “escrito folleto ruso”; el 20: “artículo ruso”. ¿Sería esto a lo que Ross alude?

en manos de una juventud "que iba al pueblo", que se sacrificaba libremente, y que, reforzada en su fe, si era preciso, por el espíritu libertario tan ampliamente emanado de esos hermosos libros, puede decirse que no pereció inútilmente y avanzó por la buena vía directa hacia la libertad y la dicha social de todos.

Releamos *Estatismo y Anarquía*, ese canto de cisne de Bakunin, con el mismo espíritu, aplicándole nuestra crítica si es reflexionada y bien fundamentada y tomando de él generosos sentimientos.

Max Nettlau

(1925)

ESTATISMO Y ANARQUÍA

(1873)

La lucha entre las dos tendencias en la
Asociación Internacional de Trabajadores.

ESTATISMO Y ANARQUÍA

La Asociación Internacional de los Trabajadores, cuyo origen apenas se remonta a nueve años, ha conseguido durante ese tiempo tal influencia sobre el desenvolvimiento práctico de las cuestiones económicas, sociales y políticas en Europa, que ningún periodista u hombre de Estado puede rehusarle, en la hora que corre, el interés más serio y con frecuencia el más inquietante. El mundo oficial y oficinero, y el mundo burgués en general, ese mundo de felices explotadores del trabajo penoso, la considera con aquella emoción interior que se experimenta ante la proximidad de un peligro amenazador aunque desconocido o apenas definido; como si se tratase de un monstruo que debiera tragar infaliblemente este sistema social y económico si no se tomasen al instante medidas enérgicas, aplicadas simultáneamente en todos los países de Europa, para poner fin a su éxito rápido y creciente.

Se sabe que, desde la última guerra que rompió la hegemonía histórica de la Francia estatista en Europa —reemplazándola por la hegemonía aún más detestada del pan-germanismo estatista—, las medidas contra la Internacional se han convertido en objeto preferente de las negociaciones intergubernamentales. Es un fenómeno completamente natural. Los Estados, que, en el fondo, se odian unos a otros y son eternamente irreconciliables, no han podido ni pueden encontrar otra base de acuerdo que el sometimiento concertado de las masas trabajadoras, que forman la base común, el objeto de su existencia. No es necesario decir que el Príncipe de Bismarck ha sido, y sigue siendo, el inspirador principal de esa nueva Santa Alianza. Sin embargo, no fué él quien primero presentó sus proposiciones. Dejó ese honor dudoso a la iniciativa del humillado Gobierno del Estado francés, a quien acababa justamente de arruinar.

El ministro de Negocios Extranjeros de la Administración pseudopopular, ese traidor de la república, pero, al contrario, amigo abnegado y defensor de la orden de los jesuitas, que cree en Dios y desprecia la humanidad, y es despreciado a su vez por todos los defensores honestos de la causa del pueblo —el famoso hablador Julio Favre, que cede quizás únicamente al señor Gambetta el honor de ser el prototipo de todos los abogados—, ese hombre asumió con regocijo la misión de calumniador feroz y de denunciante. Entre los miembros del Gobierno llamado de "Defensa nacional" estaba, sin duda, uno de los que más contribuyeron al desarme de la defensa nacional y a la capitulación notoriamente pérfida de París en manos del vencedor arrogante, insolente y despiadado. El Príncipe de Bismarck se burló de él y le insultó ante el mundo. Y he ahí que ese Julio Favre, como enorgullecido de esa doble infamia —la suya propia y la de Francia traicionada, y quizás vendida por él—, movido al mismo tiempo por el deseo de entrar en la buena consideración del humillador, el gran Canciller del victorioso Imperio germánico, y por su odio profundo al proletariado, en general, y sobre todo al obrero parisiense, he ahí que hace su aparición con una denuncia formal contra la Internacional. Los miembros de ésta que en Francia se encontraban a la cabeza de las masas obreras, intentaron suscitar una sublevación popular contra los conquistadores alemanes, tanto como contra los explotadores, los gobernantes y los traidores del interior. Crimen terrible por el cual la Francia oficial o burguesa castigará con una severidad ejemplar a la Francia popular.

Por eso la primer palabra pronunciada por el Gobierno francés al día siguiente de la derrota horrible y vergonzosa, ha sido la de la reacción más abominable.

¿Quién no ha leído la circular memorable de Julio Favre, en la cual la mentira desnuda y la ignorancia más crasa sólo ceden a la ferocidad impotente y furiosa del republicano renegado? Es el grito de angustia, no de un solo hombre, sino de la civilización burguesa, que consumió todo en el mundo y está condenada a muerte por su debilitamiento total. Presintiendo el acercamiento del fin inevitable, se aferra con una desesperación furiosa a cuanto pueda prolongar su existencia malhechora, apelando a todos los ído-

los del pasado, destronados ya en otro tiempo por ella misma: Dios y la Iglesia, el papa y el derecho patriarcal, y, sobre todo, como mejor medio de salvación, al apoyo de la policía y de la dictadura militar, aunque sea prusiana, siempre que salve los *hombres honestos* de la terrible tempestad de la revolución social.

La circular del señor Julio Favre halló un eco... y ¿dónde, creeréis? ¡En España! El señor Sagasta, el ministro de una hora del rey de España de una hora, Amadeo, quiso, a su vez, agradar al Príncipe de Bismarck e inmortalizó su nombre. También promovió una cruzada contra la Internacional. No satisfecho con las medidas estériles e impotentes adoptadas, que sólo provocaron una actitud burlesca del proletariado español, también él redactó una circular diplomática de hermosas frases, por la cual, sin embargo, recibió, con el asentimiento indudable del Príncipe de Bismarck y de su ayudante Julio Favre, una lección bien merecida del Gobierno más prudente y menos libre de la Gran Bretaña, y cayó algunos meses más tarde.

Parece, por lo demás, que la circular del señor Sagasta, aunque hablase en nombre de España, fué inventada, si no redactada, en Italia, bajo el impulso directo del rey experimentado que era Víctor Manuel, padre afortunado del desgraciado Amadeo.

Las persecuciones contra la Internacional en Italia fueron emprendidas por tres partes diferentes: primero, como había que esperarlo, pronunció su condena el Papa. Lo hizo del modo más original, mezclando en una misma anatema a todos los miembros de la Internacional, los francmasones, los jacobinos, los racionalistas, los deístas y los católicos liberales. Según la definición del Papa, pertenece a esa asociación reprobada todo el que no se someta ciegamente a su charlatanería inspirada por Dios. Es así como definía el comunismo hace veintiséis años un general prusiano: "¿Sabéis —decía a sus soldados— lo que es ser comunista? Eso significa poder obrar contra el pensamiento y la voluntad suprema de Su Majestad el Rey".

Pero no fué solamente el papa católico el que maldijo la Asociación Internacional de los Trabajadores. El célebre revolucionario José Mazzini —mucho más conocido en Rusia como patriota italiano, conspirador y agitador que como

metafísico deísta y fundador de la nueva Iglesia en Italia—, sí, ese mismo Mazzini consideró útil y necesario —en 1871, al día siguiente de la derrota de la Comuna de París, cuando los ejecutores feroces de los feroces decretos de Versalles fusilaban por millares a los comunistas desarmados— unir a la anatema de la Iglesia católica y a las persecuciones policíacas del Estado, su anatema propio, llamado patriótico y revolucionario, pero en el fondo absolutamente burgués y al mismo tiempo teológico. Creía que su palabra bastaría para matar en Italia la menor simpatía hacia la Comuna de París y estrangular en germen las secciones internacionales que acababan de florecer. Tuvo lugar lo contrario: nada ayudó más al refuerzo de esas simpatías y a la multiplicación de las secciones internacionales que su anatema vibrante y solemne.

El Gobierno italiano, por su parte, enemigo del Papa, pero más enemigo aún de Mazzini, no durmió tampoco. No comprendió al principio el peligro que le amenazaba por parte de la Internacional, que se desarrollaba con rapidez, no sólo en las ciudades, sino también en las aldeas de Italia. Creía que la nueva asociación serviría únicamente para reaccionar contra el éxito de la propaganda republicano-burguesa de Mazzini, y en ese sentido no se engañó en su cálculo. Pero llegó pronto a la conclusión de que la propaganda de los principios de la revolución social en medio de una población excitada, llevada por él mismo a un grado extremo de pobreza y de opresión, se volvía mucho más peligrosa que todas las agitaciones y empresas políticas de Mazzini. La muerte del gran patriota italiano, que siguió de cerca a su ataque venenoso contra la Comuna de París y contra la Internacional, apaciguó, por lo que a él se refería, al Gobierno italiano. El partido mazziniano, sin jefe, no le inspiraba ya ningún temor. El proceso de descomposición tenía lugar visiblemente en el seno del partido, y como su origen y su fin, lo mismo que su composición, tenían un carácter netamente burgués, dió indicios innegables de la impotencia que aflige en la hora actual a todas las empresas burguesas.

Muy diferente es la propaganda y la organización de la Internacional en Italia. Se dirigen directa y exclusivamente a los medios obreros que, en Italia, como en los demás paí-

de Europa, concentran en sí toda la vida, toda la fuerza y el porvenir de la sociedad contemporánea. Se adhieren a ella sólo algunas unidades del mundo burgués, que, habiendo aprendido a detestar con toda su alma el orden actual —el orden político, económico y social— han vuelto la espalda a la clase de que son originarios y se han consagrado enteramente a la causa del pueblo. Esos hombres no son numerosos, pero son inapreciables, ciertamente, a condición de que, al declararse enemigos encarnizados de la tendencia burguesa a la dominación, puedan sofocar en ellos los últimos vestigios de su ambición personal. En ese caso son, lo repito, verdaderamente inestimables. El pueblo les da la vida, la fuerza elemental y el fundamento, pero en cambio ellos le aportan los conocimientos positivos, el hábito de la abstracción y de la generalización y la aptitud para organizarse y fundar uniones que, a su vez, instituyen la fuerza creadora consciente, sin la cual toda victoria es imposible.

En Italia, como en Rusia, se encontró un número bastante considerable de jóvenes de esta categoría —mucho más que en cualquier otro país. Pero lo más importante es que existe en Italia un proletariado enorme, excesivamente inteligente por naturaleza, pero muy frecuentemente sin instrucción y viviendo en una miseria abyecta: ese proletariado está compuesto de dos o tres millones de obreros de las ciudades, de fábricas y de pequeños artesanos, y de aproximadamente veinte millones de campesinos desprovistos de todo bienestar. Como se ha dicho más arriba, esa clase innumerable de trabajadores está reducida por la administración opresiva y ladrona de las clases propietarias —bajo el cetro liberal del rey libertador y del amontonador de tierras italianas— a tal grado de desesperación, que, aun los defensores y cómplices interesados de la Administración actual comienzan a confesar y a hablar abiertamente en el parlamento y en los periódicos oficiales de que es imposible continuar del mismo modo, y que es urgente hacer algo por el pueblo, a fin de evitar un cataclismo popular que lo destruya todo a su paso.

En ninguna parte es tan inminente la revolución social como en Italia; en ninguna parte, sin exceptuar siquiera a España, a pesar de la existencia en ese país de una revolución oficial, mientras que en Italia todo parece tranquilo.

Todo el pueblo espera en Italia una transformación social y aspira a ella conscientemente. Puede, pues, imaginarse uno con qué amplitud, con qué necesidad y con qué entusiasmo ha sido acogido el programa de la Internacional y lo es hasta hoy por el proletariado italiano. No existe en Italia, como sucede en la mayor parte de los países de Europa, ese sector especial de obreros privilegiados en cierto grado gracias a un salario elevado que, ostentando incluso su educación literaria e impregnados hasta tal punto de principios, inclinación y vanidades burguesas, sólo se distingue de la clase explotadora por su posición, pero de ningún modo por sus tendencias. Ese sector de trabajadores se encuentra sobre todo en Alemania y Suiza; en Italia, al contrario, es insignificante y se diluye en la gran masa sin dejar el menor rastro o influencia. En Italia, predomina el proletariado extremadamente pobre, ese *lumpenproletariat* de que los señores Marx y Engels, y en consecuencia toda la escuela socialdemócrata de Alemania, hablan con un desprecio profundo; pero muy injustamente, porque en él —y en él solamente, y no ciertamente en el sector aburguesado de la masa obrera de que acabamos de hablar— es donde está cristalizada toda la inteligencia y toda la fuerza de la futura revolución social.

Tendremos aún que volver sobre esta cuestión; por el momento, limitémonos a sacar la conclusión siguiente: gracias a ese predominio decisivo del proletariado extremadamente pobre en Italia, la propaganda y la organización de la Asociación Internacional de los Trabajadores adquirieron, en ese país, un carácter profundamente apasionado y verídicamente popular, y justamente gracias a eso, sin verse restringidas a las grandes ciudades, abarcaron pronto la población rural.

El Gobierno italiano comprende ya el peligro de ese movimiento y se esfuerza por todos los medios, pero en vano, por sofocarlo. No publica circulares sonoras y pomposas, pero obra como un poder policíaco, a la sordina, y sofoca sin explicaciones, sin tumulto. Disuelve, una tras la otra, y a despecho de todas las leyes, las sociedades obreras con la sola excepción de las que cuentan entre sus miembros honorarios a los príncipes, a los ministros, a los prefectos o, en general, a los hombres ilustres y venerables. Todas las

otras sociedades obreras son, al contrario, perseguidas despiadadamente por el Gobierno, que se apodera de sus documentos, de sus cajas y encierra a sus miembros, durante meses enteros, sin forma de proceso, sin examen ninguno, en sus sucias prisiones.

No hay ninguna duda de que, al obrar así, el Gobierno italiano es guiado, no sólo por su propia sabiduría, sino también por los consejos e indicaciones del ilustre Canciller de Alemania, lo mismo que antes seguía dócilmente los mandatos de Napoleón III. Italia está en una situación singular, porque mientras por el número de sus habitantes y por la extensión de sus tierras debiera ser contada entre las grandes potencias, por su fuerza propiamente dicha, este país arruinado, podrido y, a pesar de todos sus esfuerzos, bastante mal disciplinado, y además odiado por las grandes masas y también por la pequeña burguesía, apenas puede ser considerado como una potencia de segundo orden. Por esas razones le es necesario un protector, es decir, un amo fuera de Italia; y todo el mundo hallará natural que, después de la caída de Napoleón III, el Príncipe de Bismarck se tenga por *aliado indispensable* de esa monarquía, creada por la intriga piamontesa preparada por los esfuerzos y hazañas patrióticas de Mazzini y Garibaldi.

La mano del ilustre Canciller del Imperio pangermánico pesa mucho, en la hora actual, en toda Europa; sólo Inglaterra, quizás, constituye una excepción —aunque no deje de ver con inquietud cómo se eleva esa nueva potencia— y también España, que está garantizada contra la influencia reaccionaria de Alemania, al menos por los primeros tiempos, tanto por su revolución como por su situación geográfica. La influencia del nuevo imperio se explica por el triunfo asombroso obtenido sobre Francia. Todos reconocen que, por su posición, por los enormes recursos por ella conquistados y por su organización interior, ocupa decididamente al presente el primer puesto entre las grandes potencias europeas y está en disposición de hacer sentir su hegemonía a cada una de ellas. Que su influencia tiene que ser inevitablemente reaccionaria, no cabe duda alguna.

Alemania, tal como es ahora —unida por el fraude (1)

(1) En política, lo mismo que en todas las esferas de la hacienda, el fraude es considerado una virtud.

general y patriótico del Príncipe de Bismarck, y reposando por una parte en la organización y la disciplina ejemplares de su ejército, dispuesto a estrangular y a aplastarlo todo en el mundo y a perpetrar toda suerte de crímenes en el interior del país lo mismo que en el extranjero a la primera señal de su emperador-rey, y por otra en el patriotismo feudal, en la ambición nacional ilimitada y en el culto divino del Poder que caracteriza hasta hoy a la aristocracia alemana, a toda la corporación de sabios alemanes, y al pueblo alemán mismo— Alemania, digo, enorgullecida por el poder constitucional despótico de su autócrata y potentado, representa y reúne en sí enteramente uno de los dos polos del movimiento político y social contemporáneo: el polo del estatismo, del Estado, de la reacción.

Alemania es un Estado por excelencia, como lo era Francia bajo Luis XIV y bajo Napoleón I, como no dejó de serlo hasta hoy Prusia. Desde la creación definitiva del Estado prusiano por Federico II, la cuestión era: ¿Va Alemania a devorar a Prusia o Prusia a Alemania? Ahora se sabe ya que fué Prusia la que se tragó a Alemania. De ello se deduce que, mientras Alemania sea un Estado, a pesar de todas las formas seudoliberales, constitucionales, democráticas e incluso demócratas socialistas, será inevitablemente el representante principal y de primer orden y la fuente continua de todas las especies de despotismo en Europa.

Hay que hacer constar que, desde la formación del nuevo estatismo en la Historia, desde la segunda mitad del siglo XVI, Alemania, agregándose el imperio austríaco como alemán que es, no ha cesado jamás de ser, en el fondo, el centro principal de todos los movimientos reaccionarios de Europa, sin exceptuar el período en que el ilustre librepensador coronado Federico II correspondía con Voltaire. Hombre de Estado de gran inteligencia, discípulo de Maquiavelo y preceptor de Bismarck, lanzaba invectivas contra todo: contra Dios y contra los hombres, sin exceptuar, naturalmente, a su corresponsal-filósofo, y no creía más que en su propio *espíritu de Estado*, apoyándose con eso, como siempre, en la *fuerza divina de los batallones innumerables* (Dios está siempre de parte de los fuertes batallones, decía), y también en la economía y en el perfeccionamiento posible de la administración interior del país, de la admi-

nistración mecánica y despótica, naturalmente. Es en eso en lo que, según él, y según nosotros también, se resume en efecto toda la esencia del Estado. Lo demás es decoración inocente que tiene por objeto engañar los sentimientos delicados de los hombres incapaces de soportar la verdad severa y dura.

Federico II había perfeccionado y terminado la máquina estatal construída por su padre y por su abuelo y preparada por sus antepasados, y esa máquina se ha convertido en manos de su digno sucesor, el Príncipe de Bismarck, en instrumento para la conquista y para la prusogermanización posible de Europa.

Alemania, hemos dicho, desde el período de la Reforma, no ha cesado de ser la fuente principal de todos los movimientos reaccionarios en Europa; desde la mitad del siglo XVI hasta 1815, la iniciativa de ese movimiento pertenecía a Austria. Desde 1815 a 1866 se repartió entre Austria y Prusia, con el predominio, sin embargo, de la primera mientras fué administrada por el viejo Príncipe de Metternich, es decir, hasta 1848. Desde 1815 se acercó a esa Santa Alianza de la reacción puramente germánica, más bien a título de aficionado que de hombre de negocios, el knut tártaroalemán, nuestro knut imperial de todas las Rusias.

Movidos por un deseo natural de desembarazarse de la pesada responsabilidad por todas las ignominias cometidas por la Santa Alianza, los alemanes tratan de persuadirse y de persuadir a los demás que su instigador en jefe era Rusia. No somos nosotros los que defenderemos a la Rusia imperial, porque, precisamente en razón de nuestro profundo amor al pueblo ruso, y porque deseamos tan ardientemente su progreso más amplio y su libertad más completa, odiamos ese inmundo Imperio panruso como ningún alemán podría jamás odiarlo. Contrariamente a los socialdemócratas alemanes, el primer objetivo de cuyo programa es la creación de un Estado pangermánico, los revolucionarios socialistas rusos aspiran ante todo a la abolición total de nuestro Estado, convencidos de que, mientras el estatismo —bajo cualquier forma que exista— pese sobre nuestra nación, el pueblo permanecerá en la situación de esclavo miserable. Así, pues, no por el deseo de defender la política del gabinete de San Petersburgo, sino por la verdad, que es

útil en todas partes y siempre, respondemos a los alemanes lo que sigue:

Es verdad que la Rusia imperial, en la persona de dos testas coronadas —Alejandro I y Nicolás—, parecía inmiscuirse bastante activamente en los asuntos interiores de Europa: Alejandro corría de un confín a otro y haciendo mucho ruido; Nicolás se enfurruñaba y profería amenazas. Pero todo acababa allí. No hicieron nada, no porque no quisieran hacer nada, sino porque no tenían nada que hacer, pues sus mismos amigos, los alemanes austríacos y prusianos, se lo habían prohibido; nos fué concedido el papel honorable de espantajos, mientras que los actores verídicos eran Austria y Prusia y, en fin, bajo la dirección y con el permiso de una y de otra, los Borbones de Francia (contra España).

El Imperio de todas las Rusias sólo una vez sobrepasó sus funciones, en 1849, y fué para salvar al Imperio austríaco, agitado por la insurrección húngara. Durante nuestro siglo, Rusia sofocó dos veces la revolución polaca, y en esas dos ocasiones lo hizo con ayuda de Prusia, tan interesada en el mantenimiento de la esclavitud polaca como Rusia misma. Hablo naturalmente de la Rusia imperial. La Rusia del pueblo es imposible sin la independencia y la libertad de Polonia.

Que el Imperio ruso no podría, en el fondo, desear otra influencia sobre Europa que la más nociva y la más enemiga de la libertad; que todo nuevo hecho de crueldad gubernamental de una opresión triunfante, toda nueva sumersión de la revuelta popular en la sangre del pueblo, en cualquier país que fuese, halló siempre su simpatía más calurosa, ¿se podría dudar? Pero la cuestión no es esa. Se trata de determinar el grado de su influencia efectiva y de saber si ocupa, por su inteligencia, por su poder y por sus riquezas, una posición predominante en Europa, para que su voz pueda resolver esas cuestiones.

Basta profundizar en la historia de los últimos sesenta años, así como en la esencia misma de nuestro imperio tártarogermánico, para poder responder negativamente. Rusia está lejos de ser una fuerte potencia, como gustan soñar la imaginación de nuestros patriotas de campanario, la imaginación pueril de los paneslavistas occidentales, así como la

imaginación de los liberales serviles de Europa, enloquecidos por su decrepitud y por el miedo y dispuestos a inclinarse ante cualquier dictadura militar del propio país o del exterior, siempre que los desembarace del peligro terrible que amenaza por parte de su proletariado. Aquellos que, por no estar guiados por las esperanzas o por el miedo, consideran sobriamente la situación actual del Imperio petersburgués, saben bien que no ha emprendido ni emprenderá nunca nada en Occidente o contra el Occidente por su propia iniciativa como no sea por provocación de una gran potencia occidental y, en ese caso, ciertamente, no de otro modo que por una alianza íntima con ésta. Toda su política, desde que existe, consistió principalmente en rozarse, de una manera o de otra, con una empresa ajena; y desde el reparto infame de Polonia, concebido, como se sabe, por Federico II, que propuso a Catalina II repartir entre ambos también a Suecia, Prusia fué justamente esa potencia occidental que no cesó de prestar tal servicio al Imperio panruso.

Por lo que se refiere al movimiento revolucionario en Europa, Rusia hacía en manos de los estadistas prusianos el papel de espantajo y frecuentemente de parapeto tras el cual ocultaban muy hábilmente sus propias empresas invasoras y reaccionarias. Pero, después de una serie sorprendente de victorias ganadas por las tropas prusogermánicas en Francia, después de la derrota definitiva de la hegemonía francesa en Europa y de su substitución por la hegemonía pangermánica, ese parapeto se hizo superfluo, y, habiendo realizado el nuevo Imperio los sueños más íntimos del patriotismo alemán, apareció en todo el esplendor de su potencia de conquistador y de su iniciativa sistemáticamente reaccionaria.

Sí, es Berlín el que se ha convertido, actualmente, en el verdadero adalid y en la capital de toda la reacción viviente y activa de Europa, y el Príncipe de Bismarck en su director jefe y su primer ministro. Digo bien, de la reacción viviente y activa, y no moribunda. La reacción moribunda o caída en la decrepitud —la reacción católica por excelencia— deambula aún como una sombra siniestra, aunque ya sin fuerza, en Roma, en Versalles, en parte en Viena y en Bruselas; la otra, la knutopeterburguesa, está lejos de ser

una sombra, pero desprovista de sentido y de un porvenir determinado continúa aún su conducta desordenada en los confines del Imperio panruso... Mas la reacción viva, inteligente y verdaderamente poderosa, estará en lo sucesivo concentrada en Berlín y se extiende ya sobre todos los países de Europa desde el nuevo Imperio germánico, administrado por el genio estatista, y por eso mismo antipopular en el más alto grado, del Príncipe de Bismarck.

Esta reacción no es otra cosa que el coronamiento de la idea antipopular del Estado nuevamente constituido, cuyo único fin es organizar la explotación más vasta del trabajo en provecho del capital concentrado en manos de un puñado; así, pues, es el triunfo del reino de la alta hacienda, de la bancocracia, bajo la protección poderosa del poder fiscal, burocrático y policíaco que se apoya sobre todo en la fuerza militar y es, por consiguiente, esencialmente despótico, aun enmascarándose bajo el juego parlamentario del pseudoconstitucionalismo.

La producción capitalista contemporánea y las especulaciones de los bancos exigen, para su desenvolvimiento futuro y más completo, una centralización estatista enorme, única capaz de someter los millones de trabajadores a su explotación. La organización federal, de abajo arriba, de las asociaciones obreras, de grupos, de comunas, de cantones y en fin de regiones y de pueblos, es la condición indispensable para una libertad verdadera y no ficticia; pero repugna a su convicción en el mismo grado que toda autonomía económica es incompatible con sus métodos. Al contrario, se entienden a maravilla con la llamada *democracia representativa*, porque esa nueva forma estatista, basada en el pretendido *dominio* de una supuesta *voluntad* del pueblo que se presume expresada por los pretendidos representantes de éste en las reuniones supuestamente populares, reúne en sí las dos condiciones principales necesarias para su progreso: la centralización estatista y la sumisión real del pueblo soberano a la minoría intelectual que le gobierna, que pretende representarlo y que infaliblemente le explota.

Cuando hablemos del programa socialpolítico de los marxistas, de los lassallianos y en general de los socialdemócratas alemanes, tendremos ocasión de examinar más de cerca y de esclarecer más esta verdad. Volvamos ahora

nuestra atención sobre otro de los aspectos de la cuestión.

Toda la explotación del trabajo humano, por aquellas formas políticas del pretendido dominio del pueblo y de la supuesta libertad del pueblo que no sea dorada, es siempre amarga para el trabajador. De ahí se deduce que ninguna nación, por humilde que sea por naturaleza, o tan obediente a la autoridad que pueda cambiar esa obediencia en hábito, querrá someterse voluntariamente; para conseguirlo, será necesario, pues, recurrir a la coacción incesante, a la violencia, es decir, al dominio policíaco, y la fuerza militar se hace indispensable.

El Estado moderno es, necesariamente, por su esencia y su objetivo, un Estado militar; por su parte, el Estado militar se convierte también, necesariamente, en un Estado conquistador; porque, si no conquista él, será conquistado, por la simple razón de que, donde reina la fuerza, no puede pasarse sin que esa fuerza obre y se muestre. Por consiguiente, el Estado moderno debe ser absolutamente un Estado enorme y poderoso: es la condición fundamental de su existencia.

Y lo mismo que la producción capitalista y la especulación de los bancos —que, al fin de cuentas, devora esa misma producción— deben, por temor a una bancarrota, ampliar sin cesar sus límites en detrimento de las especulaciones y producciones menos grandes, a las que engloban, y aspirar a universalizarse; lo mismo el Estado moderno, militar por necesidad, lleva en sí la aspiración inevitable a convertirse en un Estado universal; pero un Estado universal es, claro está, irrealizable; en todo caso, sólo podría existir un solo Estado semejante; dos Estados, uno al lado del otro, son decididamente imposibles.

La hegemonía es, simplemente, la manifestación modesta y práctica de esa aspiración irrealizable inherente a todo Estado; y la primera condición de la hegemonía es la debilidad comparativa y la sumisión, al menos, de todos los Estados vecinos. Así, mientras existió la hegemonía de Francia, encontró expansión en la impotencia estatal de España, de Italia y de Alemania, y, hasta hoy, los hombres del Estado francés —y entre ellos Thiers, el primero—, no pueden perdonar a Napoleón III el haber permitido a Italia y a Alemania unirse y conjugar sus fuerzas.

Francia cedió ahora el puesto al Estado germánico que, según nosotros, es el único Estado verdadero en Europa.

El pueblo francés está destinado a disfrutar aún de un papel importante en la Historia, pero la carrera estatista de Francia ha terminado. El que conozca el carácter de los franceses dirá con nosotros que, si Francia hubiese podido ser una potencia de primer orden, le será imposible ser un Estado secundario, incluso igual a otra potencia. Mientras Francia, como Estado, sea gobernada por estadistas —es lo mismo serlo por el señor Thiers que por el señor Gambetta o por los duques de Orleans— no podrá reconciliarse nunca con su humillación; hará siempre sus preparativos para una nueva guerra y pensará siempre en el desquite y en el restablecimiento de su grandeza perdida.

¿Lo conseguirá? Decididamente, no. Gran número de razones nos lo indican. Anotemos las dos principales.

Los últimos acontecimientos han demostrado que el patriotismo, esa virtud suprema del *estatismo*, esa alma de la fuerza estatista, no existe ya en Francia. Se manifiesta quizás aún en las altas esferas, por la vanidad nacional; pero esa misma vanidad es ya tan débil, está tan carcomida en su raíz por la necesidad burguesa y por el hábito de sacrificar los *intereses idealistas* a los *intereses realistas* que durante la última guerra no pudieron, como en el pasado, transformar, aunque fuese sólo por un instante, en héroes llenos de abnegación y en patriotas, a los comerciantes, a los hombres de negocios, a los especuladores de la alta hacienda, a los oficiales, a los generales y a la nobleza que recibió su educación de manos de los jesuitas. Todos tuvieron miedo, todos se hicieron traidores, todos se pusieron a salvar solamente sus bienes, todos abusaron del infortunio de Francia; todos se esforzaron, con una desvergüenza sin igual, por superarse los unos a los otros en la obtención de favores del vencedor despiadado y arrogante, convertido en amo de los destinos franceses; todos, unánimemente y costase lo que costase, predicaron la sumisión, la humildad y rogaron la paz... Y ahora todos esos charlatanes corrompidos se cubren de nuevo con los colores nacionales, procurando excederse; pero ese grito ridículo y repulsivo de héroes mezquinos no puede sofocar el testimonio demasiado vibrante de su cobardía de la víspera.

Lo incomparablemente más importante es que ni un grano de patriotismo fué descubierto en la población rural de Francia. Sí, en contra de todas las suposiciones, el campesino francés, desde que se ha convertido en propietario, ha dejado de ser patriota. En el tiempo de Juana de Arco soportó él solo, sobre sus espaldas, toda la Francia. En 1792 y después, la protegió contra la coalición militar de toda Europa. Pero entonces era otra cosa; gracias a la venta a bajo precio de las propiedades de la Iglesia y de la nobleza, se hizo propietario de la tierra que antes cultivaba como esclavo, y temía, con razón, que, en caso de derrota nacional, los emigrantes de la nobleza que seguían de cerca a los ejércitos alemanes, le quitasen la propiedad de que acababa de tomar posesión; mientras que actualmente no siente ya esos temores, y considera con indiferencia la derrota vergonzosa de su querida patria. Con excepción de Alsacia y de Lorena donde —cosa curiosa, y como para burlarse de los alemanes, que se obstinaban en considerarlas provincias puramente alemanas—, los signos indudables de patriotismo eran combatidos, los campesinos expulsaban de toda Francia a los voluntarios franceses y extranjeros que se habían armado para salvarla, les negaban todo socorro e incluso los denunciaban a menudo a las prisiones, saliendo, al contrario, al encuentro de los alemanes, con los brazos abiertos.

Se puede adelantar plenamente como verdad que el patriotismo no ha encontrado asilo nada más que entre el proletariado de las ciudades.

En París, como en las demás provincias y ciudades de Francia, él solo quiso y exigió que se armase al pueblo para la guerra hasta verter la última gota de sangre. Y —fenómeno singular— es precisamente sobre ese proletariado sobre el que se ha descargado el odio de las clases propietarias, como si se sintiesen ultrajadas porque los "hermanos menores" (expresión del señor Gambetta) demostraban una virtud más grande y una abnegación patriótica más elevada que los mayores.

Por lo demás, las clases propietarias tenían razón en parte. Lo que impulsaba al proletariado de las ciudades no era el patriotismo puro en el sentido histórico y estrecho de la palabra. El patriotismo verídico es, sin duda alguna, un sentimiento muy honroso; pero no es menos un sentimiento

estrecho, exclusivo, antihumano y, a menudo, simplemente bestial. Un patriota consecuente es el que, además de amar apasionadamente a su patria y todo lo que es suyo, odia cuanto es extranjero, exactamente como nuestros esclavofilos. Al contrario, en el proletariado francés de las ciudades no ha quedado el menor rastro de ese odio. Más bien se puede decir que, durante estas últimas decenas de años, desde 1848 y aun mucho antes, bajo la influencia de la propaganda socialista, se desarrolló en él una inclinación completamente fraternal hacia los proletarios de todos los países, paralelamente con una indiferencia tan categórica frente a la llamada grandeza y a la gloria de Francia. Los obreros franceses eran adversarios de la guerra emprendida por el último Napoleón y, en la víspera de esa guerra, declararon francamente en un manifiesto firmado por los miembros parisienses de la Internacional su solidaridad fraternal y sincera con los obreros de Alemania; y cuando las tropas alemanas pusieron los pies en Francia, comenzaron a armarse, no contra el pueblo alemán, sino contra el despotismo militar alemán.

Esa guerra comenzó justamente seis años después de la creación de la Asociación Internacional de los Trabajadores, sólo cuatro años después de su primer congreso en Ginebra. Y, en ese corto espacio de tiempo, la propaganda internacional consiguió estimular, no ya en el proletariado francés, sino también entre los obreros de gran número de otros países, sobre todo de raza latina, un mundo de suposiciones, de ideas y de sentimientos completamente nuevos y extraordinariamente amplios; dió nacimiento a una pasión internacional general que destruyó casi todos esos prejuicios y todas esas estrecheces de pasiones, aunque fuesen patrióticas o locales.

Esa nueva convicción fué solemnemente expresada ya en 1868 en una reunión pública —¿dónde creeréis, en qué país?— en Austria, en Viena, a la cual, en respuesta a una serie de proposiciones políticas y patrióticas hechas a los obreros vieneses conjuntamente por los señores socialdemócratas de la Alemania del Sur y de Austria, tendentes al reconocimiento y a la proclamación solemnes de la patria pangermánica una e indivisible, oyeron, con su gran espanto, las palabras siguientes: “¿Por qué nos habláis de la

patria alemana? Nosotros, obreros explotados y engañados en todo tiempo y oprimidos por vosotros, y todos los obreros —a cualquier país que pertenezcan—, los proletarios explotados y oprimidos del mundo entero, somos hermanos; y todos los burgueses, todos los opresores, todos los gobernantes, los explotadores, son nuestros enemigos. El campo internacional de los trabajadores: he ahí nuestra única patria; el mundo internacional de los explotadores: he ahí un país extranjero y hostil para nosotros.”

Y para probar la sinceridad de sus palabras, los obreros vieneses enviaron inmediatamente un telegrama de congratulación “a los hermanos de París, los iniciadores de la emancipación internacional de los trabajadores”.

Tal respuesta de los obreros vieneses, que se deriva, poniendo aparte todo razonamiento político, de la profundidad del instinto popular, hizo en su tiempo gran ruido en Alemania, espantó a todos los burgueses demócratas, sin exceptuar al venerable veterano y jefe de ese partido, doctor Juan Jacoby, y ultrajó, no sólo sus sentimientos patrióticos, sino también la creencia estatista de la escuela de Lassalle y Marx. Probablemente por consejo de este último, el señor Liebknecht, considerado actualmente como uno de los jefes de la socialdemocracia alemana, pero entonces miembro del partido burgués demócrata (el difunto Partido Popular), salió inmediatamente de Leipzig para Viena, a fin de conferenciar con los obreros vieneses cuya “falta de tacto político” había promovido tal escándalo. Hay que hacerle justicia; tuvo un éxito tal, que, meses más tarde, en agosto de 1868, en el Congreso de los obreros alemanes de Nuremberg, todos los representantes del proletariado austriaco firmaron, sin la menor protesta, el programa estrecho y patriótico del Partido Socialdemócrata.

Eso, sin embargo, indica la diferencia profunda existente entre la tendencia política de los jefes más o menos instruidos y burgueses de ese partido y el instinto revolucionario innato del proletariado alemán, o al menos del de Austria. Es verdad que en Alemania y en Austria ese instinto popular, sofocado incesantemente, desviado de su fin verdadero por la propaganda de un partido más bien político que socialrevolucionario, se desarrolló muy poco después de 1868 y no pudo transformarse en un movimiento

consciente del pueblo; al contrario, en los países de raza latina, en Bélgica, en España, en Italia y sobre todo en Francia, libertados de ese yugo y de esa corrupción sistémica, ese instinto se ha desarrollado ampliamente en plena libertad y se transformó realmente en un movimiento revolucionario consciente del proletariado de las ciudades y de las fábricas (1).

Hemos notado ya más arriba que, siendo aún muy débil la conciencia del carácter universal de la revolución social y de la solidaridad del proletariado de todos los países entre los obreros de Inglaterra, se ha formado ya desde hace mucho tiempo en el seno del proletariado francés. Este sabía a fines del siglo XVIII que, al luchar por la igualdad y por su libertad, emancipaba a la humanidad toda.

Las profundas palabras que hoy son pronunciadas a menudo como frases banales, pero que entonces eran sentidas y vividas sincera y profundamente —libertad, igualdad y fraternidad de toda la raza humana—, se encuentran en todos los cantos revolucionarios de la época. Fueron el fundamento de la nueva religión social y del ímpetu socialrevolucionario de los obreros franceses; se convirtieron en su segunda naturaleza, por decirlo así, y determinaron, a despecho mismo de su juicio y de su voluntad, la dirección de sus pensamientos, de sus aspiraciones y de su acción. Todo obrero francés, cuando hace la revolución, está absolutamente convencido de que no la hace para él solo, sino para el mundo entero, e incomparablemente más para el mundo que para él. En vano los positivistas políticos y los republicanos radicales del género del señor Gambetta se esforzaron y se esfuerzan por desviar al proletariado francés de esa dirección cosmopolita y por persuadirle a pensar en arreglar sus propios asuntos exclusivamente nacionales que están ligados a la idea patriótica de gloria, de grandeza y de dominación política del Estado francés, a asegurar su propia libertad y su bienestar exclusivo antes de ocuparse de la liberación de toda la humanidad, del mundo entero.

(1) No hay ya ninguna duda que los esfuerzos de los obreros ingleses aspiran a su propia emancipación o al mejoramiento de sus propias condiciones, transformándose inevitablemente en favor de toda la humanidad; pero los ingleses no lo saben ni lo buscan; mientras que los franceses saben buscar, lo que, según nuestra opinión, presenta una diferencia enorme en favor de los franceses y da un carácter verdaderamente mundial a sus movimientos revolucionarios.

Sus esfuerzos son, aparentemente, muy razonables, pero vanos; no se transforma la naturaleza, porque esa idea se ha hecho completamente natural en el proletariado francés y ha expulsado de su imaginación y de su corazón los últimos vestigios del patriotismo estatista.

Los acontecimientos de 1870-71 lo han demostrado a maravilla. En todas las ciudades de Francia exigió el proletariado el armamento de toda la población y la milicia para todos contra los alemanes; no hay ninguna duda que habría realizado esa intención si no hubiese sido paralizado, por una parte, por el miedo vil y por la traición en masa de la mayoría de la clase burguesa, que prefería mil veces la sumisión a los prusianos antes que dar las armas al proletariado, y por otra, por la resistencia reaccionaria sistemática del Gobierno de Defensa Nacional en París y su provincia, oposición de un dictador tan antinacional como el patriota Gambetta.

Armándose, cuanto era posible bajo esas condiciones, contra los conquistadores alemanes, los trabajadores franceses estaban firmemente convencidos de que iban a luchar tanto por la libertad y por el derecho del proletariado alemán como por los suyos. Estaban preocupados, no por la grandeza, por el honor del Estado francés, sino por la victoria del proletariado sobre la fuerza armada profundamente odiosa que hacía en manos de la burguesía de arma de sometimiento contra ellos. Odiaban a las tropas alemanas, no porque fueran alemanas, sino porque eran tropas militares. Las tropas empleadas por el señor Thiers contra la Comuna de París fueron puramente francesas; cometieron, sin embargo, en algunos días más males y crímenes que las tropas alemanas durante toda la duración de la guerra. En lo sucesivo, todo ejército —de su propio país o de cualquier otro— será para el proletariado igualmente hostil, y los trabajadores franceses se dan cuenta de ello; esa es la razón por la cual su llamamiento a las armas no tenía nada de patriótico.

La insurrección de la Comuna de París contra la Asamblea nacional de Versalles y contra el salvador de la patria —Thiers—, consumada por los obreros parisienses en presencia de las tropas alemanas que cercaban aún a París, indica y explica enteramente esa pasión única que agita

hoy al proletariado francés, para quien no existe ni deberá existir en lo sucesivo otra causa y otra guerra que la causa y la guerra revolucionaria y social.

Esto explica plenamente, por otra parte, el furor frenético que se apoderó de los corazones de los gobernantes y representantes versalleses, así como los actos inauditos cometidos bajo sus indicaciones y bendiciones directas contra los comunistas vencidos. Y, en efecto, desde el punto de vista del patriotismo estatista, los obreros parisienses habían cometido un crimen horrible: a la vista de los ejércitos alemanes que cercaban aún a París y que acababan de destruir la patria y de hacer pedazos la potencia y la grandeza nacionales, que habían herido el honor nacional directamente en el corazón, ellos, los obreros, agitados por una pasión feroz, cosmopolita, revolucionaria y social, proclamaron la abolición definitiva del Estado francés, la disolución de la unidad estatista de Francia, incompatible con la autonomía de las comunas francesas. Los alemanes solamente redujeron las fronteras y la fuerza de su patria política, mientras que esos obreros querían abatirla completamente, y, como para exponer sus fines traidores, derribaron la columna de Vendôme, testimonio augusto de la gloria pasada.

Desde el punto de vista político patriótico, ¿qué crimen habría podido ser comparado a ese sacrilegio inaudito? Y recordaos bien de que el proletariado parisiense lo había cometido, no por azar, ni bajo la influencia de algún demagogo, o en uno de esos momentos de arrebato intenso que se encuentran a menudo en la historia de cada nación y sobre todo en la de la nación francesa. No. Esta vez los obreros franceses obraron con calma y con pleno conocimiento de causa. Esa negación práctica del patriotismo estatista era, ciertamente, la expresión de una fuerte pasión popular, pero una pasión no pasajera, sino profunda, se podría decir incluso reflexiva y transformada ya en conciencia nacional; una pasión descubierta repentinamente ante un mundo amedrentado como un abismo sin fondo dispuesto a devorar el régimen actual con sus instituciones, sus comodidades, sus privilegios y su civilización... Entonces fué cuando se hizo claro, con una claridad tan terrible como indudable, que, en lo sucesivo, era imposible la recon-

ciliación entre el proletariado salvaje y hambriento, por una parte, dominado por la pasión revolucionaria y social y aspirando con encarnizamiento a la creación de un mundo diferente, basado en los principios de la verdad humana, de la justicia, de la libertad, de la igualdad y de la fraternidad —principios sufridos en una sociedad respetable como objetos inocentes de ejercicios históricos—, y el mundo instruído y civilizado de las clases privilegiadas, por otra, que defendía con energía sin límites el orden estatista, jurídico, metafísico, teológico, militar y policíaco como la última fortaleza capaz de proteger en la hora actual el privilegio precioso de la explotación económica. Lo repetimos: entre esos dos mundos —entre la humanidad miserable y la sociedad civilizada, que une a ella, como sabemos, toda suerte de cualidades, de bellezas y de virtudes— la paz es imposible.

¡Es la guerra a vida o muerte! Y no sólo en Francia, sino en toda Europa; y esa guerra no podrá ser terminada más que por la victoria decisiva de una de ambas partes, por la derrota definitiva de la otra.

O bien el mundo burgués instruído deberá reprimir y subyugar el espíritu instintivo de revuelta de las grandes masas, de modo como para forzar las masas trabajadoras, por la fuerza de las bayonetas, del knut y del palo, benditos, sin duda alguna, por un dios cualquiera y explicados inteligentemente por la ciencia, lo que equivaldría entonces a volver a la restauración completa del Estado bajo la forma más franca posible en el presente, es decir, bajo la forma de una dictadura militar o de un régimen imperial; o bien las masas romperán definitivamente el yugo odioso y secular y destruirán en sus raíces la explotación burguesa y la civilización burguesa que de ella se deriva; significará, con otras palabras, el triunfo de la revolución social, la abolición de cuanto lleva el nombre de Estado.

Así, pues, el Estado por una parte, la revolución social por la otra: he ahí los dos polos cuyo antagonismo constituye la esencia de la vida pública actual en Europa, pero mucho más palpable en Francia que en ningún otro país. El mundo gubernamental, que abarca toda la burguesía, incluso, claro está, la aristocracia aburguesada, halló su hogar, su último refugio y su último apoyo en Versalles. La

revolución social, que ha sufrido una derrota terrible en París, pero que no fué pulverizada y estuvo lejos de ser vencida, comprende actualmente, como en el pasado, todo el proletariado de las ciudades y de los campos y comienza ya a apoderarse, por su propaganda incesante, de la población rural también, al menos en el mediodía de Francia, donde esa propaganda es desplegada y realizada en muy vasta escala. Esa oposición hostil de dos mundos en lo sucesivo inconciliables es, pues, la *segunda* razón que hace absolutamente imposible para Francia volver a ser un Estado predominante de primer orden.

Las capas privilegiadas de la sociedad francesa seguramente habrían querido colocar de nuevo su patria en esa situación brillante e imponente; pero están al mismo tiempo de tal modo impregnadas de la pasión de la avaricia, del enriquecimiento a todo precio, del egoísmo antipatriótico, que, para realizar ese fin patriótico, estarían, hay que decirlo, dispuestas a sacrificar los bienes, la vida, la libertad del proletariado, pero rehusarían sacrificar el menor de sus privilegios y preferirían más bien sufrir el yugo extranjero que abandonar sus propiedades o nivelar las fortunas y los derechos.

Lo que ocurre ante nuestros ojos en esta hora lo confirma en todos los puntos. Cuando el Gobierno del señor Thiers anunció oficialmente en la Asamblea de Versalles la firma del tratado definitivo con el Gabinete de Berlín, gracias al cual las tropas alemanas evacuarían en septiembre las provincias de Francia ocupadas aún por ellas, la mayoría de la Asamblea, que representaba la coalición de las clases privilegiadas de Francia, inclinó la cabeza; los fondos franceses que representaban aún más vivamente y más efectivamente sus intereses, bajaron como después de una catástrofe política... Se vió que la presencia *odiosa, violenta e infame* para Francia del ejército alemán triunfante era, para los patriotas franceses privilegiados que representaban la virtud y la civilización burguesas, un consuelo, un apoyo, una salvación, y que su alejamiento próximo era equivalente para ellos a una condena a muerte.

El patriotismo de la burguesía francesa buscaba, pues, su salvación en el sometimiento vergonzoso de la patria. A los que puedan aún dudar de ello, no tenemos más que hacerles

ver un periódico conservador cualquiera de Francia. Es notorio en qué grado todos los matices del partido reaccionario, los bonapartistas, los legitimistas, los orleanistas han temblado de miedo, en qué grado se han turbado y en qué grado se pusieron rabiosos con la elección del señor Barode como diputado de París. Pero, ¿quién es Barode? Es una de las numerosas mediocridades del partido del señor Gambetta, conservador por posición, por instinto y por tendencia, pero decorado con frases democráticas y republicanas que no impiden de ningún modo —al contrario, ayudan prodigiosamente— la ejecución de las medidas más reaccionarias; en una palabra, un hombre entre el cual y la revolución no había ni habrá nunca nada de común y que, en 1870 y 1871, era uno de los más celosos defensores del orden burgués en Lyon. Pero hoy, lo mismo que muchos otros patriotas burgueses, considera provechoso luchar bajo la bandera muy lejos de ser revolucionaria del señor Gambetta. En ese sentido fué elegido por París a despecho del presidente de la República, Thiers, y de la asamblea monárquica seudonacional que reinaba en Versalles. ¡Y la elección de esa nulidad fué suficiente para revolver al Partido Conservador entero! ¿Y sabéis cuál era su argumento principal? ¡Los alemanes!

Abrid un periódico cualquiera y veréis de qué modo amenazan al proletariado francés con la justa cólera del Príncipe de Bismarck y de su emperador —¡qué patriotismo!— Sí, piden simplemente ayuda a los alemanes contra la revolución social francesa que los amenaza. En su enloquecimiento estúpido, han tomado incluso al inocente Barode por un socialista revolucionario.

Una tal actitud de la burguesía francesa presenta pocas esperanzas para el restablecimiento del poder estatista y del predominio de Francia por medio del patriotismo de las clases privilegiadas.

El patriotismo del proletariado francés no presenta tampoco grandes promesas. Las fronteras de su patria se han ampliado tanto, que abarcan hoy al proletariado del mundo en oposición a toda la burguesía, sin excluir, naturalmente, a la burguesía francesa. Las declaraciones de la Comuna de París fueron decisivas en esa dirección y las simpatías expresadas ahora tan claramente por los obreros franceses

a la revolución española —sobre todo en la parte meridional de Francia, donde existe una tendencia franca hacia la unión fraternal con el proletariado español, y aun hacia la creación con este último de una federación nacional basada en el trabajo emancipado y en la propiedad colectiva, a despecho de todas las diferencias nacionales y de las fronteras estatistas— demuestran que para el proletariado francés, lo mismo que para las clases privilegiadas, la época del patriotismo estatista ha pasado.

En presencia, pues, de una tal ausencia de patriotismo en todas las capas de la sociedad francesa y, en este momento, de una guerra abierta y sin cuartel existente entre ellas, ¿cómo poder restablecer un Estado poderoso?

Se ha derrochado en vano el talento estatista del anciano presidente de la República, y los enormes sacrificios aportados al altar de la patria política —como, por ejemplo, el exterminio inhumano de decenas de millares de comunistas parisienses, de sus mujeres y de sus hijos, y la deportación igualmente inhumana de otras varias decenas de millares a Nueva Caledonia— serán reconocidos indudablemente como sacrificios inútiles.

En vano el señor Thiers se esfuerza por restablecer el crédito, la calma en el país, el antiguo orden de cosas y la fuerza militar de Francia. El edificio estatista, quebrantado sin cesar en su base por el antagonismo entre el proletariado y la burguesía, cruje y se resquebraja, y amenaza cada minuto con derrumbarse. ¿Dónde puede ese Estado, viejo y afectado de una enfermedad incurable, hallar la fuerza para luchar contra el joven y hasta aquí aún robusto Estado germánico?

Para lo sucesivo, pues, el papel de Francia, como potencia de primer orden, ha terminado. El período de su potencia política ha pasado tan irremediabilmente como el de su clasicismo literario, monárquico o republicano. Todos los antiguos fundamentos del Estado están podridos en ella, y en vano Thiers se esfuerza por construir sobre ellos su república conservadora, es decir, el antiguo Estado monárquico con una insignia seudorepublicana. Pero también en vano el jefe del Partido Radical actual, el señor Gambetta, el sucesor evidente del señor Thiers, promete construir un nuevo Estado, supuesto sinceramente republicano, sobre

bases supuestamente nuevas, porque esas bases no existen ni pueden existir.

En el período serio que atravesamos, un Estado poderoso no puede tener más que un solo fundamento sólido: el de la centralización militar y burocrática. La diferencia esencial entre la monarquía y la república más democrática está en que, en la primera, la clase de los burócratas oprime y saquea al pueblo para mayor provecho de los privilegiados y de las clases propietarias, así como de sus propios bolsillos, en nombre del soberano; mientras que en la república oprimirá y robará al pueblo del mismo modo en provecho de los mismos bolsillos y de las mismas clases, pero ya en nombre de la voluntad del pueblo. En la república, el llamado pueblo, el pueblo legal, a quien se supone representado por el Estado, sofoca y sofocará siempre al pueblo viviente y real. Pero el pueblo no será más aligerado si el palo que le pega lleva el nombre de palo del pueblo.

La cuestión social, la pasión de la revolución social, se apoderó, en esta hora, del proletariado francés. Debe ser, o bien satisfecha, o bien domada y reprimida; pero no puede ser satisfecha más que con la caída de la violencia estatista, ese último refugio de los intereses burgueses. Por consiguiente, ningún Estado, por democráticas que sean sus formas, incluso la república *política* más roja, popular sólo en el sentido mentiroso conocido con el nombre de representación del pueblo, no tendrá fuerza para dar al pueblo lo que desea, es decir, la organización libre de sus propios intereses de abajo arriba, sin ninguna injerencia, tutela o violencia de arriba, porque todo Estado, aunque sea el más republicano y el más democrático, incluso el Estado seudopopular, inventado por el señor Marx, no representa, en su esencia, nada más que el gobierno de las masas de arriba abajo por medio de la minoría intelectual, es decir de la más privilegiada, de quien se pretende que comprende y percibe los intereses reales del pueblo mejor que el pueblo mismo.

Así, pues, dar satisfacción a la pasión popular y a las exigencias del pueblo, es cosa absolutamente imposible para las clases propietarias y para los gobernantes. *La violencia de Estado, el Estado* simplemente, porque Estado significa precisamente *violencia*, la dominación por la violencia, en

mascarada, si es posible y, si es preciso, franca y descarada. Pero el señor Gambetta es tan representante de los intereses burgueses como el señor Thiers; lo mismo que él, quiere un Estado poderoso y la dominación absoluta de la clase media agregando a ella, quizás, la capa de obreros aburguesados, que compone, en Francia, una parte bastante importante del proletariado. La diferencia entre él y el señor Thiers consiste en que este último, obsesionado por los prejuicios de su época, busca el apoyo y la salvación en la burguesía extremadamente rica solamente y considera con desconfianza las decenas y aun centenares de millares de nuevos pretendientes a la misión de gobernantes salidos de la pequeña burguesía y de la clase ya mencionada de los obreros que aspiran a la burguesía; mientras que el señor Gambetta, rechazado por las altas esferas que hasta entonces habían reinado soberanas en Francia, aspira a fundar su poder político, su dictadura republicanodemocrática precisamente sobre esa enorme mayoría burguesa que, hasta aquí, había quedado excluida de los beneficios y de los honores de la administración estatista.

Es seguro, por lo demás —y creemos que con plena razón—, que justamente él solo conseguirá, con ayuda de esa mayoría, acaparar el Poder. Las clases ricas, los banqueros, los grandes terratenientes, los comerciantes y los industriales, en una palabra, todos los especuladores importantes que más se enriquecen por el trabajo obrero, se dirigirán a él, le reconocerán a su vez y buscarán su alianza y su amistad, que no les rehusará seguramente porque, como hombre de Estado que es, sabe muy bien que ningún Estado, y sobre todo ningún Estado poderoso, puede existir sin su alianza y amistad.

Ello significa que el Estado gambettista será tan opresor y ruinoso para el pueblo como sus predecesores, más francos, pero no menos tiranos; y, precisamente porque estará investido de amplios poderes democráticos, podrá garantizar con más fuerza y más seguridad la explotación libre y tranquila del trabajo obrero a la minoría rica y rapaz.

Como hombre de Estado de la nueva escuela, el señor Gambetta no teme, de ningún modo, ni las formas democráticas más amplias ni el derecho electoral para todos. Sabe, mejor que nadie, las pocas garantías que contienen para el

pueblo y de qué valor son, al contrario, para los individuos y las clases que explotan; sabe que nunca es tan terrible y fuerte el despotismo de los gobiernos como cuando se apoya en la llamada representación de la llamada voluntad del pueblo.

Por lo tanto, si el proletariado francés pudiese ser arrastrado a creer en las promesas del abogado ambicioso; si el señor Gambetta consiguiese calmar ese proletariado turbulento con una dosis anestésica de su república democrática, no hay ninguna duda que conseguirá restablecer el Estado francés en toda su grandeza y predominio pasados.

Pero es precisamente ese intento el que no podrá salirle bien. No existe actualmente en el mundo una fuerza, un medio político o religioso que pueda sofocar en el seno del proletariado de un país cualquiera y menos aún en el seno del proletariado francés, la aspiración a la emancipación económica y a la igualdad social. Gambetta puede hacer lo que quiera, puede amenazar con las bayonetas, puede adular y requebrar: no podrá nunca dominar la fuerza hercúlea que se oculta tras esas aspiraciones; no podrá nunca uncir, como antes, las masas trabajadoras al carro brillante del Estado. Ninguna flor oratoria podrá cubrir y nivelar el abismo que separa irrevocablemente la burguesía del proletariado, ni poner fin a la lucha encarnizada entre ambos. Esa lucha exigirá el empleo de todos los medios y de todas las fuerzas a disposición del Estado, de modo que no le quedarán ni medios ni fuerza al Estado francés para conservar la preponderancia exterior frente a los Estados europeos. ¿Cómo podrá entonces rivalizar con el Imperio de Bismarck?

A pesar de las bonitas frases y de la adulación de los patriotas del Estado francés, Francia, como Estado, está condenada a ocupar en lo sucesivo un puesto modesto y bastante secundario; más que eso: deberá someterse al comando superior y a la influencia protectora del Imperio germánico, como antes de 1870 el Estado italiano estaba sometido a la política del Imperio francés.

La situación, a decir verdad, es bastante ventajosa para los especuladores franceses, que hallan un consuelo suficiente en el mercado internacional; pero de ningún modo es envidiable desde el punto de vista de la vanidad nacional, que abunda en los patriotas del Estado francés. Se hu-

biera podido creer, hasta 1870, tan poderosa esa vanidad que hasta habría sido capaz de arrojar los campeones obstinados de los privilegios burgueses en brazos de la revolución social, siempre que fuera posible libertar a Francia del oprobio de ser vencida y subyugada por los alemanes. Pero, después de 1870, nadie esperará eso de su parte; todos saben que estarán más bien dispuestos a aceptar cualquier influencia, aun la sumisión al protectorado alemán, antes que renunciar a la dominación provechosa de su propio proletariado.

¿No está, pues, claro que el Estado francés no se restablecerá jamás como para igualar su potencia pasada? ¿Es que eso significaría entonces que la misión mundial y de vanguardia de Francia ha terminado? De ningún modo: significa solamente que, habiendo perdido irremisiblemente su grandeza como Estado, Francia deberá buscar una nueva grandeza en la revolución social.

Pero, si no es Francia, ¿qué otro Estado de Europa podría disputar la grandeza del nuevo Estado germánico?

No es, seguramente, la Gran Bretaña. Primero, Inglaterra no fué nunca, propiamente hablando, un Estado en el sentido estricto de esa palabra, es decir, en el sentido de la centralización militar, policiaca y burocrática. Inglaterra representa más bien una federación de intereses privilegiados, una sociedad autónoma en la cual predominó al principio la aristocracia financiera, pero una sociedad en cuyo seno, como en Francia, bien que bajo formas algo diferentes, el proletariado aspira claramente y de una manera amenazadora a la nivelación de la propiedad económica y de los derechos políticos.

Del más simple examen, se deduce que la influencia de Inglaterra en los asuntos políticos de la Europa continental ha sido siempre grande; pero más bien se basó en la riqueza que en la organización material de la fuerza. Actualmente, es evidente que ha disminuído de modo sensible. Una treintena de años antes, no habría sufrido con tanta tranquilidad ni la conquista de las provincias renanas por los alemanes, ni el restablecimiento de la influencia rusa en el mar Negro, ni la marcha de los rusos hacia Jiva.

Condescendencia tan sistemática de su parte, prueba su indudable decadencia política que, por lo demás, crece de

año en año. La causa principal de esa decadencia es ese mismo antagonismo entre el mundo trabajador y el mundo de la burguesía explotadora y políticamente dominadora.

La revolución social en Inglaterra está más próxima de lo que se piensa, y en ninguna parte será tan terrible, porque en ninguna parte encontrará una resistencia tan encarnizada y tan organizada como en ese país.

España e Italia están completamente fuera de cuestión. No se convertirán nunca en Estados ni peligrosos ni siquiera fuertes, y no por falta de medios, sino porque el espíritu del pueblo de uno y otro país lleva fatalmente a un fin completamente diferente.

España, desviada de su vida normal por el fanatismo católico y por el despotismo de Carlos V y de Felipe II, y enriquecida repentinamente, no por el trabajo del pueblo, sino por la plata y el oro americanos en los siglos XVI y XVII, intentó cargar sobre sus hombros el honor poco envidiable de la fundación, por la fuerza, de una monarquía mundial. Pagó cara su presunción. El período de su potencia fué precisamente el comienzo de su empobrecimiento intelectual, moral y material. Después de una corta tensión sobrenatural de sus fuerzas, que la hizo temible y odiosa en toda Europa, pero que logró detener por un momento —sólo por un momento— el movimiento progresivo de la sociedad europea, apareció de repente exhausta y cayó en el grado extremo de entorpecimiento, de debilitamiento y de apatía en que ha quedado —definitivamente— deshonrada por la administración monstruosa e idiota de los Borbones, hasta el instante en que Napoleón I, por su invasión rapaz en sus confines, la despertó de sus dos siglos de sueño.

Se vió que España no estaba muerta. Fué salvada del yugo extranjero por una insurrección puramente popular, y demostró que las masas populares, ignorantes e inermes, son capaces de resistir a las mejores tropas del mundo, siempre que estén animadas de una pasión fuerte y unánime. España probó más y principalmente: que para conservar la libertad, las fuerzas y las pasiones del pueblo, incluso la ignorancia, son preferibles a la civilización burguesa.

En vano los alemanes se vanaglorian y comparan su insurrección nacional —pero que estuvo lejos de ser popular— de 1812 y 1813 con la de España. Los españoles, aisla-

dos, se levantaron contra la potencia colosal del conquistador hasta entonces invencible; mientras que los alemanes se levantaron contra Napoleón después de la derrota completa que sufrió en Rusia. Hasta entonces, no se había podido encontrar la menor aldea alemana o una ciudad alemana cualquiera que se hubiese atrevido a presentar la menor resistencia a las tropas francesas victoriosas. Los alemanes han sido habituados de tal modo a la sumisión —esa virtud fundamental del Estado— que la voluntad del vencedor se hizo sagrada para ellos en cuanto reemplazó de hecho a la voluntad interior del país. Los mismos generales prusianos, rindiendo uno tras otro sus fortalezas, las posiciones más fortificadas y las capitales, repetían las palabras memorables, que se hicieron más tarde proverbiales, del comandante de aquella época en Berlín: “La calma es el primer deber del ciudadano.”

Sólo el Tirol constituyó una excepción. Napoleón encontró en el Tirol una resistencia decididamente popular. Pero el Tirol forma, como se sabe, la parte más atrasada e ignorante de Alemania, y su ejemplo no halló imitadores en ninguna otra parte de la Alemania instruida.

La insurrección popular, por su mismo carácter, es instintiva, caótica y despiadada; supone siempre un sacrificio y un gasto enorme de su propiedad y de la ajena. Las masas del pueblo están siempre dispuestas a sacrificarse, y lo que las convierte en una fortaleza brutal y salvaje, capaz de realizar gestos heroicos y de conseguir objetivos en apariencia imposibles, es que poseen muy poco, o con frecuencia nada, y, por consiguiente, la propiedad no las desmoraliza. Si la victoria o la defensa lo exige, no se detendrán ante el exterminio de sus propias aldeas y ciudades, y como la propiedad es generalmente ajena, desarrollan positivamente una pasión destructora. Esa pasión negativa, sin embargo, está lejos de ser suficiente para elevarse a la altura de la causa revolucionaria; pero sin ella esta última sería imposible, porque no puede haber revolución sin una destrucción extensiva y apasionada, una destrucción saludable y fecunda, puesto que es de ella, y solamente por ella, de donde surgen y nacen mundos nuevos.

Tal destrucción es incompatible con la conciencia burguesa, con la civilización burguesa, porque ésta está ente-

ramente construída sobre el culto fanático y divino de la propiedad. Ciudadano o burgués, preferirían perder la vida, el honor, la libertad antes que renunciar a la propiedad; el mismo pensamiento de atentar a su existencia o de querer destruirla para un fin cualquiera, le parece un sacrilegio; he ahí por qué no querrán nunca la destrucción de sus ciudades y de sus casas, aunque lo exija la defensa del país; he ahí por qué el burgués francés de 1870 y los “Bürger” alemanes hasta 1813 se sometieron tan fácilmente a los felices conquistadores. Hemos visto que la posesión de tal o cual propiedad era suficiente para desmoralizar a los campesinos franceses y matar en ellos la última chispa de patriotismo.

Así, pues, para decir nuestra última palabra sobre la llamada insurrección popular de Alemania contra Napoleón, repitamos ante todo que tuvo lugar cuando sus tropas deshechas huían de Rusia y cuando los regimientos prusianos y otros regimientos alemanes que, recientemente aún, formaban parte del ejército napoleónico, se pasaron del lado ruso, y, además, que ni siquiera entonces hubo en Alemania insurrección verdaderamente popular, que gran número de ciudades y de aldeas permanecieron en calma como en el pasado, que sólo se organizaron destacamentos de francotiradores formados por la juventud —generalmente compuestos de estudiantes— y que fueron incorporados inmediatamente al ejército regular, lo que siempre es contrario al método y al espíritu de las insurrecciones populares.

En una palabra, los jóvenes ciudadanos de Alemania o, para ser más exacto, los fieles súbditos, excitados por los sermones calurosos de sus filósofos e inflamados por los cantos de sus poetas, se armaron para la defensa y para el restablecimiento del Estado alemán, porque precisamente entonces fué cuando se despertó en Alemania la idea de un Estado pangermánico. En cambio, el pueblo español se levantó como un solo hombre para proteger, contra el violador poderoso y audaz, la libertad de la patria y la independencia de la vida del pueblo.

Desde entonces, España no ha vuelto a dormir, pero durante sesenta años ha sufrido buscando nuevas formas para una nueva vida. ¿Qué no ha ensayado, la desgraciada! De la monarquía absoluta, dos veces restaurada, hasta la Consti-

tución de la reina Isabel; de Espartero hasta Narváez; de Narváez a Prim, y de este último al rey Amadeo, Sagasta y Zorrilla; quería, diríase, medir toda suerte de matices de la monarquía constitucional, y todo le era estrecho, ruinoso, imposible. Tan imposible ha probado la república conservadora, es decir, la dominación de los especuladores, de los ricos propietarios y de los banqueros bajo formas republicanas. Bien pronto probará también que es tan imposible la federación política pequeñoburguesa como Suiza.

El diablo del socialismo revolucionario se ha adueñado de España bien en serio. Los campesinos de Andalucía y de Extremadura, sin pedir permiso a nadie y sin esperar órdenes, se han apoderado ya y continúan apoderándose de las tierras de los antiguos terratenientes. Cataluña, con Barcelona en primera línea, proclama en alta voz su independencia, su autonomía. El pueblo de Madrid proclama la república federal y rehusa someter la revolución a las direcciones futuras de la Asamblea constituyente. En las provincias del Norte, que se hallan en poder de la llamada reacción carlista, la revolución se realiza francamente: son proclamados los fueros así como la independencia de las provincias y de las comunas; se queman todas las actas civiles y judiciales; las tropas, en toda la extensión de España, fraternizan con el pueblo y expulsan sus oficiales. Es la bancarrota general —pública y privada— que comienza: la primera condición de una revolución social y económica.

En una palabra, son un desastre y una devastación definitivos; todo se derrumba por sí mismo, quebrantado o barrido por su propia podredumbre. No existen ya ni hacienda ni ejército, ni justicia ni policía; no existen ni potencia estatista, ni Estado; pero queda el pueblo renovado y vigoroso, abrazado, actualmente, a la sola pasión socialrevolucionaria. Bajo la dirección colectiva de la Internacional y de la Alianza de los revolucionarios socialistas, estrecha sus filas y organiza su fuerza y se prepara a crear, sobre las ruinas del Estado que se derrumba y de la sociedad burguesa, su sociedad del hombre-obrero emancipado.

En Italia ocurre como en España. Se está en vísperas de la revolución social. También allí, a pesar de los esfuerzos de los monárquicos constitucionales y a pesar incluso de los esfuerzos heroicos, pero vanos, de los dos grandes jefes,

Mazzini y Garibaldi, la idea del estatismo no podrá arraigar, porque es contraria al espíritu y a las aspiraciones instintivas actuales y a las exigencias materiales de la gran masa del proletariado rural y urbano.

Lo mismo que España, Italia —que tiene desde hace mucho tiempo y, sobre todo irrevocablemente, tradiciones conservadas en los libros de Dante, de Maquiavelo, y en la literatura política contemporánea; pero, ciertamente, no en la memoria del pueblo— Italia, digo, no conservó más que una sola tradición viviente: la de la autonomía absoluta, no ya de las provincias, sino de las comunas. Agregad aún a esa única concepción política, verdaderamente existente en el seno del pueblo, la heterogeneidad histórica y etnográfica de las provincias, que hablan en dialectos talmente diferentes, que la población de una provincia comprende con dificultad, y a menudo no comprende en modo alguno, a la población de otras provincias.

Se comprende, por consiguiente, a qué distancia se encuentra Italia de la realización del ideal político último estilo de la unidad estatista. Eso no significa, sin embargo, que Italia esté socialmente dividida. Al contrario, existe, a pesar de las diferencias que hay en los dialectos, usos y costumbres, un carácter y tipo italiano comunes que permiten en seguida distinguir un italiano de un miembro de cualquier otra raza, aunque sea meridional.

Por otro lado, la solidaridad efectiva de los intereses materiales y de las aspiraciones intelectuales unen de la manera más estrecha y sueldan entre sí todas las provincias italianas. Es de notar que esos intereses, lo mismo que esas aspiraciones, son dirigidos precisamente contra la unidad política violenta y forzada, y, al contrario, tienden hacia el establecimiento de la unidad social; se puede decir, pues, y demostrar con hechos numerosísimos de la vida actual de Italia, que su unidad política forzada o estatista ha tenido por resultado la desunión social y que, en consecuencia, la destrucción del Estado italiano nuevamente establecido tendrá por resultado infalible su re-unión social libre.

Todo esto, evidentemente, se refiere exclusivamente a las masas del pueblo, porque en las capas superiores de la burguesía italiana —lo mismo que en los demás países—, se ha formado, junto con la unidad estatista, la de la clase privi-

legiada de los explotadores del trabajo, que se desarrolla y adquiere proporciones cada vez mayores.

Esa clase lleva ahora, en Italia, el nombre de "consorteria". Esa "consorteria" abarca toda la casta oficial, burocrática y militar, policíaca y judicial; la clase de los grandes propietarios, de industriales, de comerciantes y de banqueros; todos los abogados y toda la literatura oficial y oficiosa, así como el parlamento entero, cuya derecha disfruta, por el momento, de todas las ventajas de la Administración, mientras que la izquierda aspira a la conquista de esa misma Administración.

Así, pues, en Italia, como en todas partes, existe la clase política una e indivisible de los ladrones que roban al país en nombre del Estado y que lo llevaron, con el más grande provecho de este último, a un grado extremo de empobrecimiento y de desesperación.

Pero la miseria más terrible, aunque afecte a millones de proletarios, no es aún un recurso suficiente para una revolución. El hombre está dotado, por naturaleza, de una paciencia maravillosa, y que le impulsa, es verdad, a menudo, a la desesperación, y el diablo sabe hasta qué grado puede soportarlo todo cuando, junto a la miseria que le condena a privaciones inauditas y a una muerte lenta por inanición, es compensado aún por una estupidez, por una dureza de sentimientos, por una ausencia completa de toda conciencia de su derecho y por una paciencia tal y una obediencia imperturbable como las que distinguen, entre todos los pueblos, a los hindúes orientales y a los alemanes. Un hombre así dotado no resucitará jamás: morirá, pero no se despertará.

Pero cuando llega a la desesperación, su rebelión se hace entonces más probable. La desesperación es un sentimiento agudo y apasionante despertado por el sufrimiento obtuso y semisomnoliento y presupone al menos un cierto grado de comprensión de la posibilidad de una mejor situación que no confía, sin embargo, alcanzar.

En fin, es imposible permanecer demasiado largo tiempo en la desesperación; impulsa al hombre bien pronto, sea a la muerte, sea a la acción. ¿Pero a qué acción? Evidentemente, a la de la emancipación y a la de la conquista de mejores condiciones de existencia. Incluso el alemán, en la

desesperación, cesa de ser razonador; sin embargo, hacen falta muchos insultos de toda especie, muchas vejaciones, sufrimientos y males antes de que sea impulsado a la desesperación.

Mas no bastan aún la miseria y la desesperación para suscitar la revolución social. Son capaces de promover motines locales, pero insuficientes para levantar masas enteras. Para llegar a eso, es indispensable la posesión de un ideal común a todo el pueblo —desarrollado históricamente de las profundidades del instinto del pueblo, educado, ampliado y esclarecido por una serie de fenómenos significativos y de experiencias severas y amargas; es necesario que tenga una idea general de su derecho y una fe profunda, apasionada, religiosa si se quiere, en ese derecho. Cuando tal idea y tal fin se encuentran con la miseria que le lleva a la desesperación, entonces la revolución social es inevitable, está próxima y ninguna fuerza podrá resistirle.

Justamente en esa situación es en la que se encuentra Italia. La miseria y los sufrimientos que ha soportado son terribles, apenas ceden a la miseria y a los sufrimientos que abruman al pueblo ruso. Pero, al contrario, el proletariado italiano ha desarrollado en un grado superior a lo que ha hecho el nuestro la conciencia revolucionaria apasionada que se determina en él de día en día con más claridad y fuerza. Inteligente y apasionado por naturaleza, el proletariado italiano comienza, en fin, a comprender lo que quiere y lo que debe querer para llegar a la emancipación integral y general. En ese sentido, la propaganda de la Internacional, conducida enérgica y ampliamente durante los dos últimos años, le valió de mucho. Le dió, o más bien estimuló en él, ese ideal, toscamente delineado por su instinto singularmente profundo, sin el cual —como hemos dicho— la insurrección del pueblo, cualesquiera que sean los sufrimientos soportados por él, es absolutamente imposible, ideal que le indica el fin que debe realizar y al mismo tiempo le abre el camino y le da los medios para la organización de la fuerza popular.

Este ideal, naturalmente, presenta al pueblo, en primer lugar, el fin de la miseria, de la pobreza y la satisfacción completa de todas las necesidades materiales por medio del trabajo colectivo, obligatorio e igual para todos; luego, el

fin de los amos y de toda suerte de dominación y la organización libre de la vida del país de acuerdo con las necesidades del pueblo, no de arriba abajo, siguiendo el ejemplo del Estado, sino de abajo arriba, por el pueblo mismo, al margen de todo gobierno y de los parlamentos, la unión libre de las asociaciones, de las comunas, de las provincias y de los pueblos agrícolas e industriales, y, en fin —en un porvenir más lejano—, la fraternidad humanitaria triunfante sobre las ruinas de todos los Estados.

Es notable que en Italia, como en España, el programa comunista-estatista de Marx no haya tenido absolutamente éxito alguno; y que, al contrario, el programa de la famosa Alianza de los revolucionarios socialistas, que proclamó la guerra incondicional a toda dominación, a toda tutela, autoridad o poder gubernamental, haya sido vasta y apasionadamente aceptado.

Bajo estas condiciones, un pueblo puede conquistar siempre su libertad, construir su propia vida sobre la libertad más amplia de cada uno; pero no puede en modo alguno amenazar la libertad de otras naciones; por eso no hay que esperar una política de conquista de parte de Italia y de España; al contrario, es preciso confiar en una revolución social en ellas.

Los pequeños Estados, como Suiza, Bélgica, Holanda, Dinamarca y Suecia, por esas mismas razones, pero mayormente a causa de su poca importancia política, no son una amenaza para nadie, si bien deben, al contrario, temer la invasión de parte del nuevo imperio germánico.

Quedan, pues, Austria, Rusia y la Alemania prusiana. Pero, al mencionar a Austria, ¿no se habla del enfermo incurable que se aproxima rápidamente a la muerte? Ese imperio, fundado gracias a los lazos dinásticos y a la violencia militar, compuesto además de cuatro razas opuestas entre sí, pero bajo la hegemonía de la raza alemana, odiada por las otras tres, e igualmente por su número, apenas la cuarta parte de toda la población —la mitad compuesta de eslavos que exigen la autonomía, y últimamente quebrantada en dos Estados: el de los magiareseslavos y el de los germanoeslavos—, un tal imperio, decimos, ha podido existir mientras predominó el despotismo militar y policíaco. Durante el último cuarto de siglo, recibió tres golpes mortales. La pri-

mera derrota le fué inferida por la revolución de 1848, que puso fin al viejo sistema y a la vieja administración del Príncipe de Metternich. Después, sostuvo su precaria existencia por todos los medios heroicos y por toda suerte de reconfortantes. Salvado en 1849 por el emperador Nicolás, buscó su salvación, bajo la administración del oligarca arrogante, el Príncipe Schwartzenberg, y del jesuita de tendencias eslavófilas, el Conde de Tun, redactor del Concordato, en la reacción clerical y política más desesperada y en el restablecimiento de la centralización más absoluta y más despiadada en todas sus provincias, a despecho de todas las diferencias nacionales. Pero la segunda derrota, sufrida en manos de Napoleón III en 1859, probó bien que la centralización burocrática no podía salvarla.

Desde entonces, se lanzó al liberalismo; marchó de Sajonia el rival inexperimentado y desgraciado del Príncipe (entonces todavía conde) de Bismarck, el Barón de Beist, y se puso a libertar con encarnizamiento a sus pueblos de manera que pudiese, al libertarlos, salvar al mismo tiempo su unidad estatista, es decir, resolver un problema simplemente insoluble.

Era preciso satisfacer simultáneamente a las cuatro razas principales que pueblan el Imperio: los eslavos, los alemanes, los magiares y los valacos, que no sólo son excesivamente diferentes por naturaleza unos de otros, por la lengua nacional, y por los diferentes niveles de sus costumbres y de su cultura, sino que a menudo se tratan con hostilidad y no podrían, por consiguiente, ser mantenidos por un lazo de Estado sino mediante la violencia gubernamental.

Era preciso dar satisfacción a los alemanes, cuya mayoría, aspirando a conquistar una constitución democrática liberal, pide al mismo tiempo con insistencia y con fuerza la conservación para sí del *derecho antiguo* de predominio gubernamental en el imperio austríaco, a pesar del hecho de que no constituyen, con los judíos, más que la cuarta parte de toda su población.

¿Es que no es esa una nueva prueba de esta verdad —que hemos defendido siempre con la convicción de que de su comprensión general depende la solución de todos los problemas sociales— la verdad de que el Estado, todo Estado, aunque sea investido de las formas más liberales y más de-

mocráticas, está necesariamente basado en el predominio, en la dominación, en la violencia, es decir, en el despotismo, oculto si queréis, pero tanto más peligroso?

Los alemanes, por naturaleza, por decirlo así, estatistas y burócratas, apoyan sus pretensiones sobre su derecho histórico, es decir, sobre el derecho de conquista y de antigüedad por una parte, y sobre la pretendida superioridad de su cultura por la otra. Tendremos ocasión aún de demostrar hasta dónde se extienden sus pretensiones; limitémonos ahora a los alemanes austríacos, bien que sea muy difícil separar sus pretensiones de las reclamaciones de los alemanes en general.

Los alemanes austríacos han comprendido de mala voluntad, durante estos últimos años, que deben renunciar, al menos al principio, al predominio sobre los magiares, a quienes reconocen, en fin, el derecho a una existencia independiente. De todas las razas que pueblan el Imperio austríaco, los magiares son, después de los alemanes, el pueblo más estatista: a pesar de las persecuciones más feroces y las medidas más draconianas con que el Gobierno austríaco ha intentado, durante los años 1850-1859, romper su tenacidad, no sólo no han desistido de su independencia nacional, sino que defendieron, y defienden, su derecho —según ellos también histórico— al predominio gubernamental sobre las otras razas que pueblan con ellos el reino húngaro, aunque no constituyen sino un poco más del tercio de todo el reino (1).

De este modo, el desgraciado Imperio austríaco se rompió en dos Estados de fuerza casi igual y unidos sólo bajo una sola corona: en el Estado cisleithano o eslavoalemán con 20.500.000 habitantes (de ellos 7.200.000 alemanes y judíos, 11.500.000 eslavos y casi 1.800.000 italianos y de otras nacionalidades) y en el Estado transleithano, húngaro o magioeslavorrumanoalemán.

Es de notar que ninguno de esos dos Estados presenta, aunque sea por su composición interior, una garantía de fuerza actual o siquiera futura.

A pesar de la constitución liberal y la circular reconocida

(1) El reino húngaro cuenta 5.500.000 magiares, 5.000.000 eslavos, 2.700.000 rumanos, 1.800.000 judíos y alemanes, y unos 500.000, pertenecientes a otras razas; en total 15.500.000 habitantes.

de los gobernantes magiares, la lucha entre razas no se ha apaciguado de ninguna manera en el seno del Reino húngaro. La mayoría de la población, sometida a los magiares, no los quiere, y no querrá jamás, voluntariamente, sufrir su yugo, por cuya razón se desarrolla una lucha incesante entre ambos, apoyándose los eslavos en sus hermanos de Turquía, y los rumanos en la población amiga de la Valaquia, de la Moldavia, de la Besarabia y de la Bucovina; los magiares, que no forman más que el tercio de la población, están forzados a buscar en Viena apoyo y protección; y la Ciudad Imperial, que no puede digerir aún la separación de Hungría y alimenta, con respecto a todos los gobiernos decrépitos y dinásticos derrotados, una esperanza secreta de restauración milagrosa de la potencia perdida, está excesivamente contenta de esas luchas intestinas que impiden al Reino húngaro afirmarse, y atiza secretamente las pasiones eslavas y rumanas contra los magiares. Los gobernantes magiares y los políticos lo saben bien y, en compensación, sostienen por su parte relaciones clandestinas con Bismarck que, previendo una guerra inevitable contra el Imperio austríaco, condenado a perecer, coquetea con los magiares.

El Estado cisleithano o germanoeslavo no está tampoco en mejor posición. Aquí, un poco más de siete millones de alemanes, incluso los judíos, pretenden administrar a once millones y medio de eslavos.

Esa pretensión es, ciertamente, extraña. Se puede decir que, desde los tiempos más antiguos, el fin histórico de los alemanes ha sido conquistar las tierras eslavas, destruir, oprimir y civilizar, es decir, germanizar o aburguesar a los eslavos. Por eso se ha desarrollado entre ambas naciones un profundo e histórico odio mutuo que resultó, para cada una de las partes, de la situación específica en que se encontró.

Los eslavos odian a los alemanes como todo pueblo vencido odia al vencedor, pero han permanecido irreconciliables y en el fondo de su alma insumisos. Los alemanes odian a los eslavos como los amos odian generalmente a sus esclavos: por su odio, que ellos, los alemanes, han merecido bien de parte de los eslavos; por ese miedo constante e involuntario que promueve en ellos el pensamiento y la esperanza insatisfecha de los eslavos en su liberación.

Como todos los invasores de suelo extraño y los opresores de un pueblo extranjero, los alemanes odian y desprecian al mismo tiempo e injustamente a los eslavos. Hemos explicado por qué los odian; los desprecian porque los eslavos no han podido y no han querido germanizarse. Es notable en qué grado los alemanes prusianos reprochan amarga y seriamente a los alemanes austríacos y acusan al Gobierno austríaco hasta de traición por no haber podido germanizar a los eslavos. Tienen la convicción de que es un crimen enorme contra los intereses patrióticos de todos los alemanes, contra el *pangermanismo*.

Los eslavos de Austria, amenazados o más bien perseguidos ya hoy por todas partes, insuficientemente aplastados por ese pangermanismo odioso, a excepción de los polacos, le han opuesto un absurdo aún más desagradable, un ideal no menos enemigo de la libertad y no menos destructor: el paneslavismo (1).

No afirmaremos que todos los eslavos de Austria —sin tener en cuenta los polacos— rindan homenaje a ese ideal tan monstruoso como peligroso para el cual, notémoslo al pasar, existe poca simpatía de parte de los eslavos turcos, a pesar de todas las empresas de los agentes rusos que merodean incesantemente entre ellos. Pero es verdad, sin embargo, que la esperanza de una liberación y del salvador de Petrogrado está bastante ampliamente desarrollada entre los eslavos de Austria. El odio terrible y, agreguémoslo, justo, los ha llevado a tal grado de demencia que, olvidando o no sabiendo nada de todas las miserias sufridas por Lituania, Polonia, la Pequeña Rusia, incluso por el pueblo de la Gran Rusia, bajo el despotismo moscovita y pertersbur-

(1) Somos enemigos tan intransigentes del paneslavismo como del pangermanismo, y tenemos la intención de dedicar un artículo especial a esta cuestión, según nuestra opinión, de importancia excepcional; por el momento no tenemos más que decir esto: consideramos como deber sagrado y apremiante de la juventud revolucionaria rusa contrarrestar con todas sus fuerzas y con todos los medios posibles la propaganda paneslavista, emprendida en Rusia y sobre todo en los países eslavos por agentes oficiales del Gobierno y eslavófilos voluntarios, o por agentes oficiales rusos. Se esfuerzan por asegurar a los desdichados eslavos que el zar eslavo de San Petersburgo, imbuido de amor profundo hacia sus hermanos eslavos, y el abyecto Imperio panruso, enemigo y destructor del pueblo— el imperio que ha sofocado a Polonia y a la Pequeña Rusia, y que en parte vendió esta última a los alemanes—, pueden y desean libertar los países eslavos del yugo alemán. ¡Y eso mientras el Gabinete de San Petersburgo vende del modo más flagrante toda la Bohemia con la Moravia al Príncipe de Bismarck en recompensa por el apoyo prometido en Oriente!

gués, se han puesto a confiar en que serán salvados por el knut panruso del zar!

No hay que asombrarse de que tales esperanzas absurdas hayan nacido en las filas de los eslavos. Ignoran la Historia; no conocen tampoco la situación interior de Rusia; todo lo que han oído es que, a despecho de los alemanes, se había formado un enorme imperio, llamado eslavo puro, y poderoso en tal grado que los alemanes odiados tiemblan ante él. Los alemanes tiemblan; por consiguiente, los eslavos deben regocijarse. Los alemanes odian; por consiguiente, los eslavos deben amar.

Todo eso es natural. Pero es extraño, triste e inexcusable que entre la clase instruída de la nación eslava en Austria haya podido organizarse un partido a cuyo frente se encuentran hombres inteligentes, de vasta experiencia, e instruídos que predicán abiertamente el paneslavismo o, en todo caso, según los unos, la emancipación de las razas eslavas por medio de la intervención poderosa del Imperio ruso, y, según los otros, la creación de un *gran imperio eslavo* bajo las riendas del zar ruso.

Es notable hasta qué grado esa maldita civilización alemana, burguesa y, por consiguiente, estatista en su esencia, ha llegado a infiltrarse en el alma de los patriotas eslavos. Nacieron en la sociedad burguesa germanizada, estudiaron en las escuelas y universidades alemanas, se habituaron a pensar, a sentir y a querer a la alemana, y se habrían vuelto completamente alemanes si el fin que persiguen no hubiera sido antialemán: es por medios y por métodos alemanes como quieren y esperan libertar a los eslavos del yugo alemán. No conociendo, gracias a su educación alemana, otro medio de liberación que la fundación de Estados eslavos o de un solo Estado poderoso de los eslavos, se proponen un objetivo puramente alemán, porque el Estado moderno —centralista, burocrático, militar y policiaco del género, por ejemplo, del nuevo imperio germánico o panruso—, es una creación puramente alemana; en Rusia estaba mezclada antes con un elemento tártaro; es verdad que Alemania no se detendrá ante el uso de los métodos tártaros tampoco.

Por su misma naturaleza, los eslavos son, en el fondo, una raza categóricamente no política, es decir, no estatista. En vano los checos se recuerdan de su gran Moravia y los ser-

vios del reino de Dusham. Fueron acontecimientos efímeros o fábulas antiguas. La verdad es que ninguna raza eslava fué capaz, por sí misma, de crear un Estado.

La monarquía-república polaca fué creada bajo la doble influencia germánica y del latinismo después de la derrota completa sufrida por los campesinos y después de su sumisión servil al yugo de la nobleza polaca que, según el testimonio y la opinión de numerosos historiadores y escritores polacos (entre otros Mickiewicz), no era de origen eslavo.

El reino de los checos (o de Bohemia) ha sido puesto en pie puramente a ejemplo y a imagen de los alemanes, bajo la influencia directa de los alemanes, gracias a lo cual Bohemia se convirtió pronto en miembro orgánico y en parte indisoluble del imperio germánico.

Por lo que se refiere a la historia de la formación del Imperio panruso, todo el mundo la conoce; participaron en ella el knut tártaro, la bendición bizantina y la civilización policíaca y militarburocrática alemana. El pobre pueblo de la Gran Rusia, y después de él los otros pueblos —pequeño ruso, lituano y polaco— que le fueron incorporados no participaron en su formación más que con su espina dorsal.

Así, pues, es indisputable que los eslavos no construyeron nunca un Estado por sí mismos, por su propia iniciativa. Y no lo construyeron porque nunca fueron una raza de invasores. Sólo las razas invasoras crean un Estado, y lo crean con el fin de aprovecharse de él en detrimento de los pueblos subyugados.

Los eslavos eran, principalmente, una raza apacible y agrícola. Extraños al espíritu guerrero que animaba las razas germánicas, eran, por eso mismo, extraños a las tendencias estatistas que se habían desarrollado desde el comienzo en los alemanes. Viviendo separados e independientemente en sus comunas administradas por el hábito patriarcal, por los viejos —pero sin embargo sobre la base del principio electoral—, disfrutando todos con el mismo derecho del suelo comunal, no conocieron ni tuvieron la nobleza; no han tenido siquiera una casta especial de sacrificadores, todos eran iguales entre sí, realizando, es verdad, en un sentido patriarcal sólo, y por consiguiente de un modo muy incompleto, la idea de la fraternidad humana. No existía

contacto político constante entre las comunas. Pero cuando amenazaba un peligro común —como la invasión de una raza extraña—, contraían temporalmente una alianza defensiva; una vez pasado el peligro, esa sombra de unión política desaparecía también. Se deduce, pues, que no existía ni podía existir un Estado eslavo. Existía, al contrario, ese contacto social y fraternal entre todas las razas eslavas, hospitalarias en un alto grado.

Es natural que, con tal organización, los eslavos habían quedado sin defensa contra las invasiones y las conquistas de las razas guerreras, mayormente de los alemanes, que aspiraban a la extensión de su dominio en todas las direcciones. Los eslavos fueron, en parte, exterminados; la gran mayoría fué subyugada por los turcos, por los tártaros, por los magiares y sobre todo por los alemanes.

Desde la segunda mitad del siglo X, comienza el martirio y el período heroico de su esclavitud. En la lucha secular, incesante y tenaz contra los invasores, vertieron a torrentes su sangre por la libertad de su suelo. Ya en el siglo XI, encontramos dos hechos característicos: la rebelión general de los eslavos paganos que habitaban entre el Oder, el Elba y el mar Báltico, contra los paladines y los sacerdotes alemanes, y la indignación tan característica de los campesinos de la Gran Polonia contra la dominación de la nobleza. Luego tenemos, hasta el siglo XV, la lucha en pequeña escala, imperceptible, pero incesante, de los eslavos occidentales contra los alemanes, de las razas meridionales contra los turcos, y de los eslavos del noroeste contra los tártaros.

En el siglo XV, encontramos la gloriosa y esta vez victoriosa revolución netamente popular de los husitas checos. Dejando a un lado su principio religioso —que estaba, sin embargo, mucho más próximo al principio de la fraternidad humana y de la libertad de lo que lo está el principio católico y el principio protestante que le siguieron—, dirijamos la atención sobre el carácter declaradamente social y anti-estatista de esa revolución. Fué la rebelión de la comuna eslava contra el Estado alemán.

En el siglo XVII, los husitas sufrieron una derrota completa gracias a una serie de traiciones de la burguesía semigermanizada de Praga. Casi la mitad de la población checa fué exterminada y las tierras distribuídas entre los colonistas venidos de Alemania. Los alemanes, y con ellos los jesuitas, triunfaban. Durante más de dos siglos después de esa derrota sanguiñaria, el mundo occidental eslavo permaneció inmóvil, mudo, abatido bajo el yugo de la Iglesia católica y del germanismo triunfante. En ese tiempo, los eslavos meridionales, también soportaban su servidumbre bajo la dominación de la raza magiar o bajo el yugo de los turcos. Pero, en cambio, la rebelión eslava, en nombre de esos mismos principios comunales, comenzó a despuntar al Nordeste.

Sin decir nada de la lucha desesperada del glorioso Novgorod, de Pskof y de otras regiones contra los zares moscovitas en el siglo XVI, y de la alianza armada de los "zemstvo" de la Gran Rusia contra el rey de Polonia, contra los jesuitas, los boyardos moscovitas y en general contra el predominio de Moscú al comienzo del siglo XVII, recordemos la famosa insurrección de las poblaciones de la Pequeña Rusia y de Lituania contra la nobleza polaca y, luego, la insurrección aún más decisiva de los campesinos del Volga bajo la dirección de Stenka Razin, y, en fin, un siglo más tarde, la rebelión no menos famosa de Putgatchef. En todos esos movimientos, en todas esas insurrecciones y revueltas puramente populares, encontramos ese mismo odio al Estado, esa misma aspiración hacia la creación de un sistema campesino de comunas libres.

En fin, el siglo XIX puede ser denominado el siglo del despertar general de la raza eslava. Eso no es necesario decirlo siquiera por lo que respecta a Polonia. Esta no ha dormido jamás, porque desde la usurpación violenta de su libertad —no la del pueblo, es verdad, sino la de los nobles y el Estado—, desde su desmenuzamiento entre tres Estados rapaces, no ha cesado de luchar y, hagan lo que quieran los Muravief y los Bismarck, se rebelará siempre hasta que obtenga su libertad. Desgraciadamente para Polonia, sus partidos dirigentes, generalmente asociados a la nobleza, no han podido desembarazarse de su programa estatista, y, en lugar de buscar la emancipación y el rejuvenecimiento

de su patria en la revolución social, la buscan —obedeciendo a las viejas tradiciones—, sea en la protección de un Napoleón, sea en la alianza con los jesuitas y los feudales austríacos.

Pero nuestro siglo ha visto también el despertar de los eslavos de Occidente y del Sur. A pesar de los esfuerzos políticos, policíacos y civilizadores alemanes, Bohemia surgió de nuevo, después de un sueño de tres siglos, como un país puramente eslavo y se convirtió en el centro natural de atracción para el movimiento eslavo en Occidente. La Servia turca desempeña el mismo papel para el movimiento yugoeslavo. Pero, junto con el despertar de las razas eslavas, se promueve una cuestión en extremo importante y, se puede decir, fatal.

¿De qué modo deberá realizarse el renacimiento eslavo? ¿Por el medio antiguo del predominio estatista, o bien por medio de la emancipación verídica de todos los pueblos —al menos de los pueblos europeos—, de la emancipación del proletariado europeo entero de todo yugo y, en primer lugar, del yugo estatista?

Los eslavos, ¿deben o pueden desembarazarse del yugo extranjero, y sobre todo del yugo alemán, que odian más, empleando a su vez ese mismo método alemán de invasión, de conquista y de sometimiento de las masas conquistadas a la fidelidad tan odiada con respecto a los eslavos como no lo fué antes respecto de los alemanes, o bien sólo por la insurrección solidaria de todo el proletariado europeo mediante la revolución social?

El porvenir de los eslavos depende de la elección entre uno de esos medios. ¿Por cuál hay que decidirse?

Según nuestra opinión, plantear la pregunta es dar la respuesta. A despecho del sabio proverbio del rey Salomón, lo viejo no se repite. El Estado moderno que no realiza más que la antigua idea de la dominación, realiza, lo mismo que el cristianismo, la última forma de la creencia teológica o de la esclavitud religiosa, el Estado burocrático, militar, policíaco y centralista, que aspira, por la necesidad misma de su fuero interno, a conquistar, a someter y a estrangular cuanto existe, vive, se mueve y respira a su alrededor, un Estado que encuentra su expresión más moderna en el imperio pangermánico, ha cumplido ya su misión. Sus días

están contados y es de su caída de la que todos los pueblos esperan su completa emancipación.

¿Será preciso, pues, que los esclavos repitan la respuesta antihumanitaria, antipopular y condenada ya por la Historia? ¿Para qué? No es un honor; al contrario, es crimen, oprobio, maldición de los contemporáneos y de la posteridad. ¿O bien, quizás, los esclavos están envidiosos del odio de todos los pueblos de Europa que los señores alemanes han merecido? ¿O la misión de dios mundial les agrada? ¿Que el diablo lleve a todos los esclavos, con todo su porvenir militar, si, después de tantos años de esclavitud, de sufrimientos y de silencio, deben presentar nuevas cadenas a la humanidad!

¿Y cuáles serían las ventajas para los esclavos? ¿Cuál podría ser la ventaja, para las masas esclavas del pueblo, de la creación de un gran Estado eslavo? Esos Estados dan, ciertamente, un provecho indudable, pero no para el proletariado, sino para la minoría privilegiada, para el clero, para la nobleza, para la burguesía o también, quizás, para aquellos intelectuales que, en nombre de su erudición diplomada y de su supuesto predominio intelectual, se consideran llamados a dirigir las masas; la ventaja es para los pocos millares de opresores, de verdugos y de explotadores del proletariado. Para el proletariado mismo, para las grandes masas del pueblo, cuanto más vasto es el Estado, más pesadas son las cadenas y más estrecha es la prisión.

Hemos dicho y demostrado más arriba que la sociedad no puede ser y permanecer un Estado sin convertirse en un Estado invasor. Esa misma competencia que, sobre el terreno económico, destruye y absorbe los pequeños capitales y también los capitales medianos, las fábricas y talleres, las posesiones territoriales y las casas comerciales en provecho de los capitales, fábricas, propiedades y casas comerciales enormes, destruye y absorbe los Estados, pequeños y medianos, en beneficio de los grandes imperios. Desde entonces, todo Estado, si quiere existir más que sobre el papel y no depender de la generosidad de sus vecinos mientras estos últimos están dispuestos a sufrir su existencia, si quiere ser verdaderamente independiente, debe indudablemente convertirse en Estado invasor.

Mas convertirse en Estado invasor significa estar obligado a mantener en tutela forzosa a gran número de millones de seres de un pueblo extranjero. Es necesario, pues, poner en pie una gran fuerza militar. Pero donde triunfa la fuerza militar, ¡adiós la libertad! Sobre todo, ¡adiós la libertad y la prosperidad del pueblo trabajador! Se deduce, por lo tanto, que la fundación de un gran Estado eslavo no significa otra cosa que la fundación de una gran esclavitud del pueblo eslavo.

“Pero —nos dirán los estatistas eslavos— no queremos un solo gran Estado eslavo; deseáramos solamente la fundación de varios Estados puramente eslavos, de proporciones medianas, como garantía indispensable de la independencia de los pueblos eslavos.” Mas ese punto de vista choca con la lógica y los hechos históricos, con la fuerza misma de las cosas; ningún Estado de proporciones medianas puede, actualmente, tener una existencia independiente. Por lo tanto, o bien esos Estados eslavos no existirán, o bien se fundará un solo Estado que lo absorberá todo, un Estado paneslavista, un Estado del knut, un Estado petersburgués.

¿Es que, en efecto, el Estado eslavo, podría luchar contra el poder gigantesco del nuevo Imperio pangermánico sin hacerse él mismo tan gigantesco y tan poderoso? No hay que contar nunca con la acción solidaria de muchos Estados separados y ligados por los mismos intereses; primeramente, porque la alianza de varias organizaciones y fuerzas heterogéneas —aunque fuesen iguales o superiores en número al enemigo— son, a pesar de todo, las más débiles, porque el enemigo es homogéneo y su organización, que obedece a una sola dirección, a una sola voluntad, es más fuerte y más duradera; luego, porque no hay que contar nunca con la cooperación amistosa de muchas potencias, aun cuando sus propios intereses exijan tal alianza. Los hombres de Estado, como todo mortal, son muy a menudo atacados de una ceguera que les impide ver, más allá del interés y de la pasión momentánea, las exigencias fundamentales de su propia situación.

El interés directo de Francia, de Inglaterra, de Suecia y aun de Austria era, en 1863, sostener a Polonia contra Rusia, y, sin embargo, ninguno de esos países hizo nada.

En 1864, era de un interés más directo aún para Inglaterra, para Francia, sobre todo para Suecia y aun para Rusia, tomar partido por Dinamarca, amenazada por la invasión prusoaustríaca, o más bien prusoalemana; tampoco esta vez se ocupó nadie de ella. En 1870, por fin, Inglaterra, Rusia y Austria, sin hablar de los pequeños Estados del Norte, debían, desde el punto de vista de sus intereses evidentes, detener la invasión triunfal de las tropas prusogermánicas en Francia, hasta París mismo y casi hasta el Sur; mas tampoco esta vez intervino nadie, y sólo más tarde, cuando se fundó, amenazadora para todos, la nueva potencia germánica, comprendieron los Estados que habrían debido intervenir. Pero era ya demasiado tarde.

Por consiguiente, no hay que contar con la inteligencia estatista de las potencias vecinas; únicamente se debe contar con las propias fuerzas, y esas fuerzas deben ser, al menos, iguales a las del enemigo. Se deduce que ningún Estado eslavo, considerado aisladamente, podrá resistir a la presión del Imperio pangermánico.

¿No se podría, sin embargo, oponer a la centralización pangermánica la federación paneslavista, es decir, la unión de los Estados eslavos independientes del tipo, por ejemplo, de los Estados Unidos o de Suiza? También sobre esta cuestión deberá ser negativa nuestra respuesta.

Primeramente, para que pueda tener lugar una unión cualquiera es indispensable que el Imperio panruso sea destruído, que se deshaga en un número de Estados separados, independientes unos de otros y unidos entre sí por el lazo federativo solamente, porque el mantenimiento de la independencia y de la libertad de Estados eslavos, pequeños o medianos, en una tal unión federativa con un imperio tan grande es simplemente imposible.

Supongamos que el Imperio petersburgués se fraccionara en un número más o menos grande de Estados libres y que los Estados organizados sobre base independiente, Polonia, Bohemia, Servia, Bulgaria, etc., formen juntos con esos Estados rusos libertados, una gran federación eslava. Afirmamos que aun entonces esa federación no sería capaz de luchar contra la centralización pangermánica, por la simple razón de que la fuerza militar estará siempre del lado de la centralización.

La federación de los Estados podría, en cierto grado, garantizar la libertad burguesa, pero no podría nunca crear una fuerza militar de Estado, por la razón de que es una federación. La fuerza estatista exige absolutamente la centralización. Se nos da el ejemplo de Suiza y de los Estados Unidos de América. Pues bien, es justamente Suiza la que, queriendo aumentar sus fuerzas militares y estatistas, aspira actualmente y abiertamente a la centralización; y la federación ha sido posible hasta ahora en la América del Norte por el motivo evidente de que en el continente americano, en la proximidad de la gran república, no existe ningún Estado poderoso y centralizado como Rusia, Alemania o Francia.

Así, pues, para oponerse en el terreno estatista y político al pangermanismo triunfante, sólo queda un medio: la fundación de un Estado paneslavista. Este medio es, desde los demás puntos de vista, extremadamente desventajoso para los eslavos, porque conduce infaliblemente al sometimiento general de los eslavos ante el knut panruso. ¿Sería verdad eso respecto a su propio objetivo, es decir, la derrota de la potencia germánica y el sometimiento de los alemanes al yugo paneslavista, es decir, al Imperio petersburgués?

No; no sólo no es verdad, sino que es indudablemente insuficiente. Es verdad que los alemanes, en Europa, no cuentan más de 50 millones y medio (incluso, claro está, los 9 millones de alemanes austríacos). Supongamos por un momento que el sueño de los patriotas alemanes se ha realizado enteramente y que el Imperio germánico abarca toda la parte flamenca de Bélgica, Holanda, Suiza alemana, toda Dinamarca y también Suecia con Noruega, lo que en total da una población de un poco más de 15 millones. ¿Y luego? Tendrá entonces en Europa a lo sumo 66 millones, mientras que los eslavos cuentan 90 millones. Por lo tanto, desde el punto de vista cuantitativo, la población eslava de Europa es casi una tercera parte superior a la población alemana. Y, sin embargo, continuamos afirmando que ningún Estado paneslavista podrá igualar el poder y la fuerza militar actual del Imperio pangermánico. ¿Por qué? Porque en la sangre alemana está la pasión del orden estatista, de la disciplina estatista, y a los eslavos, no sólo les falta esa pasión, sino que obran en ellos pasiones diametralmente

opuestas; por eso es preciso, para disciplinarlos, tenerlos a bastonazos, mientras que todo alemán recibe libremente y con convicción esos mismos golpes. Su libertad consiste precisamente en estar bien adiestrados, sometiéndose voluntariamente a toda autoridad.

Además, los alemanes son un pueblo serio y trabajador, tienen educación, son ordenados, exactos, económicos, lo que no les impide, cuando es necesario, y sobre todo cuando son los superiores los que lo exigen, luchar excelentemente. Lo han probado en las últimas guerras. Además, su organización militar y administrativa ha sido llevada al último grado de perfección, un grado que ningún otro pueblo podrá nunca alcanzar. ¿Se puede imaginar uno, pues, que los esclavos rivalicen con ellos en el terreno del estatismo?

Los alemanes buscan su vida y su libertad en el Estado: para los esclavos, el Estado es la fosa fúnebre. Los esclavos deben buscar su emancipación fuera del Estado, no sólo en la lucha contra el Estado alemán, sino en la rebelión de todos los pueblos contra todo Estado, en la revolución social.

Los esclavos podrán emanciparse, podrán destruir el Estado alemán odiado, no por las aspiraciones vanas a subyugar a su vez a los alemanes bajo su dominio, a hacer de ellos los esclavos de su Estado eslavo, sino llamándolos hacia la libertad común, hacia la fraternidad de toda la humanidad sobre las ruinas de todos los Estados existentes. Pero los Estados no se derrumban por sí mismos; sólo podrán ser destruidos por la revolución de todos los pueblos y de todas las razas, por la revolución social internacional.

Organizar las fuerzas del pueblo para realizar tal revolución, he ahí el único fin de los que deseen sinceramente la libertad de las razas esclavas de su yugo secular. Esos hombres de vanguardia deben comprender que lo mismo que constituyó en el pasado la debilidad de los pueblos esclavos, principalmente su inhabilidad para formar un Estado, se convierte en este momento en su fuerza, en su derecho al porvenir, y da un sentido interior a todos sus movimientos sociales contemporáneos. No obstante el desenvolvimiento enorme de los Estados modernos, y a consecuencia de ese desenvolvimiento final que llevó por necesidad lógica e

inevitable el principio del estatismo hasta el absurdo, se hace claro que los días de los Estados y del estatismo están contados y que se acerca el tiempo de la emancipación de las masas trabajadoras y de su organización libre de abajo arriba, sin la menor injerencia gubernamental; de las uniones libres económicas del pueblo, al margen de todas las fronteras de Estados y de todas las diferencias nacionales, sobre la base única del trabajo productor completamente humanizado y enteramente solidario aunque variado.

Los esclavos de vanguardia deben comprender, en fin, que el tiempo del entretenimiento inocente en la filología eslava ha pasado, y que no hay nada más absurdo y más hostil al pueblo que poner como ideal de todas las aspiraciones del pueblo el llamado principio de la nacionalidad. La nacionalidad no es un principio humanitario; es un principio histórico, un hecho local que tiene, ciertamente, el derecho a ser generalmente reconocido lo mismo que cualquier otro hecho real e inofensivo.

Todo pueblo —por minúsculo que sea— tiene su carácter, su modo específico de vivir, de hablar, de sentir, de pensar y de obrar; y ese carácter, esa modalidad son precisamente las bases de su nacionalidad y los resultados de la vida histórica y de las condiciones del ambiente de ese pueblo.

Todo pueblo, todo individuo, es involuntariamente lo que es y tiene derecho indudablemente a ser él mismo. Es lo que constituye el llamado derecho nacional. Pero si el pueblo o el individuo existen de un cierto modo y no pueden existir de otro, no se deduce de ello de modo alguno que tengan el derecho o que les sea útil considerar para el uno su nacionalidad, para el otro su individualidad como principios exclusivos y que habría que ocuparse de ellos eternamente. Al contrario, cuanto menos se ocupen de sí mismos y más impregnados estén de la idea general de la humanidad, más se revivificarán y obtendrán un sentido interior de la nacionalidad del uno y de la individualidad del otro.

Lo mismo pasa con los esclavos. Permanecerán extraordinariamente insignificantes y pobres mientras continúen ocupándose de su esclavofilia estrecha, egoísta y además abstracta, extraña y por sí misma contraria al problema y a la causa de la humanidad en general; no conquistarán, como

eslavos, su puesto legítimo en la Historia y en la fraternidad libre de los pueblos hasta que se hayan penetrado, junto con todos los demás, del interés general.

En todas las épocas de la Historia hallamos el interés común dominando todos los otros intereses más particulares y exclusivamente nacionales, y el pueblo —o los pueblos— que hallan en sí la vocación, es decir, bastante comprensión, pasión y fuerza para entregarse a él, se convierten en pueblos históricos.

Asimismo encontramos que los intereses preponderantes en las distintas épocas han sido también de orden diferente. Para no ir más lejos, existió el interés más bien divino que humano y, por consiguiente, opuesto a la libertad y al bienestar de los pueblos; hubo un interés predominante y conquistador en el más alto grado: el interés de la fe católica y de la Iglesia católica; y los pueblos que entonces encontraron en sí las más grandes aptitudes para consagrarse a él —los alemanes, los franceses, los españoles, en parte los polacos—, fueron, gracias a eso justamente, cada cual en su ambiente, pueblos que marcharon en las primeras filas.

Después vino un nuevo período de renacimiento intelectual y de rebelión religiosa. El interés general del Renacimiento puso en primera línea a los italianos, luego a los franceses y, en un grado mucho menor, a los ingleses, los holandeses y los alemanes. La rebelión religiosa que había afectado ya a la Francia meridional colocó, en el siglo XV, en primer plano a nuestros husitas eslavos. Al cabo de una lucha heroica que duró un siglo, los husitas fueron aplastados como antes lo fueron los albigenses franceses. Fué entonces cuando la Reforma reavivó al pueblo alemán, al francés, al inglés, al suizo y al escandinavo. En Alemania, perdió pronto el carácter de rebelión, que no se adaptaba de modo alguno al temperamento alemán, y tomó el aspecto de una reforma pacífica del Estado, que sirvió luego para la fundación del despotismo estatista más franco, sistemático y científico. En Francia, después de una larga lucha sanguinaria que valió mucho para desarrollar el pensamiento libre en ese país, fué aplastada por el catolicismo triunfante. Al contrario, en Holanda, en Inglaterra y luego en los Estados Unidos, creó una nueva civilización que, siendo

antiestatista en el fondo, no es menos economicoburguesa y liberal.

De esa manera, el movimiento religioso reformador que abarcó en el siglo XVI a casi toda Europa dió nacimiento, en la humanidad civilizada, a dos direcciones principales: la dirección economicoburguesa y liberal con Inglaterra sola al principio a la cabeza, luego con Inglaterra y América; y la dirección despóticoestatista, en el fondo también burguesa y protestante, aunque mezclada con elementos católicos de la nobleza; estos últimos, sin embargo, enteramente sometidos al Estado. Los representantes principales de esta tendencia fueron Francia y Alemania; primero la Alemania austríaca, luego la Alemania prusiana.

La Gran Revolución, que marcó el fin del siglo XVIII, ha vuelto a poner a Francia en el primer puesto. Ha creado un nuevo interés para toda la humanidad: el ideal de la libertad absoluta de la humanidad, pero sólo en el terreno *exclusivamente político*; ese ideal contenía en sí una contradicción insoluble y era, por lo tanto, irrealizable: la libertad política sin la igualdad económica, y en general toda libertad política, es decir, la libertad en el Estado, es una mentira.

La Revolución francesa ha producido así, a su vez, dos tendencias principales opuestas una a otra y en lucha eterna entre sí, pero al mismo tiempo indisolubles; digamos más, que se parecen indudablemente en la misma aspiración hacia el mismo fin: la explotación sistemática del proletariado trabajador en favor de la minoría posesora que, desde el punto de vista numérico, disminuye gradualmente aun enriqueciéndose más y más.

Sobre esta explotación del trabajo obrero, uno de los partidos quiere edificar la república democrática; el otro, más consecuente, aspira a fundar el despotismo monárquico, es decir, profundamente estatista: el Estado centralista, burocrático, policíaco con una dictadura militar apenas enmascarada por formas constitucionales inofensivas.

El primer partido, bajo la dirección del señor Gambetta, aspira actualmente a la conquista del Poder en Francia. El segundo, con el Príncipe de Bismarck a la cabeza, reina ya soberano en la Alemania prusiana.

Es difícil decir cuál de esas dos tendencias es la más

útil al pueblo o, para hablar más exactamente, cuál de esas dos presenta menos mal y perjuicio para el pueblo, para las masas trabajadoras, para el proletariado; las dos aspiran con la misma pasión obstinada a la fundación o al refuerzo de un Estado poderoso, es decir, al sometimiento completo del proletariado.

Contra esas dos tendencias estatistas hostiles al pueblo —tendencias republicana y neomonárquica engendradas por la gran revolución burguesa de 1789 y de 1793—, se ha desarrollado, en fin, de las profundidades del proletariado mismo, primeramente en el seno del proletariado francés y austriaco, luego en los otros países de Europa, una tendencia absolutamente nueva que se dirige abiertamente hacia la abolición de toda explotación y de toda opresión política, o jurídica, o administrativa y gubernamental, es decir, hacia la abolición de las clases por medio de la nivelación económica de las riquezas y hacia la supresión de su último apoyo: el Estado.

Tal es el programa de la revolución social.

Así, pues, existe actualmente para todos los países del mundo civilizado un solo problema mundial, un solo interés mundial: la emancipación completa y definitiva del proletariado de la explotación económica y del yugo estatista. Está claro que ese problema no podría ser resuelto sin una lucha terrible y sangrienta y que la situación actual, el derecho, el valor de cada nación, dependerán de la dirección, del carácter y del grado de participación que está dispuesta a aportar a esta lucha.

¿No está claro, por consiguiente, que los eslavos deben buscar y pueden conquistar su derecho y su puesto en la Historia y en la alianza fraternal de los pueblos sólo por medio de la revolución social?

De todos modos, la revolución social no puede ser una revolución aislada de una sola nación; es, en su esencia, una revolución internacional; así, pues, los eslavos que busquen su libertad deberían, en el mismo nombre de esa libertad, unir sus aspiraciones y la organización de sus fuerzas nacionales a las aspiraciones y a la organización de las fuerzas nacionales de todos los países: el proletariado eslavo debe entrar íntegramente en la Asociación Internacional de los Trabajadores.

Hemos tenido ya ocasión de recordar la declaración magnífica de fraternidad internacional hecha por los obreros vieneses en 1868, cuando rehusaron, a pesar de todas las persuasiones de los patriotas austríacos y suavos, enarbolar la bandera pangermanista y declararon categóricamente que los obreros del mundo entero son sus hermanos y que no reconocían ningún otro campo que el de la solidaridad internacional del proletariado de todos los países; comprendieron muy bien, al mismo tiempo, y expresaron entonces que son ellos sobre todo, obreros austríacos, los que no deben levantar la bandera nacional, porque el proletariado austriaco está compuesto de las razas más heterogéneas: magiares, italianos, rumanos y sobre todo eslavos y alemanes; y que por esa razón deben buscar una solución práctica a sus problemas al margen del llamado Estado nacional.

Unos pasos más en esa dirección y los obreros austríacos habrán llegado a comprender que la emancipación del proletariado es decididamente imposible en todo Estado; una tal abolición sólo es posible por el apoyo solidario del proletariado de los demás países, cuya primera organización en el terreno económico es precisamente la Asociación Internacional de los Trabajadores.

Si los obreros alemanes de Austria hubiesen comprendido eso, habrían tomado la iniciativa, no ya de su propia emancipación, sino también de la liberación de todas las masas obreras no alemanas que componen el Imperio austriaco, incluso naturalmente los eslavos, que habríamos sido los primeros en inducir a aliarse con ellos para abolir el Estado, es decir, la prisión del pueblo, y fundar un nuevo mundo obrero internacional basado en la igualdad más completa y en la libertad.

Pero los obreros austríacos no han dado esos primeros pasos indispensables; no los han dado porque fueron detenidos desde su primer paso por la propaganda germanopatriótica del señor Liebknecht y de los otros socialdemócratas que fueron a Viena en julio —creo— del año 1868 con el propósito específico de desviar el instinto social justo de los obreros austríacos de la vía de la revolución internacional y de dirigirlo en el sentido de la agitación política en favor de la fundación de un Estado único llamado por él *del pueblo* —pangermánico, naturalmente—; en una pala-

bra, para la realización del ideal patriótico del Príncipe de Bismarck, pero únicamente en el terreno socialdemocrático y por medio de la llamada agitación legal del pueblo.

Ni los esclavos, ni siquiera los obreros alemanes deben seguir esa ruta, por la simple razón de que un Estado, aunque debiese llamarse diez veces del pueblo y fuese decorado con las formas más democráticas, será indudablemente sólo una prisión para el proletariado; seguir esa ruta sería tanto más imposible para los esclavos, cuanto que significaría la subordinación voluntaria al yugo alemán, lo que es repulsivo para todo espíritu eslavo. Se deduce que, no sólo no induciríamos a nuestros hermanos esclavos a entrar en las filas del partido socialdemócrata de los obreros alemanes, a la cabeza de los cuales se encuentran, desde el comienzo, el duunvirato investido del poder dictatorial, señores Marx y Engels, y luego o bajo sus órdenes los señores Bebel, Liebknecht y algunos judíos aficionados a escribir, sino que, al contrario, emplearíamos todos los medios para impedir al proletariado eslavo cometer un acto de suicidio al aliarse a ese partido que está lejos de ser del pueblo, pero que por sus aspiraciones, por sus finalidades y sus medios es un partido puramente burgués y de los más exclusivamente alemanes, es decir, hostiles a los esclavos.

Cuanto más enérgicamente rechace el proletariado eslavo, en su propia salvaguarda, no ya toda alianza, sino también cualquier acercamiento a ese partido —no hablamos de los trabajadores que se encuentran en él, sino de sus organizaciones y sobre todo de sus jefes, en todas partes y siempre burgueses—, más estrechamente deberá acercarse y aliarse a la Asociación Internacional de los Trabajadores. No hay que confundir en modo alguno el partido alemán socialdemócrata con la Internacional. Desde el punto de vista político, el programa patriótico de aquél, no sólo no tiene nada de común con el programa de ésta, sino que le es absolutamente contrario. Es verdad que, en el Congreso amañado de La Haya, los marxistas trataron de imponer su programa a la Internacional. Pero ese ensayo promovió de parte de Italia, de España, de una parte de Suiza, de Francia, de Bélgica, de Holanda, de Inglaterra, así como de parte de los Estados Unidos de América, una protesta tan grande que se hizo claro para todos que, aparte de los ale-

manes, nadie quería el programa alemán. No hay, ciertamente, duda alguna de que llegará el tiempo en que el proletariado alemán mismo, más al corriente de sus propios intereses como inseparables de los intereses del proletariado de los demás países, y de la tendencia funesta de ese programa que le ha sido impuesto, pero que está lejos de haber creado, se apartará de él y se lo dejará a sus jefes y a sus líderes burgueses.

Así, pues, lo repetimos: el proletariado eslavo deberá, a fin de conseguir su emancipación del yugo imperial, entrar en masa en la Internacional; deberá crear en ella secciones de fábricas, de oficios y agrícolas, unir las en federaciones locales y, si fuese necesario, en una federación que abarcase todos los esclavos. Sobre la base de los principios de la Internacional que liberan a todos y a cada uno de la patria estatista, los trabajadores esclavos deben y pueden, sin el menor peligro para su independencia, ir fraternalmente al encuentro de los trabajadores alemanes, pues la alianza con estos últimos sobre otra base es cosa categóricamente imposible.

Tal es la única vía que lleva hacia la emancipación de los esclavos. Pero el camino tomado hoy por la gran mayoría de la juventud eslava occidental y meridional, bajo la dirección de sus patriotas venerables y más o menos meritorios, es de naturaleza exclusivamente estatista, enteramente adverso y ruinoso para las masas del pueblo.

Tomemos, por ejemplo, la Servia turca, en especial el principado servio, como el único centro fuera de Rusia —y Montenegro también— donde el elemento eslavo ha adquirido una existencia política más o menos independiente.

El pueblo servio ha derramado su sangre a torrentes para libertarse del yugo turco; pero, apenas se libertó de él, ha sido uncido a un Estado nuevo, esta vez suyo propio, pues lleva el nombre de principado servio, yugo en realidad más insoportable que el yugo turco. Apenas esta parte del suelo servio recibió la forma, el régimen, las leyes, las instituciones de un Estado más o menos regular, la vida nacional y la fuerza nacional que promovieron la lucha heroica contra los turcos y que vencieron definitivamente a éstos, expiraron de repente. El pueblo, ignorante y extremadamente pobre, es verdad, pero enérgico, apasionado y amante de la

libertad por su naturaleza misma, se transformó repentinamente en rebaño mudo e inmóvil, entregado en sacrificio al bandidaje burocrático y al despotismo.

No hay en la Servia turca ni nobleza ni grandes propietarios territoriales, ni industriales ni comerciantes extremadamente ricos; pero, en cambio, se ha formado una nueva aristocracia burocrática compuesta por jóvenes educados, en gran parte a costa del Estado, en Odesa, en Moscú, en San Petersburgo, en Viena, en Alemania, en Suiza, en París. Durante la juventud, no corrompida todavía en el servicio del Estado, esos jóvenes se distinguieron por un patriotismo ferviente, por el amor al pueblo, por un liberalismo bastante sincero y también, últimamente, por tendencias democráticas y socialistas. Pero, apenas entran al servicio del Estado, la lógica de hierro de su situación, la fuerza misma de las cosas inherentes a ciertas relaciones jerárquicas y políticamente provechosas, se sobreponen, y los jóvenes patriotas se convierten de pies a cabeza en funcionarios, aun continuando algunas veces considerándose patriotas y liberales. Pero se sabe lo que es un funcionario liberal; es incomparablemente peor que un funcionario hecho y derecho.

Además, las exigencias de una cierta posición se hacen más fuertes que los sentimientos, las intenciones y los mejores motivos. Al volver a su hogar, los jóvenes servios, después de haber recibido su educación en el extranjero, se sienten obligados, gracias a la educación recibida, y sobre todo a sus deberes ante el Gobierno por cuenta del cual han vivido la mayor parte en el extranjero, así como a causa de la imposibilidad absoluta de encontrar otros medios de subsistencia, a convertirse en funcionarios del Estado y hacerse otros tantos miembros de la única aristocracia que existe en el país, la de la clase burocrática. Una vez entrados en esa clase, se convierten, a pesar de ellos, en enemigos del pueblo. Habrían querido quizás, y sobre todo al comienzo, libertar a su pueblo o, al menos, mejorar su vida; pero deben sofocarlo y roberle. Basta continuar ese trabajo durante dos o tres años para habituarse y conciliarse con él al fin de cuentas, con ayuda de una mentira liberal cualquiera o incluso democrática y doctrinaria; y nuestra era abunda en esas mentiras. Una vez conciliados con la nece-

sidad férrea contra la cual no son capaces de luchar, se convierten en pillos rematados, y son tanto más peligrosos para el pueblo cuanto más liberales o democráticas son sus declaraciones públicas.

Y entonces los más hábiles y más astutos adquieren en el gobierno microscópico del principado microscópico, una influencia predominante, y apenas la han adquirido comienzan a venderse a diestro y siniestro: en su propio país, al príncipe reinante o a un pretendiente cualquiera al trono (el acto de destronar a un príncipe y de reemplazarlo por otro ha recibido en el principado servio el nombre de revolución); o, bien, a menudo y simultáneamente, a los gobiernos de las grandes potencias protectoras: a Rusia, a Austria, a Turquía; actualmente a Alemania, que reemplaza en Oriente, como en todas partes, a Francia, y con frecuencia a todas esas potencias juntas.

Se puede figurar uno el bienestar y la libertad de un pueblo en tal Estado; y sin embargo no hay que olvidar que el principado servio es un Estado constitucional, donde todas las leyes son pasadas por la Skuptschina, elegida por el pueblo.

Otros servios se mecen en el pensamiento de que esa situación —de carácter transitorio, en el fondo— representa un mal inevitable en la hora actual, pero que deberá cambiar tan pronto como el pequeño principado, ampliando sus fronteras y apropiándose de todas las tierras servias —otros hablan incluso de todas las tierras yugoeslavas—, restablezca en todo su esplendor el reino de Dusham. Entonces —dicen— el pueblo disfrutará de la libertad completa y de la prosperidad más amplia.

Pues bien, sí. Todavía hay servios que creen ingenuamente aún en todo ese brillo.

Imaginan que cuando ese Estado amplíe sus funciones y cuando el número de sus súbditos se haya doblado, triplicado, decuplicado, se volverá nacional, y que sus instituciones, todas las condiciones de su existencia, sus actos gubernamentales, serán menos opuestos a los intereses del pueblo y a los instintos populares. ¿Sobre qué se basa tal esperanza o tal hipótesis? ¿En la teoría? Desde el punto de vista teórico aparece claro, al contrario, que cuanto más vasto es el Estado, más complejo es su organismo y más

lejos está del pueblo; por esa razón sus intereses se vuelven cada vez más adversos a los intereses de las masas del pueblo y su Estado pesa crecientemente sobre ellos como un yugo opresor; toda intervención en él por parte del pueblo, se hace cada día más imposible; la administración del Estado se aleja progresivamente de la administración por el pueblo.

¿O bien sus esperanzas se basan en la experiencia práctica de los otros países? Basta volver los ojos a Rusia, a Austria, a la Prusia ensanchada, a Francia, a Inglaterra, a la misma Italia, a los Estados Unidos de América, donde los asuntos son dirigidos por una clase exclusivamente burguesa compuesta de políticos o de negociantes en política, mientras que las masas trabajadoras viven en este país tan miserable y tan penosamente como en los Estados monárquicos.

Algunos servios de amplia educación se encontrarán quizás para presentar objeciones: que no se trata de ningún modo de las masas del pueblo, que tienen y tendrán siempre por misión vestir, alimentar y en general sostener con su trabajo material y rudo la flor de la civilización de su país, representante en realidad de ese país; sino que se trata de las clases intelectuales más o menos propietarias y privilegiadas.

Pero son justamente esas clases que se llaman intelectuales, nobleza, burguesía, las que se encontraron en el pasado a la cabeza de la civilización joven y progresiva en toda Europa y hoy se han vuelto torpes y vulgares gracias a su saciedad y a su poltronería; y si representa aún algo, son las facultades más perniciosas y más viles de la naturaleza humana. Vemos que esas clases, en un país tan civilizado como Francia, son incapaces incluso de proteger la independencia de su patria contra los alemanes. Hemos visto y continuamos viéndolo en nuestros días que, en Alemania misma, esas clases no son capaces más que del papel de fieles lacayos.

Notemos en fin que en la Servia turca esas clases no existen siquiera: allí sólo existe la clase burocrática. Así, pues, el Estado servio oprimirá al pueblo servio con el único objeto de dar a los funcionarios servios la posibilidad de vivir cómodamente.

Otros, que odian profundamente la organización presente del principado servio, la sufren sin embargo y la consideran como medio, como instrumento necesario para la emancipación de los esclavos que se encuentran aún bajo el yugo turco o austríaco. En un momento dado —dicen—, el principado podría ser base y punto de partida de una insurrección de todos los esclavos. Es uno de esos extravíos funestos que habría que destruir absolutamente por el bien mismo de los esclavos.

Son seducidos por el ejemplo del reino piamontés que —se dice— ha libertado y unido a toda Italia. Italia se ha libertado ella misma por una serie de innumerables sacrificios heroicos que no cesó de realizar durante cincuenta años. Debe su independencia política mayormente a los esfuerzos incesantes e irresistibles durante cincuenta años de su gran ciudadano José Mazzini, que pudo resucitar, por decirlo así, y luego educar a la juventud italiana en la causa peligrosa pero gloriosa de la conspiración patriótica. Sí, gracias a los veinticinco años de trabajo de Mazzini, es como, en 1848, cuando el pueblo en rebelión llamó en toda Europa de nuevo a la fiesta de la revolución, se encontró en todas las ciudades de Italia, desde el extremo sur al extremo norte, un puñado de jóvenes animosos que enarbolaron la bandera de la rebelión. Toda la burguesía italiana les siguió. Y en el reino de Lombardía y del Véneto, subyugado entonces por la dominación austríaca, el pueblo se levantó de común acuerdo. Y fué el pueblo mismo, sin ninguna ayuda militar, el que expulsó de Milán y de Venecia los regimientos austríacos.

¿Qué hizo entonces el Piamonte real? ¿Qué hizo el rey Carlos Alberto, padre de Víctor Manuel, aquel mismo que cuando era aún príncipe heredero (1821), entregó sus camaradas en la conspiración en favor de la liberación de Italia a los verdugos austríacos y piamonteses? El primer acto del rey piamontés, en 1848, fué paralizar la revolución en Italia por toda especie de promesas, de maquinaciones y de intrigas. Quería convertirse en amo de Italia, pero odiaba la revolución tanto como la temía. Paralizó inmediatamente la revolución, la fuerza y el movimiento popular de Italia, después de lo cual no fué difícil a las tropas austríacas dar cuenta de sus tropas.

Su hijo Víctor Manuel es denominado el libertador y el unificador de las provincias italianas. Es una calumnia abominable contra él. Si hay que llamar a alguno libertador de Italia, es más bien a Luis Napoleón, emperador de los franceses, a quien hay que dar ese nombre. Pero Italia se ha libertado ella misma, y, lo que es más, se ha agrupado ella misma, sin saberlo Víctor Manuel y contra la voluntad de Napoleón III.

Cuando, en 1860, Garibaldi emprendió su famosa expedición a Sicilia, y en el momento en que acababa de abandonar a Génova, el Conde de Cavour, ministro de Víctor Manuel, previno al Gobierno italiano del ataque de que era amenazado. Pero cuando Garibaldi libertó a Sicilia y todo el reino napolitano, Víctor Manuel aceptó naturalmente lo uno y lo otro sin excesivo agradecimiento.

¿Y qué ha hecho durante sus treinta años de administración de esa desdichada Italia? La arruinó; la desvalijó, simplemente, y ahora, odiado por todos a causa de su despotismo, la obliga casi a añorar a los Borbones proscritos.

Así es como reyes y Estados libertan a sus hermanos de raza: y sería más que útil para los servios sobre todo el estudio en todos sus detalles verídicos de la historia moderna de Italia.

Uno de los medios empleados por el Gobierno servio para tranquilizar la fiebre patriótica de su juventud, consiste en prometer periódicamente una declaración de guerra contra Turquía, para la primavera próxima, algunas veces para el otoño, al finalizar los trabajos de los campos; y la juventud, creyendo en esas promesas, se agita y se prepara cada verano y cada invierno, mientras que un obstáculo imprevisto, una nota cualquiera de una de las potencias protectoras viene siempre a colocarse frente a las promesas de declarar la guerra; se vuelve a postergar ésta por seis meses o un año y es así como toda la vida de los patriotas servios se pasa en esperas fatigosas y vanas que no deben ser realizadas nunca.

El principado servio, no sólo no está en situación de libertar las razas yugoeslavas, servias y no servias, sino que, al contrario, gracias a sus maquinaciones e intrigas, no hace más que dividir las y debilitarlas. Los búlgaros, por ejemplo, están dispuestos a reconocer a los servios como herma-

nos, pero no quieren saber nada del régimen servio de Dusham; lo mismo los croatas, los montenegrinos y los servios bosnianos.

Para todos esos países, no hay más que una sola salvación y una sola vía de unificación: la revolución social; pero nunca una guerra estatista que únicamente podría llevar a este resultado: la sumisión de todos esos países sea a Rusia, sea a Austria, sea, al menos o más bien al comienzo, a su reparto entre ambas.

La Bohemia checa no ha tenido aún tiempo, afortunadamente, de restablecerse en todo el esplendor y gloria antiguos del cetro y de la corona de Wenceslao; el Gobierno central de Viena trató a la Bohemia como se trata una simple provincia; no disfrutó siquiera de los privilegios que obtuvo Galitzia, y, sin embargo, existen en Bohemia tantos partidos políticos como en un Estado eslavo cualquiera. Sí, ese maldito espíritu alemán de politiquerismo y de estatismo se ha infiltrado de tal modo en la educación de la juventud checa, que esta última está seriamente amenazada de perder al fin de cuentas la capacidad de comprender a su propio pueblo.

El pueblo campesino checo representa uno de los tipos esclavos por excelencia. La sangre husita corre por sus venas, la sangre ardiente de los taboritas; la memoria de Ziska está siempre viva; y lo que —según nuestra experiencia y nuestros recuerdos de 1848— forma una de las cualidades más dignas de envidia de la juventud estudiante checa, es su actitud verdaderamente fraternal y de próximo parentesco hacia ese pueblo. El proletariado checo de las ciudades no cede ni en energía ni en abnegación ardiente al campesino; lo ha probado en 1848.

El proletariado de las ciudades y los campesinos aman siempre a la juventud estudiante y creen en ella. Pero los jóvenes patriotas checos no deben contar mucho con esa fe. Esta tendrá que debilitarse inevitablemente y acabar por desaparecer si no desarrollasen en ellos bastante justicia, un sentimiento vasto de igualdad, de libertad y un verdadero amor al pueblo, necesarios para marchar con él.

Por lo que se refiere al pueblo checo —y bajo la palabra pueblo comprendemos siempre y sobre todo el proletariado, por tanto el proletariado eslavo de Bohemia—, aspira de

una manera natural e infalible al mismo fin a que se dirige el proletariado de todos los países: a la emancipación económica, a la revolución social.

Ese pueblo habría sido excepcionalmente maltratado por la naturaleza y puesto en el índice por la Historia, o bien, hablando francamente, habría sido excesivamente estúpido e inanimado si hubiera permanecido extraño a esa aspiración, convertida en el único problema vital mundial de nuestro tiempo. La juventud checa no querrá pagar con tal cumplimiento a su pueblo. Y tenemos aún la prueba incontestable del interés vivo que el proletariado eslavo de Occidente siente por el problema social. En aquellas ciudades austríacas donde la población eslava está mezclada a los alemanes, los obreros eslavos toman una parte muy enérgica en todas las manifestaciones generales del proletariado. Pero en esas ciudades no existen casi otras organizaciones obreras que las que se adhirieron al programa de los demócratas socialistas de Alemania de manera que, prácticamente, los obreros eslavos, impulsados por su instinto socialrevolucionario, se adhieren al partido cuyo objetivo directo y abiertamente reconocido es la instauración del Estado pangermánico, es decir, de una inmensa prisión alemana.

Es triste comprobar este hecho, por lo demás tan natural. Los obreros eslavos tendrían que elegir entre uno de los dos: o bien, impulsados por el ejemplo de los obreros alemanes —sus hermanos por situación social, por el destino común, por el hambre, por la miseria y por toda suerte de persecuciones—, entrar en el partido que les promete un Estado —alemán, es verdad, pero en todo caso completamente nacional—, con todos los privilegios económicos posibles en detrimento de los capitalistas y de los propietarios y en provecho del proletariado, o bien, impulsados por la propaganda patriótica de sus jefes célebres y venerados y por su juventud impetuosa pero aun poco reflexiva, entrar en el partido en cuyas filas y en cuyo frente encontrarán a sus explotadores de todos los días, los opresores, los burgueses, los fabricantes, los comerciantes, los especuladores de la Bolsa, los sacerdotes jesuitas y los propietarios feudales de enormes dominios obtenidos por herencia o adquiridos *honestamente*. Ese partido, con una lógica mucho

más franca que el primero, les promete una prisión nacional, es decir, un Estado eslavo, la restauración en todo su esplendor antiguo de la corona de Wenceslao, como si ese esplendor hiciera menos pesada la suerte de los obreros checos.

Si verdaderamente los obreros eslavos no tuvieran otra elección que esos dos medios, les habríamos aconsejado que eligieran el primero. Allí, al menos, si se les engaña, comparten el destino común con sus hermanos de trabajo, de tradición, de vida cotidiana, sean alemanes o no, eso es igual; mientras que aquí se les obliga a considerar como hermanos a sus verdugos directos, a sus explotadores, y se les obliga a imponerse ellos mismos pesadas cadenas en nombre de la liberación general de los eslavos. Allí se les engaña, aquí se les vende.

Pero existe un tercer medio —directo y salvador—: la educación y la organización profesional de las asociaciones obreras de las fábricas y de los campos sobre la base del programa de la Internacional; ciertamente, no del programa que, bajo el nombre de la Internacional es predicado por el partido casi exclusivamente patriótico y político de los demócratas socialistas de Alemania, sino del adoptado hoy por todas las federaciones libres de la Asociación Internacional de los Trabajadores, principalmente por los obreros italianos, españoles, jurasianos, franceses, belgas, ingleses y, en parte, americanos, y que, en suma, sólo los alemanes no reconocen.

Estamos convencidos de que ese medio es el único, para los checos como para todos los demás pueblos eslavos que aspiran a su completa liberación de todo yugo —alemán o cualquier otro—; aparte de ese medio, no hay más que engaño; para los jefes deshonestos y ambiciosos de los partidos, honores y provecho pecuniario; para las masas obreras, la esclavitud.

La cuestión planteada ante la juventud intelectual checa y en general ante toda juventud eslava, es muy clara: ¿quiere explotar a su pueblo, enriquecerse con su trabajo y satisfacer, a sus espaldas, una ambición degradante? Entonces se une a los viejos partidos esclavófilos, con los Paracky, los Rieger, los Brauner y compañía. Apresurémonos a añadir, sin embargo, que, entre los jóvenes discípulos de esos

jefes, se encuentran también muchos alucinados, engañados que no buscan nada para sí mismos, sino que sirven, en manos de pícaros, de cebo para el pueblo. Tarea poco envidiable, después de todo.

Por lo que se refiere a los que verdadera y sinceramente quieren la emancipación de las masas del pueblo, esos irán con nosotros por la vía de la revolución social, porque no existe otra vía que pueda llevar a la conquista de la libertad del pueblo.

Hasta ahora, sin embargo, predomina en todos los países eslavos de Occidente la vieja política, el estatismo más estrecho; era simplemente la comedia alemana la que se representaba traducida en lengua checa; y no solamente una comedia, sino dos: una checa, y otra polaca. ¿Quién no conoce la historia lamentable de las alianzas y de las rupturas consecutivas entre los hombres de Estado de Bohemia y de Galitzia y la serie de representaciones grotescas dadas por los diputados checos y galitzianos, sea juntos, sea aisladamente, en el Reichsrat austríaco? La base de todo eso era y es, una intriga feudal jesuíta. ¿Y con esos medios tan mezquinos y viles esperan esos señores libertar a sus conciudadanos? Singulares hombres de Estado. Y su vecino el Príncipe de Bismarck, ¿no debe divertirse en grande el ver ese juego de Estado?

Una vez, sin embargo, después de la derrota sufrida por ellos en Viena a consecuencia de una de las traiciones innumerables de sus aliados galitzianos, el triunvirato estatista checo, Palacky, Rieger y Brauner, se decidió a una manifestación audaz. En ocasión de la Exposición Etnográfica Eslava, abierta expresamente con ese fin en Moscú, en 1867, fueron a ella y arrastraron consigo a un gran número de eslavos del Occidente y del Sur, para ofrendar sus homenajes al zar blanco, al verdugo del pueblo eslavo y polaco. Fueron recibidos en Varsovia por los generales rusos, por los funcionarios rusos y por las damas de la aristocracia; y en esa capital polaca, rodeados del silencio sepulcral de toda la población polaca, esos eslavos amigos de la libertad abrazaron a esos rusos fraticidas, ¡bebieron con ellos y gritaron hurras a la fraternidad eslava!

Todo el mundo sabe qué discursos se pronunciaron más tarde en Moscú y en San Petersburgo. ¡En una palabra, no

hubo adoración más desvergonzada de un poder salvaje y despiadado y una traición más criminal a la nación eslava, a la verdad y a la libertad que la practicada por esos liberales, demócratas y amigos venerables del pueblo! Y esos señores regresaron tranquilamente con todo su cortejo a Praga, y no se encontró allí nadie para decirles que habían cometido, no sólo una bajeza, sino una torpeza.

Sí, una torpeza, absolutamente inútil, porque no les ha servido para nada y no ha restablecido su reputación en Viena. La cosa está bien clara ahora; no pudieron restaurar la corona de Wenceslao con su antigua independencia y llegaron a esto: la nueva reforma parlamentaria les quitó esa última plataforma política en donde desarrollaban su juego de Estado.

Después de su derrota en Italia, el Gobierno austríaco, forzado a soltar, por decirlo así, las riendas del Reino de Hungría, se ocupó largo tiempo del modo de resolver la cuestión de su Estado cisleithano.

Sus propios instintos y las reclamaciones liberales y demócratas alemanas, le inclinaban hacia la centralización; pero los eslavos, y sobre todo Bohemia y Galitzia, apoyándose en el partido feudalclerical, reclamaron a grandes gritos el sistema federativo. Esta indecisión continuó hasta el año presente. El Gobierno se decidió por fin, con gran horror de los eslavos y con la alegría no menos grande de los liberales y demócratas alemanes, a restablecer en todos los dominios que componen el Estado cisleithano el antiguo régimen burocrático alemán.

Pero es preciso notar que el Imperio austríaco no se ha hecho más fuerte por eso. Perdió completamente su valor central. Todos los judíos y alemanes del Imperio buscan desde entonces su centro en Berlín. Al mismo tiempo, una parte de los eslavos se vuelve hacia Rusia; otros, guiados por un instinto mucho más justo, buscan su salvación en la creación de una federación nacional. Nadie espera ya nada de Viena. ¿No está claro que el Imperio austríaco, en suma, acabó y que si conserva aún la semejanza de una existencia, es gracias a la paciencia prudente de Rusia y de Prusia que contemporizan y no quieren aún el reparto, pues cada una de ellas espera secretamente que, en una ocasión propicia, podrá apropiarse la parte del león?

Es indudable, por consiguiente, que Austria no está en situación de luchar contra el nuevo Imperio prusogermánico. Veamos si Rusia es capaz de hacerlo.

¿No es verdad, amigo lector, que Rusia ha hecho progresos inauditos, desde todos los puntos de vista, a partir del advenimiento al trono del emperador reinante aún, Alejandro II?

En efecto, si queremos medir los progresos hechos por Rusia durante los últimos veinte años, nos basta comparar la distancia que separa, desde todos los puntos de vista, esos tiempos, por ejemplo en 1856, de Europa con la distancia que los separa hoy: el progreso que es preciso reconocer es sorprendente. Rusia, es verdad, no se ha levantado mucho; pero, al contrario, la Europa occidental —oficial y oficiosa, burocrática y burguesa— se ha rebajado bastante, de modo que la distancia se ha disminuído considerablemente. ¿Cuál es el francés o alemán que se atreve, por ejemplo, a hablar de la barbarie y del salvajismo ruso después de los horrores perpetrados por los alemanes en Francia en 1870? ¿Cuál es el francés que se permite hablar de la villanía y de la venalidad de los funcionarios y de los estadistas rusos después del lodo que subió a la superficie y que faltó poco para ahogar el mundo burocrático y político francés? Pues bien, no. Al considerar a los franceses y a los alemanes, los cretinos, canallas, ladrones y verdugos rusos no tienen ninguna razón para ruborizarse. Desde el punto de vista moral, se ha instaurado en toda la Europa oficial y oficiosa un espíritu de bestialidad, o al menos que se parece de muy cerca a la bestialidad.

La cosa es diferente desde el punto de vista de la potencia política, aunque también aquí, al menos en comparación con el Estado francés, nuestros patriotas rusos pueden estar orgullosos, porque, desde el punto de vista político, Rusia es indudablemente más independiente que Francia y superior a ella. Bismarck corteja a Rusia y tras Bismarck está la Francia vencida, que también se vuelve asidua. Toda la cuestión se resuelve en esto: ¿qué relación existe entre la potencia del Imperio panruso y la potencia del Imperio pangermánico, predominantes, ciertamente, al menos en el continente europeo?

Los rusos, hasta el último de nosotros, sabemos lo que es,

desde el punto de vista de su vida interior, ese gentil imperio panruso. Para un pequeño número, para algunos millares de individuos tal vez, a la cabeza de los cuales se encuentra el Emperador con toda su familia augusta y con toda la servidumbre ilustre, ese imperio es una fuente inagotable de todas las riquezas, exceptuadas las de la inteligencia y las de la ética humanas; para un círculo más grande —aunque aún minoría restringida—, compuesto de varias decenas de millares de individuos, de militares superiores y de funcionarios civiles y eclesiásticos, de ricos propietarios, de comerciantes, de capitalistas y de parásitos, es un protector generoso, benevolente e indulgente con el robo legal y bastante lucrativo; para la gran masa de los pequeños empleados —siempre insignificante en comparación con la gran masa del pueblo—, una nodriza avara; y para los millones innumerables del pueblo trabajador, es una madrastra siniestra, un opresor despiadado y un tirano homicida.

Tal era el Imperio antes de la reforma agraria, tal ha permanecido, tal permanecerá. No es, de ningún modo, difícil para los rusos tener la prueba. ¿Hay un ruso adulto que no lo sepa? La sociedad intelectual rusa se subdivide en tres categorías: en la de los que, sabiéndolo, hallan demasiado ventajoso admitir esa verdad indudable para ellos lo mismo que para todos; en la de los que no la admiten por miedo; y, en fin, en la de los que, desprovistos de toda otra audacia, se atreven, al menos, a formular esa. Existe aún una cuarta categoría, desgraciadamente demasiado poco numerosa y compuesta de hombres que están dedicados abnegadamente a la causa del pueblo y que no se contentan sólo con formularla.

Existe, sin embargo, una quinta categoría, que comprende un número bastante grande de individuos, pero que no ve nada y no comprende nada. Mas no vale la pena dirigirse a ellos.

Todo ruso que piense más o menos y que sea honesto debe comprender que nuestro Imperio no puede cambiar su actitud hacia el pueblo. Se ha condenado, por su existencia misma, a ser su destructor, su opresor. El pueblo le odia por instinto, mientras que ese Imperio le oprime inevitablemente, porque sobre la miseria del pueblo ha construído

su existencia y su fuerza. Para que pudiese garantizar el orden en el interior del país, para que mantuviese la unidad por la violencia y para conservar intacta la fuerza en el exterior de la nación —aunque sea sólo para su defensa, y no para fines de conquista—, ese Imperio debe poseer un ejército enorme; con ese ejército le hace falta la policía, y necesita una burocracia innumerable, un clero oficial..., en una palabra, un mundo oficial inmenso cuyo mantenimiento —sin hablar de su talento para el robo— oprime inevitablemente al pueblo.

Es preciso ser imbécil, ignorante o loco para imaginarse que una constitución cualquiera, aun la más liberal y la más democrática, puede mejorar las relaciones del Estado con respecto al pueblo; empeorar la situación, hacerla aún más grave y ruinosa, sería quizás difícil; pero mejorarla, ¡es simplemente ridículo! En tanto que exista el Imperio, consumirá al pueblo. Sólo con una condición es posible una Constitución saludable para el pueblo: la destrucción del Imperio.

Así, pues, no hablemos de su situación interior, pues estamos convencidos de que no puede ser peor; veamos, sin embargo, si alcanza verdaderamente el fin exterior que da un sentido político —y ciertamente no humano— a su existencia. Al precio de sacrificios enormes e innumerables, involuntarios es verdad, pero tanto más crueles, ¿ha podido crear al menos una fuerza armada capaz de batirse, por ejemplo, con la fuerza armada del nuevo Imperio germánico?

Es en eso en lo que consiste, actualmente, la única cuestión *política* rusa; por lo que se refiere a la cuestión interior no tenemos más que una sola, la de la revolución social. Pero detengámonos ahora en el problema exterior y preguntémonos si Rusia es capaz de batirse contra Alemania.

Las cortesías mutuas, los juramentos, los abrazos y las lágrimas que se gastan actualmente entre ambas cortes imperiales —entre el tío de Berlín y el sobrino de San Petersburgo— no tienen ningún valor. Se sabe que, en política, todo eso tiene muy poco valor. La cuestión planteada por nosotros es promovida con una urgencia inminente por la nueva situación de Alemania, convertida repentinamente

en un Estado enorme y omnipotente. La Historia entera demuestra —y la lógica más racional lo confirma— que no pueden existir colindantes dos Estados de fuerzas iguales, que es contrario a su esencia, la cual halla invariable y necesariamente su expresión en la dominación; pero todo dominio niega la igualdad de fuerzas. Una de las fuerzas está obligada inevitablemente a dimitir y a rendirse ante la otra.

Es ahora una necesidad fundamental para Alemania. Después de una larga degradación política, se ha convertido en un Estado omnipotente, en el continente de Europa. ¿Puede sufrir que a su lado, ante sus barbas por decirlo así, subsista una potencia enteramente independiente de ella, a quien no ha vencido aún y que se atreve a igualarse a ella? ¡Y qué potencia! ¡Una potencia rusa, es decir, la más odiosa!

Hay pocos rusos que no sepan en qué grado odian a Rusia los alemanes, todos los alemanes y sobre todo los burgueses alemanes, y, bajo su influencia, ¡ay!, el pueblo alemán mismo. Odian y han odiado siempre a los franceses; pero ese odio no es nada en comparación con el que alimentan contra Rusia. Ese odio forma una de las más fuertes pasiones nacionales alemanas.

¿De qué modo se ha creado esa pasión nacional? Su origen fué bastante honorable. Fué la protesta, incomparablemente más humana, después de todo, aunque alemana, de la civilización contra nuestra barbarie tártara. Luego, principalmente en 1820-30, esa pasión adquirió el carácter de una protesta de un liberalismo político más definido contra el despotismo político. Se sabe que en ese período los alemanes se consideraban seriamente liberales y tenían fe en su liberalismo. Odiaban a Rusia, como representante del despotismo que era. Es verdad que, si hubiesen podido y querido ser justos, habrían debido, al menos, compartir igualmente ese odio entre Rusia, Prusia y Austria. Pero eso habría sido contrario a su patriotismo; por eso lanzaron toda la responsabilidad de la política de la Santa Alianza sobre Rusia.

Al principio de la década 1830-40, la revolución polaca suscitó la simpatía más viva de toda Alemania, y su represión brutal reforzó la indignación de los liberales alemanes

contra Rusia. Todo eso era muy natural y legítimo, bien que también aquí la justicia habría exigido que una cierta parte de esa indignación cayese sobre Prusia, que ayudó indudablemente a Rusia en su empresa repulsiva de la represión de los polacos; la ayudó, no por generosidad, sino porque su propio interés se lo dictaba, pues la emancipación del Reino de Polonia y de Lituania habría tenido como consecuencia inevitable la sublevación de toda la Polonia prusiana, matando de ese modo en embrión la potencia creciente de la monarquía prusiana.

Pero surgió una nueva razón en la segunda mitad de la década 1830-40 en favor del odio de los alemanes contra Rusia, razón que dió a ese odio un carácter completamente nuevo, no ya liberal, sino políticonacional; la cuestión eslava estaba en el tapiz y bien pronto se constituyó, entre los eslavos austríacos y turcos, un partido que fundó sus esperanzas en la ayuda de Rusia. Ya en 1820-30, una sociedad secreta de demócratas —principalmente la sección meridional de esa sociedad— dirigida por Pestel, Muravief-Apostol y Bestuyef-Riumin, tuvo la primera idea de una federación libre paneslavista. El emperador Nicolás se enamoró de esa idea, pero la comprendió a su modo. La federación libre paneslavista se transformó en su pensamiento en un Estado paneslavista único y autocrático, y, no es preciso decirlo, bajo su cetro de hierro.

A comienzos de la década 1830-40 y de 1840-50 fueron enviados agentes rusos de San Petersburgo y de Moscú a todos los territorios eslavos, los unos oficialmente, los otros voluntarios y gratuitos. Estos últimos pertenecían a la sociedad de los eslavófilos de Moscú, que estaba muy lejos de ser secreta. Se emprendió una propaganda paneslavista entre los eslavos del oeste y del sur. Apareció gran número de folletos. Esos folletos fueron escritos en parte, y en parte traducidos, en alemán y sembraron bastante seriamente el espanto en las filas de los pangermanistas. Se dió el grito de alarma entre los alemanes.

La idea de que la Bohemia, ese antiguo país imperial que se encuentra en el corazón mismo de Alemania, pudiera separarse y convertirse en un país eslavo independiente o bien aún —¡que no suceda!— en una provincia rusa, destruyó su apetito y su sueño, y desde entonces las maldicio-

nes cayeron sobre Rusia; desde entonces —y hasta nuestros días— se levantó contra Rusia el odio de los alemanes. Ha asumido en la actualidad proporciones enormes. Los rusos, por su parte, tampoco tratan con mayor afecto a los alemanes; ¿es posible, pues, que, con la existencia de relaciones mutuas tan conmovedoras, esos dos imperios vecinos —panruso y pangermánico— puedan vivir largo tiempo en paz?

Y sin embargo hubo hasta aquí —y las hay suficientes en la hora actual— razones que debieran interesar a ambos en el deseo de paz. La primera de esas razones es Polonia. Hay que nombrar tres Estados ladrones que se repartieron entre sí a Polonia del modo más rapaz: el Estado austríaco, el Estado prusiano y el Estado panruso. Pero en el momento mismo del reparto y, más tarde, cada vez que se planteó de nuevo la cuestión polaca, el Estado menos interesado fué Austria. Se sabe que, desde el comienzo, la corte austríaca protestó incluso contra el reparto, y sólo tras la solicitud anremiante de Federico II y Catalina II acabó la emperatriz María Teresa por aceptar la parte que le fué concedida. Hasta vertió en esa ocasión algunas lágrimas fingidas que después se hicieron históricas; pero aceptó, no obstante, el bocado. ¿Cómo podía dajar de aceptarlo? Era una testa coronada para conquistar. Las leyes no son hechas para los reyes, y sus apetitos no tienen fronteras. Federico II anota en sus memorias que el Gobierno austríaco, habiéndose decidido a participar en el acto de bandidaje aliado cometido contra Polonia, descubrió un filón y se apresuró a ocupar con sus tropas un trozo mucho mayor del que se le había concedido por el tratado.

Es evidente, sin embargo, que Austria lloró y suplicó al efectuarse el desvalijamiento, mientras que Rusia y Prusia realizaban sus pequeños negocios de bandidos burlándose y riendo. Se sabe que Catalina II y Federico II mantenían al mismo tiempo una correspondencia excesivamente espiritual y de las más filantrópicas con los filósofos franceses. Pero más de notar aún es que, posteriormente y hasta nuestros días, siempre que la desgraciada Polonia ha hecho una tentativa desesperada para emanciparse y restaurarse, las cortes de Prusia y de Rusia han temblado con una cólera loca y se han apresurado secreta o abiertamente a unir todos

sus esfuerzos para sofocar la insurrección, mientras que Austria, considerándose cómplice involuntaria y arrastrada contra su voluntad, no sólo no ha sentido ninguna emoción ni se ha adherido a sus medidas de represión, sino que, al contrario, en cada nueva insurrección polaca ha hecho como si quisiera apoyarla y, en cierto grado, hasta le ha prestado ciertamente su ayuda. Tal fué el caso en 1831 y más aún en 1862, cuando Bismarck asumió abiertamente la misión de gendarme ruso; Austria, al contrario, permitió a los polacos —secretamente, está demás decirlo—, transportar armas a Polonia.

¿Cómo explicar esa diferencia de actitudes? ¿Por la nobleza, el humanitarismo y el espíritu de justicia de Austria? No; la explicación hay que encontrarla en su propio interés simplemente. No en vano lloró María Teresa. Sentía que, al atentar con los demás contra la existencia política de Polonia, cavaba la tumba del Imperio austríaco. ¿Qué habría podido serle más provechoso que la vecindad, en la frontera del noroeste, de ese Estado noble, poco inteligente, es verdad, pero fuertemente conservador y de ningún modo conquistador? No sólo ese Estado la habría libertado de una vecindad desagradable con Rusia, sino que la habría separado también de Prusia y le habría servido de protección inapreciable contra esas dos potencias conquistadoras.

Era preciso poseer toda la estupidez rutinaria y sobre todo la venalidad de los ministros de María Teresa, la arrogante estrechez de espíritu y la testarudez ferozmente reaccionaria del viejo Metternich (que también, como se sabe, estaba a sueldo de las cortes de San Petersburgo y de Berlín); era preciso estar condenado por la Historia a la derrota, para no comprenderlo.

El Imperio panruso y el Reino de Prusia habían comprendido muy bien sus ventajas recíprocas. El reparto de Polonia daba al primero la importancia de una gran potencia europea; el segundo se inició en la ruta en que alcanzó un predominio indiscutible. Y, sin embargo, lanzando un trozo sangriento de la Polonia desgarrada al Imperio austríaco, voraz por naturaleza, prepararon ese mismo Imperio para la inmolación, condenándolo a convertirse en víctima próxima de su apetito igualmente insaciable. En tanto que no hayan satisfecho esos apetitos, en tanto que no hayan

repartido entre sí los dominios austríacos, permanecerán y estarán forzados a ser aliados y amigos, aun odiándose recíprocamente. Nada de asombroso tiene la previsión de que el mismo reparto de Austria los hará echarse uno al cuello del otro; pero, hasta entonces, nada en el mundo podrá separarlos.

No tienen ningún interés en desgarrarse recíprocamente. El nuevo Imperio prusogermánico no tiene actualmente, ni en Europa ni en alguna otra parte del mundo, ningún aliado, excepto Rusia, con los Estados Unidos de América, quizás, al lado de Rusia. Todos le temen y todos le odian, todos se contentarían con su caída, porque los oprime a todos. Y, sin embargo, debe realizar aún muchas conquistas para poder llevar a cabo íntegramente el plan y la idea del imperio pangermánico. Deberá quitar a los franceses, no ya una parte, sino toda la Lorena; deberá conquistar a Bélgica, Holanda, Suiza, Dinamarca y toda la península escandinava; deberá también apoderarse de nuestras provincias bálticas, de manera como para poder ser el único dueño del mar Báltico. En una palabra, a excepción del reino húngaro, que dejará a los magiares, y de Galitzia, que cederá, junto con la Bucovina austríaca, a Rusia, deberá aspirar inevitablemente, obedeciendo a la fuerza misma de las cosas, a la conquista de toda Austria hasta Trieste inclusive, sin exceptuar, no es preciso decirlo, Bohemia, que el gabinete petersburgués no tendrá ninguna pretensión de poner en tela de juicio.

Estamos convencidos, y lo sabemos definitivamente, de que ya han sido entabladas negociaciones más o menos secretas desde hace tiempo con respecto al reparto más o menos lejano del Imperio austríaco, entre las cortes petersburguesa y alemana; claro está, en esas ocasiones, como sucede siempre con las relaciones amistosas entre grandes potencias, se esfuerzan por engañarse mutuamente.

Por grande que sea la potencia del Imperio prusogermánico, es claro que no es bastante fuerte para realizar todas esas magnas empresas contra la voluntad de Europa. Por eso la alianza con Rusia constituye y constituirá aún durante largo tiempo una necesidad urgente.

Tal necesidad, ¿existe para Rusia?

Digamos en seguida que nuestro Imperio, más que nin-

gún otro, es un Estado militar por excelencia, porque, con el fin de crear en lo posible una fuerza inmensa, ha sacrificado desde el primer día de su existencia, y sacrifica hoy, cuanto constituye la vida y el progreso del pueblo.

Siendo un Estado militar, ese Imperio no tiene más que una sola finalidad, una sola causa que justifique su existencia: conquistar. Aparte de ese objetivo, no es más que absurdo. Así, pues, las conquistas por todas partes y a todo precio: he ahí la vida normal de nuestro Imperio. La cuestión que se plantea entonces es la de saber de qué lado será dirigida esa fuerza ávida de conquistas.

Dos caminos se abren ante ella: uno el camino occidental, el otro, el camino oriental. El camino occidental está francamente dirigido contra Alemania. Es la vía paneslavista y al mismo tiempo la de la alianza con Francia contra las fuerzas unidas de la Alemania prusiana y del Imperio austriaco con la neutralidad probable de Inglaterra y de los Estados Unidos.

¿Por cuál de esos dos caminos querrá ir nuestro Imperio beligerante? Se dice que el heredero —paneslavista apasionado, que odia a los alemanes, y es amigo abnegado de los franceses— se declara por el primero de esos caminos; al contrario, el emperador reinante —amigo de los alemanes, sobrino amante de su tío— se manifiesta por el segundo camino. Pero no se trata aquí de las direcciones en que sus sentimientos desbordan; la cuestión es más bien ¿dónde podrá ir el Imperio con una esperanza de éxito sin correr el riesgo de quebrarse?

¿Puede comprometerse en el primer camino? Es verdad que encontrará en ese camino la alianza de Francia, alianza que está lejos de presentar actualmente ventajas y la fuerza material y moral que prometía hace tres o cuatro años. La unidad nacional de Francia se derrumbó definitivamente. En los límites de la llamada Francia indivisible existen actualmente tres o cuatro Francias diferentes positivamente hostiles entre sí: la Francia aristocrática y clerical, compuesta de nobles, de la rica burguesía y del clero; la Francia puramente burguesa, que abarca la burguesía pequeña y media; la Francia obrera, que comprende el proletariado de las ciudades y de las fábricas y, por fin, la Francia campesina. A excepción de estas dos últimas, que

podrían entenderse y que, en el sur de Francia, comienzan ya a aproximarse, toda posibilidad de unanimidad ha desaparecido entre esas clases sobre todos los puntos, incluso cuando se trata de la defensa de la patria.

Lo hemos podido ver últimamente. Los alemanes están aún en Francia, ocupan a Belfort en espera del último millar de millones. Tres o cuatro semanas faltaban apenas para la evacuación completa del país. Pero no; la mayoría del Parlamento de Versalles, compuesta de legitimistas, de orleanistas y de bonapartistas; reaccionarios hasta la demencia, hasta la locura, no han querido tener un poco de paciencia, han derrocado al señor Thiers, han puesto en su lugar al mariscal Mac-Mahon, que promete, por la fuerza de las bayonetas, el restablecimiento del orden moral en Francia... La Francia estatista ha cesado de ser un país de vida, de inteligencia, de impulso generoso. Se diría que ha degenerado repentinamente y se ha vuelto el país por excelencia del lodo, de la bajeza, de la venalidad, de la brutalidad, de la traición, de la vulgaridad y de la imbecilidad estupefacta y sin límites. Y por encima de todo eso está la ignorancia, cuyo fin no se alcanza a ver. Se confiesa al papa, al clero, a la inquisición, a los jesuitas, a Nuestra Señora de la Salette y a San Lauro. No es por bromear por lo que busca su regeneración en la Iglesia católica y su misión en la defensa de los intereses católicos. Las procesiones religiosas han cubierto el país entero y ensordecen con sus letanías solemnes las protestas y las quejas del proletariado vencido. Diputados, ministros, prefectos, generales, profesores, jueces, desfilan en esas procesiones con las velas en la mano, sin ruborizarse, sin ninguna fe en su corazón, pero únicamente porque la "fe es necesaria al pueblo". Por lo demás, hay toda una multitud de nobles creyentes, ultramontanos y legitimistas, educados por los jesuitas, que piden en alta voz que Francia se consagre solemnemente a Cristo y a la Madre inmaculada. Y mientras la riqueza del pueblo, o más bien el trabajo del pueblo, productor de todas las riquezas, es consagrado al saqueo de los tiburones de la Bolsa, a los especuladores, a los ricos propietarios y a los capitalistas; mientras los hombres de Estado, los ministros, los diputados, los funcionarios de toda jerarquía, civiles y militares, los abogados y principalmente

esos jesuitas devotos llenan sus bolsillos del modo más desvergonzado, Francia se somete realmente a la dirección del clero. El clero se ha hecho amo de toda la educación, de las universidades, de los liceos, de las escuelas comunales; los sacerdotes son nuevamente confesores y guías espirituales del bravo ejército francés, que pronto adquirirá la capacidad necesaria para combatir contra los enemigos del exterior, y se convertirá en un enemigo tanto más peligroso para su propio pueblo.

¡He aquí, pues, la situación real de la Francia estatista! Había sobrepasado en un corto lapso de tiempo al Austria de Schwartzemberg (después de 1849); y bien sabemos cómo acabó esa Austria: por la derrota en España, la derrota en Bohemia y el desastre completo.

Es verdad que Francia, a pesar de su ruina reciente, es rica, mucho más rica que Alemania, que sacó una muy débil ventaja, desde el punto de vista industrial y comercial, de los cinco mil millones que Francia le pagó. Esa riqueza ha permitido al pueblo francés restaurar en un corto espacio de tiempo todos los signos exteriores de la fuerza y de la organización normal. No es, sin embargo, de ningún modo necesario considerar las cosas demasiado de cerca; basta remover un poco la superficie falsamente brillante para convencerse de que el interior está enteramente podrido, porque en todo ese enorme aparato del Estado no ha quedado una sola chispa de alma viviente.

La Francia estatista toca inevitablemente a su fin, y se engañará cruelmente el que cuente con su alianza. No encontrará nada en ella aparte de la impotencia y el espanto. Se ha consagrado a Cristo, a la Virgen santa, a la razón divina y al absurdo humano; se ha dado en sacrificio a los ladrones y a los sacerdotes; y si le queda aún una fuerza armada, no servirá más que para reprimir y domar a su propio proletariado. ¿Qué ventaja se puede sacar de una alianza con ella?

Pero existe una razón excesivamente importante que no permitirá nunca a nuestro Gobierno, esté a su frente Alejandro II o Alejandro III, seguir el camino occidental de la conquista paneslavista. Es un camino revolucionario, en este sentido: que lleva directamente a la rebelión de los pueblos, eslavos en su gran mayoría, contra sus soberanos

legales, austríaco y prusoalemán. Fué propuesto al emperador Nicolás por el Príncipe Paskevitch.

La situación de Nicolás estaba llena de peligros; tenía contra él dos grandes potencias: Inglaterra y Francia. El Austria reconocida, le amenazaba. Sólo Prusia, a quien había ofendido, quedaba fiel; y hasta ella, cediendo a la presión de los tres Estados, comenzaba a vacilar y le hacía, de acuerdo con el Gobierno austríaco, advertencias serias. Nicolás, que basaba toda su gloria mayormente en su inexorabilidad, debía ceder o morir. Era una vergüenza ceder, y no tenía ningún deseo de morir. En esa hora crítica se le hizo la proposición de levantar la bandera paneslavista; más aún: de disfrazar su corona imperial con el gorro frigio y llamar a la rebelión, no sólo a los eslavos, sino también a los magiars, a los rumanos y a los italianos (1).

El emperador Nicolás se puso a pensar; es preciso hacerle, sin embargo, justicia: no vaciló mucho tiempo; comprendió que no podía clausurar su larga carrera, marcada por un despotismo franco, con una carrera revolucionaria. Prefería morir.

Tenía razón. No se podía ejercer el despotismo en el interior y provocar la revolución en el exterior de su país. Y eso era tanto más imposible para el emperador Nicolás, cuanto que, al primer paso que hubiera dado, se habría encontrado cara a cara con Polonia. ¿Se podría llamar a los pueblos eslavos y demás a la rebelión y al mismo tiempo continuar sofocando a Polonia? ¿Qué era preciso hacer entonces con Polonia? ¿Emanciparla? Sin hablar del grado en que tal acto repugnaba a los instintos del emperador Nicolás, no se puede menos de admitir que, para el estatismo panruso, la emancipación de Polonia era decididamente imposible.

Durante siglos, se había mantenido la lucha entre las dos formas de Estado. La cuestión era: ¿quién va a vencer, la voluntad de la nobleza o el knut de los zares? A decir verdad, nadie se ocupó del pueblo ni en uno ni en otro campo: en los dos se había considerado como el esclavo, el forzado, el productor de las riquezas y como el pedestal mudo del

(1) Sabemos esto por Mazzini mismo, a quien, por esa época, los agentes oficiales rusos en Londres pidieron una entrevista y le hicieron proposiciones (Bakunin.)

Estado. Se habría creído ante todo que los polacos iban a vencer. Tenían, de su lado, la educación, el arte militar y el valor; y como su ejército estaba compuesto principalmente de la pequeña nobleza, luchaban como hombres libres, mientras que los rusos combatían como esclavos. Todas las probabilidades parecían estar de su parte. Y en efecto, durante bastante tiempo salieron victoriosos de los combates, saquearon provincias rusas enteras y, una vez, vencieron a Moscú y pusieron en el trono de los zares al hijo de su propio rey.

La fuerza que los expulsó de Moscú no fué ni la potencia zarista ni siquiera la fuerza de los boyardos, sino simplemente la fuerza del pueblo. Mientras las masas del pueblo no participaron en la lucha, la probabilidad de triunfo estuvo del lado de los polacos. Pero en cuanto el pueblo se mostró en escena, la primera vez en 1612 y la segunda vez bajo forma de una insurrección global de siervos pequeñorrusos y lituanos bajo el mando de Bogdan Khmelnitzky, la suerte les abandonó completamente. Desde entonces, el Estado libre de los nobles comenzó a perecer y a debilitarse hasta su completa extinción.

El knut ruso venció gracias al pueblo y simultáneamente, se entiende, en gran detrimento del pueblo, que, en señal de una real gratitud estatista, ha sido sometido a la esclavitud hereditaria por los nobles propietarios territoriales, esos sirvientes imperiales.

El emperador actual, el zar Alejandro II, ha libertado, se nos dice, a los campesinos. Sabemos lo que vale esa liberación.

Y, sin embargo, justamente sobre las ruinas del Estado de los nobles polacos se ha levantado el imperio panruso del knut. Privadle de esa base, separad de él las provincias que han formado parte en 1772 del Estado polaco, y el imperio panruso desaparecerá.

Desaparecerá porque, por la pérdida de esas provincias —las más ricas, las más fértiles y las más pobladas—, su riqueza, no muy excesiva, y su fuerza serán disminuídas en la mitad. Esta pérdida será pronto seguida de la pérdida de las provincias bálticas; y, suponiendo que sea reconstruido el nuevo Estado polaco, no sólo sobre el papel, sino en la realidad, revivirá con una vida nueva y enérgica; el

Imperio perderá pronto la Pequeña Rusia, que se convertirá sea en una provincia polaca, sea en un Estado independiente; perderá por esa misma razón su frontera del mar Negro; será cortado por todas partes de Europa y será arrojado al Asia.

Otros son de opinión que el Imperio podría dar a Polonia al menos la Lituania. No, esto es imposible por estas mismas razones. Moscú y Polonia unidos servirán inevitablemente y, por decirlo así, por necesidad infalible, de vasto punto de apoyo al patriotismo de Estado de los polacos para la conquista de las provincias bálticas y de Ucrania. Basta libertar el reino de Polonia y se ha dicho todo. Varsovia se unirá de inmediato con Vilna, con Grodno, con Minsk, quizás con Kief, sin hablar de Podolia y de Volinia.

¿Qué hacer, pues? Los polacos son un pueblo de tal modo agitado, que no se les puede dejar el menor rincón libre; las conspiraciones se desarrollarían en seguida y las relaciones secretas con todas las provincias perdidas pronto se establecerían, con el fin de restaurar el Estado polaco.

En 1841, por ejemplo, no quedaba más que una sola ciudad libre, la de Cracovia; pues bien, Cracovia se convirtió en el centro del intento revolucionario para toda Polonia.

¿No está claro que tal Imperio no puede continuar existiendo sino a condición de sofocar a Polonia por el sistema Muravief? Decimos Imperio y no decimos pueblo ruso, porque este último, estamos profundamente convencidos de ello, no tiene nada de común con el Imperio; sus intereses y sus aspiraciones instintivas son absolutamente opuestas a los intereses y a las aspiraciones calculadas del Imperio.

Tan pronto como el Imperio caiga, los pueblos de la Gran Rusia, de la Pequeña Rusia, de la Rusia Blanca y los demás restablecerán sus libertades; los planes ambiciosos de los patriotas de Estado polacos no tendrán para ellos nada de temibles: no pueden ser peligrosos más que para el Imperio. Por eso ningún emperador ruso, si está en posesión de sus cinco sentidos y si la ineludible necesidad no le obliga, jamás aceptará la liberación de la más mínima parte de Polonia. Pero entonces, no emancipando a los polacos, ¿puede llamar a los eslavos a la insurrección?

Las razones que le impiden levantar la bandera de la insurrección paneslavista, existen también hoy, con esta

diferencia: que entonces esa vía prometía muchas más ventajas que en la actualidad. Se habría podido contar, antes, con la rebelión de los magiares, de Italia, que se encontraban bajo el yugo odiado de Austria. Actualmente, Italia probablemente habría permanecido neutral, porque Austria le daría, seguramente, sin muchas dificultades y para desembarazarse de ella, los pocos restos de tierra italiana que posee aún en sus dominios. En cuanto a los magiares, se puede decir con seguridad que, con toda la pasión que les sería inculcada por su propia actitud dominadora respecto a los eslavos, habrían tomado el partido de los alemanes contra Rusia.

Por lo tanto, en el caso de la guerra paneslavista que pudiera promover el emperador ruso contra Alemania, sólo podría contar con la cooperación más o menos activa de los eslavos solos, y aún de los eslavos austríacos únicamente, porque si se le metiera en la cabeza levantar los eslavos de Turquía, provocaría contra sí un nuevo enemigo: Inglaterra, esa protectora envidiosa de la existencia del Imperio otomano. Pero no se cuentan en Austria más que 17 millones de eslavos; deducción hecha de los 5 millones de habitantes de Galitzia, donde los rusos más o menos simpatizantes podrían ser paralizados por los polacos hostiles, no quedan más que 12 millones, sobre cuya insurrección habría quizás podido calcular el emperador ruso, haciendo excepción, se entiende, de los reclutados en el ejército austríaco y que, según los hábitos de todo ejército, combatirían contra el que les indicase la voz de mando.

Agreguemos que esos 12 millones no están concentrados en uno o siguiera en varios puntos, sino que están diseminados en la extensión del Imperio austríaco; hablan diferentes dialectos y están mezclados ya a los alemanes, ya a los magiares, ya a los rumanos, ya, en fin, a la población alemana. Es mucho para mantener alerta al Gobierno austríaco y a los alemanes en general, pero demasiado poco para dar a los ejércitos rusos un apoyo serio contra las fuerzas unidas de la Alemania prusiana y de Austria.

¡Ay! El Gobierno ruso sabe muy bien todo eso y lo ha comprendido siempre; por esa razón no ha tenido ni tendrá jamás la intención de llevar a cabo una guerra paneslavista contra Austria, que se transformaría inevitablemente en una

guerra contra toda Alemania. Pero si nuestro Gobierno no ha tenido jamás tales intenciones, ¿por qué razón realiza por intermedio de sus agentes, una propaganda puramente paneslavista en Austria? Por una razón muy simple que acabamos de indicar, y principalmente porque es muy agradable para el Gobierno ruso —y muy ventajoso— tener un número tan grande de partidarios apasionados y al mismo tiempo ciegos —por no decir estúpidos— diseminados en las provincias austríacas. Tal situación paraliza, frena, molesta al Gobierno austríaco y refuerza la influencia de Rusia, no ya en Austria sino en toda Alemania. La Rusia imperial excita a los eslavos austríacos contra los magiares y los alemanes, sabiendo muy bien que, al fin de cuentas, traicionará a esos mismos magiares y alemanes. Juego abyecto, pero al mismo tiempo completamente estatista.

Por consiguiente, el Imperio panruso encontrará pocos aliados y poco apoyo serio en Occidente en caso de una guerra paneslavista contra los alemanes. Examinemos ahora con quién debería entrar en lucha. Primeramente, con todos los alemanes, prusianos y austríacos, luego con los magiares y en último lugar con los polacos.

Dejando aparte a los polacos y los magiares, veamos si la Rusia imperial es capaz de llevar a cabo una guerra contra las fuerzas unidas de toda la Alemania, prusiana y austríaca, aunque sólo fuera contra la Alemania prusiana. Decimos guerra ofensiva, porque está entendido que es Rusia la que la emprenderá en vista de la pretendida liberación —pero en verdad de la conquista— de los eslavos austríacos.

Es seguro, en primer lugar, que ninguna guerra ofensiva podría llegar a ser, en Rusia, una guerra nacional. Es una regla casi general: los pueblos raramente toman parte activa en las guerras emprendidas y conducidas por sus gobiernos más allá de las fronteras de su patria. Tales guerras tienen generalmente un carácter político exclusivo, si no un interés religioso o revolucionario también. Tales fueron para los alemanes, para los holandeses, para los ingleses y aun para los suecos las guerras del siglo XVI entre partidarios de la Reforma y católicos. Tales fueron también para Francia las guerras revolucionarias del fin del siglo XVIII. Por lo que se refiere a la historia contemporánea, no conocemos más que dos ejemplos excepcionales, en que las ma-

sas del pueblo expresaron sus reales simpatías hacia guerras políticas emprendidas por sus gobiernos con miras al ensanchamiento de las fronteras de sus Estados o de otros intereses exclusivamente estatistas.

El primer ejemplo fué dado por el pueblo francés bajo Napoleón I, ejemplo, sin embargo, no muy concluyente, porque las tropas imperiales eran la prolongación directa —se podría decir el resultado natural— de las tropas revolucionarias; de modo que el pueblo francés continuó considerándolas, aun después de la caída de Napoleón I, como una manifestación del mismo interés revolucionario.

El segundo ejemplo es mucho más concluyente; es el ejemplo de la embriaguez apasionada a que, podría decirse, se entregó todo el pueblo alemán en la gran guerra inepta emprendida por el Estado prusogermánico, recientemente reconstituído, contra el segundo Imperio francés. En esa época histórica, apenas transcurrida, el pueblo alemán entero, todas las capas de la sociedad alemana, con excepción, quizás, de un pequeño puñado de obreros, fueran inspiradas por el interés político sólo en favor de la fundación y del ensanchamiento de las fronteras del Estado pangermanista. Hoy mismo, ese interés predomina sobre todos los demás en el cerebro y en el corazón de todos los alemanes sin distinción de clase: es lo que constituye actualmente la fuerza específica de Alemania.

Para quien conoce un poco, se entiende, a Rusia, está claro que ninguna guerra ofensiva emprendida por nuestro Gobierno se convertirá en guerra nacional. Primeramente, porque nuestro pueblo no sólo es extraño a todo interés de Estado, sino que le es aún instintivamente opuesto. El Estado es su prisión. ¿Qué necesidad tendría, pues, de fortificar su prisión? Además, no existe ningún lazo entre el Gobierno y el pueblo, ninguna alianza viva que pueda unirlos, aunque sólo sea por un minuto, por cualquier causa que fuese; no existe siquiera ni la capacidad ni la posibilidad de una comprensión recíproca; lo que es blanco para el Gobierno es negro para el pueblo y, viceversa, lo que parece muy blanco al pueblo, lo que es su vida, su bienestar, es la muerte para el Gobierno.

Se preguntará uno con Puchkin:

“La palabra del zar de los rusos, ¿es impotente?”

Sí, impotente, cuando pide del pueblo lo que es hostil al pueblo. Que trate de lanzar este grito al pueblo: ¡Atad y matad los propietarios, los funcionarios y los comerciantes, tomad todo lo que ellos poseen y repartidlo entre vosotros! Un instante bastaría para que el pueblo ruso se levantara como un solo hombre y para que no quedara al día siguiente ningún rastro de mercaderes, de funcionarios y de propietarios en toda la extensión de la tierra rusa. Pero, en tanto que ordene al pueblo pagar impuestos y dar soldados al Estado y trabajar en provecho de los propietarios y de los comerciantes, el pueblo obedecerá de mala voluntad, bajo la presión de la maza, como hoy, y no obedecerá cuando la ocasión se presente. ¿Dónde encontrar, pues, la influencia mágica y milagrosa de la palabra imperial?

¿Y qué habría podido decir el zar que hiciera apasionar su corazón o caldear su imaginación? El emperador Nicolás, al declarar en 1823 la guerra a la Sublime Puerta otomana bajo el pretexto de las injurias sufridas por nuestros correligionarios griegos y eslavos en Turquía, había tratado, por su manifiesto, leído al pueblo en las iglesias, de conmover en él el fanatismo religioso. El ensayo sufrió un completo fracaso. Si existe entre nosotros un espíritu religioso terrible y tenaz, es únicamente entre los “raskolniks” (disidentes) que, menos que cualquier otro, reconocen al Estado y también al Emperador. En cuanto a la Iglesia ortodoxa oficial, no reina en ella más que un ceremonial monótono y rutinario, al lado de la indiferencia más profunda.

Al comienzo de la campaña de Crimea, cuando Inglaterra y Francia declararon la guerra, Nicolás trató nuevamente de estimular el fanatismo religioso del pueblo, con el mismo fracaso. Recordemos lo que se decía en el pueblo durante les formó: con mucha frecuencia, por decreto imperial. Había ejércitos del pueblo. Pero todo el mundo sabe cómo se les formó: con mucha frecuencia por decreto imperial y por orden de las autoridades. Era el mismo reclutamiento, sólo que bajo otra forma, y realizado a la ligera. En muchos distritos se prometió a los campesinos darles la libertad una vez terminada la guerra.

¡He ahí, pues, el interés por el Estado de nuestros campesinos! Entre los comerciantes y los nobles, el patriotismo

se expresaba de la manera más extraordinaria: mediante discursos desprovistos de inteligencia, por declaraciones sonoras de abnegación con la patria, y sobre todo por banquetes y excesos. Pero cuando llegó el tiempo para unos de dar dinero y para los otros de ir en persona a la guerra, a la cabeza de sus campesinos, hubo muy pocos voluntarios. Cada cual trataba de reemplazarse por algún otro. El llamamiento a las armas produjo mucho ruido, pero no dió ningún resultado. Sin embargo, la guerra de Crimea no era un guerra ofensiva, era bien defensiva; habría podido y debido transformarse en nacional. ¿Por qué no llegó a serlo? Porque nuestras clases superiores están podridas, son abyectas, viles; porque el pueblo es enemigo natural del Estado.

¿Y es ese pueblo el que se espera levantar en nombre de la causa eslava? Existen entre nuestros esclavófilos hombres honestos que creen sinceramente que el pueblo ruso arde de impaciencia por volar en ayuda de los "hermanos eslavos" cuya existencia ni siquiera conoce él mismo. Se asombraría si se le dijera que es un pueblo eslavo. El señor Dujinsky, con sus partidarios polacos y franceses, niega, ciertamente, que corra sangre eslava por las venas del pueblo de la Gran Rusia, pecando así contra la verdad histórica y etnográfica. Pero el señor Dujinsky, conociendo tan poco nuestro pueblo, ignora, probablemente, que ese pueblo se cuida muy poco de su origen eslavo. Tiene otra cosa de qué ocuparse, abrumado, hambriento y aplastado bajo el yugo del Imperio llamado eslavo, pero, en verdad, tártaroalemán.

No tenemos derecho a engañar a los eslavos. Los que les hablan de un interés cualquiera del pueblo ruso en la cuestión eslava, o bien se engañan cruelmente ellos mismos, o bien mienten descaradamente, y mienten, no es preciso decirlo, con fines inmorales. Y si nosotros, socialistas revolucionarios rusos, llamamos al proletariado eslavo y a la juventud a obrar por una causa común, no les proponemos de ningún modo nuestro origen más o menos eslavo como terreno común para el trabajo. Nosotros sólo desconocemos un terreno de coincidencia: el de la revolución social, al margen de la cual no vemos salvación, ni para sus pueblos ni para el nuestro; creemos que únicamente sobre ese terreno, a consecuencia de muchos rasgos idénticos en el carácter,

en el destino histórico, en las aspiraciones pasadas y actuales de todos los pueblos eslavos, y también a consecuencia de su idéntica actitud ante las tendencias estatistas de la raza alemana, pueden unirse fraternalmente, no para crear un Estado común, sino para destruir todos los Estados; no para constituir entre ellos un mundo cerrado, sino para entrar juntos en la arena mundial comenzando, necesariamente, por una alianza estrecha con los pueblos de raza latina que, lo mismo que los eslavos, están amenazados hoy por la política de conquista de los alemanes.

Y aun esa alianza contra los alemanes no durará más que hasta que éstos, reconociendo por su propia experiencia la miseria incalculable que ofrece al pueblo la existencia del Estado, aun el llamado popular, se desembaracen de su yugo y renuncien para siempre a su pasión desgraciada por el predominio estatista. Entonces, y sólo entonces, las tres razas principales que pueblan a Europa, la raza latina, eslava y germánica se organizarán en una alianza libre, como hermanas.

Pero hasta entonces, la alianza de los pueblos eslavos con los pueblos latinos, contra las invasiones de que son igualmente amenazados por parte de los alemanes, será una triste necesidad.

¡Extraño destino el de la raza alemana! Suscitando contra ella la aprensión general y el odio de todos, une a los pueblos. Así es como ha unido a los eslavos, porque no hay ninguna duda de que el odio a los alemanes, arraigado profundamente en el corazón de todos los pueblos eslavos, ha contribuido más al éxito de la propaganda paneslavista que todos los sermones y todas las intrigas de los agentes de Moscú y de San Petersburgo. Y ahora ese odio atraerá probablemente al pueblo eslavo a la alianza con el pueblo latino.

Es en ese sentido en el que el pueblo ruso es un pueblo eslavo. No quiere a los alemanes, pero no hay que embauzarse: su enemistad por los alemanes no se extiende hasta emprender por propio impulso la guerra contra ellos. No se hará sentir más que cuando los alemanes vayan a Rusia con el propósito de jugar a los amos. Pero se desilusionará pronto el que cuente con la participación de nuestro pueblo en una ofensiva contra Alemania.

Se deduce, pues, que si nuestro Gobierno tiene alguna vez la intención de emprender una campaña cualquiera, deberá realizarla sin ninguna ayuda del pueblo, con sus propios medios de Estado, financieros y militares. Pero esos medios, ¿son suficientes para entrar en guerra contra Alemania? Más que eso: ¿bastarán para llevar con éxito una guerra ofensiva contra ella?

Es dar pruebas de un patriotismo extremadamente ignorante y de un chovinismo ciego, no reconocer que todos nuestros medios militares con nuestro famoso ejército supuestamente innumerable, son nulos en comparación con los medios y el ejército que hoy posee Alemania.

El soldado ruso es valeroso, es verdad; pero los soldados alemanes no son cobardes tampoco; lo han demostrado en tres campañas sucesivas. Además, en una guerra ofensiva que Rusia pudiera emprender, los ejércitos alemanes habrían de batirse en su territorio, en su país, apoyados por la rebelión patriótica y esta vez verdaderamente unánime de todas las clases y de toda la población de Alemania, apoyados también por su propio fanatismo patriótico; mientras que los guerreros rusos lucharían sin voluntad, sin pasión, obedeciendo simplemente a las órdenes.

En cuanto a la comparación entre oficiales rusos y oficiales alemanes, la ventaja está, desde el punto de vista humanitario, de parte de nuestros oficiales, no porque sean los nuestros, sino porque la estricta equidad lo exige. A pesar de todos los esfuerzos de nuestro ministro de la guerra, el señor Miliutin, la mayoría de nuestros oficiales ha continuado tal como ha sido siempre, grosera, ignorante y, casi desde todos los puntos de vista, absolutamente inconsciente. El ejercicio, los excesos, las cartas, la embriaguez, los pequeños negocios cuando hay con quién hacerlos, y principalmente en las altas esferas, comenzando por el comandante de compañía, de escuadrón o de batería, el robo regular y casi legítimo, todo eso constituye hasta aquí la indulgencia cotidiana de la vida de nuestros oficiales en Rusia. Es un mundo extraordinariamente vacío y salvaje aunque hable en francés; pero en ese mundo, en medio del desorden y del caos grosero y estúpido de que está lleno, se puede encontrar el corazón humano, la capacidad de amar instintivamente y de comprender todo lo que es humano; en condi-

ciones favorables y bajo una influencia saludable, la capacidad de convertirse en amigo consciente del pueblo.

En la casta de oficiales alemanes, no hay nada, exceptuado el uniforme, el reglamento militar y una arrogancia específica de los oficiales, compuesta de dos elementos: de una obediencia servil ante todo lo que es jerárquicamente superior, y de una actitud insolente y desdeñosa ante todo el que, según ellos, les es inferior: del pueblo primero, y después de todo el que no lleva uniforme militar, con excepción de los funcionarios civiles más elevados y nobles.

Ante su soberano, archiduque, rey y ahora emperador de toda la Alemania, el oficial alemán es un esclavo por convicción, por pasión. Al menor signo de su mano, está dispuesto, siempre y en todas partes, a realizar las maldades más terribles, a quemar, a degollar y a destruir decenas, centenares de ciudades y de aldeas, no sólo extrañas, sino también propias.

Alimenta con respecto al pueblo el desprecio y el odio, porque, haciéndole demasiado honor, lo considera siempre en estado de rebelión o dispuesto a rebelarse. Por lo demás, no es el único en suponerlo; actualmente, todas las clases privilegiadas —y el oficial alemán, y en general todo oficial de un ejército regular, puede ser considerado como el perro de guardia privilegiado de la clase privilegiada—, el mundo explotador entero en Alemania y fuera de Alemania, consideran al pueblo con espanto y con desconfianza, lo que, desgraciadamente, no se justifica siempre, pero al menos demuestra en realidad que la fuerza consciente que demolerá este mundo comienza ya a despuntar en el seno de las masas populares.

Así, pues, lo mismo que el fiero perro de presa, el pelo del oficial alemán se eriza al solo recuerdo de las multitudes del pueblo. Sus ideas sobre los deberes y derechos del pueblo son de las más patriarcales. Según él, el pueblo debe trabajar de modo que los amos se vistan y se acomoden, obedecer sin discutir, pagar a las autoridades los impuestos de Estado y las contribuciones comunales, y a su vez hacer el servicio militar, lustrar sus botas, tener las bridas de su cabalgadura y, cuando él dé la orden y agite su sable, hacer fuego, degollar y cargar a sablazos contra el primero que se presente, y, cuando se le ordene, ir a la muerte por el

Kaiser und Vaterland. Después de la expiración del término del servicio militar activo, si está herido o inválido, vivir de limosnas, y si volvió sano y salvo inscribirse en las reservas y quedar en ellas hasta la muerte, obedeciendo siempre a las autoridades, inclinándose ante los jefes, dispuesto a morir a la primera orden.

Toda manifestación del pueblo que contradiga ese ideal es capaz de desatar la rabia en el oficial alemán. No es difícil figurarse hasta qué punto odia a los revolucionarios; y bajo ese nombre subentiende a todos los demócratas y aun a los liberales, en una palabra, a quienquiera que se atreva, en cualquier grado o forma, a hacer, a querer o a pensar lo contrario a la voluntad y al pensamiento augusto de Su Majestad Imperial el soberano de toda Alemania...

Puede uno imaginarse con qué odio especial gratificaría a los revolucionarios socialistas, incluso a los demócratas socialistas de su país. El solo recuerdo lo pone rabioso y no considera decente hablar de otro modo de ellos que con la espuma en los labios; ¡ay de aquel de entre ellos que caiga en sus manos!; y es preciso decir que, desgraciadamente, muchos demócratas socialistas han pasado últimamente en Alemania por las manos de los oficiales alemanes. No teniendo derecho a triturarlos, a desmenuzarlos o a fusilarlos en el acto, no atreviéndose a dejar libre curso a sus manos, se esfuerza por descargar sobre ellos toda su bilis rabiosa y vulgar, de abrumarlos a insultos, por medio de la palabra, del gesto, de la maquinación. Pero si se le hubiera permitido, si el mando lo hubiese ordenado, ¡con qué celo furioso y con qué orgullo de oficial habría asumido la misión del verdugo!

Considerad bien ese bruto civilizado, ese verdugo por vocación, ese lacayo por convicción. Si es joven, encontraréis con vuestro asombro, en lugar de un espantajo, un rubio adolescente, con una tez lisa y rosada, un comienzo de bigote, modesto, silencioso y aun tímido, altivo —la arrogancia se adivina— y necesariamente sentimental. Conoce de memoria a Schiller y a Goethe, y toda la literatura humanista del gran siglo pasado ha circulado por su cerebro sin dejar el menor pensamiento humano en su alma.

Los alemanes, y sobre todo los funcionarios y oficiales alemanes, tuvieron que resolver un problema que se habría

creído insoluble: unir la educación a la barbarie, el servilismo a la erudición. Eso los hace socialmente horribles y al mismo tiempo excesivamente ridículos; con respecto a las masas del pueblo, son malhechores sistemáticos y despiadados; pero, al contrario, se convierten en hombres preciosos por lo que respecta al Estado.

Los ciudadanos alemanes lo saben y soportan patrióticamente toda especie de insultos de su parte, porque reconocen en ellos su propia naturaleza y sobre todo porque consideran a esos perros imperiales privilegiados que les muerden a menudo como el baluarte más sólido del Estado pan-germánico.

No se podría figurar uno nada más deseable para un ejército regular que el oficial alemán. Un hombre que reúne en sí la erudición y la grosería, la grosería y la bravura, un estricto espíritu de ejecución y la capacidad de iniciativa, la regularidad con la brutalidad y la brutalidad con una honestidad original, una cierta exaltación —unilateral y negativa, es verdad—, con una rara obediencia a la voluntad de los jefes; un hombre que es capaz siempre de degollar o desmenuzar en pequeños trozos decenas, centenas y millares de seres humanos al menor signo de los jefes, silencioso, modesto, dócil, lleno de calma, siempre en continencia militar ante sus superiores, y altivo, desdeñoso y frío, y si es preciso también cruel hacia el soldado; un hombre cuya vida está contenida en estas dos palabras: obedecer y ordenar, un hombre tal es inapreciable para el ejército y para el Estado.

En cuanto al adiestramiento de los soldados —uno de los fines principales en la organización de un buen ejército—, llega en el ejército alemán a una perfección sistemática, profundamente reflexiva y prácticamente ensayada y realizada. El principio fundamental colocado en la base de toda disciplina consiste en el aforismo siguiente que hemos oído repetir aún recientemente por numerosos oficiales prusianos, sajones, bávaros y otros de origen alemán que, desde la época de las campañas francesas, se pasean en masa por Suiza para estudiar, sin duda, las localidades y hacer planos que puedan servir más tarde. He aquí el aforismo: "Para adueñarse del alma del soldado, es preciso ante todo adueñarse de su cuerpo."

¿Cómo hacer para adueñarse de su cuerpo? Por medio del ejercicio incesante. No creáis que los oficiales alemanes desprecian la marcha; lejos de eso, ven en ella uno de los medios para desentumecer los miembros y para adueñarse del cuerpo del soldado, después de lo cual viene el manejo de las armas, la limpieza de los uniformes; es preciso que el soldado esté ocupado de la mañana a la noche y que no cese de sentir sobre él y sobre cada uno de sus pasos la mirada severa y fríamente magnetizadora de sus jefes. En invierno, cuando tiene más tiempo a su disposición, los soldados son enviados a la escuela donde se les enseña a escribir, a leer, a contar, pero donde se les fuerza sobre todo a repetir de memoria el código militar penetrado de adoración hacia el emperador y de desprecio para el pueblo; presentar las armas al emperador y tirar sobre el pueblo; tal es la quintaesencia del adiestramiento moral y político del soldado.

El soldado que permanece tres, cuatro o cinco años en tal lugar ha de salir de él deformado. El resultado es el mismo para los oficiales, aunque en forma diferente. De los soldados se quiere hacer un bastón inconsciente; en cuanto al oficial, debe transformarse en un bastón consciente, un bastón por convicción, por pensamiento, por interés, por pasión. Su mundo, es la sociedad de los oficiales; ni un paso fuera de ese mundo; y toda la colectividad graduada, penetrada del espíritu descrito más arriba, vigila a cada uno. ¡Ay del desgraciado que, llevado por la inexperiencia o por un sentimiento humano cualquiera, se permita asociarse a otra sociedad! Si esa sociedad es, desde el punto de vista político, insignificante, simplemente se burlarán de él; pero si tiene una línea política que no está de acuerdo con la línea general de los oficiales, digamos liberal democrática —no hablo ya de socialrevolucionaria—, entonces el desgraciado está perdido. Cada camarada se convertirá en su delator.

El mando superior prefiere, en general, que los oficiales gasten su tiempo entre sí, y trata de dejarles, como ocurre con los soldados, el menor tiempo libre posible. El adiestramiento de los soldados y la vigilancia incesante de éstos ocupa ya las tres cuartas partes de la jornada; el resto debe ser consagrado a su perfeccionamiento en las ciencias mili-

tares. Un oficial, antes de ganar el grado de mayor debe sufrir varios exámenes; además se le encomiendan trabajos urgentes sobre diferentes cuestiones, y por el resultado de esos trabajos se juzga de sus probabilidades de promoción.

Como vemos, el mundo militar en Alemania —por lo demás, lo mismo que en Francia—, constituye un mundo absolutamente concentrado en sí mismo, y este estado de cosas es una garantía segura de que será un enemigo del pueblo.

Pero el mundo militar alemán tiene una enorme ventaja en relación al mismo mundo francés o, en general, europeo: los oficiales alemanes sobrepasan a todos los oficiales del mundo por la profundidad y la amplitud de sus conocimientos, por los conocimientos teóricos y prácticos de la ciencia militar, por la abnegación ardiente a toda prueba y completamente pedante en la profesión militar, por la regularidad, la puntualidad, la maestría, la paciencia obstinada y también una honestidad relativa.

Gracias a esas cualidades de organización, el ejército alemán existe en realidad y no en el papel, como era el caso, bajo Napoleón III, en Francia, como es siempre el caso entre nosotros. Además, siempre gracias a esas ventajas alemanas, la dirección administrativa, civil y sobre todo militar está organizada de modo que sea imposible un engaño duradero. Entre nosotros, al contrario, de arriba abajo y de abajo arriba, una mano lava la otra, y, en consecuencia, se hace imposible llegar a la verdad.

Profundizad todo eso y preguntaos: ¿es posible que el ejército ruso pueda esperar un éxito de una guerra ofensiva contra Alemania? Responderéis que Rusia puede poner en pie un millón de soldados. Concedido; pero no habrá, quizás, un millón de tropas bien organizadas y bien armadas; sin embargo, supongamos que haya un millón; la mitad deberá ser diseminada sobre la enorme extensión del Imperio para conservar el orden en el seno del pueblo feliz que bien podría rabiarse de gordo. ¿Qué ejército será preciso para Ucrania, Lituania y Polonia sólo? Será mucho si podéis arrojar sobre Alemania un ejército de medio millón.

Rusia no ha dispuesto nunca de tal ejército.

Pero Alemania os encontrará con un ejército de un millón, ejército que, por su organización, su adiestramiento,

sus conocimientos, su espíritu y su armamento es el primero del mundo. Y tras él estará acampado el enorme ejército del pueblo alemán entero, que, tal vez, no se habría sublevado contra los franceses si no hubiera sido Federico de Prusia en lugar de Napoleón III, el vencedor en la última guerra, pero que, repitámoslo otra vez, se sublevará como un solo hombre contra la invasión rusa.

Diréis que, en caso de necesidad, Rusia, es decir, el Imperio panruso, podrá poner en pie de guerra otro millón de hombres; ciertamente, sí, pero sólo en el papel. No tiene más que firmar un ukase de un nuevo reclutamiento por tantos y tantos miles. Tendréis con eso vuestro millón. ¿Pero cómo reunirlo? ¿Quién va a recogerlo? ¿Vuestros generales de la reserva, ayudantes de campo generales, ayudantes de campo del Emperador, vuestros jefes de batallones de reserva y de guarnición, todos en el papel? ¿Vuestros gobernadores, funcionarios? ¿Pero cuántas decenas, incluso centenares de millares de hombres harán morir de hambre antes de reunirlos! ¿Y dónde encontraréis, en fin, un número suficiente de oficiales para organizar ese nuevo ejército de un millón, y con qué lo armaréis? ¿Con bastones? No tenéis bastante dinero para armar como es preciso un solo millón y amenazáis ya con armar un segundo millón. Ni un solo banquero os prestará dinero, y, aunque os lo diese, son necesarios años enteros para armar un millón de hombres.

Comparemos vuestra pobreza y vuestra impotencia con la riqueza alemana y con la fuerza alemana. Alemania ha recibido de Francia cinco mil millones; supongamos que hayan sido gastados tres mil millones para pagar los diversos gastos, para remunerar los príncipes, los hombres de Estado, los generales, los coroneles, los oficiales —no los soldados, se entiende— y también para los traslados en el interior del país y en el extranjero. Quedan dos mil millones, que son empleados exclusivamente en el armamento de Alemania, en la creación de nuevas o en la fortificación de las viejas e innumerables fortalezas, en la fabricación de nuevos cañones, fusiles, etc. Sí, toda Alemania se ha transformado hoy en un arsenal terrible y erizado por todas partes. Y vosotros, armados tan medianamente, ¿esperáis derrotarla?

Al primer paso, en cuanto mostréis las narices en territorio alemán, seréis despiadadamente derrotados y vuestro ejército ofensivo se transformará inmediatamente en un ejército defensivo; las tropas alemanas pasarán la frontera del Imperio panruso.

Pero entonces, al menos, ¿suscitarán contra sí la insurrección general del pueblo ruso? Sí, los alemanes pondrán el pie en tierra rusa y podrían dirigirse, por ejemplo, directamente a Moscú; pero no cometerán esa torpeza y tomarán la ruta del norte, hacia San Petersburgo, pasando por las provincias bálticas; hallarán bastantes amigos, no sólo en la burguesía, entre los pastores protestantes y los judíos, sino también entre los barones descontentos y en sus hijos, los estudiantes, y por ellos entre numerosos generales, oficiales, funcionarios superiores y subalternos de las provincias bálticas que abundan en San Petersburgo y se han diseminado por toda Rusia. Más que eso: sublevarán contra el Imperio ruso la Polonia y la Pequeña Rusia.

Es verdad que entre todos los enemigos opresores de Polonia, desde el primer día de su reparto, Prusia se ha demostrado el enemigo más importuno, el más sistemático, y por tanto el más peligroso; Rusia obró bárbaramente, como una fuerza salvaje; degolló, ahorcó, torturó, desterró millares a Siberia, pero hasta ahora no ha podido, a pesar de todo, rusificar la parte de Polonia que le tocó, no obstante las ordenanzas de Muravief; Austria, por su parte, tampoco ha podido germanizar a Galitzia, y ni siquiera lo ha intentado. La prensa, como verdadero representante del espíritu alemán y de la gran causa alemana, de la germanización violenta y artificial de las tierras alemanas, procedió inmediatamente a la germanización, costara lo que costara, del distrito de Dantzig y del ducado de Posnania, sin hablar de la provincia de Koenigsberg, que había poseído ya hacía algún tiempo.

Serían muy largos de enumerar los medios empleados para conseguir su fin; uno de ellos, la colonización extendida por los campesinos alemanes de las tierras polacas, ocupó un puesto importante. La emancipación completa de los campesinos, en 1807, con el derecho de rescate de la tierra, con toda especie de facilidades para realizar ese rescate, ha contribuido también mucho a hacer popular al Go-

bierno prusiano, aun a los ojos de los campesinos polacos. Después, se fundaron escuelas rurales, y la lengua alemana fué introducida. Gracias a medidas semejantes, sucedió que, ya en 1843, más de un tercio del ducado de Posnania estaba completamente germanizado. Lo mismo en las grandes ciudades. Desde el comienzo de la historia polaca, se habló la lengua alemana debido a la cantidad de burgueses y artesanos alemanes, y sobre todo de judíos, a quienes se concedió allí una amplia hospitalidad. Se sabe que, desde los tiempos más lejanos, la mayor parte de las ciudades de esa región de Polonia eran administradas por el llamado derecho magdeburgués.

Así es como Prusia alcanza su objetivo en períodos pacíficos. Y cuando el patriotismo polaco promovió o trató de promover un movimiento popular, no se detuvo ante ninguna medida decisiva y bárbara. Ya hemos tenido ocasión de notar que, cuando se trataba de reprimir rebeliones polacas, no sólo en sus propios confines sino también en el reino de Polonia, Prusia no cesó de probar su lealtad inalterable y el más ardiente fomento de los intereses del Gobierno ruso. Los gendarmes prusianos —perdón, los oficiales generosos de Prusia de toda arma, de la guardia y del ejército—, se encarnizaban con pasión extraordinaria en los polacos que buscaban abrigo en los dominios prusianos, los cercaban con malvada alegría y los entregaban a los gendarmes rusos expresando a menudo la esperanza de que serían ahorcados en Rusia. Bajo este aspecto, Muravief, el estrangulador, conquistó los elogios del Príncipe de Bismarck. Prusia repetía los mismos excesos, pero lo hacía avergonzadamente, a escondidas y descalificaba, cuando tenía ocasión, sus propios actos. El Príncipe de Bismarck fué el primero que echó abajo la máscara. No sólo confesó con cinismo, sino que se vanaglorió de ello en el Parlamento prusiano y ante la diplomacia europea, que el Gobierno de Prusia empleaba toda su influencia sobre el Gobierno ruso para persuadirle a estrangular a Polonia, sin detenerse ante ningún medio sanguinario, y que Prusia habría estado siempre dispuesta a prestar la ayuda más activa a Rusia.

No hace mucho, en fin, el Príncipe de Bismarck expresó en el Parlamento la decisión irrevocable del Gobierno de desarraigar lo que quedaba aún de nacionalidad polaca en

las provincias polacas que disfrutaban actualmente de la administración prusogermánica.

Desgraciadamente, como lo hemos notado ya, los polacos de Posnania, lo mismo que los polacos de Galitzia, ligaron más estrechamente que nunca su causa nacional a la cuestión de la hegemonía del poder espiritual del papa. Los jesuitas, los ultramontanos, las órdenes monásticas y los obispos se hicieron sus abogados. Los polacos no tendrán que regocijarse mucho de tal alianza y de tal amistad, como no se regocijaron en el siglo XVII. Pero ese no es asunto nuestro, sino suyo, de los polacos.

Hemos recordado todo esto para mostrar sólo que los polacos no tienen enemigo más peligroso y más terrible que el Príncipe de Bismarck. Se diría que el objetivo de su vida era hacer tabla rasa de todos los polacos. Y, sin embargo, eso no le impedirá apelar a los polacos para la rebelión contra Rusia cuando los intereses de Alemania lo exijan. Y, a pesar del odio que los polacos alientan contra él y Prusia, por no hablar de toda Alemania, odio que los polacos no quieren confesarse —aunque en el fondo de su corazón vive, lo mismo que en el de los otros pueblos eslavos, el mismo odio histórico contra los alemanes—; a pesar de que no olvidarán jamás las injurias sangrientas que han debido soportar de parte de los alemanes prusianos, los polacos se sublevarán sin embargo al llamamiento de Bismarck.

En Alemania, como en Prusia, existe desde hace tiempo un partido político numeroso y serio; existen más bien tres: el Partido Progresista Liberal, el Partido Democrático puro y el Partido Socialdemócrata, que constituyen, entre los tres, la mayoría absoluta en los parlamentos alemán y prusiano, y aun más decisiva en la sociedad; esos partidos, previendo y en parte deseando y aun provocando la guerra de Alemania contra Rusia, comprendieron que la rebelión y el restablecimiento de Polonia *en ciertos límites* serían una condición indispensable de esa guerra.

No es preciso decir que ni el Príncipe de Bismarck ni ninguno de esos partidos habrían consentido nunca en vender a Polonia las provincias que Prusia le había quitado. Sin hablar de Koenigsberg, no le habrían jamás devuelto ni el menor trozo de la Prusia occidental. Aun en el ducado de Posnania conservarán para ellos una parte considerable

con el pretexto de que está completamente germanizada, y no dejarán a los polacos sino muy poco de toda la parte de Polonia que ha caído en manos de Prusia. Al contrario, les darán toda la Galitzia, con Lemberg y Cracovia, visto que toda esa parte pertenece a Austria, y les darán con más celeridad aún las tierras en el fondo de Rusia que no tendrán fuerza para acaparar y conservar. Al mismo tiempo, pondrán a los polacos el dinero necesario bajo la forma de empréstito polaco garantizado por Alemania, armas y el apoyo militar. ¿Quién puede dudar por un momento que, no sólo los polacos consentirán, sino que se aferrarán con alegría a la proposición alemana? Su situación es hasta tal punto desesperada que aceptarían cualquier proposición, aunque fuera cien veces peor.

Todo un siglo ha transcurrido desde el reparto de Polonia y no ha pasado un año durante ese período que no haya visto manar sangre mártir de los patriotas polacos. Cien años de lucha incesante, de rebeliones desesperadas. ¿Existe otro pueblo que pueda vanagloriarse de tal bravura?

¿Qué no intentaron los polacos? Conspiraciones de los nobles, complots burgueses, bandas armadas, rebeliones populares, todos los engaños diplomáticos, en fin, incluso la ayuda de la Iglesia. Lo han ensayado todo y se han aferrado a todo, pero todo se ha quebrantado, todo les ha traicionado. ¿Cómo han de rehusar cuando Alemania, su enemigo más peligroso, les proponga la ayuda en ciertas condiciones?

Sin duda, se encontrarán esclavófilos que les acusarán de traición. ¿Traición a qué? ¿A la alianza eslava, a la causa eslava? Pero, ¿dónde se ha manifestado esa alianza, en qué consiste esa causa? ¿No se ha manifestado quizás en el viaje de los señores Palacky y Rieger a Moscú, a la Exposición paneslavista y para arrodillarse ante el Zar? ¿De qué modo, y cuándo, y por qué obra, han expresado los eslavos, como eslavos, su simpatía fraternal hacia los polacos? ¿Sería por esos mismos señores Palacky y Rieger y todo su numeroso cortejo eslavo del Oeste y del Sur que se abrazaron en Varsovia con los generales rusos, que apenas habían tenido tiempo de lavarse de la sangre polaca y que bebieron a la gloria de la fraternidad eslava y a la salud del zar-verdugo?

Los polacos son mártires y héroes; tienen un pasado de gloria; mientras que los eslavos son niños y su importancia está en el porvenir. El mundo eslavo, la cuestión eslava, no son un hecho, son una esperanza, y una esperanza que sólo podrá realizarse por medio de la revolución social, revolución hacia la que no se ha mostrado hasta aquí más que un débil deseo por parte de los polacos —no hablando, ciertamente, más que de los patriotas, pertenecientes sobre todo a la clase intelectual y, generalmente, a la nobleza.

¿Qué puede haber, pues, de común entre el mundo eslavo aun inexistente y el mundo patriótico polaco más o menos acabado? En efecto, a excepción de un puñado de individuos que tratan de crear una cuestión eslava en el espíritu polaco y en la tierra polaca, los polacos, en general, no se ocupan de ningún modo de esas cuestiones; se entienden mejor con los magiares y se sienten más próximos a ellos; tienen ciertos puntos de semejanza con ellos y muchos recuerdos históricos en común; lo que les separa mayormente y de un modo categórico de los eslavos occidentales y meridionales, es la simpatía de esos pueblos hacia Rusia, es decir, hacia aquel de los enemigos que odian menos que a los demás.

En Polonia y en el seno de la emigración polaca, como en todos los países, por otra parte, la vida política se divide algunas veces en muchos partidos. Había el partido aristocrático, clerical y monárquicoconstitucional; había el partido de la dictadura militar; el partido de los republicanos moderados, admiradores de los Estados Unidos; el partido de los republicanos rojos, de imitación francesa; por fin el partido no muy numeroso de los demócratas sociales, sin hablar de los partidos místicos sectarios o más bien eclesiásticos. Pero, en suma, basta profundizar un poco en cada uno para convencerse de que todos tienen la misma base; la aspiración apasionada, en todos, al restablecimiento del Estado polaco en las fronteras de 1772. Aparte de las contradicciones mutuas que se manifestaban a causa de las luchas intestinas entre los jefes de los partidos, la diferencia principal entre ellos consistía en que cada uno de esos partidos estaba seguro de que el fin común —el restablecimiento de la antigua Polonia— no podía ser alcanzado más que tomando el camino especialmente recomendado por él.

Se podría decir que, antes de 1850, la gran mayoría de la emigración polaca era revolucionaria precisamente porque creía que el restablecimiento de la Polonia independiente resultaría inevitable del triunfo de la revolución de Europa. En consecuencia, puede decirse que, en 1848, no hubo un solo movimiento en Europa en el que no participasen y con frecuencia no dirigiesen los polacos. Recordamos la sorpresa de un alemán sajón al respecto: "En todas partes donde hay desórdenes, se encuentran inevitablemente polacos."

En 1850, a consecuencia de la derrota general, esa fe en la revolución se debilitó; la estrella napoleónica comenzó a brillar y buen número de emigrantes polacos, la gran mayoría de ellos, se hicieron bonapartistas frenéticos y feroces. ¡Oh, Dios! ¡Qué no esperaban de la ayuda de Napoleón III! Ni su traición infame y manifiesta de 1862-63 pudo matar en ellos esa esperanza. No desapareció más que con Sedan.

Después de esa catástrofe, sólo quedó a la esperanza polaca un refugio: el de los jesuitas y ultramontanos. Los patriotas polacos de Austria, la mayoría de los patriotas polacos en general, se arrojaron sobre Galitzia, se arrojaron con desesperación. Pero figuraos que Bismarck, su enemigo encarnizado, obligado por la situación de Alemania, les llame a levantarse contra Rusia; les hará entrever una esperanza lejana; más aún, les dará dinero, armas y el apoyo militar. ¿Podrán rehusar esas ofertas?

Es verdad que, a cambio de ese apoyo, se les exigirá la renuncia formal a la mayor parte de las antiguas tierras polacas que se encuentran actualmente en manos de Prusia. Eso será muy doloroso para ellos; pero, obligados por las circunstancias y en la esperanza de una victoria segura sobre Rusia; consolados, en fin, por la idea de que, siempre que Polonia sea restablecida, podrán volver a conquistarlo todo, se sublevarán y, desde su punto de vista, tendrán mil veces razón.

Es verdad que una Polonia restablecida con ayuda de los ejércitos alemanes, bajo la protección del Príncipe de Bismarck, será una curiosa Polonia. Pero más vale una Polonia singular que ninguna Polonia; y, después de todo —se dirán seguramente los polacos— habrá posibilidad de liberarse también de la protección del Príncipe de Bismarck.

En una palabra, los polacos consentirán en todo y Polonia se rebelará, Lituania se sublevará y, después de algún tiempo, la Rusia Blanca se sublevará. Los patriotas polacos, hay que decirlo, son malos socialistas y no se ocuparán, ciertamente, entre ellos, en su país, de propaganda socialista revolucionaria, y, aunque quisieran, su protector, el Príncipe de Bismarck, no se lo permitiría: están demasiado cerca de Alemania; ¡tal propaganda podría infiltrarse en la Polonia prusiana! Pero lo que no será posible hacer en Polonia se hará en Rusia y contra Rusia. Para los alemanes, como para los polacos, sería de gran utilidad que se pudiese promover en Rusia una rebelión campesina; realizarla no sería verdaderamente muy difícil. Recordad la masa de polacos y de alemanes diseminados por toda Rusia; la gran mayoría, si no todos, serán aliados naturales de Bismarck y de los polacos. Figuraos la situación siguiente: nuestros ejércitos, derrotados por completo, huyen en desorden; en el norte, los alemanes los persiguen en dirección a San Petersburgo; los polacos avanzan por el oeste y por el sur hacia Smolensk y la Pequeña Rusia; y simultáneamente la rebelión triunfal de los campesinos de Rusia y de la Pequeña Rusia, incitada por la propaganda exterior e interior.

He ahí por qué se podrá decir con seguridad que ningún gobierno, que ningún zar, al menos que esté loco, levantará la bandera paneslavista ni declarará jamás la guerra a Alemania.

Habiendo primeramente vencido a Austria y luego a Francia, el nuevo y gran Imperio germánico rebajará irremisiblemente al grado de potencias secundarias y dependientes de él, no sólo a esos dos Estados, sino también —más tarde— a nuestro Imperio panruso, que habrá sido separado de Europa para siempre. Hablamos, se entiende, del Imperio y no del pueblo ruso que, cuando sea preciso, hallará y se abrirá su camino.

En cuanto al Imperio panruso, las puertas de Europa le están cerradas para siempre; las llaves de esas puertas son guardadas por Bismarck, que por nada del mundo las dará al Príncipe Gortchakof.

Pero si las puertas del noroeste le están cerradas para siempre, ¿no quedarán abiertas, y por lo mismo más segura y ampliamente, las del sur y del sureste: Bujara, Persia y

Afganistán hasta la India oriental y, en fin, el objetivo final de todos los designios y de todas las aspiraciones: Constantinopla? Desde hace mucho tiempo, los políticos rusos, los partidarios celosos de la grandeza y de la gloria de nuestro Imperio querido, examinan la cuestión de la transferencia de la capital del norte al sur, de los bordes austeros e inhospitalarios del mar Báltico a los bordes siempre floridos del mar Negro y del Mediterráneo; en otras palabras, de San Petersburgo a Constantinopla.

Existen, es verdad, algunos patriotas insaciables que quisieran conservar San Petersburgo y el predominio en el mar Báltico, y al mismo tiempo adueñarse de Constantinopla. Pero ese deseo está tan lejano de la realización que ellos mismos, no obstante su buena fe en la omnipotencia del Imperio panruso, comienzan a renunciar a la empresa de verlo realizado; además, acaba de producirse un acontecimiento que ha debido de abrirles los ojos: la anexión de Holstein, Schleswig y Hanóver al Reino de Prusia, convertido de ese modo en una potencia marítima del norte.

Es un axioma universalmente conocido que ningún Estado puede entrar en la jerarquía de potencia de primer orden si no tiene vastas fronteras marítimas que le garanticen la comunicación directa con el resto del mundo y le permitan participar directamente en el movimiento mundial material tanto como social, político y moral. Esta verdad, es tan evidente, que no hay necesidad de demostrarla. Supongamos un Estado fuerte, de educación superior y de los más dichosos —en el sentido en que es posible hablar de la dicha general en el Estado— e imaginemos que algunas circunstancias lo aíslan del resto del mundo. Podéis estar seguros de que, después de cincuenta años a lo sumo —el espacio de dos generaciones—, todo será estancamiento: su fuerza se debilitará, el estado cultural caerá al nivel de la imbecilidad; en cuanto a la dicha, exhalará el olor de un queso de Limburg.

Echad una ojeada sobre China; era de gran intelectualidad, instruída y, probablemente, feliz a su modo: ¿por qué se ha vuelto como marchitada, cuando el menor esfuerzo de las potencias marítimas europeas basta para subordinarla a su inteligencia y, si no a su dominación, al menos a su voluntad?

Es porque, durante esos siglos, ha quedado estancada; y ha quedado así porque en esos siglos, gracias en parte a sus instituciones interiores y en parte al curso de la vida del mundo que se desenvolvió a una distancia lejana, no ha podido desflorarla.

Muchas condiciones hacen que un pueblo atrincherado en un Estado pueda participar en el movimiento universal; a éstas pertenece la inteligencia natural y la energía innata, la instrucción, la capacidad para el trabajo productivo y la libertad interior más vasta, más bien imposible, diríamos, para las grandes masas del Estado. Pero a estas condiciones hay que agregar también la de la navegación marítima, del comercio marítimo, porque las comunicaciones marítimas, por su velocidad y también por su libertad en el sentido de que los mares no están apropiados por nadie, superan a todos los otros medios más conocidos, sin exceptuar el ferrocarril. La aeronáutica, tal vez, será un día aún más cómoda bajo todos los aspectos, y tanto más importante cuanto que nivelará el desenvolvimiento de la vida en todos los países. Hasta ahora, sin embargo, no se puede hablar seriamente de ella, y la navegación marítima continuará siendo durante bastante tiempo el medio principal del progreso de los pueblos.

Llegará el tiempo en que no habrá Estados —todos los esfuerzos del partido socialrevolucionario de Europa tienden hacia su destrucción—; llegará el tiempo en que, sobre las ruinas de los Estados políticos, se fundará en plena libertad y por la organización de abajo arriba, la unión fraterna libre de las federaciones, abarcando sin ninguna distinción, como libres, los hombres de todas las lenguas y de todas las nacionalidades. Entonces, la ruta hacia el mar estará generalmente abierta para todos; para los habitantes costeros directamente, y para los que viven a distancia del mar por medio de los ferrocarriles, emancipados completamente de la tutela del Estado, de todo impuesto, de toda concesión, de todas las limitaciones, obstáculos, prohibiciones, permisos o aplicaciones. Incluso entonces los habitantes costeros tendrán un gran número de ventajas naturales, no sólo de orden material, sino también intelectuales y morales. El contacto directo con el mercado marítimo y con el movimiento universal de la vida en general, desarrolla

en grado extraordinario y nivela todo lo que queráis las relaciones; los habitantes del interior del país, privados de esas ventajas, vivirán y se desarrollarán más indolentemente y más lentamente que los ribereños.

He ahí por qué la navegación aérea tiene tal importancia. La atmósfera es un océano que se infiltra por todas partes, sus riberas están en todos los sitios, de manera que, respecto a ella, todos los hombres, aun los que viven en las comarcas más alejadas, son sin excepción habitantes ribereños. Pero, mientras la navegación aérea no reemplace a la navegación marítima, los habitantes de la costa serán, bajo todos los aspectos, los iniciadores y compondrán la aristocracia de la humanidad.

La Historia entera, y particularmente la mayor parte del progreso en la Historia, es debida a los pueblos costeros. El primer pueblo creador de la civilización son los griegos: y Grecia entera puede ser considerada como ribera. La antigua Roma se convirtió en un Estado poderoso y mundial desde el día en que se hizo Estado marítimo. Y en la Historia moderna, ¿a quién debemos la resurrección de las libertades políticas, de la vida social, del comercio, de las artes, de la ciencia, del pensamiento libre, en una palabra, de la regeneración de la humanidad? A Italia, que, lo mismo que Grecia, está casi enteramente rodeada de costas. ¿Quiénes han heredado después de Italia el puesto de vanguardia del movimiento universal? Holanda, Inglaterra, Francia y, por fin, Norteamérica.

Examinemos, al contrario, a Alemania. ¿Por qué, a pesar de las cualidades indudables de que están dotados sus pueblos, así como de la asiduidad extraordinaria en el trabajo, la capacidad de reflexión, el espíritu científico, el sentimiento estético que dió nacimiento a grandes artistas, pintores y poetas, y un trascendentalismo profundo que dió filósofos no menos famosos, por qué, preguntamos, quedó Alemania tan lejos de Francia y de Inglaterra en todos los aspectos —con excepción de uno solo, en el que superó a todas, el desenvolvimiento del orden estatista y burocrático, policíaco y militar—, y por qué, desde el punto de vista comercial, se encuentra hoy aún por debajo de Holanda, y desde el punto de vista industrial por debajo de Bélgica?

Se nos dirá que porque nunca disfrutó de libertad, nunca tuvo amor a la libertad o deseo de libertad. Eso sería justo en cierto grado, pero no es la única razón. Una razón tan importante, es la ausencia de un gran litoral. En el siglo XIII aún, en la época del florecimiento de la Hansa, Alemania no carecía de litoral, al menos en el oeste. Holanda y Bélgica le pertenecían aún, y durante ese siglo el comercio de Alemania prometió un desenvolvimiento bastante amplio. Pero ya en el siglo XIV las ciudades de los Países Bajos, impulsadas por su espíritu emprendedor y audaz y por su amor a la libertad, comenzaron visiblemente a separarse de Alemania y a huirle. Esa separación fué definitivamente consumada en el siglo XVI y el gran imperio, sucesor del inepto Imperio romano, se convirtió en un Estado casi completamente terrestre. Sólo le quedó una pequeña ventana estrecha entre Holanda y Dinamarca, muy lejos de ser suficiente para que un país tan grande pudiese respirar libremente. A consecuencia de ese estado de cosas, Alemania quedó somnolienta, y su inmovilidad llegó a parecerse de cerca a la inmovilidad de China.

Desde esa época, el movimiento político de *vanguardia* de Alemania para la fundación de un nuevo Estado poderoso se concentró en el pequeño electorado brandenburgoés. En efecto, los electores de Brandenburgo, que aspiraban sin cesar a adueñarse del litoral del mar Báltico, han prestado un servicio considerable a Alemania; crearon, por decirlo así, las condiciones de su grandeza presente, se hicieron dueños, primero de Königsberg y después, en la época del primer reparto de Polonia, se apoderaron de Dantzig. No fué bastante, sin embargo; era preciso obtener Kiel y, en general, todo el Schleswig y Holstein.

Esas nuevas conquistas fueron obtenidas por Prusia con los aplausos de toda Alemania. Todos fuimos testigos de la pasión con que los alemanes —de todos los Estados separados, de los del norte, del sur, del oeste y del este, de los Estados centrales—, siguieron desde 1848 el desarrollo de la cuestión Schleswig-Holstein; y se engañaban mucho los que explicaban esa pasión en el sentido del interés por los sufrimientos de sus hermanos alemanes, que estaban sofocados —se hacía creer— bajo el despotismo danés. El interés era muy diferente: era el interés del Estado, el interés

pangermánico por la conquista de fronteras navales y de comunicaciones marítimas; en una palabra, el interés por la creación de una poderosa flota alemana.

La cuestión de una flota alemana ya había sido promovida en 1840 y 1841, y recordamos con qué entusiasmo fué recibida por toda Alemania la oda de Herwegh *La flota alemana*.

Debemos repetirlo aún otra vez: los alemanes son un pueblo eminentemente estatista; ese estatismo predomina en ellos sobre todas las demás pasiones y sofoca absolutamente en ellos el instinto de libertad. Y ese estatismo es el que, en la hora actual, constituye su grandeza específica; sirve y servirá aún por cierto tiempo de sostén abnegado y directo a todos los planes ambiciosos del soberano de Berlín. En él se apoya con férrea mano el Príncipe de Bismarck.

Los alemanes son un pueblo instruído y saben perfectamente que, sin fronteras marítimas bien establecidas, no se puede hablar de un Estado poderoso. Y por esa razón declaran todavía hoy, contra toda verdad histórica, etnográfica y geográfica, que Trieste era, es y será una ciudad alemana, que el Danubio entero es alemán. Hacen cuanto pueden por acercarse al mar. Y si la revolución social no los detiene, se puede estar seguro de que, antes de veinte años, de diez o de menos —los acontecimientos se suceden hoy rápidos unos tras otros—, de que en corto espacio de tiempo conquistarán toda la Dinamarca *alemana*, toda la Holanda *alemana*, toda la Bélgica *alemana*. Todo esto se encuentra, por decirlo así, en la lógica natural de su situación política y de sus aspiraciones instintivas.

Una de las etapas ha sido atravesada ya en esa ruta.

Prusia, actualmente encarnación, cerebro y al mismo tiempo brazo de Alemania, se ha fortificado sólidamente en el mar Báltico y simultáneamente en el mar del Norte. La independencia de Bremen, Hamburgo, Lübeck, Mecklenburgo y Oldenburgo, es una comedia inocente e insignificante. Todo eso, junto con Holstein, Schleswig y Hanóver, forma parte de Prusia, y Prusia, enriquecida con el dinero francés, construye dos flotas poderosas: una en el Báltico, otra en el mar del Norte y, gracias al canal de navegación que está en vías de abrirse para unir los dos ma-

res, esas dos flotas formarán pronto una sola. Y no pasarán muchos años sin que las flotas danesa y sueca se hagan más poderosas que la flota rusa del Báltico. Y, entonces, el predominio ruso en el mar Báltico desaparecerá... ¡en el mar Báltico! ¡Adiós Riga, adiós Reval, adiós Finlandia y adiós San Petersburgo junto con su Cronstadt inaccesible!

Todo esto parecerá una chochez para los patriotas chovinistas habituados a exagerar las fuerzas panrusas, una fábula desagradable; y, sin embargo, no es más que la conclusión absolutamente exacta de los hechos ya realizados, basada en una evaluación legítima del carácter y de las capacidades de los alemanes y de los rusos, sin mencionar los medios financieros, el número relativo de funcionarios de toda categoría, honestos, abnegados e inteligentes, y sin mencionar siquiera la ciencia, que da un predominio decisivo a todas las empresas alemanas sobre las rusas.

El servicio gubernamental alemán da resultados feos, desagradables, horribles, pero al menos positivos y serios.

El servicio gubernamental ruso da resultados igualmente desagradables y feos y que asumen, con frecuencia, una forma más salvaje aún, y a pesar de eso vacíos e insignificantes. Tomemos un ejemplo: supongamos que, en un momento dado, los Gobiernos de Alemania y de Rusia asignan una misma suma —digamos un millón— para llevar a cabo una empresa cualquiera, supongamos la construcción de un nuevo navío. ¿Qué diréis se robará en Alemania? Tal vez un centenar de miles, pongamos que se sustraen doscientos mil; pero los ochocientos mil restantes se destinarán al trabajo proyectado, que se hará con una puntualidad y un talento que distinguen a los alemanes. ¿Cómo ocurrirá en Rusia? Primeramente, la mitad de la suma será sustraída, una cuarta parte desaparecerá debido a la negligencia y a la ignorancia, de manera que habrá que contentarse si con la cuarta parte que queda se hace algún barquichuelo que servirá tal vez para ser expuesto, pero de ningún modo para ser empleado.

¿Cómo sería capaz, pues, la flota rusa de resistir a la flota alemana, o cómo las fortificaciones rusas, como las de Cronstadt, han de sostener el fuego de los cañones alemanes, que pueden lanzar obuses, no sólo de hierro, sino también de oro?

¡Adiós el predominio sobre el Báltico! ¡Adiós toda la importancia política y la fuerza de la capital del norte, elevadas por Pedro sobre pantanos finlandeses! Si nuestro venerable gran canciller, el Príncipe Gortchakof, no ha perdido por completo su brújula, habría debido decirse todo eso en los días en que la Prusia aliada saqueaba impunemente. Se habría debido comprender que, desde el día en que Prusia, apoyándose actualmente en toda Alemania y formando, en una unidad indisoluble con esta última, una potencia continental excesivamente fuerte; en una palabra, que, desde que el nuevo Imperio germánico, creado bajo la égida del cetro prusiano, ocupó en el mar Báltico su posición actual y amenazadora para todas las otras potencias bálticas, habría acabado la dominación de la Rusia petersburguesa sobre ese mar; que la gran creación política de Pedro el Grande sería destruída, y con ella incluso la potencia del Estado panruso se derrumbaría en el caso de que, como compensación por la pérdida de la gran ruta marítima del norte, no se le abriese una nueva ruta en el sur.

Está claro que son los alemanes los que van a dominar ahora el Báltico. Es verdad que la entrada en ese mar se encuentra aún en manos de Dinamarca. Pero, ¿no se ve ya que ese pobre Estado no tendrá pronto otra elección que la de convertirse, en primer lugar, en un Estado libremente federado, para ser pronto totalmente *devorado* por la centralización del Estado pangermánico? Eso significa que, en un corto lapso de tiempo, el mar Báltico se transformaría en un mar exclusivamente alemán, y que San Petersburgo debería perder todo valor político.

El Príncipe Gortchakof habría debido saberlo cuando consintió en el reparto del reino danés y en la anexión a Prusia del Schleswig y de Holstein. Y por la fuerza misma de los acontecimientos somos llevados al dilema siguiente: o bien ha traicionado a Rusia, o bien se aseguró, en cambio del sacrificio de la dominación del Estado panruso en el noroeste, un compromiso formal del Príncipe de Bismarck de ayudar a Rusia a conquistar un nuevo poder en el sureste.

Para nosotros, la existencia de tal acuerdo, la existencia de una alianza defensiva y ofensiva concluída entre Rusia y Prusia casi inmediatamente después de la paz de París

o, al menos, durante la insurrección polaca de 1863, cuando casi todas las potencias europeas, a excepción de Prusia, arrastradas por el ejemplo de Francia y de Inglaterra, protestaron clara y oficialmente contra el barbarismo ruso, para nosotros, decimos, un acuerdo formal y obligatorio para ambos signatarios entre Prusia y Rusia está fuera de toda duda. Sólo la existencia de tal alianza puede explicar la seguridad plácida y, se podría decir, despreocupada con que Bismarck comenzó la guerra contra Austria y contra una gran parte de Alemania, con el peligro de una intervención francesa; y más que eso, una guerra de las más atrevidas contra Francia. La menor manifestación hostil de parte de Rusia, como el movimiento de sus ejércitos hacia la frontera prusiana, habría sido suficiente para detener, en una y otra guerra, sobre todo en la segunda, la marcha del ejército conquistador de Prusia. Recordemos que, al fin de la última guerra, toda Alemania, mayormente su parte septentrional, estaba absolutamente desguarnecida de tropas; que la no intervención de Austria en favor de Francia no tuvo otra razón que la notificación de Rusia de que si Austria ponía su ejército en movimiento, enviaría sus tropas contra ella, y que Italia e Inglaterra no intervinieron sino porque Rusia no quiso. Si no se hubiera declarado una alianza tan firme del emperador prusogermánico, los alemanes no habrían tomado nunca a París.

Bismarck, sin embargo, estaba aparentemente seguro de que Rusia no le traicionaría. ¿En qué podía estar basada esa certidumbre? ¿Sería en los lazos de familia y en la amistad personal de los dos emperadores? Pero Bismarck es un hombre demasiado inteligente y demasiado práctico para tener en cuenta los sentimientos en política. Supongamos también que nuestro emperador, dotado, como se sabe, de un corazón sensitivo y de una facilidad extraordinaria para verter lágrimas, hubiera podido ser impulsado por sentimientos semejantes; entonces, el Gobierno de que está rodeado, la corte, el heredero, que parece que odia a los alemanes, y, en fin, nuestro patriota de Estado venerado, el Príncipe Gortchakof, todos juntos, la opinión pública y la fuerza de las cosas, le habrían recordado que el Estado se rige por los intereses y no por los sentimientos.

Bismarck no pudo, por tanto, ser guiado por la identidad

de los intereses rusos y prusianos. Tal identidad no existe ni podría existir; no se encuentra más que en una sola cuestión, en la cuestión polaca; pero esa cuestión está ya resuelta desde hace mucho tiempo. En las demás relaciones, nada puede ser tan hostil a los intereses del Estado panruso como la formación, a su lado, de un grande y poderoso imperio pangermánico. La existencia de dos grandes imperios colindantes entraña la guerra, que ha de terminar, forzosamente, por la destrucción de uno o de otro.

Esa guerra, lo repetimos, es inevitable; pero puede ser alejada si los dos imperios reconocen que no están lo bastante afirmados en sus respectivos países, ni lo suficientemente ensanchados todavía para hacerse una guerra decisiva, una guerra a vida o muerte. Así, aunque odiándose mutuamente, continuarán prestándose ayuda y apoyo, cambiando servicios entre ellos, mientras cada uno espera hacer el mejor uso de esa alianza involuntaria y ganar más fuerzas y medios para la lucha futura inexcusable: tal es, en suma, la situación recíproca de Rusia y de la Alemania prusiana.

El Imperio germánico está lejos de haberse afirmado dentro y fuera de sus fronteras. En el interior, representa una unión extraña de un número de Estados independientes —pequeños y medianos— condenados, es verdad, a ser destruidos, pero que existen aún y tratan de salvar a todo precio los restos de su independencia declinante. En el exterior, es el Austria humillada, pero no definitivamente abatida, la que se eriza contra el nuevo imperio, lo mismo que la Francia vencida, pero, por esa razón, inconciliable. Además, el nuevo Imperio germánico está lejos de haber redondeado suficientemente sus fronteras. Obedeciendo a una necesidad interior, propia de los Estados militares, prepara nuevas conquistas y nuevas guerras. Habiéndose fijado como fin el restablecimiento del imperio de la Edad Media en sus fronteras primitivas —y hacia ese fin le conduce infaliblemente el patriotismo pangermánico—, que obsesiona a toda la sociedad alemana, piensa en la anexión de toda Austria, de parte de Hungría, sin exceptuar ciertamente Trieste, sin excluir a Bohemia, toda la Suiza alemana, una parte de Bélgica, toda Holanda y Dinamarca, necesarias para el establecimiento de su poder naval. He ahí unos pla-

nes gigantescos cuya realización levantaría contra él una parte considerable de la Europa occidental y meridional, y que, por consiguiente, serían absolutamente imposibles sin el asentimiento de Rusia. Se deduce, pues, que es indispensable para el nuevo Imperio germánico una alianza rusa.

Por su parte, el Imperio panruso no puede pasarse sin una alianza prusogermánica. Habiendo renunciado a nuevas anexiones y expansiones en el noroeste, debe volverse hacia el sureste. Habiendo cedido a Prusia la hegemonía sobre el Báltico, deberá conquistar y asegurar su potencia en el mar Negro; de otro modo sería separado de Europa. Pero, a fin de hacer efectiva y útil su potencia sobre este mar, deberá apoderarse de Constantinopla, sin la cual, no sólo puede serle impedida su desembocadura en el Mediterráneo, sino que también la entrada en el mar Negro quedaría abierta siempre a las flotas y ejércitos enemigos, como fué el caso de la campaña de Crimea.

Así, pues, el único objetivo a que aspira más que nunca la política anexionista de nuestro Gobierno, es Constantinopla. La realización de ese objetivo está en oposición directa con los intereses de toda la Europa meridional, sin exceptuar a Francia; le son opuestos los intereses ingleses, así como los de Alemania, pues la dominación sin límites de Rusia en el mar Negro pone todo el litoral del Danubio bajo la dependencia directa de Rusia.

Y, a despecho de todo eso, no hay duda de que Prusia, obligada a apoyarse en la alianza rusa para ejecutar sus planes anexionistas en el oeste, ha prometido formalmente su apoyo a Rusia en su política del suroeste; no se puede dudar tampoco de que aprovechará la primera ocasión para traicionar su promesa.

No se debe contar con una violación del tratado desde el comienzo de su ejecución. Hemos visto qué apoyo ardiente ha prestado el Imperio prusogermánico al Imperio panruso en la cuestión de la abolición de las condiciones del tratado de París vejatorias para Rusia, y no hay ninguna duda que continuará apoyándolo con tanto ardor en la cuestión de Jiva. Además, es ventajoso para los alemanes que los rusos se vayan todo lo lejos posible hacia el este.

Pero ¿cuál ha sido la razón que obligó al Gobierno ruso a emprender una expedición contra Jiva? ¿No hay que su-

poner que la haya emprendido en defensa de los intereses de los comerciantes rusos y del comercio ruso! Si fuera esa la razón, se hubiera podido preguntar entonces: ¿por qué no emprendió expediciones semejantes en el interior de Rusia, contra sí misma, como, por ejemplo, contra el gobernador general de Moscú y contra todos los gobernadores y todos los prefectos que molestan y roban, como se sabe, del modo más desvergonzado y por todos los medios posibles, al comercio ruso y a los comerciantes rusos?

¿De qué utilidad puede ser, pues, para nuestro Gobierno la anexión de un desierto arenoso? Seguramente responderán, tal vez, que nuestro Gobierno ha emprendido esa expedición a fin de ejecutar la noble misión de Rusia de introducir en Oriente la civilización occidental. Pero tal explicación que serviría para discursos académicos u oficiales, o para libros, folletos o periódicos de doctrina, siempre llenos de fruslerías elevadas y que constantemente dicen lo contrario de lo que se hace y de lo que existe, no puede, de ningún modo, satisfacernos. ¡Figuraos al Gobierno petersburgués guiado en sus empresas y en sus actos por la conciencia de la misión civilizadora de Rusia! Para el que conoce más o menos el carácter y los motivos de nuestros gobernantes, tal suposición es más que suficiente para hacer morir de risa.

No hablemos tampoco de la inauguración de nuevas vías comerciales hacia la India. La política comercial, es la política de Inglaterra; Rusia nunca tuvo una.

El Estado ruso es, sobre todo, podría decirse, exclusivamente, un Estado militar. Todo está subordinado en él al interés único de la potencia de un poder opresivo. El soberano, el Estado, he ahí lo principal; lo demás —el pueblo, incluso los intereses de casta, la prosperidad de la industria, del comercio y de lo que se ha habituado a llamar civilización— no son más que medios para alcanzar ese objetivo único. Sin un cierto grado de civilización, sin la industria y sin el comercio, ningún Estado, y sobre todo ningún Estado moderno, puede existir; porque las llamadas riquezas nacionales están lejos de ser las del pueblo, mientras que las riquezas de las clases privilegiadas constituyen una fuerza. Todo eso está absorbido en Rusia por el Estado que, a su vez, se convierte en alimentador de una enorme clase

del Estado, de la clase militar, civil y eclesiástica. El robo habitual al fisco, la sustracción de los fondos públicos y el saqueo del pueblo, son la expresión más exacta de la civilización estatista rusa.

No hay, pues, nada de asombroso en el hecho de que, entre otras y más importantes razones que impulsaron al Gobierno ruso a emprender la expedición contra Jiva, se encontrasen también las llamadas razones comerciales; era preciso abrir para el mundo de funcionarios siempre creciente y al cual adjuntamos también nuestros comerciantes, un nuevo terreno, darles nuevos territorios que robar. Pero no hay que esperar de esta parte un acrecentamiento considerable de las riquezas y de la fuerza para el Estado. Se puede estar seguro, al contrario, de que, desde el punto de vista financiero, la empresa dará más pérdidas que beneficios.

¿Por qué se ha marchado, pues, contra Jiva? ¿Fue para dar ocupación a las tropas? Durante decenas de años, el Cáucaso sirvió de escuela militar; pero, una vez pacificado, ha sido preciso descubrir otra nueva escuela, y entonces se inventó esa campaña de Jiva.

Mas tal explicación tampoco resiste la crítica, aun suponiendo que el Gobierno ruso sea incapaz y estúpido en el más alto grado. La experiencia conseguida por nuestras tropas en el desierto de Jiva no es de ninguna manera aplicable a una guerra contra el Occidente, y, por otra parte, es demasiado costosa, de modo que las ventajas logradas están lejos de compensar las pérdidas y los gastos.

¿Tal vez, el Gobierno ruso ha tenido la idea, sin burla alguna, de conquistar la India? No pecamos de fe abundante en la sabiduría de nuestros gobernantes petersburgueses; pero no podemos admitir, sin embargo, que se ocupen de un objetivo tan absurdo. ¡Conquistar la India! ¿Para quién, para qué y con qué medios? Sería preciso para ello hacer marchar al menos la cuarta parte si no la mitad de la población rusa hacia Oriente; y, además, ¿para qué conquistar la India, lo que no podría conseguirse sin subyugar primero la tribu guerrera y numerosa del Afganistán? Pero la conquista del Afganistán, armado y en parte dirigido por los ingleses, será tres o cuatro veces más difícil al menos que liquidar a Jiva.

Si se trata de conquistar, ¿por qué no comenzar con China? La China es muy rica y, bajo todos los aspectos, nos es más accesible que la India, porque no hay nada ni nadie entre ella y Rusia. No hay más que ir y tomarla, si se puede.

Aprovechando el revoltijo y las guerras intestinas que se han convertido en la enfermedad crónica de China, se habría podido ampliar bastante notoriamente la invasión de ese país y, según parece, el Gobierno ruso trama algo en ese sentido; se esfuerza visiblemente por separar la Mongolia y la Manchuria de China, y tal vez un buen día nos llegue la noticia de que las tropas rusas han invadido la frontera occidental de China. Es una empresa excesivamente peligrosa que recuerda trágicamente las victorias famosas de los romanos sobre los pueblos germánicos, victorias que culminaron, como se sabe, en el saqueo y la sumisión del Imperio romano por las bárbaras tribus germanas.

China, por sí sola, cuenta según unos, cuatrocientos, y según otros, aproximadamente seiscientos millones de habitantes, que encuentran ya demasiado estrechas las fronteras del imperio para ellos y que comienzan a emigrar en grandes masas, unos a Australia, otros, a través del océano Pacífico, a California, otros, en fin, se encaminan hacia el norte y el noroeste. ¿Y entonces? Entonces, Siberia, todo el territorio que se extiende desde la Mancha de Tartaria hasta las montañas del Ural y hacia el mar Caspio, cesará de ser ruso.

Pensad que ese territorio enorme, con una superficie (de 12.220,000 kilómetros cuadrados), que supera en más de veinte veces la de Francia (528,600 kilómetros cuadrados) no cuenta hasta aquí más que unos 6.000,000 de habitantes, de los cuales 2.600,000 solamente son rusos, estando el resto compuesto por aborígenes de origen tártaro, con un número de tropas insignificante. ¿Será posible detener la invasión de las masas chinas que, no sólo inundarán a Siberia, incluso nuestras nuevas posesiones en el Asia central, sino que pasarán el Ural hasta los bordes del Volga?

Tal es el peligro que nos amenaza casi inevitablemente de la parte del este. Es un error despreciar las masas chinas. Se vuelven amenazadoras por la misma proporción de su número, amenazadoras a causa de su crecimiento excesivo, que hace casi imposible su existencia ulterior en los límites

de China; amenazadoras también porque no hay que juzgarlas por los comerciantes chinos con quienes los comerciantes europeos hacen negocios en Shanghai, en Cantón, en Maimatchin. Las masas del pueblo que viven en China, en provincias, están menos lisiadas por la civilización china, son incomparablemente más enérgicas y además son siempre belicosas, educadas en las costumbres guerreras debido a las guerras intestinas interminables en que perecen decenas y centenares de millares de habitantes. Es preciso notar también que, en estos últimos tiempos, han comenzado a practicar el empleo de armas modernas y a conocer la disciplina europea, ese florón y última palabra oficial de la civilización estatista de Europa. Agregad a esa disciplina y a esa práctica de las armas modernas, la barbarie primitiva de las masas chinas, con ausencia, en ellas, de todo espíritu de protesta humana, de todo instinto de libertad, con el hábito de la obediencia más servil —y todo eso se une actualmente bajo la influencia de una multitud de aventureros militares, americanos y europeos, que han inundado la China después de la última expedición francoinglesa en 1860—, y tomad también en consideración la cifra inmensa de la población obligada a buscar una salida; comprendéis entonces la inminencia del peligro que nos amenaza por la parte del este.

Pues bien, el Gobierno ruso juega con ese peligro como un niño inocente. Movido por un deseo absurdo de ensanchar sus fronteras, no puede tomar en consideración que Rusia está tan débilmente poblada, es tan pobre y tan impotente que no ha podido hasta aquí —ni podrá nunca— poblar el territorio recientemente adquirido del Amur donde, en una extensión de 2.100,000 kilómetros (casi cuatro veces más de lo que es Francia) tiene en total, incluso el ejército y la flota, 65,000 habitantes. Y ante una tal impotencia, ante una miseria en masa del pueblo ruso entero, reducido por la administración del país a un estado de tal modo desesperado que no le queda otra salida y otra salvación que la rebelión más destructiva, ¿en tales condiciones el Gobierno ruso espera implantar su hegemonía sobre el continente asiático!

A fin de poder avanzar con las indispensables probabilidades de éxito, no sólo debería volver las espaldas a Eu-

ropa y renunciar a toda intervención en los asuntos europeos —y el Príncipe de Bismarck no quisiera nada mejor en este momento—, sino que debería poner en movimiento toda su fuerza armada en dirección a Siberia y al Asia Central y marchar a la conquista del Oriente como hizo Tamerlán, con todo su pueblo. Pero el pueblo siguió a Tamerlán, mientras que el pueblo ruso no seguirá, seguramente, al Gobierno ruso.

Volvamos a la India. Por absurdo que sea, el Gobierno ruso no puede alimentar ninguna esperanza de conquista en la India y fortificar en ella su nueva hegemonía. Inglaterra ha conquistado la India primeramente con sus compañías comerciales, mientras que tales compañías no existen entre nosotros, y si existen en alguna parte es sobre el papel, en la forma. Inglaterra realiza su enorme explotación de la India o su comercio obligatorio con ella por mar, mediante una formidable flota comercial y de guerra, mientras que nosotros no poseemos esas flotas y en lugar del mar tenemos un desierto interminable que nos separa de la India. No se puede, pues, pensar en la conquista de la India.

Pero ya que no conquistar, podemos destruir o al menos quebrantar el dominio de Inglaterra excitando rebeliones indígenas contra ésta y apoyando esas rebeliones, sosteniéndolas, si la necesidad se presenta, con nuestra intervención militar.

Podemos hacerlo, ciertamente, aunque nos costaría, a nosotros, que no somos ricos ni en dinero ni en hombres, un gasto enorme de hombres y de dinero. Mas ¿por qué sufrir todos esos gastos? ¿Sería sólo para procurarse el placer inocente de perjudicar a los ingleses sin ninguna ventaja, al contrario, en nuestro detrimento positivo? No, es porque los ingleses se nos atraviesan. ¿Dónde? En *Constantinopla*. En tanto que Inglaterra conserve su fuerza, no consentirá jamás y por nada del mundo que Constantinopla se convierta, en nuestras manos, en la capital, no ya del Imperio panruso solamente, y ni siquiera del imperio eslavo, sino del imperio oriental.

Y es por eso por lo que el Gobierno ruso ha emprendido la expedición contra Jiva; es por eso por lo que aspira desde hace mucho tiempo a apoderarse de la India. Busca un punto de apoyo desde el cual poder dar un golpe a Ingla-

terra, y, no encontrando otro, la amenaza en la India. Espera, de ese modo, preparar los ingleses a la idea de que Constantinopla debe ser una ciudad rusa, obligarles a consentir en esa anexión más que nunca indispensable a la Rusia estatista.

Su hegemonía en el mar Báltico, ha sido perdida para siempre. No es el Estado panruso, soldado por la bayoneta y por le knut, odiado por toda la masa del pueblo encerrado y encadenado en él —comenzando por el pueblo de la Gran Rusia—, desmoralizado, desorganizado y arruinado por una burda arbitrariedad autóctona, por la tontería autóctona y por el bandidaje autóctono; no es la fuerza armada de ese Estado, existente más bien en el papel que en la realidad, y aun los desarmados —mientras nos falta audacia—, la que podrá luchar contra la potencia terrible y excelentemente organizada del Imperio germánico nuevamente surgido. Es preciso, pues, renunciar al mar Báltico y esperar la hora en que todas las provincias bálticas se conviertan en una provincia alemana. Sólo una revolución del pueblo sería capaz de impedir ese proceso. Pero tal revolución significa la muerte del Estado y no es a ella adonde irá nuestro Gobierno a buscar su salvación.

No le quedará otra solución que la alianza con Alemania, porque, obligado a renunciar en provecho de los alemanes al mar Báltico, debe buscar en el mar Negro una nueva base para su potencia, o simplemente para su existencia política y su razón de ser; pero no podría adquirirla sin el permiso y la ayuda de los alemanes.

Los alemanes han prometido esa ayuda. Sí, estamos seguros, se han comprometido, por un tratado formalmente concluido entre Bismarck y el Príncipe Gortchakof a prestarla al Estado ruso; pero no lo harán nunca, y estamos también seguros de ello. No lo harán porque no pueden abandonar a Rusia su litoral danubiano y su comercio danubiano, y también porque no entra en sus intereses favorecer el establecimiento de una nueva hegemonía rusa, del gran imperio paneslavista en el sur de Europa. Sería algo semejante a un suicidio de parte del Imperio pangermánico. Pero dirigir e impulsar los ejércitos rusos hacia el Asia Central, hacia Jiva, con el pretexto de que es el camino más directo hacia Constantinopla, es otro asunto.

No dudamos en modo alguno que nuestro patriota de Estado y diplomático venerable, Príncipe Gortchakof, y su patrono ilustre, el emperador Alejandro Nikolaevitch, han jugado, en ese deplorable asunto, el papel más ridículo, y que el famoso patriota alemán y pícaro de Estado, Bismarck, les ha engañado con más habilidad que engañó a Napoleón III.

Pero el asunto está liquidado y es imposible cambiarlo. El nuevo Imperio germánico se ha levantado, majestuoso y temible, burlándose de sus envidiosos y de sus enemigos. No son las podridas fuerzas rusas las que podrán derribarlo; sólo una revolución realizará esa labor, y en tanto que la revolución no pueda triunfar en Rusia o en Europa, es la Alemania estatista la que triunfará y la que mandará a todos; y el Estado ruso, lo mismo que todos los Estados continentales de Europa, existirá en lo sucesivo con su permiso y por su obra y gracia.

Todo esto es en verdad excesivamente ultrajante para todo corazón patriota del Estado ruso; pero el hecho terrible queda en pie. Los alemanes, más que ningún otro pueblo, se han hecho nuestros amos, y no en vano todos los alemanes de Rusia han festejado tan calurosa y tan lealmente las victorias de los ejércitos alemanes en Francia, y todos los alemanes de San Petersburgo han recibido tan triunfalmente a su nuevo emperador pangermánico.

Actualmente, no ha quedado en todo el continente europeo más que un Estado verdaderamente independiente: Alemania.

Es así. Entre todas las potencias continentales —no hablemos, claro está, de las potencias solamente, porque no se necesita decir que las pequeñas y medianas están condenadas a una dependencia inevitable primero y, después de un cierto tiempo, a la ruina—, entre todos esos Estados de primera magnitud, sólo el Imperio germánico representa todas las condiciones de la independencia más completa; los demás, dependen de él. Y no es sólo porque ha ganado en el curso de estos últimos años victorias brillantes sobre Dinamarca, sobre Austria y sobre Francia; no sólo porque se ha hecho amo de las municiones de guerra de esta última; porque le obligó a pagarle cinco mil millones; porque por la adhesión de Alsacia y Lorena ha podido adquirir

frente a ella una posición militar excelente desde el punto de vista defensivo y ofensivo; y no sólo también porque el ejército alemán, por el número, el armamento, la disciplina, la organización, la pronta ejecución y la ciencia militar, no sólo de sus oficiales, sino también de sus suboficiales y soldados, sin hablar de la perfección comparativamente innegable de su estado mayor, sobrepasa, en la hora actual, absolutamente a todos los ejércitos existentes en Europa; no sólo porque la gran masa de la población alemana está compuesta de hombres que pueden leer y escribir, amantes del trabajo y productores de las riquezas, bastante instruidos, por no decir eruditos, y al mismo tiempo tranquilos, obedientes frente a las autoridades y a las leyes, y porque la administración alemana y la burocracia han realizado casi el ideal que pretenden, en vano, alcanzar la burocracia y la administración de todos los demás Estados.

Todas esas ventajas han contribuido, ciertamente, y contribuyen aún a los éxitos asombrosos del nuevo Estado pangermánico; pero no es en ellas donde hay que buscar la razón principal de su fuerza aplastante actual. Se podría incluso decir que todas esas ventajas no son más que manifestaciones de la razón más general y más profunda que está en la base de toda la vida pública alemana. Esta razón es el *instinto social*, que constituye el rasgo característico del pueblo alemán.

Ese instinto se descompone en dos elementos visiblemente opuestos, pero siempre inseparables: por una parte, el instinto servil de la obediencia a todo precio, de la sumisión plácida y prudente a la fuerza triunfante, con el pretexto de la obediencia a las llamadas autoridades legales; por otra parte, y simultáneamente, el instinto autoritario de subyugar sistemáticamente a todo el que es más débil, del mando y de la opresión sistemática. Esos dos instintos han llegado a un grado considerable de desarrollo casi en cada alemán, con excepción, naturalmente, del proletariado, cuya situación excluye la posibilidad de satisfacer el segundo instinto al menos, y no separándose nunca, sino completándose y explicándose recíprocamente, deben ser considerados como la base de la sociedad patriótica.

La historia entera de Alemania está imbuída de la obediencia clásica a las autoridades de los alemanes de todas

las clases y categorías; sobre todo lo observamos en la historia moderna que representa una serie ininterrumpida de hazañas de humildad y de paciencia.

Se ha elaborado una verdadera deificación del poder estatista en el corazón alemán, una deificación que ha creado gradualmente una teoría y una práctica burocráticas que, gracias a los esfuerzos de los sabios alemanes, se convierten luego en los fundamentos de toda la ciencia política predicada hasta nuestros días en las universidades de Alemania.

La Historia habla también de las aspiraciones anexionistas y opresivas de la raza alemana, comenzando por los cruzados y los barones alemanes de la Edad Media hasta el último burgués filisteo de nuestros días.

Y nadie ha experimentado en sus espaldas tan amargamente esas aspiraciones como la raza eslava. Se podría decir que toda la misión histórica de los alemanes, al menos en el norte y en el este y, naturalmente, según ellos, consistió y parece consistir aún en el aniquilamiento, en la sumisión y la germanización violenta de las razas eslavas.

Esa larga y dolorosa historia, cuyo recuerdo está profundamente guardado en los corazones eslavos, se resentirá sin duda alguna en la última lucha inevitable de los eslavos contra los alemanes, si la revolución social no les lleva antes la paz.

Para evaluar correctamente las tendencias anexionistas de toda la sociedad alemana, basta echar un rápido vistazo sobre el desarrollo del patriotismo alemán desde 1815.

Desde 1525, época de la represión sanguinaria de la rebelión de los campesinos, hasta la segunda mitad del siglo XVIII, época de su renacimiento literario, Alemania ha quedado sumida en un sueño letárgico, interrumpido de tanto en tanto por los cañonazos, las escenas horribles y los sufrimientos de una guerra despiadada de que ha sido con mucha frecuencia el teatro y la víctima. Se despertó entonces con espanto, pero se volvió pronto a dormir mecida por los sermones luteranos.

Durante ese período, es decir, durante más de dos siglos y medio, se ha desarrollado definitivamente, precisamente bajo la influencia de esa propaganda, su carácter obediente y servilmente paciente en un grado heroico. Fué entonces cuando se formó y se instaló en toda la vida, en el cuerpo

y en el alma de todo alemán, el sistema de la obediencia pura y simple y de la deificación de la autoridad. Al mismo tiempo, se desarrolló la ciencia administrativa pedantesca, sistemáticamente sistematizada y la práctica burocrática inhumana y mecánica. Cada funcionario alemán se convirtió en el sacrificador del Estado, dispuesto a degollar —no con el cuchillo, sino con la pluma de la oficina— en el altar del servicio del Estado. Simultáneamente, la nobleza distinguida de Alemania, incapaz para cualquier otra cosa que para las intrigas serviles y para el servicio militar, propuso su improbidad cortesana y diplomática y su espada mercenaria al mejor postor de las cortes de Europa; y el ciudadano alemán, obediente hasta la muerte, sufrió, trabajó y se consoló pensando en la inmortalidad del alma. El poder de los soberanos innumerables que se habían repartido Alemania era ilimitado. Los profesores se abofeteaban recíprocamente y luego se denunciaban a las autoridades. Los estudiantes, que repartían su vida entre la ciencia muerta y la cerveza, eran dignos de sus maestros. En cuanto a las masas trabajadoras, nadie hablaba de ellas, nadie pensaba en ellas.

Tal era la situación en Alemania, incluso durante la segunda mitad del siglo XVIII, cuando, repentinamente, como por un milagro, se elevó en esa inmensa extensión de grosería y de bajeza una literatura admirable, iniciada por Lessing y clausurada por Goethe, Schiller, Kant, Fichte y Hegel. Se sabe que esa literatura se formó, al principio, bajo la influencia directa de la gloriosa literatura francesa de los siglos XVII y XVIII, primeramente clásica, luego filosófica. Pero, desde sus primeros pasos, adquirió, en las obras de su iniciador Lessing, un carácter, un tenor y una forma absolutamente independientes, que surgieron, por decirlo así, de las profundidades de la vida intuitiva de Alemania.

Según nuestra opinión, esa literatura es el mérito más grande, y quizás el mérito único de la Alemania contemporánea. Por su amplitud atrevida y al mismo tiempo amplia, ha dado un impulso progresivo a la inteligencia humana y ha abierto nuevos horizontes al pensamiento. Su mayor mérito consiste en que, sin dejar de ser por una parte enteramente nacional, fué al mismo tiempo una literatura en el más alto grado humanitaria, lo que, por lo demás, cons-

tituye en general la nota característica de toda o de casi toda la literatura europea del siglo XVIII.

Pero, al mismo tiempo que la literatura francesa, por ejemplo, en las obras de Voltaire, de J. J. Rousseau, de Diderot y otros enciclopedistas, aspiraba a trasladar todas las cuestiones sociales del dominio de la teoría al de la práctica, la literatura alemana conservó con castidad y con severidad su carácter abstractamente teórico y sobre todo panteísta. Esa fué la literatura del humanismo práctico y metafísico, desde cuya altura los iniciados miraban con desprecio la vida real; con un desprecio por lo demás bien merecido, pues la vida cotidiana alemana era vulgar y desagradable.

Así fué como la vida alemana se repartió entre dos esferas opuestas, negándose la una a la otra, aunque completándose recíprocamente. La una, de un humanismo superior y amplio, pero absolutamente abstracta; la otra, de una vulgaridad y de una bajeza históricamente hereditarias y lealmente serviles. Fué en ese desdoblamiento en el que sorprendió a los alemanes la Revolución francesa.

Se sabe que esa revolución fué recibida con bastante aprobación y hasta con una simpatía positiva, se podría decir, por casi toda la Alemania literaria. Goethe arrugó un poco la frente y murmuró que el ruido de los acontecimientos inauditos había llegado a destiempo e interrumpido el hilo de sus ocupaciones sabias y artísticas y de sus meditaciones poéticas; pero el gran partido de los representantes o de los partidarios de la literatura moderna, de la metafísica y de la ciencia, aclamaron con alegría la revolución, de la que esperaban la realización de sus ideales. La francmasonería, que había desempeñado un papel muy serio a fines del siglo XVIII, y que había ligado con una fraternidad invisible pero suficientemente real a los hombres del progreso de todos los países de Europa, estableció un lazo vivo entre los revolucionarios franceses y los nobles pensadores de Alemania.

Cuando los ejércitos revolucionarios, después de haber resistido heroicamente a Brunswick, que fué obligado a huir vergonzosamente, pasaron por primera vez el Rin, fueron saludados por los alemanes como libertadores.

Esta actitud simpática de los alemanes ante los franceses

no duró mucho. Los soldados franceses —como compete a los franceses— fueron naturalmente muy corteses y merecían, como republicanos, todas las simpatías; pero no por eso eran menos soldados, es decir, representantes no invitados y servidores de la violencia. La presencia de tales libertadores se hizo pronto insoportable para los alemanes y sus simpatías se enfriaron considerablemente. Además, la misma revolución había tomado un carácter tan enérgico, que no podía, de ningún modo, ser considerada compatible con las ideas abstractas y los hábitos de meditación filisteas de los alemanes. Heine cuenta que, hacia el fin, el filósofo de Koenigsberg, de toda Alemania, Kant, había conservado sus simpatías hacia la Revolución francesa, a pesar de la matanza de septiembre, a pesar de la ejecución de Luis XVI y de María Antonieta y a pesar del terror de Robespierre.

Además, la República fué reemplazada primero por el Directorio, luego por el Consulado y por fin por el Imperio; los ejércitos republicanos se convirtieron en un instrumento ciego y largo tiempo victorioso de la ambición napoleónica —grandiosa hasta la demencia—, y, a fin de 1806, después de la derrota de Jena, Alemania fué definitivamente subyugada.

Su nueva vida comienza desde 1807. ¿Quién no conoce la historia maravillosa del renacimiento rápido del reino de Prusia y, por él, de toda Alemania? En 1806, toda la fuerza del Estado, creada por Federico II, por su padre y por su abuelo, fué destruída. El ejército, organizado y disciplinado por el gran mariscal, fué destruído. Toda Alemania y toda Prusia, con excepción de Koenigsberg, fueron sometidas por las tropas francesas, y en realidad administradas por prefectos franceses; la existencia política del reino de Prusia fué conservada a ruego de Alejandro I, emperador de todas las Rusias.

En esa situación única, se encontró un grupo de hombres, patriotas prusianos, o más bien alemanes, ardientes, inteligentes, bravos, buenos, resueltos que, con la experiencia obtenida de la Revolución francesa, habían concebido la idea de salvar a Prusia y a Alemania por medio de vastas reformas liberales. En otro momento, sin embargo, antes de la derrota de Jena e incluso antes de 1815, cuando la reacción autocrática y burocrática se instauró de nuevo, esos hom-

bres no se habrían atrevido a pensar en tales reformas. El partido militar y la corte los habrían sofocado, y el rey Federico Guillermo III, tan virtuoso como torpe, no sabiendo limitados sus derechos ilimitados y determinados por Dios, los habría encerrado en Spandau a la primera palabra que hubieran pronunciado.

Pero la situación era diferente en 1807. El partido militar burocrático y aristocrático fué destruído, confundido y envilecido en tal grado, que perdió todo valor, y el rey recibió tan hermosa lección, que el más tonto se habría vuelto inteligente —al menos por algún tiempo—. El Barón de Stein se hizo primer ministro, y con mano firme comenzó a quebrar el antiguo orden y a introducir una nueva organización de Prusia.

Su primer acto fué la liberación de los campesinos de su estado feudatario, no sólo con el derecho, sino con la posibilidad práctica de adquirir tierra a título de bien personal. Su segundo acto fué la abolición del privilegio de la nobleza y la nivelación de todas las clases ante la ley en los servicios civiles y militares. En tercer lugar, reorganizó la administración provincial y municipal sobre las bases del principio electoral; pero su obra más importante fué la reorganización completa del ejército, o más bien la transformación del pueblo prusiano entero en ejército, dividido en tres categorías: el ejército activo, el Landwehr y el Sturmwehr. En último lugar, el Barón de Stein abrió las puertas y dió asilo en las universidades de Prusia a todo lo que había de inteligente, de ardiente y de vivaz en Alemania e invitó a ingresar en la Universidad de Berlín al célebre Fichte, que acababa de ser expulsado de Jena por el Duque de Weimar, amigo y protector de Goethe, por haber predicado el ateísmo.

Fichte comenzó sus cursos por un discurso apasionado dirigido especialmente a la juventud alemana, pero publicado más tarde bajo el título de *Discurso a la nación alemana*, en el que previó claramente la grandeza política futura de Alemania y expresó su convicción patriótica de que la nación alemana está llamada a ser el supremo representante —más que eso, el gobernador y, por decirlo así, la gloria— de la humanidad: ilusión en que han caído otros pueblos también mucho antes que los alemanes, y con más

derecho, tales como los antiguos griegos, los romanos y, en nuestro tiempo, los franceses; pero que, habiendo arraigado profundamente en la conciencia de cada alemán, ha asumido hoy en Alemania dimensiones excesivamente deformes y groseras. En cuanto a Fichte, tenía en su caso, al menos, un carácter verdaderamente heroico; Fichte hizo su declaración bajo las bayonetas francesas, en un momento en que Berlín era administrado por un general napoleónico y en que, en sus calles, repercutía el tambor francés. Además, la ideología elevada por el gran filósofo al grado de orgullo patriótico, respiraba realmente el humanismo, ese humanismo profundo y en parte panteísta de que está impregnada la gran literatura alemana del siglo XVIII. Pero los alemanes contemporáneos, aunque conservando las ambiciosas pretensiones de su filósofo compatriota, renunciaron a su humanismo. No lo comprendieron, simplemente, y estuvieron dispuestos incluso a burlarse de él como de un producto abstracto y absolutamente ineficaz del pensamiento del filósofo. El patriotismo de Bismarck o del señor Marx, les es mucho más accesible.

Todo el mundo sabe que los alemanes se sirvieron de la derrota completa de Napoleón en Rusia, de su desgraciada retirada o más bien de su fuga con los restos de su ejército, para rebelarse a su vez; se glorifican siempre, naturalmente, de esa rebelión. Absolutamente en vano. No hubo en suma ninguna rebelión popular independiente; pero cuando Napoleón, deshecho, no era ya peligroso y terrible, entonces los cuerpos de ejército alemanes, primero el cuerpo prusiano y luego el cuerpo austríaco, que se habían dirigido al principio contra Rusia, se volvieron después contra Napoleón y se asociaron al ejército victorioso ruso que lo perseguía. El legítimo pero hasta entonces desgraciado rey de Prusia, Federico Guillermo III, abrazó en Berlín, con los ojos llenos de lágrimas de enternecimiento y de gratitud, a su libertador el Emperador de todas las Rusias y lanzó poco después una proclama llamando a sus súbditos a la rebelión legítima contra Napoleón ilegítimo e insolente. Obediente a la voz de su rey y padre, la juventud alemana, pero en especial la prusiana, se levantó y organizó legiones que fueron incorporadas al ejército regular. El consejero privado prusiano y el famoso espía y delator oficial no se

engañó mucho cuando, en el folleto que promovió la indignación de todos los patriotas y que fué publicado en 1815, escribió, negando toda acción independiente del pueblo en la lucha por la liberación, "que los ciudadanos prusianos no tomaron las armas más que cuando recibieron la orden del rey, y que no hubo en eso nada de heroico ni de extraordinario, que fué la simple ejecución del deber de todo súbdito abnegado".

En todo caso, Alemania fué libertada del yugo francés, y cuando la guerra fué terminada por fin se dedicó a la obra de reorganización interior bajo la dirección suprema de Austria y de Prusia. Lo primero que había que hacer era mediatizar el número de los pequeños dominios que de ese modo se transformaron de Estados independientes en Estados titulares y en súbditos ricamente recompensados con el dinero a cuenta del millar de millones obtenido de los franceses.

La segunda preocupación fué establecer las relaciones recíprocas entre los soberanos y sus súbditos.

En los tiempos de lucha, cuando la espada de Napoleón estaba suspendida sobre todos y cuando los soberanos, grandes y pequeños, tuvieron necesidad del apoyo fiel y abnegado de sus pueblos, hicieron toda suerte de promesas. El Gobierno prusiano y los demás después de él, habían prometido una constitución. Pero cuando la desgracia había pasado, los gobiernos se persuadieron de la ineficacia de una constitución. El Gobierno austríaco, dirigido por el Príncipe de Metternich, declaró abiertamente su decisión de volver al antiguo orden patriarcal. Ese bravo emperador Francisco José, que gozaba de una enorme popularidad entre los burgueses vieneses, lo declaró francamente en una audiencia que había concedido a los profesores del liceo de Leibach:

"Ahora existe la moda de nuevas ideas —dijo—; yo no puedo alabarla y no la alabaré nunca. Conservad las antiguas concepciones; con ellas se sentían felices vuestros precursores. ¿Por qué no podríamos nosotros ser también felices con ellas? Yo tengo necesidad de súbditos honrados y obedientes, pero de ningún modo de sabios. La preparación de tales súbditos: he ahí vuestro deber. El que me sirva, debe enseñar lo que yo ordeno. El que no pueda o no quiera

hacerlo, que se vaya, porque, de otro modo, me desembarazaré de él..."

El emperador Francisco José mantuvo su palabra. Una arbitrariedad sin límites reinó en Austria hasta 1848. Se prosiguió del modo más severo el sistema administrativo cuyo fin principal era amodorrar y embrutecer a los ciudadanos. El pensamiento estaba adormecido y quedó estacionario en las mismas universidades. En lugar de la ciencia viva, se enseñó una rutina de épocas pasadas. No existía literatura, a excepción de las novelas de fabricación local, de contenido escandaloso, y las poesías, más bien malas; las Ciencias Naturales estaban cincuenta años en retardo, en relación con la situación contemporánea en el resto de Europa. No existía vida política alguna. La agricultura, la industria y el comercio fueron atacados de una inmovilidad china. El pueblo, las masas laboriosas se encontraban completamente esclavizadas. Y si no hubiera sido por Italia y en parte por Hungría, que turbaron el sueño bienaventurado de los leales súbditos austríacos, con sus agitaciones sediciosas, se habría podido tomar ese imperio por un enorme reino de los muertos.

Apoyándose en ese reino, Metternich dirigió sus esfuerzos durante esos treinta años para llevar a Europa a un estado semejante. Se convirtió en la piedra angular, en el alma, en el inspirador de la reacción europea, y su principal preocupación debía ser, naturalmente, la destrucción de todas las tentativas liberales en Alemania.

Lo que le inquietó más fué Prusia, un Estado nuevo, joven, que no había ocupado su puesto en las filas de las grandes potencias hasta fines del siglo último, gracias al genio de Federico II, gracias a Silesia, que había separado de Austria, y luego gracias al reparto de Polonia, gracias a la liberación valerosa del Barón de Stein, de Scharnhorst y de otros amigos del renacimiento de Prusia que se habían puesto por esa razón a la cabeza del movimiento de liberación de toda Alemania. Se habría dicho que todas las circunstancias, todos los acontecimientos que se han sucedido últimamente, todas las pruebas, los éxitos y las victorias y el interés mismo de Prusia debían impulsar a su Gobierno a continuar derechamente su camino que le fué tan saluda-

ble. Es lo que temía justamente mucho y es lo que debía temer el Príncipe de Metternich.

Ya en tiempo de Federico II, cuando toda Alemania, caída en el último grado de la sumisión intelectual y moral, se hizo víctima de la administración arbitraria, grosera y cínica, de las intrigas y de las depredaciones de las cortes depravadas, pudo Prusia realizar el ideal de una administración honesta y todo lo equitativa posible. No hubo más que un solo tirano, inexorable y terrible, es verdad: la razón estatista o la lógica de la utilidad del Estado a la cual debía darse en sacrificio absolutamente todo y ante la cual todo debía inclinarse. Pero, en cambio, existía una arbitrariedad depravada menor que en los demás Estados alemanes. El súbdito prusiano era esclavo del Estado, encarnado en la persona del rey, pero no el juguete de su corte, de las favoritas y de los validos, como ocurría en el resto de Alemania. Por eso ya entonces toda Alemania consideraba a Prusia con un respeto particular.

Ese respeto aumentó considerablemente y se transformó en verdadera simpatía después de 1807, cuando el Estado prusiano, conducido al borde de su destrucción casi completa, comenzó a buscar su salvación y la salvación de Alemania en las reformas liberales, y cuando, después de una serie de transformaciones felices, el Rey de Prusia, no sólo llamó a su pueblo sino a toda Alemania a la rebelión contra el conquistador francés, prometiendo, a la conclusión de la guerra, dar a sus súbditos una amplia constitución liberal. Hasta se fijó la fecha en que debía ser realizada esa promesa, el 1 de septiembre de 1815. Esa promesa real, solemne, fué proclamada públicamente el 22 de mayo de 1815, después del regreso de Napoleón de la isla de Elba y en la víspera de la batalla de Waterloo y no fué más que una repetición de la promesa colectiva hecha por todos los Estados europeos, reunidos en congreso en Viena, cuando la noticia de la vuelta de Napoleón les afectó a todos con un terror pánico. Esa promesa fué introducida, como uno de los párrafos más importantes, en las actas de la *Confederación germánica* que acababa de fundarse.

Algunos de los pequeños soberanos de la Alemania central y del sur han mantenido bastante honestamente su promesa. En cuanto a la Alemania del norte, donde predomina-

ba decididamente el elemento militar y burocrático de la nobleza, el antiguo régimen aristocrático quedó intacto, directa y enérgicamente protegido por Austria.

De 1815 a 1819, Alemania había esperado que, contrariamente a Austria, Prusia tomaría bajo su protección poderosa la aspiración general hacia las reformas liberales. Todas las circunstancias y el interés evidente del Gobierno prusiano parecían deber inclinar a Prusia de ese lado. Sin hablar de la promesa solemne del rey Federico Guillermo III, hecha pública en mayo de 1815, las pruebas sufridas por Prusia desde 1807, su restablecimiento maravilloso, que debía principalmente al liberalismo de su Gobierno, habrían debido empujarla en esa dirección. Existía, en fin, una consideración más importante aún, que habría debido comprometer al Gobierno de Prusia a declararse el protector franco y decisivo de las reformas liberales: la rivalidad histórica de la joven Monarquía prusiana con el antiguo Imperio austriaco.

¿Quién se colocará a la cabeza de Alemania, Austria o Prusia? Tal es la cuestión que los acontecimientos transcurridos plantean con la fuerza de la lógica de su situación recíproca. Alemania, esclava habituada a la obediencia, no pudiendo ni deseando vivir en libertad, buscó un amo poderoso, un soberano supremo a quien poder darse enteramente y que, reuniéndola en un solo cuerpo único e indivisible, le diera una posición de honor entre las grandes potencias de Europa. Un amo semejante habría podido ser el emperador de Austria tanto como el rey de Prusia. Los dos juntos no podían ocupar ese puesto sin neutralizarse y sin condenar, por eso mismo, a Alemania a su impotencia pasada.

Austria, naturalmente, habría empujado a Alemania hacia atrás. No habría podido obrar de otro modo. Habiendo vivido su tiempo y llegado a aquel grado de debilitamiento senil en que el menor movimiento se hace mortal y en que la inmovilidad se convierte en una condición para sostener la decrepita existencia, tenía que apoyar —por su propia salvación— ese principio de inmovilidad, no sólo en Alemania, sino en toda Europa. Todo síntoma vital en el pueblo, toda aspiración progresiva en algún rincón del continente europeo, era para ella un insulto, una amenaza. Al

morir, hubiera querido que todos muriesen con ella. En cuanto a la vida política, como en cualquier otra, marchar reculando y patinar en el mismo lugar significa morir. Se comprende, pues, que Austria empleara sus últimas fuerzas —bastante considerables desde el punto de vista material— para sofocar despiadada e infaliblemente el menor movimiento en Europa en general y sobre todo en Alemania.

Pero justamente porque esa política le era indispensable a Austria, la política de Prusia habría debido ser diametralmente opuesta. Después de las guerras napoleónicas, después del Congreso de Viena, que la redondeó considerablemente —a expensas de Sajonia, de la que separó toda una provincia—, principalmente después de la fatal batalla de Waterloo, ganada por los ejércitos aliados —de Prusia, bajo el mando de Blücher, y de Austria, bajo el mando de Wellington—, después de la segunda entrada triunfal de los ejércitos rusos en París, Prusia se convirtió en la quinta de las grandes potencias de Europa. Pero desde el punto de vista de las fuerzas efectivas, de la riqueza del Estado, del número de habitantes y aun de la situación geográfica, estaba lejos de parecerse a ellas. Stettin, Dantzig y Königsberg, sobre el mar Báltico, eran demasiado insuficientes para crear, no ya una flota de guerra, sino hasta una flota importante de comercio. Muy desigualmente extendida y separada de las provincias renanas que acababa de adquirir por las posesiones extranjeras, Prusia presentaba, desde el punto de vista militar, fronteras excesivamente incómodas de la parte de la Alemania del sur, de Hanóver, de Holanda, de Bélgica y de Francia, cosa muy fácil, y de defensa bastante difícil. Y, en fin, el número de sus habitantes, en 1815, apenas llegaba a 15 millones.

A pesar de esa debilidad material, más marcada aún en tiempos de Federico II, el genio administrativo y militar del gran rey pudo crear un valor político y una fuerza armada para Prusia. Pero esta obra fué reducida a la nada por Napoleón. Después de la batalla de Jena, fué preciso volverlo a crear todo de nuevo, y hemos visto que, únicamente con una serie de reformas, las más valerosas y liberales, los patriotas de Estado, instruídos e inteligentes, han podido, no sólo devolver a Prusia su antiguo prestigio

y su antigua fuerza, sino reforzarlos considerablemente. Y los han ensanchado, en efecto, en tal grado, que Prusia ha podido ocupar el último puesto entre las grandes potencias, aunque ello fué insuficiente y no podía quedar mucho tiempo allí de continuar aspirando sin descanso a ampliar su actuación política, su influencia moral, así como el engrandecimiento y el desarrollo de sus fronteras.

Para alcanzar esos resultados se le presentaron dos vías diferentes a Prusia. Una —a primera vista al menos— era popular; la otra, puramente militar y estatista. Tomando la primera ruta, Prusia habría debido ponerse valerosamente a la cabeza del movimiento constitucionalista de Alemania. El rey Federico Guillermo III, siguiendo el sublime ejemplo de Guillermo de Orange (1688) habría debido inscribir sobre su bandera: "Por la fe protestante y por la libertad de Alemania" y convertirse de ese modo en el campeón declarado contra el catolicismo y el despotismo austríacos. Al tomar la segunda vía, violando su palabra real solemne y renunciando definitivamente a todas las reformas liberales ulteriores en Prusia, habría debido, con igual franqueza, colocarse de parte de la reacción en Alemania y al mismo tiempo concentrar toda la atención y todos los esfuerzos sobre el perfeccionamiento de la administración interior y del ejército en vista de conquistas futuras posibles.

Había una tercera vía, descubierta, es verdad, desde hacía mucho tiempo por los emperadores romanos, los Augusto y sus sucesores, pero perdida de vista desde entonces y descubierta de nuevo en estos últimos tiempos por Napoleón III, y completamente descombrada y mejorada por su discípulo, Bismarck. Es la vía del patriotismo estatista, militar y político enmascarado y decorado por las formas más amplias y al mismo tiempo más inocentes de la representación del pueblo.

Esa vía era totalmente desconocida en 1815. Nadie sospechaba entonces la verdad —hoy reconocida por los despotas más tontos— de que las formas llamadas constitucionales o representativas no son de ningún modo un obstáculo al despotismo estatista, militar, político y financiero; al contrario, legalizan el despotismo y, dándole el aspecto de administración por el pueblo, pueden acrecentar considerablemente su fuerza y potencia interior.

No se sabía entonces y no se podía saberlo, porque la ruptura definitiva entre la clase explotadora y el proletariado explotado estaba lejos de ser tan clara para la burguesía y para el proletariado como lo es hoy.

Entonces, todos los gobiernos y los burgueses consideraban que el pueblo apoyaba a la burguesía, y que a esta última le bastaba hacer un signo para que el pueblo entero se sublevase con ella contra el gobierno. Hoy no es lo mismo: la burguesía, en todos los países de Europa, tiene más miedo que nadie a la revolución social y sabe muy bien que contra esa amenaza carece de otra ayuda que la del Estado; por eso quiere y exige siempre un Estado *poderoso* o, hablando sencillamente, una dictadura militar, y, para enganar mejor a las masas, quiere que esa dictadura esté revestida de las formas representativas que le permitan explotar al pueblo *en nombre del pueblo mismo*.

Pero, en 1815, ni ese miedo ni esa política astuta existían en ninguno de los Estados de Europa. Al contrario, la burguesía era en todas partes sincera e ingenuamente liberal. Creía aún que, al obrar en su propio favor, obraba para todos; por eso no temía al pueblo, ni temía incitarlo contra el gobierno. De ahí que todos los gobiernos, que se apoyaban todo lo posible en la nobleza, considerasen a la burguesía con hostilidad, como una clase revolucionaria.

No hay ninguna duda que, en 1815, y también más tarde, habría bastado la menor declaración liberal de parte de Prusia, o que el rey de Prusia diese la sombra de una constitución burguesa a sus súbditos, para que toda Alemania le reconociese como su jefe. En ese período, los alemanes de la Alemania no prusiana no habían tenido aún tiempo de desarrollar en ellos ese fuerte odio contra Prusia que se evidenció más tarde, y sobre todo en 1848. Al contrario, todos los países alemanes la consideraban como esperanza, aguardando de ella precisamente la palabra libertadora, y habrían bastado la mitad de las *instituciones liberales y representativas* de que dotó el Gobierno prusiano estos últimos tiempos, sin perjudicar de manera alguna el poder despótico, a los alemanes prusianos y no prusianos, para que al menos toda la Alemania no austríaca reconociera la hegemonía prusiana.

Es precisamente lo que más temía Austria, porque eso ha-

bría bastado para colocarla, ya en ese período, en la situación precaria e inextricable en que se encuentra actualmente. Al perder el primer puesto en la Unión germánica, cesaría de ser una potencia alemana. Hemos visto que los alemanes no constituyen más que la cuarta parte de toda la población del imperio austríaco. Mientras las provincias alemanas, así como ciertas provincias eslavas de Austria, como Bohemia, Moravia, Silesia y Estiria, tomadas en conjunto, formaban uno de los anillos de la Unión germánica, los alemanes austríacos, apoyándose en el resto de los habitantes numerosos de Alemania, habían podido encarar en cierto grado todo el Imperio como un imperio alemán. Pero apenas fuera consumada la separación del Imperio de la Unión germánica —como ocurre hoy—, su población alemana, de nueve millones, aun menor entonces, sería demasiado débil para poder conservar en su seno el predominio histórico. No les quedaría, pues, a los alemanes austríacos otro recurso que renunciar a la sujeción de los Habsburgo y unirse al resto de Alemania. Hacia esa solución precisamente es hacia la que tienden, unos inconsciente y otros conscientemente; esa aspiración condena al Imperio austríaco a una muerte próxima.

Siempre que la hegemonía de Prusia se instale en Alemania, el Gobierno austríaco estará obligado a arrancar sus provincias alemanas de la estructura general de Alemania, primero porque, al dejarlas en el seno de la Unión germánica, las sometería y se sometería él mismo por su intermedio, a la dominación suprema del rey de Prusia, y luego porque, en consecuencia, el Imperio austríaco sería dividido en dos partes: una, alemana, que reconoce la hegemonía de Prusia, y la otra que no la reconoce, lo que significaría también la ruina del Imperio.

Es verdad que había otro medio, que el Príncipe de Schwartzemberg quiso ensayar ya en 1859, pero que no le salió bien, a saber: incorporar como un solo Estado indivisible a todo el Imperio con Hungría, Transilvania, con las provincias eslavas e italianas, en el seno de la Unión germánica. Esa tentativa no podía triunfar, porque Prusia se habría opuesto con todas sus fuerzas, y con Prusia la mayor parte de Alemania se habría opuesto igualmente, como lo han hecho en 1850, lo mismo que Rusia y Francia; y en fin,

las tres cuartas partes de la población austríaca hostil a Alemania —los eslavos, los magiars, los rumanos, los italianos— se habrían rebelado, porque, para ellos, el solo pensamiento de que pudieran llegar a ser alemanes, les parecía una ignominia.

Prusia y Alemania se habrían opuesto, naturalmente, a tal tentativa, cuya realización destruiría a la primera y la privaría de su carácter específicamente alemán; por lo que se refiere a la última, a Alemania, cesaría de ser la patria de los alemanes y se contentaría con un aglomerado caótico e involuntario de nacionalidades variadas. En cuanto a Rusia y a Francia, se habrían opuesto, porque Austria, al subordinarse a Alemania, se convertiría repentinamente en la potencia más formidable del continente europeo.

No le quedaba, pues, más que una salida a Austria: no sofocar a Alemania por su incorporación global a ella, pero al mismo tiempo no permitir a Prusia colocarse a la cabeza de la Unión germánica. Siguiendo tal política, podía contar con la ayuda eficaz de Francia y de Rusia. En cuanto a la política de ésta hasta los últimos tiempos, es decir, hasta la guerra de Crimea, consistió precisamente en sostener sistemáticamente la rivalidad recíproca entre Austria y Prusia, de tal modo que ni la una ni la otra pudiesen lograr la hegemonía, y en suscitar al mismo tiempo la desconfianza y el miedo entre los pequeños y medianos Estados de Alemania, y protegerlos contra Austria y contra Prusia.

Pero como la influencia de Prusia sobre el resto de Alemania tenía, principalmente, un carácter moral y estaba basada más bien en la esperanza de que bien pronto el Gobierno prusiano —que había dado últimamente tantas pruebas de sus aspiraciones patrióticas, culturales y liberales— daría entonces, fiel a su promesa, una constitución a sus súbditos, y por eso mismo se pondría a la cabeza del movimiento de vanguardia de toda Alemania, la tarea principal del Príncipe de Metternich debía dirigirse a que el rey de Prusia no pudiese dar a sus súbditos esa constitución, y se colocara más bien, junto con el emperador de Austria, a la cabeza del movimiento reaccionario de Alemania. Halló, para la realización de esa labor, el apoyo caluroso de Francia, donde reinaban los Borbones, y del emperador Alejandro, gobernado por Araktcheyef.

El Príncipe de Metternich encontró incluso un apoyo no menos caluroso también en Prusia; con algunas pequeñas excepciones, casi en toda la nobleza prusiana, en la burocracia superior —militar y civil— y, en fin, en el mismo rey.

El rey Federico Guillermo III era un hombre muy bueno, pero era rey, es decir —como compete a un rey—, tirano por naturaleza, por educación y por hábito. Además, era religioso e hijo creyente de la Iglesia evangélica; y el primer artículo de esa Iglesia dice que “todo poder viene de Dios”. Creía sinceramente en su unción divina, en su derecho, o más bien en su deber de ordenar y en la obligación de cada súbdito de obedecer y de ejecutar sin el menor razonamiento.

Semejante inclinación intelectual no podía acomodarse con el liberalismo. Es verdad que en tiempo de turbación hizo un sinfín de promesas liberales a sus fieles súbditos. Pero lo hizo por razones de Estado, ante las cuales, como ante la ley suprema, incluso el soberano está obligado a inclinarse. Mas una vez pasados los momentos desgraciados no hay ninguna necesidad de mantener una promesa cuya realización sería perjudicial al pueblo.

El arzobispo Eilert lo explicó bien en uno de sus sermones: “el Rey —dijo— ha obrado como padre inteligente. El día de su cumpleaños o de su curación, conmovido por el amor a sus hijos, les hizo diversas promesas; después, con la calma necesaria, las modificó, y restauró su poder natural y salvador”. A su alrededor, toda la corte, todo el generalato y toda la burocracia superior estaban imbuídos del mismo espíritu. Durante la época calamitosa que provocaron contra Prusia, se rebajaron y sufrieron en silencio las reformas ineluctables del Barón de Stein y de sus principales colaboradores. Pero, pasado el peligro, se pusieron a intrigar y a gritar más alto que nunca.

Eran reaccionarios sinceros, no menos que el rey mismo, aún más que el rey. No sólo no comprendían el patriotismo alemán, sino que lo odiaban con toda su alma. La bandera alemana les repugnaba y les parecía la bandera de la rebelión. No conocían más que su querida Prusia, a quien, por lo demás, estaban dispuestos a arruinar una segunda vez siempre que no se hiciese la menor concesión a los odiosos liberales. La idea de reconocer a la burguesía algunos dere-

chos políticos, y sobre todo el derecho de crítica y de examen, la idea de una comparación posible entre unos y otros, los ponía rabiosos y les inspiraba una indignación indescriptible. Deseaban y querían el ensanchamiento y el redondeamiento de las fronteras prusianas, pero por la anexión. Desde el comienzo, el objetivo que se propusieron estaba claro: contrariamente al partido liberal, que aspiraba a la germanización de Prusia, querían la prusificación de Alemania.

Además, comenzando por su jefe, el amigo del Rey, el Príncipe de Wittgenstein, convertido en primer ministro, estaban todos a sueldo del Príncipe de Metternich. Contra ellos sólo se levantaba un pequeño grupo de hombres, amigos y colaboradores del Barón de Stein, ya dimisionario. Ese puñado de patriotas de Estado continuaba haciendo esfuerzos increíbles para retener al Rey en la ruta de las reformas liberales; mas no encontrando apoyo en ninguna parte, exceptuado la opinión pública, que era despreciada por el Rey, por la corte, por la burocracia y por el ejército, fué derrotado pronto. El oro de Metternich, la vía reaccionaria independiente tomada por los círculos superiores en Alemania, demostraron que eran los más fuertes.

No le quedaba, pues, a Prusia más que una sola vía para realizar los proyectos puramente liberales: el perfeccionamiento y el aumento gradual de los medios administrativos y financieros, así como de las fuerzas militares, en vista de futuras conquistas en la propia Alemania, es decir, la conquista gradual de Alemania entera.

Esta vía estaba en completo acuerdo con la tradición y el fondo de la monarquía prusiana militar, burocrática, policiaca, en una palabra, estatista, es decir, legalmente violenta en todas las manifestaciones exteriores e interiores. Desde que comenzó a formarse en los círculos alemanes oficiales *el ideal del despotismo razonable e ilustrado* que rigió en Prusia hasta 1848. Ese ideal era más hostil a las aspiraciones liberales del patriotismo pangermánico de lo que lo era el oscurantismo despótico del Príncipe de Metternich.

Contra la reacción, que halló también su expresión poderosa en la política interior y exterior de Austria y de Prusia, se alzó naturalmente en casi toda Alemania, pero mayormente en el sur, la lucha de parte del partido patriótico

liberal. Fué una especie de duelo que perduró, bajo diferentes formas, aunque con resultados casi siempre idénticos y siempre excesivamente deplorables para los liberales alemanes, en el curso de cincuenta y cinco años, de 1815 a 1870. Se puede dividir esa lucha en varios períodos:

1.º Período del liberalismo y de la galofobia de los teutonormandos, desde 1815 a 1830.

2.º Período de la imitación evidente del liberalismo francés, de 1830 a 1840.

3.º Período del liberalismo económico y del radicalismo, de 1840 a 1848.

4.º Período, muy corto, de la crisis decisiva que terminó con la muerte del liberalismo alemán, de 1848 a 1850, y, en fin,

5.º Período iniciado por una lucha obstinada, la última lucha, por decirlo así, del liberalismo moribundo contra el estatismo en el Parlamento prusiano, en toda Alemania, de 1850 a 1870.

El liberalismo alemán del primer período, de 1815 a 1830, no fué un fenómeno aislado. Era, en suma, la rama nacional y bastante original del liberalismo europeo en general que había comenzado en todos los rincones de Europa, de Madrid a San Petersburgo y de Alemania a Grecia, una lucha asaz enérgica contra la reacción monárquica, aristocrática y clerical que hacía estragos en toda Europa y que triunfó con la vuelta de los Borbones a los tronos de Francia, España, Nápoles, Parma; del papa, y con él de los jesuitas en Roma; del rey piemontés en Turín, y con la instauración de los austríacos en Italia.

El representante principal y oficial de esa reacción verdaderamente internacional fué la Santa Alianza concluída primeramente entre Rusia, Prusia y el Austria y a la que se adhirieron más tarde todas las potencias europeas, pequeñas y grandes, con excepción de Inglaterra, de Italia y de Turquía. Su comienzo fué romántico. La primera idea de una alianza tal nació en la mística imaginación de la célebre Baronesa de Krüdener que gozaba de los favores del joven emperador filógeno Alejandro I—quien está lejos de

haber terminado su vida—. Le había persuadido que era el ángel blanco enviado por los cielos para salvar a la Europa desdichada de las garras del ángel negro, Napoleón, y para instaurar el orden divino sobre la tierra. Alejandro Pavlovitch creyó con gusto en esa misión y propuso, en consecuencia, a Prusia y a Austria concertar una *santa alianza*. Tres monarcas que han recibido la unción divina y que apelaron al testimonio de la Santísima Trinidad, se prestaron mutuamente juramento de una fraternidad absoluta e indisoluble y proclamaron como objetivo de la alianza el triunfo de la voluntad divina, de la moral, de la justicia y de la paz en la tierra. Se prometieron obrar siempre de común acuerdo, ayudándose recíprocamente por consejos y con actos en toda lucha suscitada contra ellos por el espíritu de las tinieblas, es decir, por las aspiraciones de los pueblos hacia la libertad. Esa promesa significaba en realidad que emprenderían una guerra solidaria y despiadada contra todas las manifestaciones del liberalismo en Europa, apoyando hasta el fin y a todo precio las instituciones feudales abatidas y destruidas por la revolución.

Mientras que Alejandro era el portavoz y el representante melodramático de la Santa Alianza, su jefe verdadero era el Príncipe de Metternich. Entonces, como en tiempo de la Gran Revolución y como hoy, Alemania fué la piedra angular de la reacción europea.

Gracias a la Santa Alianza, la reacción se hizo internacional, a consecuencia de lo cual las relaciones contra ella asumieron igualmente un carácter internacional. El período entre 1815 y 1830 fué, en la Europa occidental, el último período heroico de la burguesía.

El restablecimiento violento del poder absoluto de la monarquía y de las instituciones feudoclericales, que despojaron a esa clase respetable de todas las ventajas por ella conquistadas durante la revolución, debía volver a hacer de la burguesía una clase más o menos revolucionaria. En Francia, en Italia, en España, en Bélgica, en Alemania, se habían formado sociedades secretas burguesas cuyo fin era derribar el orden que acababa de triunfar. En Inglaterra, de acuerdo con los hábitos de ese país, que era el único en donde el constitucionalismo había echado raíces profundas y vitales, esa lucha general del liberalismo burgués contra

el feudalismo resucitado tomó el carácter de una agitación legal y de un revolucionarismo parlamentario. En Francia, Bélgica, Italia y España, debía adquirir una forma puramente revolucionaria que tuvo repercusión incluso en Rusia y en Polonia. En esos países, toda sociedad secreta descubierta y destruida por el Gobierno era inmediatamente reemplazada por otra; todas tenían el mismo propósito: la rebelión con las armas en la mano, la organización de la rebelión. La historia de Francia, desde 1815 a 1830, consistió en una serie de tentativas para derribar el trono de los Borbones; después de muchos descabros, los franceses alcanzaron su objetivo, por fin, en 1830. Ya se conoce la historia de las revoluciones española, napolitana, piamontesa, belga y polaca en 1830-1831 y la sublevación decabrista en Rusia. En todos esos países, en unos con éxito, en otros sin él, las sublevaciones tuvieron un carácter muy serio; se vertió mucha sangre; muchas víctimas preciosas fueron inmoladas; en una palabra, la lucha fué seria, a menudo heroica. Veamos ahora lo que pasaba durante ese tiempo en Alemania.

Durante ese primer período de 1815 a 1830, pueden notarse dos acontecimientos más o menos notables del espíritu liberal en Alemania. Uno fué el célebre banquete de Wartburgo (Wartburger Burschenschaft) en 1817. Cerca del castillo de Wartburgo, que había servido en su tiempo de asilo secreto a Lutero, se reunieron quinientos estudiantes de todos los rincones de Alemania con la bandera tricolor nacional alemana y con bandas de los mismos colores cruzando pecho y espalda.

Hijos espirituales del profesor patriota y del cantor Arndt, que compuso el célebre himno: *Wo ist das deutsche Vaterland*, y de un padre igualmente patriota de todos los escolares alemanes, Jan, que en las cuatro palabras: "altivo, piadoso, alegre, libre" había expresado el ideal de la juventud alemana de cabellos rubios y largos, los estudiantes del norte y del sur de Alemania encontraron necesario reunirse para declarar en alta voz, ante toda Europa y sobre todo ante todos los representantes de Alemania, las peticiones del pueblo alemán. ¿En qué consistían sus peticiones y sus declaraciones?

Estaba de moda entonces en Europa la constitución mon-

árquica. La imaginación de la juventud burguesa no podía ir más lejos, ni en Francia, ni en España, ni siquiera en Italia, ni en Polonia. En Rusia, sólo la sección de los decabristas conocida con el nombre de Sociedad del Sur, bajo la dirección de Pestel y de Muravief-Apóstol, pedía la destrucción del Imperio ruso, la fundación de una república federal eslava y la restitución de la tierra al pueblo.

Los alemanes no pensaban en nada semejante. Para tal obra, condición primera e indispensable de toda revolución seria, tenían entonces tan pocas inclinaciones como ahora. No pensaban siquiera en levantar una mano sediciosa y sacrilega contra ninguno de sus numerosos padres soberanos. Cuanto deseaban era un parlamento alemán único, colocado por encima de los diversos parlamentos y un emperador de toda la Alemania, colocado como representante de la unidad nacional por encima de los distintos soberanos. La petición, como vemos, era excesivamente moderada y, agreguémoslo, barroca en el más alto grado. Querían una federación monárquica y soñaban al mismo tiempo con la potencia de un Estado germánico único, lo que es visiblemente absurdo. Basta sin embargo someter el programa alemán a un examen detallado para convencerse de que su absurdidad aparente procede de un equívoco. Ese equívoco consiste en la suposición errónea de que los alemanes pedían, al mismo tiempo que la potencia y la unidad nacionales, la libertad también.

Los alemanes nunca han sentido necesidad de libertad. La vida les es simplemente imposible sin un gobierno, es decir, sin un poder y una voluntad supremos, sin una mano de hierro que los mande. Cuanto más fuerte es esa mano, más orgullosos están y más alegre se vuelve la vida para ellos. No es la ausencia de la libertad lo que les entristece —no podrían hacer ningún uso de ella—, sino la ausencia de una potencia nacional, una e indivisible, en presencia de la existencia indudable de una cantidad de pequeñas tiranías. La pasión que les anima, su objetivo único, es crear un Estado pangermánico enorme y brutalmente omnipotente, ante el cual tiemblen los demás pueblos.

Por eso es muy natural que no hayan querido nunca una revolución popular. Bajo este aspecto, los alemanes han probado ser extraordinariamente lógicos. En efecto, la po-

tencia estatista no puede ser el resultado de una revolución popular; podría ser el resultado de una victoria obtenida por una clase cualquiera sobre una rebelión del pueblo, como se vió en Francia; pero, incluso en este país, la culminación de un Estado poderoso exigió el puño enérgico y despótico de Napoleón. Los liberales alemanes odiaban el despotismo de Napoleón, mas estaban dispuestos a adorar la fuerza estatista, prusiana o austríaca, siempre que quisiera transformarse en una fuerza pangermánica.

La célebre canción de Arndt, *Wo ist das deutsche Vaterland*, fué hasta nuestros días el himno nacional de Alemania; expresa completamente esa afirmación apasionada hacia la creación de un Estado poderoso. Pregunta: "¿Dónde está la patria del alemán? — ¿Prusia? — ¿Austria? — ¿La Alemania del norte o del sur? — ¿Del oeste o del este?" Y responde: "No, no, su patria debe ser mucho más amplia." Se extiende por todas partes, "donde suena la lengua alemana y donde canta las canciones de Dios en los cielos".

Y como los alemanes —una de las naciones más fecundas del mundo— envían sus colonizadores a todas partes y llenan las capitales de Europa y de América y aun de Siberia, se deduce que pronto todo el globo terrestre deberá inclinarse ante el poder del emperador pangermánico. Tal fué el sentido del banquete de Wartburgo. Buscaban para ellos y pedían un amo pangermánico que, estrechándolos en su puño de acero, fortalecido con su obediencia apasionada y voluntaria, forzara a toda Europa a temblar ante él.

Veamos actualmente de qué modo expresaron su descontento. Cantaron primero en ese banquete de Wartburgo la célebre canción de Lutero: *Nuestro dios, nuestra gran fortaleza*, después: *Wo ist das deutsche Vaterland*; dieron vivas a algunos patriotas alemanes y silbaron a los reaccionarios; finalmente, hicieron un auto de fe de algunos folletos reaccionarios. Y eso fué todo.

Más notables fueron otros dos hechos que tuvieron lugar en 1819: el asesinato del espía ruso Kotzebue por el estudiante Sand y la tentativa de asesinato del pequeño dignatario de Estado del ducado de Nassau, Von Ibel, hecha por el joven farmacéutico Carlos Lehning. Los dos actos fueron excesivamente estúpidos, pues no podían aportar ningún fruto. Mas en todo caso manifestaron una sinceridad

de pasión, un heroísmo de sacrificio y una unidad de pensamiento, de palabra y de acción, sin los cuales el revolucionarismo cae inevitablemente en la retórica y se convierte en una mentira repugnante.

Con excepción de esos dos hechos —el asesinato político realizado por Sand y la tentativa de Lehning—, las demás declaraciones de liberalismo alemán no pasaron los límites de la retórica más ingenua y, además, excesivamente ridícula. Ese fué el período del teutonismo salvaje. Los hijos de los filisteos, ellos mismos futuros filisteos, los estudiantes alemanes, se imaginaron ser los germanos de los tiempos antiguos, tales como los describieron Tácito y Julio César; los descendientes guerreros de Arminio, los habitantes vírgenes de los bosques espesos. Concibieron en consecuencia un desdén profundo, no hacia su mundo burgués mezquino, lo que habría sido lógico, sino hacia Francia, hacia los franceses y en general hacia cuanto llevaba la impresión de la civilización francesa. La francofobia se convirtió en una enfermedad epidémica en Alemania. La juventud universitaria se complacía en continuar los hábitos del antiguo germano, como nuestros esclavófilos de 1840-1860, y extinguían su ardor juvenil en una cantidad inconmensurable de cerveza, mientras que los duelos incesantes terminaban generalmente con algunos rasguños en el rostro que probaban su bélica bravura. En cuanto al patriotismo y al llamado liberalismo, hallaban su expresión y su satisfacción más completa en cantar hasta desgañitarse las canciones patrióticas guerreras, entre las cuales no se excluía el himno nacional. *¿Dónde está la patria del alemán?* —la canción profética consumada o en vías de serlo por el Imperio pangermánico— ocupaba el primer puesto.

Comparando esas declaraciones con las declaraciones hechas en el mismo período por el liberalismo en Italia, en España, en Francia, en Bélgica, en Polonia, en Grecia, en Rusia, habrá que admitir que nada había más inocente y más ridículo que el liberalismo alemán, imbuído en sus manifestaciones más llamativas de ese sentimiento servil de obediencia, de fidelidad o, hablando con más cortesía, de esa veneración divina a los jefes y a la autoridad, cuyo espectáculo arrancó a Werner la exclamación enfermiza conocida de todos y ya citada por nosotros: "Otros pueblos son a

menudo esclavos; pero nosotros, los alemanes, somos siempre lacayos" (1).

En efecto, el liberalismo alemán, con excepción de raros individuos y ocasiones, no ha sido más que una manifestación específica de la ambición servil alemana. No ha sido más que la expresión censurada del deseo general de sentir sobre sí la fuerte mano imperial. Pero esa exigencia leal les parecía un acto de rebelión a los gobiernos, y era perseguida como tal.

Eso encuentra su explicación en la rivalidad entre Austria y Prusia. Cada una de ellas habría ocupado de buena gana el trono suprimido por Barbarroja; pero ni la una ni la otra podían permitir que ese trono fuera ocupado por su rival, gracias a lo cual, con el apoyo simultáneo de Rusia y de Francia, obraban de acuerdo con estas últimas, bien que en razón a consideraciones completamente diferentes, y Austria y Prusia se pusieron a perseguir, como manifestaciones de un liberalismo extremo, las aspiraciones generales de los alemanes a la creación de un imperio pangermánico, único y poderoso.

El asesinato de Kotzebue fué la señal para una reacción de las más feroces. Comenzaron congresos y conferencias primeramente de los soberanos alemanes, de los ministros alemanes y luego se acudió a los congresos internacionales, en los que participaron el emperador Alejandro I y el embajador de Francia. Por una serie de medidas decretadas por la Unión alemana, los pobres lacayos liberales fueron atados de pies y manos. Les fué prohibido entregarse a ejercicios gimnásticos y cantar canciones patrióticas; no se les dejó más que la cerveza. La censura fué establecida en todas partes. Y en consecuencia Alemania se pacificó repentinamente, los *Burschen* obedecieron sin la menor sombra siquiera de una protesta, y, durante once años, de 1819 a 1830, no hubo en toda la extensión del territorio alemán, la más mínima manifestación de vida política.

Es de tal modo significativo ese hecho, que el profesor Müller, autor de una historia bastante detallada y verídica

(1) El servilismo de lacayos es la esclavitud voluntaria. ¡Cosa extraña! Parecería imposible que hubiese una esclavitud más abyecta que la de los rusos; pero nunca existió entre los estudiantes de este país una actitud servil ante profesores y autoridades como la que existe, en nuestros días, entre los estudiantes alemanes.

de los cincuenta años que van de 1816 a 1865, contando las circunstancias de esa pacificación repentina y verdaderamente milagrosa, exclamó: "¿Se necesitan aún más pruebas de que Alemania no está madura para una revolución?"

El segundo período del liberalismo alemán comienza en 1830 y termina hacia 1840. Es el período de la imitación casi ciega de los franceses. Los alemanes cesan de comer galos y, al contrario, vuelven todo su odio contra Rusia.

El liberalismo alemán se despertó de su sueño de once años, no por propio impulso, sino gracias a las tres jornadas de julio en París que dieron el primer golpe de gracia a la Santa Alianza con el destierro de su rey legítimo. Poco después, estalló la revolución en Bélgica y en Polonia. Italia también se estremeció; pero, traicionada por Luis Felipe a los austríacos, debió soportar un yugo más pesado aún. Una guerra intestina se desencadenó en España entre cristinos y carlistas. En esas condiciones, no se podía menos que despertar en Alemania.

Ese despertar fué tanto más fácil cuanto que la revolución de julio espantó mortalmente a los gobiernos alemanes, sin exceptuar al de Austria y al de Prusia. Hasta el mismo momento del advenimiento del Príncipe de Bismarck con su rey emperador al trono germánico, todos los gobiernos alemanes, a pesar de las formas exteriores de la fuerza militar, política y burguesa, fueron, desde el punto de vista moral, excesivamente débiles y estuvieron faltos de fe en sí mismos.

Este hecho indudable parece muy extraño, dada la ternura y la fidelidad hereditarias de la raza germánica. ¿Qué tenía por consiguiente que inquietarse y temer el Gobierno? Los gobiernos sentían, sabían que los alemanes, obediéndoles como compete a súbditos leales, no podían al mismo tiempo soportarlos. ¿Qué hicieron entonces para sofocar el odio de una raza tan dispuesta a adorar a sus jefes? ¿Cuáles eran, en suma, las causas de ese odio?

Hubo dos: la primera consistía en el predominio del elemento aristocrático en la burocracia y en el ejército. La revolución de julio destruyó los restos del predominio feudal y clerical en Francia; en Inglaterra también, a consecuencia de la revolución de julio, triunfó la reforma liberalburguesa. En general, desde 1830, comienza el triunfo

completo de la burguesía en Europa; pero no en Alemania. Aquí, hasta estos últimos años, es decir hasta el advenimiento del aristócrata Bismarck, fué el partido feudal el que continuó reinando. Los puestos superiores, así como la mayoría de los puestos secundarios en las instituciones del Estado —en la burocracia y en el ejército—, estaban en sus manos. Ya se sabe con qué desprecio tratan a los burgueses los aristócratas arrogantes de Alemania, los príncipes, los condes, los barones y hasta los simples "von". Se conoce la célebre palabra de Windischgraetz, el general austríaco que bombardeó a Praga en 1848 y a Viena en 1849: "El hombre no comienza más que en el barón."

Ese predominio de la nobleza era tanto más ultrajante para los burgueses alemanes cuanto que esa nobleza se encontraba bajo todos los aspectos, desde el punto de vista de la riqueza como desde el de su desenvolvimiento intelectual, en una situación incomparablemente inferior a la clase burguesa. Y, sin embargo, ordenaba a todos y en todas partes. Los burgueses no poseían más derecho que el de pagar y obedecer. Todo eso es extremadamente desagradable para los burgueses. Y a pesar de toda la premura que ponían en adorar a sus soberanos legítimos, no querían sufrir gobiernos, que se encontraban casi exclusivamente en manos de la nobleza.

Hay que notar, sin embargo, que habían intentado varias veces, sin llegar a su propósito, sacudir el yugo de la nobleza que sobrevivió a los años tempestuosos de 1848 y 1849 y que hoy sólo comienza a sufrir una destrucción sistemática de parte del aristócrata de Pomerania, el Príncipe de Bismarck.

Otra causa, y más importante, del odio de los alemanes a sus gobiernos, ha sido ya tratada por nosotros. Los gobiernos eran adversarios de la unión de Alemania en un Estado poderoso. Se desprende de ahí que los instintos burgueses y políticos de los patriotas alemanes sentían esa afrenta. Los gobernantes lo sabían y desconfiaban, por consiguiente, de sus súbditos; les temían a pesar de los esfuerzos continuos de éstos tendentes a probar su sumisión ilimitada y su completa inocencia.

A consecuencia de tales equívocos, los gobiernos fueron seriamente conmovidos por los resultados de la revolución

de julio; lo fueron en tal grado, que bastaba el menor tumulto inocente y sin trascendencia, el menor "putsch" (según la expresión alemana) para obligar a los reyes de Sajonia y de Hanóver y a los duques de Hesse, Darmstadt y de Brunswick a dar una constitución a sus súbditos. Además, Prusia y Austria, y aun el Príncipe de Metternich, que hasta entonces fué el alma de la reacción en toda Alemania, aconsejaban ahora a la Unión Alemana no oponerse a las peticiones *legítimas* de los súbditos alemanes. En los parlamentos del sur de Alemania, los jefes de los partidos que se denominaban liberales comenzaron a pedir de nuevo abiertamente un emperador para toda Alemania.

Todo dependía de la salida de la revolución polaca. Si triunfaba, la monarquía prusiana —separada de su apoyo en el noroeste y obligada a perder, si no todas al menos una parte considerable de sus posesiones polacas—, se vería forzada a buscar un nuevo punto de apoyo en Alemania misma, y como entonces no estaba aún en situación de adquirirla por la conquista, debía ganar la complacencia y la amistad del resto de Alemania por medio de reformas liberales y apelando resueltamente a todos los alemanes a agruparse en torno a la bandera imperial... En una palabra, se habría podido realizar entonces lo que, aunque por vías diferentes, se ha hecho hoy, si bien se habría conseguido más pronto en formas más liberales. En lugar de tener Prusia que devorar a Alemania, como pasa hoy, habría podido darse la impresión de que Alemania devoraba a Prusia. En apariencia sólo, porque en realidad es siempre Alemania la que tendría que ser subyugada por la fuerza de la organización estatista de Prusia.

Pero los polacos, abandonados y traicionados por Europa, fueron a fin de cuentas vencidos, a pesar de su resistencia heroica. Varsovia capituló y con ella se derrumbaron las esperanzas del patriotismo alemán. El rey Federico Guillermo III, que había prestado tan considerables servicios a su cuñado el emperador Nicolás, alentado por su victoria, se quitó la máscara y comenzó, más que en el pasado, a perseguir a los patriotas pangermánicos. Habiendo reunido éstos entonces todas sus fuerzas, hicieron su última declaración solemne que, si no fué eficaz, hizo al menos mucho ruido en la época y mereció los honores de la historia mo-

derna de Alemania, donde es conocida bajo el nombre de *Fiesta de Hambach*, de mayo de 1832.

En Hambach, Palatinado bávaro, se reunieron esta vez treinta mil ciudadanos, de ambos sexos. Los hombres, con bandas tricolores terciadas en los hombros, las mujeres con echarpes tricolores y todos, naturalmente, bajo la bandera tricolor. No se habló ya, en esa reunión, de la federación de los países alemanes y de las razas alemanas, sino de la centralización pangermánica. Muchos de los oradores —como, por ejemplo, el doctor Wirth— hasta pronunciaron la palabra república germánica e incluso la de república federal europea de los Estados Unidos de Europa.

Pero no fueron más que palabras; palabras de cólera, de rencor, de desesperación, suscitadas en los corazones alemanes por la mala voluntad evidente o por la impotencia de los soberanos alemanes para crear un imperio pangermánico; palabras excesivamente elocuentes pero tras las cuales no había ni voluntad ni organización, y por consiguiente tampoco fuerza.

Y sin embargo, la reunión de Hambach no pasó sin dejar rastros. Los campesinos del Palatinado bávaro no se contentaron con palabras. Se armaron de horcas y de hoces y fueron a destruir castillos de nobles, aduanas e instituciones gubernamentales, quemando los documentos, rehusando pagar los impuestos y exigiendo que se les diera la tierra y que reinara la libertad completa. Esa rebelión campesina, muy semejante por sus primeros actos a la insurrección general de los campesinos alemanes de 1525, puso en gran espanto, no sólo a los conservadores, sino también a los liberales y a los republicanos alemanes mismos, cuyo liberalismo no podía en forma alguna asociarse a una rebelión popular verdadera. Pero, con general satisfacción, esa tentativa repetida de una insurrección campesina fué sofocada por las tropas bávaras.

Otra consecuencia de la fiesta de Hambach fué el ataque disparatado, aunque excesivamente valeroso y por eso digno de respeto, de setenta estudiantes armados contra la guardia principal que protegía el edificio de la Unión Alemana en Francfort. Fué absurda esa empresa porque la Unión Alemana habría debido ser atacada, no en Francfort, sino en Berlín o en Viena, y porque setenta estudiantes es-

taban lejos de bastar para romper la fuerza de la reacción en Alemania. Es verdad que habían confiado que tras ellos y con ellos se sublevaría toda la población de Francfort sin sospechar que el Gobierno había sido prevenido de la insensata tentativa algunos días antes. En cuanto al Gobierno, no creyó necesario evítarla, sino que al contrario, la dejó producirse a fin de tener más tarde un buen pretexto para la destrucción definitiva de los revolucionarios y de las tendencias revolucionarias en Alemania.

Y, en efecto, la reacción más terrible se manifestó después del atentado de Francfort en todos los países de Alemania. Se formó una comisión central en Francfort, bajo cuya dirección obraban comisiones especiales en todos los Estados, grandes y pequeños. En la comisión central figuraban, naturalmente, los inquisidores de Estado austriacos y prusianos. Fué una verdadera fiesta para los funcionarios alemanes y para las fábricas de papel de Alemania, pues fué cubierta de escritura una cantidad incalculable de papel. Más de 1,800 personas fueron arrestadas en toda Alemania; encontrándose en ese número muchos hombres respetados, profesores, médicos, abogados; en una palabra, la flor de la Alemania liberal. Muchos huyeron, pero muchos quedaron en las fortalezas hasta 1840, otros hasta 1848.

Nosotros hemos visto una parte considerable de esos liberales a ultranza en marzo de 1848, en el *parlamento* y luego en la *asamblea nacional*. Todos, sin excepción, se han demostrado reaccionarios frenéticos.

Después de la fiesta de Hambach, la rebelión de los campesinos del Palatinado, el atentado de Francfort y el gran proceso que siguió, todo movimiento político se detuvo en Alemania; un silencio de tumba siguió, continuando sin la menor interrupción hasta 1848. En cambio, el movimiento se trasladó al terreno literario.

Hemos visto ya que, al contrario del primer período (1815 a 1830), período de francofobia fanática, este segundo período del liberalismo alemán (1830-1840) lo mismo que el tercer período (hasta 1848) podría ser denominado puramente francés, al menos en relación a las letras y a la literatura política. Dos judíos se encontraron a la cabeza de ese movimiento: uno el genial poeta Heine, el otro el notable libelista Börne. Ambos fueron a París en los primeros

días de la revolución de julio, donde, uno por sus versos, el otro por sus cartas de París, comenzaron a predicar a los alemanes las teorías francesas, las instituciones francesas y la vida parisiense.

Se puede decir que produjeron un cambio completo en la literatura alemana. Las librerías y las bibliotecas se llenaron de traducciones y de bastante malas imitaciones de los dramas, melodramas, comedias y novelas francesas. El joven mundo burgués comenzaba a pensar, a sentir, a hablar, a peinarse, a vestirse a la francesa. Aunque eso no lo ha vuelto de ningún modo más cortés; se ha hecho más ridículo únicamente.

Pero al mismo tiempo la tendencia más seria, más sólida y sobre todo incomparablemente más compatible con el espíritu alemán, arraigó en Berlín. Como se observa a menudo en la historia, la muerte de Hegel, que siguió de cerca a la revolución de julio, fortificó en Berlín, en toda Prusia y más tarde en toda Alemania, el predominio de su idea metafísica, el reino del hegelianismo.

Renunciando, durante un cierto tiempo al menos, y por razones ya mencionadas, a la unificación de Alemania en un solo Estado indivisible por medio de reformas liberales, Prusia no podía y no quería, sin embargo, desistir completamente del predominio moral y material sobre todos los demás Estados y países alemanes. Al contrario, aspiraba continuamente a agrupar a su alrededor los intereses intelectuales y económicos de toda Alemania. Hizo uso para el efecto de dos medios: del desenvolvimiento de la Universidad de Berlín y de la *Unión aduanera*.

Durante los últimos años del reino de Federico Guillermo III, fué ministro de la Instrucción Pública el consejero privado Von Altenstein, hombre de Estado que pertenecía a la escuela liberal del Barón de Stein, de Guillermo de Humboldt y otros. En tanto que le fué posible emprender algo en ese período reaccionario y contra los demás ministros prusianos sus colegas, contra Metternich que, sofocando toda luz intelectual, esperaba consolidar el reino de la reacción en Austria y en Alemania, Von Altenstein intentó, fiel a las viejas tradiciones liberales, reunir en la Universidad de Berlín todos los hombres de vanguardia, todas las celebridades de la ciencia alemana, de suerte que, mien-

tras el Gobierno prusiano, de común acuerdo con Metternich y estimulado por el emperador Nicolás, sofocaba a cualquier precio el liberalismo y a los liberales, Berlín se convirtió en el centro, el foco brillante de la vida científica e intelectual de Alemania.

Hegel, que había sido invitado por el Gobierno prusiano, ya desde 1818, a ocupar la cátedra de Fichte, murió a fines de 1831. Pero dejó tras sí, en las universidades de Berlín, de Königsberg y de Halle toda una escuela de jóvenes profesores, editores de sus obras y partidarios ardientes y comentaristas de su doctrina. Gracias a sus esfuerzos infatigables, esa doctrina se difundió pronto, no sólo por toda Alemania, sino también por muchos países de Europa y hasta en Francia, donde fué introducida, mutilada y desfigurada, por Victor Cousin. Encadenó a Berlín, como una fuente de nueva luz, por no decir una nueva revelación, un gran número de espíritus alemanes y no alemanes. Quien no haya vivido en esa época, jamás podrá comprender hasta qué grado ejerció ese sistema filosófico una fascinación poderosa en 1830-1850. Se creyó que se había encontrado y comprendido por fin lo absoluto, buscado siempre, y que se podía comprar al por mayor o en detalle en Berlín.

La filosofía de Hegel fué, realmente, un fenómeno considerable en la historia del desenvolvimiento del pensamiento humano. Fué la última palabra definitiva de ese movimiento panteísta y abstractamente humanitario del espíritu alemán que comenzó con las obras de Lessing y llegó a su desarrollo más profundo en las de Goethe; fué un movimiento que creó un mundo infinitamente vasto, rico, superior y, se podría decir, completamente racional, pero que continuó siendo tan extraño a la tierra y a la vida real como lo estaba el cielo cristiano y teológico. En consecuencia, este mundo, como la fata morgana, no alcanzando a los cielos y no tocando la tierra, suspendido entre la tierra y el cielo, transformó incluso la vida de sus partidarios, de sus habitantes reflectores y poetizantes en una serie ininterrumpida de imágenes y de experiencias sonambúlicas, los hizo incapaces de vivir y, lo que aún es peor, los condenó a hacer en la vida actual todo lo contrario de lo que adoraban en el ideal poético o metafísico.

Así es como se explica el hecho notable y bastante gene-

ral, que hasta hoy nos llama la atención en Alemania, de que los admiradores ardientes de Lessing, de Schiller, de Goethe, de Kant, de Fichte y de Hegel hayan podido y puedan aún servir de ejecutores sumisos y hasta voluntarios de las medidas, lejos de ser humanas o liberales, prescriptas por los gobiernos. Incluso se podría decir que, en general, cuanto más elevado es el mundo ideal del alemán, más odiosos y más vulgares son su vida y sus actos en la realidad.

La filosofía de Hegel era la consumación definitiva de ese mundo ideal elevado. Lo expresaba y lo explicaba con sus fórmulas y categorías metafísicas, que lo mataron luego, llegando por una lógica de hierro a reconocer definitivamente su propia derrota inevitable, su ineficacia y, hablando vulgarmente, su futilidad.

La escuela de Hegel se había dividido, como se sabe, en dos partidos opuestos; se fundó también, naturalmente, un tercer partido, el centro, entre esos dos, del cual no tenemos intención de hablar aquí. Uno de ellos, el partido conservador, encontró en la nueva filosofía la justificación y la legitimación de todo lo que existe, aferrándose a la frase célebre de Hegel: "Lo que es real es racional." Ese partido creó lo que se llamó la filosofía oficial de la monarquía prusiana, presentada ya por Hegel mismo como el ideal de organización política.

Pero el partido opuesto de los llamados hegelianos *revolucionarios* se encontró ser más lógico que Hegel mismo y mucho más valeroso que él; desembarazó su doctrina de la máscara conservadora y descubrió en toda la desnudez la negación despiadada que formaba su verdadera quintaesencia. A la cabeza de ese partido se colocó el célebre Feuerbach, que, no sólo llevó el argumento lógico hasta la negación total del mundo divino entero, sino también hasta la negación de la metafísica misma. No podía, ciertamente, ir más lejos. Metafísico también él, debía ceder el puesto a sus sucesores legítimos, a los representantes de la escuela de los materialistas o realistas, cuya mayor parte, sin embargo, como por ejemplo los señores Büchner, Marx y otros, no pudieron ni pueden aún desembarazarse de la hegemonía del pensamiento metafísico abstracto.

Dominaba en el período de los años 1830-1850 la opinión

de que la revolución que seguirá a la difusión del hegelianismo, desarrollado en el sentido de la negación absoluta, sería seguramente más radical, más profunda, más despiadada y más extensa en su destrucción que la revolución de 1793. Se pensaba así porque el pensamiento filosófico elaborado por Hegel y llevado a los resultados más extremos por sus discípulos era, en efecto, más completo y más profundo que el pensamiento de Voltaire y de Rousseau, que ejercieron, como se sabe, la influencia más directa y no siempre saludable en el desenvolvimiento y sobre todo en el desenlace de la primera Revolución francesa. Así, por ejemplo, no hay duda alguna de que entre los admiradores de Voltaire, ese despreciador instintivo de las masas populares, de la *multitud estúpida*, se encontraban hombres de Estado como Mirabeau, y que el partidario más fanático de Juan Jacobo Rousseau, Robespierre, fué el restaurador del orden divino y del orden civil reaccionario en Francia.

Se imaginaba en esos años 1830-50 que, cuando de nuevo sonara la hora para la acción revolucionaria, los doctores en filosofía de la escuela de Hegel dejarían muy lejos tras sí a los hombres de acción más audaces de 1790-1800 del pasado siglo, y maravillarían al mundo con su revolucionarismo estrictamente lógico y despiadado. El poeta Heine escribió al respecto muchas cosas elocuentes: "Todas vuestras revoluciones —decía a los franceses— no son nada en comparación con nuestra futura revolución alemana. Nosotros, que hemos tenido la audacia de destruir sistemáticamente, científicamente, el mundo divino entero, no nos detendremos ante ningún ídolo terrestre y no nos apaciguaremos sino cuando, sobre las ruinas de los privilegios y del poder, hayamos conquistado para todo el mundo la igualdad y la libertad más completas." Casi en esas mismas palabras anunciaba Heine a los franceses los milagros futuros de la revolución alemana. Y muchos creyeron en sus palabras. Pero, ¡ay!, bastó la experiencia de 1848 y 1849 para reducir a polvo esa fe. Los revolucionarios alemanes, no sólo no sobrepasaron a los héroes de la primera revolución francesa, sino que ni siquiera supieron compararse a los revolucionarios franceses de los años 1830-1840. ¿Cuál fué la causa de esa lamentable derrota? Se explica naturalmente y sobre todo por el carácter histórico especial de los alemanes, que

les predispone mucho más a la obediencia leal y servil que a la rebelión, pero también por el método abstracto con que se encaminaron hacia la revolución. De acuerdo aquí también con su naturaleza, fueron, no de la vida al pensamiento, sino del pensamiento a la vida. Pero el que toma su punto de partida en el pensamiento abstracto no podrá llegar nunca a la vida, porque no existe camino que pueda conducir de la metafísica a la vida. Están separadas por un abismo. Franquear ese abismo, realizar un salto mortal o lo que Hegel mismo denominó un "salto cualitativo" desde el mundo de la lógica al mundo de la naturaleza, de la vida real, no lo consiguió aún nadie y nadie lo conseguirá jamás. El que se apoya en la abstracción, morirá en ella.

La ruta viviente, concretamente razonada, es la ciencia, el camino del hecho real al pensamiento que lo abarca, que lo expresa y que, por consiguiente, lo explica; y en el mundo práctico, es el movimiento de la vida social hacia una organización lo más impregnada posible de esa vida, conforme a las indicaciones, a las condiciones, a las necesidades y a las exigencias más o menos apasionadas de esa vida misma.

Tal es la vasta ruta popular de la emancipación real y total, accesible a todos y, por consiguiente, realmente popular, ruta de la revolución social *anarquista*, que surge por sí misma del seno del pueblo, destruyendo cuanto se opone al desborde generoso de la vida del pueblo, a fin de crear luego, desde las profundidades del alma popular, las nuevas formas de la vida social libre.

La ruta de los señores metafísicos es completamente diferente. Llamamos metafísicos, no sólo a los discípulos de la doctrina de Hegel, que son un puñado en la tierra, sino también a los positivistas y, en general, a todos los propagandistas de la diosa Ciencia de nuestros días. En general, a cuantos, de una manera o de otra, por medio del estudio más meticuloso (por lo demás siempre necesariamente imperfecto) del pasado y del presente, se han creado un ideal de organización social en la cual, como a moderno Procusto, quieren encerrar, cueste lo que cueste, la vida de las generaciones futuras; en una palabra, a cuantos no consideran el pensamiento, la ciencia, como manifestaciones esenciales de la vida natural y social, sino que restringen hasta tal grado esa pobre vida que no ven en ella más

que la manifestación práctica de su pensamiento y de su ciencia, naturalmente siempre imperfectos.

Metafísicos o positivistas, todos esos caballeros de la ciencia y del pensamiento, en nombre de los cuales se consideran llamados a prescribir leyes a la vida, son, consciente o inconscientemente, reaccionarios. Es muy fácil demostrarlo.

Sin hablar de la metafísica en general, de la que se ocuparon en la época de su boga más brillante muy pocas gentes, la ciencia, en el sentido más amplio de la palabra, la ciencia seria y que merece tal nombre, sólo es accesible en la hora actual a una minoría insignificante. Así, por ejemplo, entre nosotros, en Rusia, ¿cuántos pueden contarse como sabios serios en una población de 80 millones? Se podría, quizás, hablar de un millar de personas que se ocupan de las ciencias, pero apenas se encontrarían algunos centenares a quienes se pudiera considerar como hombres de ciencia serios. Pero si la ciencia debiera prescribir las leyes de la vida, resultaría que la gran mayoría de los millones de hombres tendrían que ser regidos por un centenar o dos de sabios; y aun, en el fondo, por un número mucho menor, pues no todas las ciencias hacen al hombre capaz de administrar la sociedad, sino más bien la ciencia de las ciencias, el coronamiento de todas las ciencias, la sociología, que presupone en el caso del feliz sabio, conocimientos serios previos de todas las demás ciencias. ¿Existen muchos sabios de ese género, no ya en Rusia, sino en Europa? ¿Tal vez veinte o treinta en total! ¿Y esos veinte o treinta sabios deberán administrar todo un mundo? ¿Se puede imaginar un despotismo más absurdo y más abyecto?

Ante todo, sería más que probable que esos treinta sabios se desgarraran mutuamente, y si se uniesen sería a expensas de la humanidad entera. Por su misma esencia, todo sabio está inclinado hacia toda suerte de perversidad intelectual y moral, y su principal vicio es la exageración de sus conocimientos, de su propio intelecto, y el desprecio de los que no saben. Poned la Administración en sus manos y se convertirá en el tirano más insoportable, porque el orgullo del sabio es repugnante, ultrajante y más opresivo que cualquier otro. Ser esclavos de pedantes, ¿qué destino para la humanidad! Dadles plena libertad y comenzarán a hacer

sobre la humanidad las mismas experiencias que hacen actualmente en provecho de la ciencia sobre los conejos y los perros.

Respetemos a los sabios según sus méritos; pero, por la salvación de su inteligencia y de su moralidad, no les demos ningún privilegio social ni les reconozcamos ningún otro derecho que el derecho que todos poseen: el de la libertad de profesar sus convicciones, sus pensamientos y sus conocimientos. No hay que darles, ni a ellos ni a nadie, el poder, porque el que está investido de un poder se volverá inevitablemente, por ley social inmutable, un opresor y un explotador de la sociedad.

Pero se nos dirá: la ciencia no será siempre el patrimonio de un pequeño número; tiempo llegará en que será accesible a todos. Bien; aun estamos lejos de ello, y antes de que suene esa hora tendrán que cumplirse gran número de trastornos sociales. Y hasta entonces, ¿quién querrá poner su suerte en manos de los sabios, de los sacerdotes de la ciencia? ¿Por qué arrancarla entonces de manos de los sacerdotes cristianos?

Nos parece que se engañan profundamente los que imaginan que todos serán igualmente sabios después de la revolución social. La ciencia como ciencia —mañana lo mismo que hoy— será una de las numerosas especialidades sociales, con esta sola diferencia: que esa especialidad, accesible hoy a los individuos pertenecientes a las clases privilegiadas solamente, será luego, cuando desaparezcan las distinciones de clase para siempre, accesible a todos los que tengan vocación o deseo de estudiar, pero no a expensas del trabajo común manual, que será obligatorio para todos.

Un patrimonio común será sólo la instrucción científica general y sobre todo la enseñanza del método científico, el hábito de pensar, es decir, de generalizar los hechos y de deducir conclusiones más o menos correctas. Pero siempre habrá un pequeño número de cerebros enciclopédicos, y por consiguiente de sabios sociólogos. ¡Ay de la humanidad si el pensamiento se convirtiese en la fuente y en el único director de la vida, si las ciencias y el estudio se pusieran a la cabeza de la administración social! La vida se desecaría y la sociedad humana se transformaría en un rebaño mudo y servil. La administración de la vida por la ciencia, no ten-

dría otro resultado que el embrutecimiento de la humanidad.

Nosotros, revolucionarios anarquistas, defensores de la educación del pueblo entero, de la emancipación y del desenvolvimiento más vasto de la vida social, y por consiguiente enemigos del Estado y de toda estatización, en oposición a todos los metafísicos, positivistas y a todos los adoradores sabios o profanos de la diosa Ciencia, afirmamos que la vida natural y social precede siempre al pensamiento, que no es más que una de sus funciones, pero nunca su resultado; que se desarrolla de su propia profundidad inagotable por una serie de hechos diferentes y no de reflejos abstractos y que estos últimos, producidos siempre por ella, pero no lo contrario, indican sólo, como los postes kilométricos, su dirección y las diferentes fases de su desenvolvimiento propio e independiente.

De acuerdo con esta convicción, nosotros, no sólo no tenemos la intención o el menor deseo de imponer a nuestro pueblo o a cualquier otro pueblo tal o cual ideal de organización social, leído en los libros o inventado por nosotros mismos, sino que, convencidos de que las masas del pueblo llevan en sí mismas, en sus instintos más o menos desarrollados por la Historia, en sus necesidades cotidianas y en sus aspiraciones conscientes o inconscientes, todos los elementos de su organización normal del porvenir, buscamos ese ideal en el seno mismo del pueblo; y como todo poder estatista, todo gobierno debe por su esencia misma y por su situación al margen del pueblo y sobre él, aspirar inevitablemente a subordinarlo a una organización y a fines que le son extraños, nos declaramos enemigos de todo poder gubernamental y estatista, enemigos de toda organización estatista en general y consideramos que el pueblo no podrá ser feliz y libre sino cuando, organizándose de abajo arriba por medio de asociaciones independientes y absolutamente libres y al margen de toda tutela oficial, pero no al margen de las influencias diferentes e igualmente libres de hombres y de partidos, forje él mismo su propia vida.

Tales son las convicciones de los socialistas revolucionarios y por eso se nos llama anarquistas. Nosotros no protestamos contra esa denominación, porque somos realmente enemigos de toda autoridad, porque sabemos que el poder

corrompe tanto a los que están investidos de él como a los que están obligados a sometersele. Bajo su influencia nefasta, los unos se convierten en tiranos vanidosos y codiciosos, en explotadores de la sociedad en provecho de sus propias personas o de su clase, los otros en esclavos. Los idealistas de todo matiz, los metafísicos, los positivistas, los defensores de la hegemonía de la ciencia sobre la vida, los revolucionarios doctrinarios, todos juntos soportan con el mismo ardor, bien que con argumentos diferentes, la idea del Estado y del poder estatista, viendo en ésta y según ellos *del todo lógicamente*, la única salvación de la sociedad. *Del todo lógicamente*, porque una vez adoptado el principio fundamental de que el pensamiento precede a la vida —principio absolutamente falso, según nosotros—, que la teoría precede a la práctica social, y que por consiguiente la ciencia sociológica debe ser el punto de partida para reorganizaciones y revoluciones sociales, son forzados necesariamente a concluir que, puesto que el pensamiento, la teoría, la ciencia —al menos en la hora actual—, constituyen el patrimonio de un pequeño número, y como ese pequeño número debe administrar la vida social, no sólo debe estimular, sino dirigir todos los movimientos nacionales, y, al día siguiente de la revolución, deberá ser creada la nueva organización de la sociedad, no por medio de la libre unión de abajo arriba de las asociaciones del pueblo, de las comunas, de los cantones, de las provincias —de acuerdo con las necesidades e instintos del pueblo—, sino exclusivamente por el poder dictatorial de esa minoría sabia que pretende expresar la voluntad del pueblo.

Sobre la ficción de esa pretendida representación del pueblo y sobre el hecho real de la administración de las masas populares por un puñado insignificante de privilegiados, elegidos o no elegidos por las muchedumbres reunidas en las elecciones y que no saben nunca por qué ni por quién votan; sobre esa pretendida expresión abstracta que se imagina ser el pensamiento y la voluntad de todo un pueblo y de la cual el pueblo real y viviente no tiene la menor idea, se basan igualmente la teoría estatista y la teoría de la llamada dictadura revolucionaria.

La única diferencia existente entre la dictadura revolucionaria y el estatismo está en la forma exterior. En el fon-

do, representan ambos el mismo principio de la administración de la mayoría por la minoría en nombre de la pretendida estupidez de la primera y de la pretendida inteligencia de la última. Son, por consiguiente, igualmente reaccionarias, pues el resultado de una y de otra es la afirmación directa e infalible de los privilegios políticos y económicos de la minoría dirigente y de la esclavitud política y económica de las masas del pueblo.

Está claro ahora por qué los *revolucionarios doctrinarios*, que tienen por misión destruir el poder y el sistema actuales, a fin de crear sobre sus ruinas su propia dictadura, no han sido jamás, ni serán nunca, los enemigos, sino que, al contrario, han sido y serán siempre los defensores más ardientes del Estado. Son enemigos del poder actual, porque quieren ponerse en su lugar; son enemigos de las instituciones políticas de hoy porque excluyen la posibilidad de su dictadura; pero son, sin embargo, los amigos más ardientes del poder estatista, sin cuyo mantenimiento la revolución, que libertó definitivamente las grandes masas del pueblo, habría quitado a esa minoría seudorrevolucionaria toda esperanza de encadenarlas a un nuevo carro y de colmarlas de beneficios por sus medidas gubernamentales.

Y es tan justo, que hoy, cuando la reacción triunfa en Europa, cuando los Estados, obsesionados por el instinto más rencoroso de su propia conservación y de la opresión del pueblo, armados hasta los dientes de una triple armadura —militar, policíaca y financiera— y aprestándose, bajo el mando supremo del Príncipe de Bismarck, a una lucha encarnizada contra la revolución social; hoy, que se habría podido creer que todos los revolucionarios sinceros deberían unirse para rechazar el ataque desesperado de la reacción internacional, hoy, decimos, vemos al contrario que los revolucionarios doctrinarios, bajo la jefatura del señor Marx, apoyan en todas partes al estatismo y a los estatistas contra la revolución del pueblo.

Desde 1870, apoyaron en Francia al estatista republicano reaccionario Gambetta, contra la Liga Revolucionaria del Mediodía, única que podía salvar a Francia del sometimiento alemán y de la coalición aún más peligrosa y hoy triunfante de los clericales, los legitimistas, los orleanistas y los bonapartistas. En Italia, guiñan los ojos a Garibaldi y a

los restos del partido de Mazzini; en España, han tomado abiertamente el partido de Castelar, de Pí y Margall y de la Constituyente de Madrid; y, en fin, en Alemania y alrededor de Alemania, en Austria, Suiza, Holanda y Dinamarca, están al servicio del Príncipe de Bismarck, a quien consideran, según sus propias opiniones, un militante revolucionario muy útil y a quien sostienen en la obra de pangermanización de esos países.

Está claro ahora por qué los señores doctores en filosofía de la escuela de Hegel, a pesar de su revolucionarismo rimbombante en el mundo de las ideas abstractas, demostraron ser, en realidad, en 1848 y 1849, no revolucionarios, sino, en el mayor número de los casos, reaccionarios, y por qué actualmente la mayoría de ellos se han vuelto partidarios encarnizados del Príncipe de Bismarck.

Pero, en esos años 1830-1850, su seudorrevolucionarismo, que no ha podido ser experimentado en parte alguna, halló mucha fe. Incluso ellos creían en él, aunque no lo manifestasen, sobre todo, más que en obras demasiado abstractas, de manera que el Gobierno no le prestaba atención alguna. Tal vez comprendía ya entonces que trabajaban para él.

Por otra parte, el Gobierno aspiraba incesantemente a conseguir su fin principal: la fundación, primero, de la hegemonía prusiana en Alemania y, luego, la sumisión pura y simple de Alemania a su dominación indivisible, por una vía que le parecía más provechosa y más favorable que la de las reformas liberales, o tan sólo del estímulo de la ciencia alemana, a saber, por la ruta económica, sobre la que encontraría además las ardientes simpatías de toda la rica burguesía comercial e industrial, del mundo financiero judío, de toda Alemania, pues la prosperidad de la una y de la otra exigía inevitablemente una profunda centralización estatista. Vemos hoy, a título de confirmación, el ejemplo de la Suiza alemana, en donde los grandes industriales y banqueros comienzan claramente a expresar sus simpatías por la unión política más íntima con el enorme mercado alemán, es decir, con el Imperio pangermánico, que obra sobre todos los pequeños Estados limítrofes con la fuerza magnética y absorbente de una serpiente boa.

La primera idea de la institución de una *unión aduanera* no pertenece a Prusia, sino a Baviera y a Wurtemberg, que

concertaron entre sí tal unión ya en 1828. Prusia se apoderó en seguida de esa idea y de su realización.

Existían antes en Alemania tantas aduanas y tantos reglamentos fiscales como Estados la componían. Esa situación era realmente insostenible y tuvo por consecuencia el estancamiento del comercio y la industria alemanes. Por eso Prusia, al aferrarse con su poderosa mano a la unión aduanera de Alemania, prestó verdaderamente un gran servicio a ésta. En 1836 ya, y bajo la dirección suprema de Prusia, los dos ducados de Hesse, Baviera, Wurtemberg, Sajonia, Turingia, Baden, Nassau y la ciudad libre de Frankfurt, con un total de más de 27 millones de habitantes, se adhirieron a esa unión. No quedaban más que Hanóver, los ducados de Mecklenburgo y de Oldenburgo, las ciudades libres de Hamburgo, de Lubeck y de Bremen y, en fin, todo el Imperio austríaco.

Es justamente la exclusión del Imperio austríaco de la unión aduanera alemana lo que constituía el interés esencial de Prusia, porque esa exclusión, económica solamente al principio, debía implicar luego su exclusión política.

Hacia 1840, comienza el tercer período del liberalismo alemán. Es muy difícil de caracterizarlo. Es excepcionalmente rico en desenvolvimientos variados de las tendencias más diversas de escuelas, de intereses y de pensamientos, pero igualmente pobre en hechos. Está lleno con la personalidad descabezada y con los escritos caóticos del rey Federico Guillermo IV, que heredó el trono de su padre precisamente en el año 1840.

La actitud de Prusia con respecto a Rusia cambió completamente bajo su reinado. Contrariamente a su padre y a su hermano, el emperador actual de Alemania, el nuevo rey odiaba al emperador Nicolás. Lo pagó después bien caro y debió arrepentirse pública y amargamente; pero ni el diablo le asustaba al principio de su reinado. Semisabio, semi-poeta, atacado de debilidad fisiológica y borracho hecho y derecho, protector y amigo de los románticos ambulantes y de los patriotas pangermanizadores, fué durante los últimos años de la vida de su padre la esperanza de los patriotas alemanes. Todos tenían esperanzas de que otorgaría la Constitución.

El primer acto fué una amnistía completa. Nicolás frun-

ció las cejas; pero, al contrario, toda Alemania aplaudió y las esperanzas liberales se acentuaron. La Constitución, sin embargo, no fué otorgada; en cambio, dió a luz tantas perogrulladas —políticas, románticas, teutóricas—, que los alemanes quedaron en ayunas.

Y, sin embargo, la cosa era muy simple. Vanidoso, ambicioso, agitado, al mismo tiempo incapaz en maestría y en negocios, Federico Guillermo IV era un epicúreo, un libertino, un romántico o un tonto en un trono. Como toda persona incapaz para cualquier cosa real, no dudaba sobre nada. Le parecía que el poder real, en la vocación divina y mística en que creía sinceramente, le daba el derecho y la fuerza para hacer absolutamente todo lo que se le metiera en la cabeza, contra toda lógica y todas las leyes de la naturaleza y de la sociedad, para realizar lo imposible y unir los inconciliables.

Por eso quiso que reinase en Prusia la libertad más absoluta, pero permaneciendo ilimitado al mismo tiempo el poder real, para que su capricho no fuera obstaculizado de modo alguno. Con ese espíritu comenzó a decretar la Constitución, primero para las provincias, y después, en 1847, promulgó algo del género de una Constitución común. Pero no había nada de serio en todo ello. Hubo una sola cosa: por sus tentativas incesantes, completando una a la otra y contradiciéndose recíprocamente, volvió al viejo régimen y puso en fermentación a sus súbditos, desde el primero al último. Todos se pusieron a esperar algo.

Ese algo fué la revolución de 1848. Se sentía su proximidad, no sólo en Francia, en Italia, sino en Alemania también; sí, precisamente en Alemania que, durante ese tercer período, entre 1840 y 1848 tuvo tiempo de infiltrarse del espíritu de rebelión francés. Ese estado de espíritu francés no era de ningún modo obstaculizado por el hegelianismo que, al contrario, gustaba de expresar en lengua francesa, naturalmente con torpeza suficiente y con acento alemán, sus conclusiones revolucionarias abstractas. Nunca leyó tanto Alemania las obras francesas como en ese período. Se habría creído que había olvidado su propia literatura. Al contrario, la literatura francesa, sobre todo la literatura revolucionaria, penetró en todas partes. La *Historia de los Girondinos*, de Lamartine, las obras de Luis Blanc y de

Michelet, fueron traducidas en lengua alemana al mismo tiempo que las últimas novelas. Y los alemanes comenzaron a soñar con héroes de la Revolución francesa y se repartían los papeles para el porvenir: uno se imaginaba ser Danton o el amable Camilo Desmoulins, otro Robespierre o Saint-Just, otro, en fin, Marat. Mas nadie quería ser él mismo, porque para eso habría sido preciso estar dotado de una naturaleza real. Pero los alemanes poseen todo —el pensamiento profundo y los sentimientos exaltados—, en cambio no poseen “naturaleza”, y si la tienen —¡naturalmente!— es servil.

Muchos literatos alemanes, queriendo seguir el ejemplo de Heine y de Börne, ya muerto, se trasladaron a París. Los más notables entre ellos fueron el doctor Arnaldo Ruge, el poeta Herwegh y Carlos Marx. Quisieron primeramente editar juntos una revista, pero desarmaron muy pronto. Los dos últimos eran ya socialistas.

Alemania no había comenzado a interesarse en las ciencias sociales hasta 1840-50. El profesor vienés Stein fué el primero en escribir sobre este asunto un libro alemán. Pero el primer socialista, o más bien comunista alemán práctico, fué, indudablemente, el sastre Weitling, que llegó, al comienzo de 1843, a Suiza desde París, donde había sido miembro de la sociedad secreta de los comunistas franceses. Fundó muchas sociedades comunistas entre los artesanos alemanes de Suiza, pero, a fin de 1843, fué entregado a Prusia por el entonces jefe del cantón de Zurich, señor Bluntschli, hoy jurisconsulto célebre y profesor de Derecho en Alemania.

Pero el propagandista principal del socialismo en Alemania, clandestinamente primero y públicamente después, fué Carlos Marx.

El señor Marx desempeñó y desempeña aún un papel demasiado importante en el movimiento socialista del proletariado alemán, para que se pueda pasar por alto esa individualidad notable sin tratar de describirla por algunos rasgos característicos.

El señor Marx es judío de origen. Reúne en sí todas las cualidades y todos los defectos de esa raza capaz. Nervioso hasta la poltronería, según algunos, es excesivamente ambicioso y vanidoso, pendenciero, intolerante y absoluto co-

mo Jehová, el dios de sus antepasados y, como él vengativo hasta la demencia. No hay mentira ni calumnia que no sea capaz de inventar y de difundir contra el que ha tenido la desgracia de suscitar en él la envidia o, lo que viene a ser lo mismo, el odio. Y no hay intriga innoble ante la cual pueda detenerse si, en su opinión —casi siempre errónea—, esa intriga puede servir para reforzar su posición, su influencia o para la difusión de su fuerza. En este sentido, es un político consumado.

Tales son sus cualidades negativas. Pero también tiene cualidades positivas. Es muy inteligente y excesivamente sabio. Doctor en Filosofía, era ya en Colonia, hacia el año 1840, el alma y el centro de un número de círculos notables de hegelianos avanzados, con los cuales había comenzado a publicar un periódico de oposición, suspendido luego por orden ministerial. A ese círculo pertenecían los hermanos Bruno y Edgardo Bauer, Max Stirner y, después, en Berlín, el primer círculo de nihilistas alemanes, que por su lógica cínica sobrepasaron con mucho a los nihilistas más violentos de Rusia.

En 1843 ó 1844, se estableció Marx en París. Fué aquí donde entró por primera vez en contacto con la sociedad de los comunistas franceses y alemanes y con su compatriota el judío alemán M. Hess, que había sido, antes que él, sabio economista y socialista y tuvo entonces una influencia considerable sobre el desenvolvimiento científico del señor Marx.

Es raro encontrar un hombre que sepa y lea tanto, y que lea tan inteligentemente como el señor Marx. El objeto exclusivo de sus estudios era ya entonces la ciencia económica. Estudió con extrema atención a los economistas ingleses, que sobrepasaban entonces a los demás por el carácter positivo de sus conocimientos, por una mentalidad práctica construida sobre los hechos económicos ingleses, por la crítica severa, por el atrevimiento concienzudo de las conclusiones. Pero a todo eso el señor Marx agregó dos elementos nuevos: primero, la dialéctica más abstracta, la más curiosamente sutil, adquirida por él en la escuela de Hegel y que llevaba a menudo a la perversidad con una habilidad de malabarista, y, además, el punto de partida comunista.

El señor Marx ha leído, naturalmente, y releído a todos los socialistas franceses, desde Saint-Simon a Proudhon inclusive; como se sabe, odia a este último, y no hay ninguna duda que en la crítica despiadada dirigida por él contra Proudhon hay mucho de verdadero. Proudhon, a pesar de todos sus esfuerzos para colocarse en el terreno práctico, ha permanecido sin embargo idealista y metafísico. Su punto de partida es la idea abstracta del derecho, del derecho va al hecho económico, mientras que el señor Marx, en oposición a Proudhon, ha expresado y demostrado la verdad indudable, confirmada por la historia pasada y contemporánea de la sociedad humana, de los pueblos y de los Estados: que el factor económico ha precedido siempre y precede al derecho jurídico y político. En la exposición y la prueba de esa verdad consiste uno de los más importantes servicios científicos prestados por el señor Marx.

Pero lo más notable, y lo que el señor Marx no quiso admitir nunca, es que, en materia política, el señor Marx es el discípulo directo de Luis Blanc. El señor Marx es incomparablemente más inteligente e incomparablemente más erudito que ese pequeño revolucionario frustrado y hombre de Estado; pero, aunque sea alemán, a pesar de su talla respetable, tomó sus lecciones del pequeño francés.

Esa singularidad se explica muy sencillamente: el retórico francés, como político burgués y como admirador declarado de Robespierre, y el sabio alemán, en su triple cualidad de hegeliano, de judío y de alemán, son estatistas desesperados y los dos preconizan el comunismo estatista, con la sola diferencia: que el uno se contenta, en lugar de argumentos, con declaraciones retóricas, mientras que el otro, como compete a un sabio y a un alemán de peso, rodea ese mismo principio, que ambos admiran con toda suerte de sutilidades, con la dialéctica hegeliana y con una profusión de sus conocimientos variados.

Hacia 1845, el señor Marx se encontró a la cabeza de los comunistas alemanes y, luego, junto con su amigo abnegado, Engels, tan inteligente como él, aunque menos erudito, pero por eso más práctico y no menos hábil en la calumnias política, en la mentira y en la intriga, fundó la sociedad secreta de los comunistas o socialistas estatistas alemanes. Su comité central, de que él y el señor Engels

eran, naturalmente, los jefes, fué trasladado, después de su expulsión de París en 1846, a Bruselas, donde quedó hasta 1848. La propaganda, hasta esa fecha, permaneció secreta, y por consiguiente no se mostraba al exterior, aunque tuvo una cierta difusión por toda Alemania.

El veneno socialista penetró, ciertamente, en Alemania por toda especie de vías. Incluso halló su expresión en movimientos religiosos. ¿Quién no conoce la efímera doctrina religiosa, surgida en 1844 y desaparecida en 1848, conocida con el nombre de "nuevo catolicismo"? (En este momento aparece en Alemania una nueva herejía contra la Iglesia romana bajo el nombre de *viejo catolicismo*.)

El nuevo catolicismo tuvo su origen del modo siguiente: como hoy en Francia, el clero católico tuvo la idea de suscitar en Alemania, en 1844, el fanatismo de la población católica por una procesión grandiosa en honor de la Santa Túnica de Cristo que —se decía— había sido conservada en Treves. Un millón aproximadamente de peregrinos de todos los rincones de Europa se reunieron en esa fiesta, pasaron con solemnidad la santa túnica y cantaron: "Santa Túnica, ruega a Dios por nosotros." Eso provocó un enorme escándalo en Alemania y dió a los radicales alemanes ocasión de lucirse. Hemos tenido ocasión de ver en Breslau, en 1848, la pequeña taberna donde, inmediatamente después de esa procesión, se reunieron algunos radicales silesianos, entre ellos el célebre Conde de Reichenbach y sus camaradas de universidad: el profesor de Liceo, Stein, y el ex sacerdote católico Juan Range. Bajo su dictado, Range escribió una carta abierta de protesta elocuente al Obispo de Treves, a quien denominó el Tetzl del siglo XIX. Así es como comenzó la herejía neocatólica.

Se difundió rápidamente por toda Alemania hasta el ducado de Posnania, y, bajo el pretexto de la vuelta a la religión cristiana comunista, se predicaba en todas partes el comunismo. El Gobierno estaba perplejo y no sabía qué hacer, pues la propaganda tenía, ciertamente, carácter religioso, y en el seno de la población protestante misma se habían creado *comunidades libres* que manifestaban, bien que modestamente, una tendencia política socialista.

La crisis industrial de 1847, que había consagrado a la muerte por el hambre a decenas de millares de tejedores,

suscitó en toda Alemania un interés por las ideas sociales. El poeta Heine escribió en esa ocasión una poesía admirable —*Los tejedores*— que profetizaba el próximo advenimiento de la revolución social despiadada.

Y, en efecto, todos esperaban en Alemania, si no la revolución social, al menos una revolución política de la cual creían surgiría la resurrección y la renovación de la patria alemana; y en esa confianza general, en ese coro de esperanzas y de votos, la nota esencial era patriótica y estatista. Los alemanes se sentían disgustados ante la actitud irónica con que los ingleses y los franceses, al hablar de ellos como de un pueblo erudito y de espíritu profundo, les negaban toda capacidad práctica y todo espíritu de libertad. Por eso sus votos y sus peticiones se dirigían especialmente a un solo objetivo: la fundación de un *Estado pangermánico único y poderoso* bajo cualquier forma que fuere —republicano monárquico— siempre que ese Estado fuese suficientemente fuerte para suscitar la admiración y el temor de todos los pueblos vecinos.

En 1848, junto con la revolución en toda Europa vino el cuarto período, la crisis definitiva del liberalismo alemán. Esa crisis terminó con su completo desastre.

Desde la victoria lamentable ganada en 1525 por las fuerzas unidas del feudalismo, que se acercaba visiblemente a su fin, y de los Estados modernos que acababan de fundarse en Alemania contra la rebelión gigantesca de los campesinos —victoria por la que fué consagrada definitivamente toda Alemania a una esclavitud de larga duración bajo el yugo burocrático y estatista—, no se habían amontonado en ese país tantas materias inflamables, tantos elementos revolucionarios, como en la víspera de 1848. La insatisfacción, la espera y el deseo de una revolución eran generales, con excepción de la alta burocracia y de la nobleza, y lo que no hubo en Alemania, ni después de la caída de Napoleón, ni en los años 1820-1840, se diseminó entonces por las filas de la burguesía misma, donde, no ya por decenas, sino por centenas se contaban los hombres que se llamaban revolucionarios y que tenían pleno derecho a llamarse así, porque, no contentándose con las falsas flores literarias y con la charla retórica, estaban realmente decididos a dar su vida por sus convicciones.

Nosotros conocimos muchos de ellos. No habían pertenecido, ciertamente, al mundo de los ricos o de la burguesía literaria y erudita. Había entre ellos muy pocos abogados, un poco más de médicos y, lo que es notable, casi ningún estudiante, a excepción de los estudiantes de la Universidad de Viena, que tomaron en 1847 y 1848 una dirección claramente revolucionaria por la razón, quizás, de que, con respecto a la ciencia, era la más inferior de todas las universidades alemanas (no hablamos de la Universidad de Praga, que es una universidad eslava).

La mayor parte de los estudiantes alemanes estaban ya entonces de parte de la reacción, no feudal, evidentemente, sino liberalconservadora; eran partidarios del orden estatista a todo precio. Puede figurarse uno lo que será de esa juventud hoy.

El Partido Radical estaba dividido en dos categorías. Las dos se habían formado bajo la influencia directa de las ideas revolucionarias francesas. Pero existía entre ambas una gran diferencia. Pertenecían a la primera parte los hombres que componían la flor de la joven generación estudianta de Alemania: los doctores de las diferentes facultades, los médicos, los abogados, así como un número bastante notable de funcionarios, de escritores, de periodistas, de oradores; todos eran naturalmente políticos de espíritu profundo que esperaban con impaciencia la revolución que debía abrir el campo vasto a sus talentos. Apenas comenzó la revolución, esos hombres se pusieron a la cabeza del Partido Radical y, después de muchas evoluciones eruditas, habiéndola agotado inútilmente y habiendo paralizado en ella los últimos vestigios de su energía, llegaron a una completa incapacidad.

Pero existía otra categoría de hombres, menos brillantes y menos ambiciosos, pero, en cambio, más sinceros y por consiguiente más serios; se les encontraba en las filas de la pequeña burguesía. Había muchos profesores de escuela y pobres dependientes de casas comerciales e industriales. Había también, naturalmente, abogados, médicos, profesores de universidad, periodistas, editores y aun funcionarios, pero en número ínfimo. Esos hombres eran verdaderamente santos y revolucionarios serios en el sentido de la abnegación ilimitada y de estar siempre dispuestos a sa-

crificarse hasta el fin y sin frases por la causa revolucionaria. No hay duda que si hubiesen tenido otros jefes y si la sociedad alemana en general hubiese sido capaz y hubiese estado dispuesta para una revolución popular, esos hombres habrían podido prestar grandes servicios.

Mas esos hombres eran revolucionarios y estaban dispuestos a servir honestamente a la revolución sin darse cuenta claramente de lo que es la revolución y de lo que es preciso exigir de ella. No había, no podía haber en ellos ni instinto colectivo, ni voluntad o pensamiento colectivos. Eran revolucionarios individuales sin base sólida, y siendo incapaces de hallar en sí un pensamiento madre, estaban obligados a ponerse ciegamente bajo la dirección desorbitada de sus colegas mayores y sabios, en cuyas manos se convirtieron en un instrumento de engaño inconsciente de las masas del pueblo. El instinto individual les impulsaba hacia la emancipación integral, hacia la igualdad y hacia el bienestar para todos, mientras que se les obligaba a obrar por el triunfo del Estado pangermánico.

Existía entonces en Alemania, como existe aún hoy, un elemento revolucionario más serio todavía: el proletariado de las ciudades: había demostrado en Berlín, en Viena y en Francfort del Meno en 1848, y en 1849 en Dresde, en el reino de Hanóver y en el ducado de Baden, que era capaz y estaba dispuesto a una rebelión seria siempre que se le asegurase un mando un poco inteligente y honesto. Se encontró en el mismo Berlín un elemento por el cual hasta aquí sólo era renombrado París —el Gavroche de la calle—, el pilluelo revolucionario y héroe.

En esa época, el proletariado de Alemania, al menos su gran mayoría, estaba aún casi enteramente fuera de la influencia de la propaganda de Marx y de la organización de su Partido Comunista. Esa influencia estaba difundida mayormente en las ciudades industriales de la Prusia renana, en Colonia, particularmente. Existían ramificaciones en Berlín, en Breslau y últimamente en Viena, pero eran muy débiles. Había, naturalmente, en el seno del proletariado alemán, como en el proletariado de los otros países, el germen instintivo de las aspiraciones socialistas más o menos manifestadas en las grandes masas del pueblo en todas las revoluciones pasadas, no sólo políticas, sino también reli-

giosas. Pero hay una diferencia enorme entre una aspiración instintiva y una demanda consciente y claramente determinada de transformación social o de reformas sociales. Tal demanda no apareció en Alemania ni en 1848 ni en 1849, bien que el célebre manifiesto de los comunistas alemanes, elaborado y escrito por los señores Marx y Engels, hubiese sido publicado en marzo de 1848. Pasó a través del pueblo alemán sin dejar casi rastro. El proletariado revolucionario de todas las ciudades de Alemania estaba directamente sometido al partido de los radicales políticos o de la *extrema democracia*, lo que le daba una gran fuerza; pero esa misma democracia burguesa, desorientada por el programa burgués patriótico y por la inconsecuencia absoluta de sus jefes, acabó por engañar al pueblo.

Había, en fin, en Alemania un elemento que no existe ya: el campesino revolucionario o, al menos, apto para ser revolucionario. En esta época existía todavía, en la mayor parte de Alemania, un resto del antiguo sistema feudal, como existe aún en los dos ducados de Mecklenburgo. En Austria, el régimen feudal estaba todavía en plena boga. No había duda alguna que los campesinos alemanes estaban dispuestos y eran capaces de la rebelión. Como en 1830 en el Palatinado, así en 1848 casi en toda Alemania, los campesinos, apenas tuvieron noticia de la proclamación de la revolución francesa, comenzaron a moverse y tomaron parte ardiente, viva y activa en las primeras elecciones de diputados en los numerosos parlamentos revolucionarios. Los campesinos alemanes creían aún entonces que los parlamentos podrían y querían hacer algo por ellos, y enviaron allá, como representantes suyos, los más resueltos y los más rojos de ellos —naturalmente, en la medida que todo político alemán puede ser resuelto y rojo—. Habiéndose convencido un poco más tarde de que no podrían obtener nada útil de los parlamentos, los campesinos se enfriaron; pero al comienzo estaban decididos a todo, aun a la rebelión general.

En 1848, como en 1830, los liberales y radicales alemanes temían grandemente esa rebelión; incluso los socialistas de la escuela de Marx carecían de toda simpatía hacia ella. Se sabe que Fernando Lassalle, discípulo directo —según su propia opinión— de ese comandante en jefe del Partido Comunista —lo que no impidió al maestro expresar en oca-

sión de la muerte de Lassalle el descontento envidioso contra el discípulo brillante que había dejado a su maestro muy lejos en materia práctica— se había expresado varias veces en el sentido de que el desastre de la rebelión de los campesinos en el siglo VI y el refuerzo y el desarrollo del Estado burocrático en Alemania que le siguieron, eran un triunfo verdadero para la revolución.

Para los comunistas o para los demócratas sociales de Alemania, los campesinos, toda clase campesina, es la reacción, y el Estado, todo Estado, incluso el bismarckiano, es la revolución. Que no se crea que murmuramos de ellos. Como prueba de que piensan verdaderamente así, no hay más que indicar sus discursos, folletos, artículos periódicos y, en fin, sus cartas. Los marxistas, en suma, no pueden pensar de otro modo; estatistas decididos, tienen que maldecir toda revolución del pueblo, y con mayor motivo de los campesinos, porque tal revolución es anarquista por su naturaleza misma y tiende directamente a la abolición del Estado. Siendo pangermanistas a todo trance, están obligados a rechazar una revolución campesina por la sola razón de que tal revolución es específicamente eslava.

Y en ese odio a la rebelión campesina se entienden de una manera tierna y conmovedora con todos los sectores y todos los partidos burgueses de la sociedad alemana. Hemos visto ya que bastó, en 1830, a los campesinos del Palatinado bávaro levantarse con sus hoces y sus horcas contra las atribuciones señoriales, para que el ardor revolucionario que abrasaba entonces a la juventud de la Alemania del sur se enfriase repentinamente. Lo mismo se repitió en 1848, y la oposición resuelta de los radicales alemanes a toda tentativa de rebelión campesina desde el comienzo de la revolución de 1848 fué, se podría decir, la causa principal del lamentable desenlace de esa revolución.

Comenzó por una serie notable de triunfos populares. En el espacio de apenas un mes después de las jornadas de febrero en París, todas las instituciones y fuerzas gubernamentales fueron barridas de la tierra alemana casi sin el menor esfuerzo del pueblo. Apenas triunfó la revolución del pueblo en París, desamparados por el pavor y el desprecio de que eran objeto, gobernantes y gobiernos comenzaron a caer unos tras otros. Hubo, es verdad, algo del género de

una resistencia armada en Berlín y en Viena; pero fué de tal modo insignificante que es superfluo hablar de ello.

Por tanto, la revolución triunfó en Alemania casi sin efusión de sangre. Las cadenas fueron quebrantadas, los obstáculos cayeron por sí mismos. Los revolucionarios alemanes habrían podido hacerlo todo. ¿Qué hicieron?

Se nos dirá que la revolución fracasó, no sólo en Alemania, sino en toda Europa. Pero en los demás países la revolución fué vencida después de una lucha larga y seria, por fuerzas extranjeras: en Italia, por tropas austríacas; en Hungría, por rusos y austríacos; en cuanto a Alemania, la revolución fué quebrantada por el propio fracaso de los revolucionarios.

Tal vez se nos dirá que eso es lo que sucedió en Francia. Pero, no; en Francia pasó otra cosa. Precisamente en este momento se ha promovido un problema revolucionario terrible allí, que arroja de repente todos los políticos burgueses y hasta los revolucionarios rojos en brazos de la reacción. En las jornadas memorables de junio, se encontraron, por segunda vez en Francia, la burguesía y el proletariado como enemigos entre los cuales toda reconciliación era imposible. Se habían encontrado la primera vez en 1834, en Lyon.

Como lo hemos advertido ya, la cuestión social en Alemania apenas comenzaba entonces a abrirse camino por vías subterráneas en la conciencia del proletariado, y aunque se hablase de ella, era más bien desde el punto de vista teórico, como de una cuestión más bien francesa que alemana. Por esa razón no podía separar el proletariado alemán de los demócratas, a quienes los obreros estaban dispuestos a seguir sin discutir, siempre que los demócratas estuviesen dispuestos a conducirlos a la batalla.

Pero era justamente esa batalla en las calles la que los jefes y políticos del partido demócrata de Alemania querían evitar. Preferían las luchas incruentas y sin peligro en los parlamentos que el Barón de Jellacic, el buen croata y uno de los instrumentos de la reacción habsburgoaustríaca, había denominado tan pintorescamente *instituciones para ejercicios retóricos*.

Había entonces en Alemania un número incalculable de parlamentos y de asambleas constituyentes. Entre ellas hay

que notar la Asamblea nacional de Francfort, que debía crear la Constitución común a toda Alemania. Se componía de seiscientos diputados aproximadamente, que representaban a toda Alemania, y eran elegidos directamente por el pueblo. Había también diputados de las provincias alemanas del Imperio austríaco; en cuanto a los eslavos de Bohemia y de Moravia, habían rehusado enviar sus diputados con gran indignación de los patriotas alemanes, que no podían y sobre todo no querían comprender que Bohemia y Moravia, al menos en cuanto que estaban pobladas por eslavos, no son de ningún modo tierras alemanas. Así es como se reunió en Francfort la flor del patriotismo y del liberalismo alemán, de la inteligencia alemana y de la erudición alemana. Todos los patriotas y revolucionarios de los años 1820-30, y 1830-40, que habían tenido la dicha de vivir en ese período, todas las celebridades de 1840-50 se encontraron en ese parlamento supremo de toda Alemania. ¡Y he ahí que, repentinamente, con gran estupefacción de todos, se debió reconocer, desde los primeros días, que al menos las tres cuartas partes de los diputados elegidos directamente por el pueblo, eran reaccionarios! No sólo reaccionarios, sino niños en política; muy sabios, es verdad, pero excesivamente inocentes.

Habían creído seriamente que les bastaría extraer de sus sabios cerebros una Constitución para toda Alemania y proclamarla en nombre del pueblo para que los gobiernos alemanes se sometiesen inmediatamente a ella. Creyeron en las promesas y en los juramentos de los soberanos alemanes, como si no hubiesen probado ya en carne propia y en carne de sus camaradas su perfidia desvergonzada y sistemática durante más de treinta años —desde 1815 a 1848—. Los historiadores profundos y los juristas no pudieron comprender esa simple verdad, cuya explicación y confirmación habrían podido encontrar en cada página de la Historia, a saber: para hacer inofensiva toda fuerza política, para apaciguarla, para vencerla, no hay más que un medio: destruirla. Los filósofos no habían comprendido que no puede haber otras garantías contra la fuerza política que la destrucción absoluta de esa fuerza; que, en política, como en una arena en donde luchan fuerzas y hechos, las palabras, las promesas y los juramentos no tienen ningún

valor, aunque sólo sea porque toda fuerza política, mientras es una fuerza verdadera al margen y contra la voluntad de las autoridades y de los soberanos que la administran, debe, por su esencia misma y con peligro de su auto-destrucción, aspirar infaliblemente, a toda costa, a la realización de sus fines.

Los gobiernos alemanes estaban, en marzo de 1848, desmoralizados, intimidados, pero de ningún modo destruidos. La antigua organización estatista, burocrática, financiera, jurídica, política y militar quedó intacta. Cediendo a la presión de la época, habían aflojado un poco el freno, pero las riendas quedaron siempre en manos de los soberanos. La mayor parte de los funcionarios, habituados a ejecutar mecánicamente las órdenes, la policía, el ejército, les quedaron tan fieles como antes, más que antes aún, porque, en medio de esa borrasca popular que amenazaba su existencia, sólo de ellos podían esperar la salvación. Y en fin, a pesar del triunfo general de la revolución, la percepción y el pago de los impuestos continuaron con la regularidad habitual.

Al principio de la revolución, algunas voces aisladas, es verdad, habían pedido que el pago de los impuestos y en general la ejecución de todas las contribuciones en especies y en dinero, cesasen en la extensión del territorio alemán hasta el establecimiento de la nueva Constitución. Mas contra esa proposición, que promovió dudas incluso en el pueblo y especialmente en los campesinos, se levantó un grito unánime de reprobación de parte de la burguesía entera, no sólo de parte de los liberales, sino de parte de los revolucionarios más rojos y más radicales. Nada menos se inclinaba directamente hacia la bancarrota del Estado y hacia la abolición de las instituciones estatistas, y eso en un momento en que todos se preocupaban de crear un Estado nuevo y más fuerte aún: ¡el Estado pangermánico uno e indivisible! ¡Imaginaos, pues! ¡La destrucción del Estado! Eso habría podido ser la emancipación y la fiesta de la multitud estúpida del pueblo trabajador, mas para los hombres respetables, para la burguesía que no vivía más que por la potencia del Estado, eso era una desgracia. Como la Asamblea nacional de Francfort y con ella todos los radicales de Alemania no tenían la menor intención de abolir la potencia estatista, que se hallaba en manos de los sobera-

nos alemanes, y como, por otra parte, no podían ni querían organizar la potencia popular, incompatible con la otra, no quedaba que hacer más que consolarse con la fe en la inviolabilidad de las promesas y de los juramentos de esos mismos soberanos.

No estaría fuera de lugar el recordar a menudo a los que hablan siempre de la misión especial de la ciencia y de los sabios de organizar las sociedades y de dirigir los Estados, la suerte tragicómica del desdichado parlamento de Francfort. Si una asamblea política cualquiera mereció alguna vez la denominación de sabia, fué ese parlamento pangermánico, en donde estaban los profesores más célebres de todas las universidades alemanas y de todas las facultades, especialmente juristas, economistas e historiadores.

Ante todo, como hemos dicho ya, esa asamblea resultó, en su gran mayoría, excesivamente reaccionaria; lo fué en tal grado, que, cuando Radowitz —el amigo, el corresponsal regular y el servidor abnegado del rey Federico Guillermo IV, ex embajador de Rusia ante la Unión Alemana y que en mayo de 1848 llegó a ser diputado de la Asamblea nacional— propuso a esa Asamblea hacer una declaración solemne de simpatía a las tropas austríacas, ese ejército alemán, compuesto en su mayor parte de magiares y de croatas y lanzado por el gabinete de Viena contra los italianos en revuelta, la gran mayoría, arrastrada por su discurso germanopatriótico, se levantó y aplaudió a los austríacos. Por esa manifestación, la Asamblea declaró solemnemente, en nombre de toda Alemania, que el objetivo principal, que el objetivo único serio de la revolución alemana no era de ningún modo la conquista de la libertad para los pueblos alemanes, sino la construcción para esos pueblos de una nueva y enorme prisión patriótica que llevaría el nombre de *imperio pangermánico* uno e indivisible.

La Asamblea se mostró de una injusticia brutal con respecto a los polacos del ducado de Posnanía y en general con respecto a todos los eslavos. Todas esas razas, que odiaban a los alemanes, debían ser devoradas por el Estado pangermánico. La potencia futura y la grandeza de la patria alemana lo exigían.

La primera cuestión de orden interior que se presentó para ser tratada por la sabia y patriótica Asamblea fué: el

Estado alemán, ¿debe ser una república o una monarquía? Y, naturalmente, la cuestión se decidió en favor de la monarquía. Sin embargo, no habría que acusar de esa decisión a los señores profesores, diputados y legisladores. Está de más decir que ellos, alemanes hasta la medula de los huesos y sabios rematados —es decir, criados conscientes y convencidos—, aspiraban con todo su ser a conservar sus preciosos soberanos. Pero aunque no hubieran tenido esas aspiraciones, habrían debido, sin embargo, decidirse en favor de la monarquía, porque a excepción de algunos centenares de revolucionarios sinceros de que hemos hablado ya, la burguesía alemana lo quería así.

Como prueba de ese estado de espíritu, no tenemos más que citar las palabras del venerable patriarca del Partido Democrático, hoy socialdemócrata, el mencionado patriota de Koenigsberg, el doctor Juan Jacoby. He aquí lo que dijo en un discurso pronunciado por él en 1858 ante los electores de Koenigsberg:

“Hoy, señores, y lo digo desde lo más profundo de mi convicción, hoy no existe en todo nuestro país, en todo el Partido Democrático ni un solo hombre que aspire, no digo a una forma de Estado que no sea monárquica, sino que quiera soñar siquiera en ella.” Más lejos agrega: “Es precisamente el año 1848 el que nos ha mostrado qué raíces profundas ha echado en el corazón del pueblo el elemento monárquico.”

La segunda cuestión ante la Asamblea fué: qué forma debe tener el Imperio germánico, ¿centralizada o federativa? La primera habría sido más lógica y mucho más conforme al objetivo, es decir, a la fundación de un Estado germánico poderoso, uno e indivisible. Mas, para realizarla, habría sido preciso despojar del poder, del trono, y explsar de Alemania a todos los soberanos, salvo uno solo; en otras palabras, iniciar y realizar numerosas insurrecciones individuales. Eso era demasiado contrario a la lealtad alemana, y la cuestión fué, por consiguiente, resuelta en favor de una monarquía federativa conforme al antiguo ideal: una cantidad de Estados pequeños y medianos, otros tantos parlamentos y a la cabeza de todo eso un emperador único y un parlamento único de la Alemania confederada.

¿Quién debería, pues, ser el emperador? Tal fué la cues-

tión palpitante. Es claro que ese puesto no podía ser ocupado más que por el emperador de Austria o por el rey de Prusia. Ni Austria ni Prusia habrían soportado otro candidato.

Las simpatías de la mayoría de la Asamblea estaban en favor del emperador de Austria. Le atribuían varias causas: primeramente todos los alemanes no prusianos odiaban y odian a Prusia, como en Italia se odia al Piamonte. En cuanto al rey Federico Guillermo IV, su conducta desorbitada y extravagante antes de la revolución y después de ésta le habían hecho perder todas las simpatías con que se le había acogido a su advenimiento al trono. Además, toda Alemania del sur, cuya población era en su mayoría católica, se inclinaba decididamente, en razón de sus tradiciones históricas y de sus hábitos, en favor de Austria.

Pero la elección del emperador de Austria se hacía, sin embargo, imposible, porque el Imperio austríaco, agitado por movimientos revolucionarios en Italia, en Hungría, en Bohemia y, en fin, en Viena misma, se hallaba al borde del abismo, mientras que Prusia estaba armada y dispuesta, a pesar de los desórdenes en las calles de Berlín, de Königsberg, de Posseu, de Breslau y de Colonia.

Los alemanes querían un imperio poderoso y unido más de lo que deseaban la libertad. Todo el mundo estaba de acuerdo en que sólo Prusia podía dar a Alemania un emperador serio. Por consiguiente, si los señores profesores que componían casi la mayoría del Parlamento de Francfort hubiesen poseído la menor gota de energía y de sentido común crítico, habrían debido, sin razonar demasiado, sin vacilar, pero reprimiendo sus sentimientos, proponer inmediatamente la corona imperial al rey de Prusia.

Seguramente que Federico Guillermo IV la habría aceptado al principio de la revolución. La insurrección de Berlín, la victoria del pueblo sobre el ejército, le había afectado en pleno corazón; se sentía humillado y buscaba un medio cualquiera para salvarse y restaurar su honor real. No encontrando otro medio, se aferró de *motu proprio* a la corona imperial. Ya el 21 de marzo, tres días después de su derrota en Berlín, lanzó un manifiesto a la nación alemana en donde declaraba que, deseando la salvación de Alemania, se colocaba a la cabeza de la patria alemana unificada. Habiendo

escrito ese manifiesto de su puño y letra, montó a caballo y, rodeado de su escolta militar, con la bandera pangermánica tricolor en las manos, recorrió triunfalmente las calles de Berlín.

Pero el Parlamento de Francfort no comprendió, o no quiso comprender, esa alusión más que transparente; en lugar de proclamar simplemente emperador al rey de Prusia, recurrió, como lo hacen siempre los hombres indecisos y los miopes, a un compromiso que, sin liquidar la cuestión, no era sino una afrenta directa al rey de Prusia. Los señores profesores no comprendieron que antes de la elección del emperador pangermánico habrían debido preparar una constitución de la nueva Alemania y, antes de eso aún, formular *los derechos fundamentales del pueblo alemán*.

Se emplearon más de seis meses por los legisladores eruditos en la definición jurídica de esos derechos. En cuanto a los asuntos prácticos, fueron remitidos en manos de un gobierno provisional erigido por ellos y compuesto de un regente de Estado irresponsable y de un ministro responsable. Y, una vez más, no fué el rey de Prusia el nombrado regente, sino un archiduque austríaco.

Habiendo nombrado este último, la Asamblea de Francfort exigió que todas las tropas de la Confederación le prestasen juramento. Sólo los ejércitos insignificantes de los pequeños Estados obedecieron, mientras que las tropas prusianas, hanoverianas e incluso las austríacas se negaron rotundamente. Estaba claro, pues, que la fuerza, la influencia y el valor de la Asamblea de Francfort eran nulos y que la suerte de Alemania se decidía, no en Francfort, sino en Berlín y en Viena, sobre todo en Berlín, dado que Viena estaba demasiado ocupada de sus propios asuntos, no alemanes, sino exclusivamente austríacos, para poder interesarse en los asuntos de Alemania.

¿Qué hacía en esos momentos el Partido Radical, partido que se denominaba revolucionario? La mayoría de sus miembros no prusianos se hallaba en el Parlamento de Francfort formando allí minoría. El resto estaba en los parlamentos parciales y se encontraba igualmente paralizado, primero porque la influencia de esos parlamentos sobre la marcha de los acontecimientos en Alemania era, por su propia insignificancia, necesariamente exigua, y en se-

gundo lugar porque incluso los parlamentos de Berlín, de Viena y de Francfort eran ridículos y fútiles.

La Asamblea constituyente de Prusia, abierta en Berlín el 22 de mayo de 1848 y compuesta de casi toda la flor del radicalismo lo demostró bien. Se pronunciaron en ella los discursos más radiantes, los más elocuentes y aun los más revolucionarios, pero no se hizo nada. Desde las primeras sesiones, rechazó el proyecto de una constitución presentado por el Gobierno y, lo mismo que la Asamblea de Francfort, pasó algunos meses discutiendo su proyecto mientras los radicales declamaban a cual mejor su revolucionarismo con gran asombro del pueblo.

Toda la incapacidad revolucionaria, por no decir la estupidez sin límites, de los demócratas y revolucionarios alemanes fué puesta al desnudo. Los radicales alemanes se entregaron completamente al juego parlamentario y perdieron todo interés en el resto. Creyeron seriamente en la fuerza de las decisiones parlamentarias y los más inteligentes de ellos se imaginaban que las victorias por ellos obtenidas en los debates parlamentarios decidían la suerte de Prusia y de Alemania.

Quisieron resolver un problema insoluble: la conciliación del *self-government* y de la igualdad democrática con las instituciones monárquicas. Como prueba, recordemos el discurso pronunciado en junio de 1848 por uno de los jefes más destacados de ese partido, el doctor Juan Jacoby, ante sus electores de Berlín, discurso que presenta claramente todo el programa democrático:

"La idea de la república es la expresión más elevada y más pura del *self-government* y de la igualdad civil. Pero si es o no posible realizar la forma republicana de gobierno en condiciones presentadas por la realidad en un cierto momento y en cierto país, eso es otra cuestión. Sólo la voluntad general y unánime de los ciudadanos puede resolverla. Insensato y hasta criminal sería el partido que quisiera *imponer* al pueblo esa forma de gobierno. No sólo hoy, sino en marzo mismo, en la Asamblea preliminar de Francfort, he dicho lo mismo a los diputados de Baden y traté de disuadirlos —¡ay, en vano!— de una insurrección republicana. En toda Alemania —con excepción de Baden— la revolución se detuvo respetuosamente ante los tronos intac-

tos, demostrando también que, aun pudiendo poner freno a la arbitrariedad de sus soberanos, no tenía de ningún modo la intención de expulsarlos. Debemos obedecer la voluntad pública y, por consiguiente, la *forma monárquicoconstitucional de gobierno* es la única base sobre la cual estamos forzados a edificar el nuevo edificio político."

Así, pues, la nueva organización de la monarquía sobre bases democráticas, fué el problema difícil y verdaderamente imposible que los espíritus profundos, pero excesivamente poco revolucionarios de los radicales y de los demócratas rojos de la Constituyente prusiana quisieron resolver; y cuanto más se engolfaron en inventar nuevas cadenas constitucionales para encadenar la voluntad del pueblo, pero también para sujetar la arbitrariedad de su monarca adorado y semiloco, más se alejaron del verdadero objetivo.

Por grande que fuese su miopía práctica, no podían dejar de ver que la Monarquía, bien que vencida durante las jornadas de marzo, pero no destruída, conspiraba abiertamente y reunía a su alrededor todo el viejo mundo reaccionario, aristocrático, militar, político y burocrático, acechando una ocasión propicia para expulsar los demócratas, y acaparar el poder, como en el pasado, ilimitado. Ese mismo discurso del doctor Jacoby demuestra que los radicales prusianos veían bien esa perspectiva: "No nos hacemos ilusiones —decía—. El absolutismo y los "junkers" (1) están lejos de haber desaparecido o de haber sido exterminados; apenas consideran necesario hacerse los muertos. Habría que ser ciegos para no ver a qué aspira la reacción..."

Así, pues, los radicales de Prusia vieron claramente el peligro que les amenazaba. ¿Qué hicieron para precaverlo? La reacción feudalmonárquica no era una teoría; era una fuerza que tenía tras sí todo el ejército, que ardía de impaciencia por lavarse la ignominia de la derrota de marzo y por restaurar en la sangre del pueblo el poder real ensombrecido y envilecido; toda la burocracia, toda la máquina estatista, que disponía de enormes medios financieros. ¿Habrá que creer que los radicales habrían podido confiar en

(1) Es así como se llama en Prusia a la tendencia de la nobleza y el partido de los militares y de los nobles. La palabra "junkers" es empleada en el sentido de "miembro de la nobleza".

poder ligar esa fuerza terrible mediante nuevas leyes y por una constitución, es decir, puramente por medios papelescos?

¡Sí, eran hasta tal punto prácticos y sabios como para nutrir tales esperanzas! Porque ¿cómo se podría explicar de otro modo el que, en lugar de tomar medidas prácticas y efectivas contra la tempestad que iba a estallar sobre ellos, derrocharan meses en debates sobre la nueva constitución y sobre las nuevas leyes que debían someter toda la fuerza y todo el poder estatista al Parlamento? Creían hasta tal grado en la eficacia de sus debates y proyectos de leyes parlamentarias que ignoraron el único medio que habrían podido oponer a la fuerza reaccionaria del Estado: la fuerza revolucionaria del pueblo por medio de la organización de éste.

El triunfo excesivamente fácil de las rebeliones populares contra el ejército en casi todas las capitales de Europa, que marcó el advenimiento de la revolución de 1848, fué perjudicial para los revolucionarios, no sólo de Alemania, sino también de los demás países, porque suscitó en ellos la seguridad ingenua de que bastaría la menor manifestación del pueblo para romper toda resistencia armada. A causa de tal convicción, los demócratas y revolucionarios de Prusia y de Alemania en general, creyendo que no dependería más que de ellos mismos el tener sujeto al gobierno gracias a un movimiento popular que se desencadenaría cuando ellos quisieran, no vieron ninguna necesidad ni de la organización ni de la dirección, sin hablar del esfuerzo, de las pasiones y fuerzas revolucionarias del pueblo.

Al contrario, como corresponde a burgueses, los más revolucionarios de ellos tenían esas pasiones, esa fuerza, estaban dispuestos siempre a tomar partido contra ellas y por el orden social burgués y estatista, y consideraban que, en general, cuanto menos se recurriese al medio peligroso de la insurrección del pueblo, mejor sería.

Así es como los revolucionarios oficiales de Alemania y de Prusia menospreciaron el único medio que poseían para obtener una victoria definitiva y efectiva contra la reacción que se levantaba de nuevo. No sólo no quisieron saber nada de la organización de una revolución del pueblo sino que, al contrario, trataban de conciliarla y de pacificarla por

todas partes, rompiendo así el instrumento de que disponían.

Las jornadas de junio, la victoria del dictador militar y general republicano Cavaignac sobre el proletariado de París, habrían debido abrir los ojos a los demócratas de Alemania. La catástrofe de junio, no sólo fué una desgracia para los trabajadores de París, sino que fué la primera y quizás la más definitiva derrota de la revolución en Europa. Los reaccionarios de todos los países comprendieron mejor y más pronto la importancia trágica y para ellos tan provechosa de las jornadas de junio que los revolucionarios, y sobre todo que los de Alemania.

Se habría debido ver el entusiasmo que las primeras noticias de esas jornadas suscitaron en todos los círculos reaccionarios; fueron recibidas como un nuncio de salvación. Movidos por un instinto absolutamente correcto, vieron en la victoria de Cavaignac, no sólo el triunfo de la reacción francesa sobre la revolución francesa, sino el triunfo de la reacción universal o internacional sobre la revolución internacional. La gente de guerra, los estados mayores de todos los países, la aclamaron como la redención internacional del honor militar. Se sabe que los oficiales prusianos, austríacos, sajones, hanoverianos, bávaros y las demás tropas alemanas enviaron inmediatamente al general Cavaignac, jefe provisional de la República francesa, un mensaje de congratulación, naturalmente, con el permiso de sus jefes y la aprobación de sus soberanos.

La victoria de Cavaignac tuvo, en efecto, una repercusión histórica enorme. Con ella comenzó la nueva época de la lucha internacional de la reacción con la revolución. La insurrección del pueblo de París que duró cuatro días, del 23 al 26 de junio, sobrepasó por su energía y su encarnizamiento salvaje a todas las sublevaciones del pueblo que París haya vivido jamás. Es con esa insurrección con la que comenzó verdaderamente la revolución social, de la que ha sido el primer acto, y cuyo segundo acto fué la resistencia aún más encarnizada de la Comuna de París.

Por primera vez, durante la insurrección de junio, se encontraron frente a frente la fuerza del pueblo, luchando no tanto para los demás como para sí mismo, no dirigido por nadie, pero sublevado por su propio esfuerzo para la de-

fensa de sus intereses más sagrados, y la fuerza militar, brutal, ignorante de todas las consideraciones de respeto a los principios de la civilización y a la humanidad, de la civilidad social y del derecho civil y que, en la embriaguez de la lucha salvaje, incendiaba, degollaba y destruía despiadadamente.

En todas las revoluciones precedentes, las tropas, en su lucha contra el pueblo, chocaban, no sólo con las masas del pueblo, sino con los ciudadanos respetables que se encontraban a su cabeza, con la juventud universitaria y política y, en fin, con la Guardia Nacional que, compuesta en gran parte de burgueses, se desmoralizaba pronto y, antes de ser efectivamente deshecha, se replegaba, se retiraba o fraternizaba con el pueblo. En lo más ardoroso de la lucha existía una especie de convenio observado siempre por los bandos en lucha, no permitiendo a las pasiones desencadenadas sobrepasar cierto límite, como si ambas partes luchasen, de común acuerdo, con armas obtusas. No se le ocurrió jamás a nadie, ni al pueblo ni a las tropas, que se podían destruir impunemente casas, calles, degollar decenas de miles de habitantes inermes. Una frase era común entonces, repetida incesantemente por el Partido Conservador cuando insistía en una medida reaccionaria cualquiera y quería adormecer la desconfianza del partido opuesto: "El poder que para vencer al pueblo quisiera bombardear a París, se imposibilitaría automáticamente" (1).

Semejante limitación en el empleo de la fuerza armada era de gran importancia para la revolución y explica por qué el pueblo salía siempre victorioso en el pasado. El general Cavaignac quiso poner fin a esas victorias fáciles del pueblo contra las tropas.

Cuando se le preguntó por qué procedió a su ataque en masa, que le obligó inevitablemente a degollar un gran número de insurrectos, respondió: "No he querido que la bandera militar fuera deshonrada una segunda vez por una victoria del pueblo." Movidó por ese pensamiento puramente militar y por consiguiente absolutamente antipopu-

(1) Estas palabras fueron pronunciadas en la cámara por el diputado Thiers, en 1843, cuando, siendo ministro de Luis Felipe, introdujo en la Cámara el proyecto de fortificación de París. Treinta y un años más tarde, Thiers, presidente de la República francesa, bombardaba a París para sofocar la Comuna.

lar, fué el primero en tener la audacia de emplear los cañones para destruir casas y calles enteras ocupadas por los insurrectos. Y, en fin, a pesar de las proclamas conmovedoras a los hijos pródigos a quienes abría los brazos fraternales, permitió, durante los tres días que siguieron al de la victoria, a las tropas y a la Guardia Nacional exasperada, degollar y fusilar, sin la menor forma de proceso, diez mil insurrectos aproximadamente entre los cuales sucumbieron, naturalmente, muchos inocentes.

Todo eso fué realizado con un doble fin: lavar en la sangre de los insurrectos el honor militar y, al mismo tiempo, quitar al proletariado el gusto de los movimientos revolucionarios, inspirándole el respeto debido a la superioridad de la fuerza militar y el terror ante su carácter implacable.

Cavaignac no consiguió llegar a este último objetivo. Hemos visto que la lección de junio no impidió al proletariado de la Comuna de París sublevarse a su vez y esperamos que esa nueva lección, incomparablemente más cruel, dada a la Comuna, no detendrá ni restringirá la revolución social; al contrario, decuplicará la energía y la pasión de sus partidarios y aproximará de ese modo su triunfo definitivo.

Pero si Cavaignac no pudo matar la revolución social, sin embargo alcanzó otro objetivo: el de matar definitivamente el liberalismo y el revolucionarismo burgués, el de matar la república y haber instaurado sobre sus ruinas la dictadura militar.

Habiendo libertado la fuerza militar de las cadenas de que había sido rodeada por la civilización burguesa: habiéndole dado la plenitud de su salvajismo natural y el derecho a dar libre curso, sin detenerse en nada, a ese salvajismo inhumano y despiadado, ha hecho imposible desde entonces la menor resistencia burguesa. Desde que crueldad y destrucción global se han convertido en palabras de orden de la acción militar, la vieja revolución burguesa, clásica e inocente por medio de barricadas en las calles, se ha vuelto un juego infantil. Para luchar con éxito contra la fuerza militar que no respeta ya nada y que además está armada de los instrumentos de destrucción más terribles, y dispuesta a hacer uso de ellos, no sólo para la destrucción de casas y calles, sino también de ciudades enteras con todos sus

habitantes; para luchar contra semejante bestia salvaje, es preciso hallarse en posesión de una bestia no menos feroz, pero más imbuída de justicia: la insurrección organizada del pueblo, la revolución social que, lo mismo que la reacción militar, será igualmente despiadada y no se detendrá ante ningún obstáculo.

Cavaignac, que ha prestado un servicio tan precioso a la reacción francesa y en general internacional, era, sin embargo, un republicano de los más sinceros. ¿No es chocante que fuese a un republicano a quien tocase el papel de poner la primera piedra de la dictadura militar en Europa y ser predecesor directo de Napoleón III y del emperador de Alemania, y que fuese a otro republicano, su célebre precursor Robespierre, al que correspondiese la misión de preparar el despotismo estatista encarnado en Napoleón I? ¿Es que todo eso no demuestra que, al devorar y suprimir la disciplina militar todo a su paso, el ideal del imperio pangermánico es la última palabra inevitable de la centralización estatista burguesa, de la civilización burguesa?

De un modo u otro, los oficiales alemanes, los nobles, los burócratas, los regentes y los soberanos sintieron una gran ternura hacia Cavaignac e, inspirados por su bienaventurada victoria, adquirieron visiblemente ánimos e hicieron sus preparativos para una nueva batalla. ¿Qué hacían entre tanto, pues, los demócratas alemanes? ¿Habían comprendido el peligro que les amenazaba y que no les quedaban más que dos medios para alejar ese peligro: el desencadenamiento de la pasión revolucionaria en el pueblo y la organización de la fuerza popular? No, no lo comprendieron. Al contrario, se sumieron más aún en los debates parlamentarios, y, habiendo decidido volver las espaldas al pueblo, lo dejaron a merced de la influencia de toda especie de agentes de la reacción.

¿Hay que asombrarse, pues, de que el pueblo alemán se haya enfriado completamente frente a ellos, de que haya perdido toda confianza en ellos y en su causa? En consecuencia, cuando en noviembre el rey de Prusia reinstauró su guardia en Berlín y nombró al general Brandenburg su primer ministro, con el fin determinado de dar rienda suelta a una reacción feroz; cuando decretó la disolución de la Constituyente y dió a Prusia una constitución suya, reac-

cionaria, naturalmente, en el más alto grado, esos mismos obreros berlineses que en el mes de marzo se levantaron con una tal unanimidad y lucharon con tal valor que forzaron a la guardia a retirarse de Berlín, no se movieron esta vez, ni dijeron una palabra y contemplaron plácidamente cómo "los soldados perseguían a los demócratas".

Así es como se terminó, en realidad, la tragicomedia de la revolución alemana. Ya antes de eso, y principalmente en octubre, el primer Windischgraetz había restablecido el orden en Viena, no sin considerable efusión de sangre, es verdad, porque, en suma, los revolucionarios austríacos demostraron ser más revolucionarios que los prusianos.

¿Qué hacía en ese período la Asamblea nacional de Frankfurt? Había votado, a fines de 1848, los *derechos fundamentales* y la nueva Constitución pangermánica, y propuesto al rey de Prusia la corona imperial. Pero los gobiernos de Austria, de Prusia, de Baviera, de Hanóver y de Sajonia rechazaron los derechos fundamentales y la Constitución recientemente preparada, y el rey de Prusia rehusó aceptar la corona imperial, llamando un poco más tarde a sus diputados.

La reacción triunfaba en toda Alemania. El partido revolucionario, habiéndose percatado un poco demasiado tarde, se decidió a organizar la insurrección general para la primavera de 1849. En el mes de mayo, la revolución que se extinguía lanzó su último fulgor en Sajonia, en el Palatinado bávaro y en Baden. Esa llama fué extinguida en todas partes por los soldados prusianos que restauraron, después de una corta lucha, pero bastante sanguinaria, el viejo régimen en toda Alemania, mientras que el príncipe heredero de Prusia, hoy emperador y rey Guillermo I, que comandaba las tropas en Baden, no dejó pasar ninguna ocasión de ahorcar insurrectos.

Tal fué el fin lamentable de la única —y por mucho tiempo la última— revolución alemana. ¿Se preguntará uno ahora cuál fué la causa principal de su fracaso?

Aparte de la inexperiencia política y de la incapacidad práctica, a menudo patrimonio de los sabios; aparte de la ausencia completa de audacia revolucionaria y de la repulsión arraigada en los alemanes por los actos y medios revolucionarios y del amor apasionado a la sumisión de cada

uno a la autoridad; y, en fin, aparte de una falta considerable del instinto, de la pasión y del sentido de la libertad, la razón principal del fracaso era la aspiración general de todos los patriotas alemanes hacia la creación de un Estado pangermánico.

Esa aspiración que manaba de la profundidad de la naturaleza alemana hace a los alemanes decididamente incapaces para una revolución. Una sociedad que desea fundar un Estado poderoso, querrá, inevitablemente, subordinarse a la autoridad; una sociedad revolucionaria, al contrario, tiende a sacudir toda autoridad. ¿Cómo conciliar, pues, dos aspiraciones contrarias y que se excluyen recíprocamente? Se verán necesariamente forzadas a neutralizarse una a otra como ocurrió a los alemanes que, en 1848, no alcanzaron ni la libertad, ni el Estado poderoso, sino que experimentaron en cambio un fracaso terrible.

Esas dos aspiraciones son de tal modo opuestas, que no pueden nunca encontrarse simultáneamente en el seno del pueblo. La una debe necesariamente ser una aspiración imaginaria que encubre tras sí el estado real de las cosas, como fué el caso de 1848. La pretendida aspiración hacia la libertad era una ilusión, un engaño; mientras que la aspiración hacia la fundación de un Estado pangermánico era realmente seria. Esto es cierto, al menos por lo que se refiere a la sociedad erudita alemana, sin exceptuar la enorme mayoría de los demócratas y radicales más rojos. Se podría suponer, adivinar, esperar, que existe, en el proletariado alemán, un instinto antisocial que lo haría incapaz quizás para conquistar la libertad, porque soporta el mismo yugo económico que odia tanto como el proletariado de los otros países y porque ni él ni los otros tienen la posibilidad de emanciparse del yugo económico sin destruir previamente la prisión secular denominada el Estado. Se puede sólo suponer y esperarlo dado que faltan las pruebas materiales; al contrario, hemos visto que, no sólo en 1848, sino hoy mismo, los trabajadores alemanes obedecen ciegamente a sus dirigentes; mientras que los dirigentes, organizadores del *Partido Socialdemócrata de los Trabajadores Alemanes* les conducen, no hacia la libertad o hacia la fraternidad internacional, sino directamente bajo el yugo del Estado pangermánico.

Los radicales alemanes se encontraron, en 1848, como hemos visto más arriba, en la triste necesidad trágica de rebelarse contra el poder estatista, a fin de obligarle a hacerse más fuerte y amplio. Por lo tanto, no sólo no querían destruirlo, sino que, al contrario, se ocupaban con ternura de su conservación en el momento mismo en que luchaban contra él. En consecuencia, toda su actividad fué quebrantada y paralizada por la fuerza misma de las cosas. La actividad del Poder no presentó tal contradicción. Quiso, sin detenerse más, sofocar a todo precio a sus extraños amigos no invitados y agitados, los demócratas. Que los radicales no pensaban en la libertad sino en la creación de un imperio, es evidente por el hecho de que la Asamblea de Frankfurt, en la que triunfaban ya los demócratas, propuso la corona imperial a Federico Guillermo IV el 28 de marzo de 1849, es decir, cuando Federico había destruido completamente todas las adquisiciones o derechos seudorrevolucionarios, disuelto la Constituyente, elegida directamente por el pueblo, y dado la Constitución más reaccionaria y más despreciable; cuando perseguía, lleno de furor por la injuria que él y la Corona habían tenido que sufrir, a los demócratas, a quienes execraba, por medio de sus soldados-policías.

¡No podían, sin embargo, ser tan ciegos para pedir la libertad a un soberano como ése! ¿Qué esperaban, pues? ¡Soñaban con el imperio pangermánico!...

El rey no podía darle tampoco eso. El partido feudal, triunfante con él, y de nuevo en el Poder, era enemigo de la idea de unidad. Odiaba el patriotismo alemán, considerándolo sedicioso, y no conocía más que su patriotismo prusiano. Todas las tropas, todos los oficiales y todos los cadetes de las escuelas militares cantaban entonces con frenesí la célebre canción patriótica de Prusia:

Yo soy prusiano, reconoce mi bandera.

Federico había querido ser emperador, pero temió a los suyos, temió a Austria, a Francia y, principalmente, al emperador Nicolás. Respondiendo a la delegación polaca que había ido a pedirle la libertad del ducado de Posnania, en marzo de 1848, les dijo: "No puedo acceder a vuestra peti-

ción, porque sería opuesto a la voluntad de mi verno el emperador Nicolás, que es, verdaderamente, un gran hombre. Cuando él dice sí, es sí, y cuando dice no, es no."

El rey sabía que Nicolás no consentiría jamás que admitiese la corona imperial; y por eso y únicamente por eso rehusó rotundamente aceptarla de manos de la diputación de Francfort.

Y sin embargo estaba obligado a hacer algo por la unidad alemana y la hegemonía prusiana, aunque sólo fuese para salvar su honor comprometido por su manifiesto de marzo. Con ese fin, y haciendo buen uso de los laureles recogidos por las tropas prusianas en ocasión de la represión de los demócratas en Alemania, y por las dificultades interiores de Austria, que estaba descontenta de sus triunfos en Alemania, Federico intentó fundar, en mayo de 1849, una alianza entre Prusia, Sajonia y Hanóver tendente a concentrar en manos de la primera todos los asuntos diplomáticos y militares; pero la alianza no duró largo tiempo. Apenas Austria sofocó con ayuda de las tropas rusas a Hungría (septiembre de 1849), Schwarzenberg exigió de Prusia que todo volviese en Alemania al régimen de antes de los acontecimientos de marzo; en una palabra, que la Unión Alemana, provechosa al Austria, fuese restablecida. Inmediatamente, Sajonia y Hanóver se separaron de Prusia y se unieron a Austria; Baviera siguió el ejemplo, y el rey belicoso de Wurtemberg anunció públicamente que iría con sus tropas donde ordenara el emperador de Austria.

Así fué como la desgraciada Prusia se halló completamente aislada. ¿Qué le quedaba por hacer? Acceder a las condiciones de Austria parecía imposible a ese rey vanidoso, pero débil; por eso nombró a su amigo, el general Radowitz, primer ministro, y ordenó a sus tropas ponerse en marcha. Se estaba en vísperas de lucha. Pero el emperador Nicolás ordenó a los alemanes hacer alto, llegó a galope a la conferencia de Olmutz (noviembre de 1850) y pronunció la sentencia. El rey humillado cedió. Austria triunfaba y en el antiguo palacio de la Unión de Francfort (en mayo de 1851) se abrió de nuevo, después de un eclipse de tres años, la *Unión Germánica*.

Como si la revolución no hubiese existido. El único rasgo de ésta era la reacción terrible que debía servir de lección

saludable a los alemanes: el que desea, no la libertad, sino el Estado, no debe jugar a la revolución.

Con la crisis de 1848 y 1849 se termina, por decirlo así, la historia del liberalismo alemán. Probó a los alemanes que, no sólo son incapaces de conquistar la libertad, sino que no la desean siquiera; probó, además, que, sin la iniciativa de la monarquía prusiana, hubiesen sido incapaces de alcanzar siquiera su objetivo actual y serio, que no tenían fuerza para fundar un Estado único y poderoso. La reacción que siguió se distinguió de la de 1812 y 1813 en que, a pesar de la amargura y todo el peso de esta última, los alemanes pudieron conservar en medio de ella la ilusión de que amaban la libertad y de que si la fuerza de los Estados no se lo hubiera impedido —fuerza muy superior a su fuerza insurreccional—, habrían podido crear una Alemania libre y unificada. Tal consuelo es hoy imposible. Durante los primeros meses de la revolución, no existió absolutamente ninguna fuerza gubernamental en Alemania capaz de oponerse a ellos si hubiesen querido hacer algo; luego ellos ayudaron más que ningún otro al restablecimiento de esa fuerza. Se sigue de ahí que el resultado nulo de la revolución se debió, no a los obstáculos exteriores, sino sólo al desastre propio de los liberales y de los patriotas alemanes.

El sentimiento de esa derrota pareció estar en la base de la vida política y gobernar la nueva opinión pública en Alemania. Los alemanes, parece, han cambiado y se han convertido en hombres prácticos. Abdicando sus vastas ideas abstractas, que componían todo el valor mundial de su literatura clásica desde Lessing hasta Goethe y desde Kant hasta Hegel inclusive; renunciando simultáneamente al liberalismo, al democratismo y al republicanismo francés, comenzaron desde entonces a buscar la realización del destino alemán en la política de conquistas de Prusia.

Agreguemos a su favor que la transformación no se llevó a cabo de una sola vez. Los últimos años, desde 1849 hasta el presente, que hemos unido, para mayor brevedad, en un solo quinto período, se subdivide, a decir verdad, en cuatro períodos:

Quinto. El período de la sumisión desesperada, en 1849 a 1858, es decir, hasta el comienzo de la regencia en Prusia.

Sexto. El período de 1858 a 1866, período de la última

lucha agonizante del liberalismo moribundo contra el absolutismo de Prusia.

Séptimo. El período de 1866 a 1870: capitulación del liberalismo vencido.

Octavo. El período de 1870 hasta el presente: triunfo de la esclavitud vencedora.

La humillación interior y exterior de Alemania llegó en el quinto período a su apogeo. En el país, el silencio de los esclavos; en la Alemania del sur, el ministro austríaco sucesor de Metternich, era el amo absoluto; en el norte, Manteufel, que había humillado profundamente a la monarquía prusiana en la conferencia de Olmutz (1850), en provecho de Austria y con gran satisfacción del partido prusiano de la corte —partido de la nobleza, militar y burocrático—, perseguía a los demócratas que habían quedado impunes hasta entonces. Por lo tanto, en lo que respecta a la libertad, cero; y en lo que se refiere a la dignidad, al valor exterior de Alemania como Estado, menos aún que cero. La cuestión del Schleswig-Holstein en que los alemanes de todos los Estados y de todos los partidos, con excepción del partido de la corte, militar, burocrático y de la nobleza, no cesaron de declarar en 1847 sus pasiones más ardientes, fué categóricamente resuelta gracias a la intervención rusa en favor de Dinamarca. En las demás cuestiones, la voz de Alemania, unida o más bien desunida por la Unión Germánica, no era tomada en consideración por las otras potencias. Más que nunca, Prusia se hizo esclava de Rusia. El desdichado Federico, que había odiado hasta entonces a Nicolás, no hacía más que jurar por él. La abnegación en pro de los intereses de la corte de San Petersburgo se extendió hasta tal grado, que el ministro de la guerra de Prusia y el embajador de Prusia en Inglaterra, amigo del rey, fueron relevados de sus funciones por haberse atrevido a expresar sus simpatías hacia las potencias occidentales.

Se conoce bien la historia de la "ingratitude" del Príncipe Schwarzenberg y de Austria, que consternó y ofendió tan profundamente a Nicolás. Austria, que por sus intereses en Oriente es enemiga natural de Rusia, tomó abiertamente partido por Inglaterra y Francia contra ella, mientras que Prusia, con gran indignación de toda Alemania, le quedó fiel hasta el fin.

El sexto período comienza con la regencia del rey —emperador hoy— Guillermo I. Federico se había vuelto completamente loco y su hermano, Guillermo, odiado por toda Alemania bajo el nombre de Príncipe de Prusia, llegó a ser regente en 1858 y después rey de Prusia en enero de 1861, al morir su hermano mayor. Hecho notable: ese rey —sargento mayor y estrangulador famoso de los demócratas, tuvo, también él, su luna de miel con el liberalismo popular. Cuando obtuvo la regencia, pronunció un discurso en que expresaba su firme voluntad de elevar a Prusia, y con ella a toda Alemania, a la altura a que tenía derecho, aun respetando los límites determinados por el Acta constitucional de la autoridad real (1) y apoyándose siempre en las aspiraciones del pueblo expresadas en el Parlamento.

De acuerdo con tal promesa, su primer acto administrativo fué el derrocamiento del ministerio Manteufel, el más reaccionario que haya gobernado a Prusia y que personificaba, por decirlo así, su derrota y su destrucción política.

Manteufel se había convertido en primer ministro en noviembre de 1850, con la intención de firmar todas las condiciones de la conferencia de Olmutz, excesivamente humillantes para Prusia, y subyugarla definitivamente, con toda Alemania, a la hegemonía de Austria. Tal era la voluntad de Nicolás, tal era la aspiración ardiente e insolente del Príncipe Schwarzenberg, tales eran los deseos y la voluntad de la gran mayoría de los "junkers" y de la nobleza de Prusia, que no quería saber nada de la fusión de Prusia con Alemania y que era más adicta a los emperadores de Austria y de Rusia, probablemente, que lo era a su propio rey, a

(1) Ese respeto habría debido serle, parece, tanto más fácil cuanto que la Constitución otorgada, es decir, concedida por la gracia del rey, no limitaba en suma, de ningún modo, el poder real, con excepción de un solo punto: el derecho de concertar empréstitos o de decretar nuevos impuestos sin el consentimiento de los representantes del pueblo; ningún nuevo voto del Parlamento era necesario para recoger los impuestos que habían recibido ya una vez la sanción del Parlamento, dado que el Parlamento estaba privado del derecho de suprimirlos. Es justamente esa innovación la que transformó el constitucionalismo y el parlamentarismo alemán en una simple comedia. En los otros países, en Inglaterra, en Francia, en Bélgica, en Italia, en España, en Portugal, en Suecia, en Dinamarca, en Holanda, etc., los parlamentos podían, conservando el derecho fundamental y únicamente efectivo, rehusar al Gobierno la recaudación de los impuestos, haciendo imposible todo gobierno, y obtenían de ese modo un peso considerable en la administración del país. Habiendo privado la Constitución otorgada de ese derecho al Parlamento prusiano, le daba el rehusar la introducción y la emisión de nuevos empréstitos. Pero pronto vamos a ver cómo, tres años después de esa promesa de observar religiosamente los derechos del Parlamento, Guillermo I se vió constreñido a violarla.

quien obedecía por deber, pero no por amor. Durante ocho largos años, Manteufel gobernó a Prusia en esa dirección y en ese espíritu, humillándola ante Austria en cada ocasión propicia, aun persiguiendo despiadadamente y sin cuartel en Prusia y en toda Alemania lo que le recordaba el liberalismo o un movimiento o derecho del pueblo.

Ese ministerio odioso fué reemplazado por el liberal Príncipe de Hohenzollern-Sigmaringen, quien declaró desde el primer día que la intención del regente era restablecer el honor y la independencia de Prusia frente a Viena, así como su influencia debilitada sobre toda Alemania.

Algunas palabras y actos en esa dirección fueron suficientes para excitar la admiración de todos los alemanes. Olvidadas las humillaciones todavía recientes, las crueldades y los crímenes, el estrangulador de los demócratas, el regente, luego rey Guillermo I, ayer aún odiado y maldicho, se transformó de repente en favorito, en héroe y en esperanza única. En confirmación de lo que decimos, citamos las palabras del célebre Jacoby pronunciadas ante los electores de Königsberg (11 de noviembre de 1858):

"El mensaje verdaderamente animoso y conforme a la Constitución del Príncipe en el momento de asumir la regencia, ha colmado de nueva fe y de nuevas esperanzas los corazones de todos los prusianos y de todos los alemanes. Todos corren, con una vivacidad extraordinaria, a las urnas electorales."

Ese mismo Jacoby escribía lo que sigue en 1861: "Cuando el Príncipe regente tomó por su propia voluntad en sus manos las riendas del Poder, todos esperaban que *Prusia marcharía sin obstáculos hacia el objetivo que se ha fijado*. Se esperaba que los hombres a quienes el Regente había confiado la administración del país destruirían ante todo el mal realizado por el Gobierno durante los últimos diez años; que pondría fin a la arbitrariedad de los funcionarios, para salvar y vivificar el espíritu patriótico y la conciencia libre de los ciudadanos.

"Esas esperanzas, ¿son realizables? La voz del país entero responde abiertamente: *Durante estos dos años, Prusia no ha dado el menor paso hacia adelante y se ha alejado más que antes de la realización de su misión histórica.*"

El honorable doctor Jacoby, el último representante fiel

del democratismo político alemán, morirá, sin duda alguna, consagrado a su programa, que se ha ensanchado en estos últimos años hasta los límites no muy vastos del programa de los socialdemócratas alemanes. Su ideal —la fundación de un imperio pangermánico por medio de la libertad del pueblo— era una utopía, un absurdo. Ya hemos hablado de él. La gran mayoría de los patriotas alemanes llegaron a la conclusión, después de 1848 y 1849, de que la fundación de la potencia pangermánica no era posible más que por los cañones y las bayonetas; por eso Alemania esperaba su salvación de la Prusia monárquica y belicosa.

El Partido Nacional Liberal entero se había declarado de parte suya en 1858, bajo el manto de los primeros síntomas de un cambio en la política gubernamental. El antiguo Partido Demócrata se había dislocado: su mayor contingente formó un nuevo partido, el de los "progresistas"; el resto continuó llamándose Partido Democrático. Desde el comienzo, el Partido Progresista ardía en el deseo de unirse al Gobierno, pero, queriendo conservar intacto su honor, suplicó a este último que le diera un pretexto honorable para una tal transición, exigiendo al menos el respeto exterior de la Constitución. Ese partido le guiñó los ojos hasta 1866, después de lo cual, vencido por las victorias deslumbrantes contra Dinamarca y Austria, se rindió sin condiciones al Gobierno. El Partido Democrático obró idénticamente en 1870.

Jacoby no siguió nunca el ejemplo general. Los principios democráticos constituyen su vida. Odia la violencia y no cree que por su intermedio se pueda crear un Estado germánico poderoso, y por esa razón ha permanecido enemigo, solitario e impotente, de la política actual de Prusia. Su impotencia procede sobre todo de que, aun siendo estatista hasta la médula, desea sinceramente la libertad queriendo simultáneamente un Estado pangermánico unido.

El emperador actual de Alemania, Guillermo I, tiene horror a las contradicciones y, lo mismo que el inolvidable Nicolás I, parece haber sido creado de una sola pieza de metal —una entidad completa por decirlo así, aunque limitada—. El y el conde no reinante de Chambord son tal vez los únicos que creen en su acción divina, en su misión y derecho divinos. Como Nicolás, considera —él, rey-soldado

creyente— por encima de todos los principios el del legitimismo, es decir, el derecho estatista hereditario. Este último fué, para su conciencia y para su inteligencia, un obstáculo serio hacia la unificación de Alemania, porque habría sido preciso soportar el choque de los tronos de una multitud de soberanos legítimos; pero el código de Estado contiene otro principio, el del *derecho sagrado de conquista* que habría podido resolver la cuestión. Un soberano, fiel a sus deberes monárquicos, no aceptaría nunca un trono que le fuera presentado por un pueblo en rebelión y del que hubiera desalojado a su soberano legítimo; pero considerará de su derecho el *conquistar* ese pueblo y ese trono siempre que Dios haya bendecido sus armas y que tenga un pretexto favorable para una declaración de guerra. Ese principio, así como el derecho que de él se deriva, han sido reconocidos en todo tiempo por los soberanos y son reconocidos hasta nuestros días.

Guillermo I tenía, pues, necesidad de un ministro capaz de crear los pretextos y los medios *legales* para ensanchar el Estado por medio de guerras. Bismarck era el hombre para esa labor; Guillermo lo apreció en su justo valor y le nombró ministro en octubre de 1862.

El Príncipe de Bismarck es hoy el hombre más poderoso de Europa. Es el tipo más puro del aristócrata de Pomerania; con una abnegación de Don Quijote para la Casa real, de exterior seco y militar tan común, de maneras insolentes, secamente corteses, generalmente irónicas y llenas de desprecio ante los burgueses liberales. No se enoja cuando se le llama "junker", es decir, noble; pero responde generalmente a los adversarios: "Estad seguros de que podremos restaurar el honor de los junkers." Excesivamente inteligente como hombre, está libre de los prejuicios de la nobleza y de todo otro prejuicio.

Hemos dicho que Bismarck era un continuador directo de Federico II. Este, como aquél, cree ante todo en la fuerza; luego en la inteligencia que dispone de ella y que la decupla. Hombre de Estado hasta la medula y lo mismo que Federico el Grande, no cree ni en Dios ni en el diablo, ni en la humanidad ni en la nobleza, pues todo eso no son para él más que medios.

Para poder alcanzar el objetivo estatista, no se detiene

ante ninguna ley divina o humana. No reconoce moral en política; la villanía y el crimen sólo son inmorales cuando no son coronados por el éxito. Más glacial y apasionado que Federico, es tan descarado y brutal como este último. De origen noble, habiendo hecho su carrera gracias al partido de la nobleza, lo sofoca sistemáticamente por razón de Estado; más aún, lo insulta como insultaba antes a los liberales, a los progresistas, a los demócratas. En el fondo, insulta a todo y a todos, excepto al emperador, sin cuyas buenas disposiciones no habría podido emprender o realizar nada. Hasta es posible que, en secreto, con sus amigos —si los tiene—, lo insulte a él también.

Para poder evaluar enteramente todo lo que ha hecho Bismarck, no hay que olvidar cuál es su ambiente (1). El rey, hombre de inteligencia limitada, de educación semiteológica, semimilitar, está rodeado del partido aristocrático clerical, francamente opuesto a Bismarck, de modo que cualquier nueva medida de este último, la menor iniciativa de su parte, debe ser tomada siempre por asalto. Semejante lucha intestina le ocupa al menos la mitad de su tiempo, de su inteligencia, de su energía y obstaculiza seriamente, molesta y paraliza su actividad, lo que en parte le presta un gran servicio, porque no le deja la posibilidad de abandonarse a empresas como las que hicieron perder la cabeza al célebre pertinaz Napoleón I, que no era, ciertamente, menos torpe que Bismarck.

La actividad pública de Bismarck comenzó en 1847, cuan-

(1) He aquí una historia que hemos tomado de fuente directa y cierta y que caracteriza a Bismarck. ¿Quién no conoce a Schurtz, uno de los más rojos de los revolucionarios alemanes de 1848 y el libertador del seudorevolucionario Kinkel de la fortaleza en que estaba encerrado? Schurtz, que creyó que Kinkel era un revolucionario serio, aunque sin el menor valor en política, arriesgando su propia dignidad y habiendo superado con valor e ingenio eno mes dificultades, lo libertó, huyendo él mismo a América. Hombre inteligente, de talento, enérgico —cuando los respetados en América—, se convirtió allí pronto en jefe de un partido alemán que contaba varios millones de miembros. Durante la última guerra, ganó en el ejército del Norte el título de general (había sido elegido ya senador). Después de la guerra, los Estados Unidos le enviaron como embajador plenipotenciario a España. Aprovechó la ocasión para visitar la Alemania del sur, pero no Prusia, donde pesaba sobre él una condena a muerte por la liberación de Kinkel. Cuando Bismarck supo su presencia en Alemania y quiso disponer en su favor de un personaje tan influyente entre los alemanes de América, le invitó a ir a Berlín y le hizo transmitir que "para hombres como Schurtz, las leyes no existen". Llegado Schurtz a Berlín, Bismarck le ofreció una comida a la que fueron invitados todos los secretarios de Estado. Después de la comida, cuando todos se habían retirado y Schurtz quedó solo con Bismarck, en íntima conversación, éste último le dijo: "Usted ha visto y escuchado a mis colegas; con tales asnos tengo que gobernar y crear a Alemania".

do hizo su aparición como jefe del partido extremo de la nobleza en la Asamblea representativa. En 1848, fué el enemigo encarnizado del Parlamento de Francfort y de la Constitución única para toda Alemania y el aliado apasionado de Rusia y de Austria, es decir, de la reacción interior y exterior. Con ese espíritu tomó activamente parte en la hoja reaccionaria *Kreuzzeitung*, fundada en 1848 y que aun existe. Fué, naturalmente, un defensor ardiente de los ministerios Brandenburg y Manteufel, y por consiguiente de las resoluciones de la conferencia de Olmutz. Desde 1851, fué embajador a la Unión Germánica en Francfort. Entonces cambió radicalmente su actitud ante Austria. "Es como si se me hubiera caído una vena de los ojos, cuando vi de cerca la política", dijo a sus amigos. Comprendió que Austria era enemiga de Prusia y, de defensor ardiente, se convirtió en su enemigo irreconciliable. Desde entonces, la abolición de toda influencia de Austria sobre Alemania y su exclusión de esta última fué la idea constante y preferida de Bismarck.

En esas condiciones se encontró con el Príncipe Guillermo de Prusia, que, después de la conferencia de Olmutz, tuvo tanto odio para Austria como para la revolución. Apenas llegó Guillermo a la regencia, dirigió su atención sobre Bismarck, lo nombró primero embajador en Rusia, luego en Francia y por fin primer ministro.

Durante su carrera diplomática, Bismarck pudo por fin llevar a la madurez su programa. Había tomado en París algunas lecciones preciosas en el arte de la trampa estatista de Napoleón III mismo, que, viendo ante él un oyente celoso y capaz le descubrió su alma y le hizo algunas alusiones transparentes a la urgencia de reconstituir el mapa de Europa, pidiendo para él mismo la frontera del Rin y Bélgica, dando el resto de Alemania a Prusia. Los resultados de esas conversaciones son conocidos: el discípulo aventajó al maestro.

A su entrada en el ministerio, Bismarck pronunció un discurso en el que expuso su programa: "Las fronteras de Prusia son estrechas e inadecuadas para un Estado de primera clase. Para poder conquistar nuevas fronteras es indispensable ampliar y perfeccionar la organización militar. Es preciso prepararse a la lucha próxima y, en espera de

ésta, reunir y multiplicar nuestras fuerzas. El error de 1848 consistía en querer unificar a Alemania en un solo Estado por medio de instituciones populares. Los grandes problemas estatistas se deciden, no por el derecho, sino por la fuerza: la fuerza precede siempre al derecho."

Los liberales de Alemania habían combatido a menudo a Bismarck desde 1862 a 1866 por esa última frase. Pero después de 1866, es decir, después de las victorias sobre Austria, y sobre todo después de 1870, es decir, después de la derrota de Francia, todos esos reproches se transformaron en ditirambos entusiastas.

Con su audacia habitual, con la franqueza cínica y llena de desprecio que le es propia, Bismarck expresó en esas pocas palabras la quintaesencia de la historia política de los pueblos, el secreto de la sabiduría estatista. El predominio incansable y el triunfo de la fuerza, tal es la base; y lo que en lenguaje político se llama derecho, no es más que la ilustración del hecho creado por la fuerza. Es claro que las masas del pueblo, alteradas por el deseo de emancipación, no piensan obtenerla por el triunfo teórico del derecho abstracto; deben conquistar esa libertad por la fuerza; con ese fin deben organizar fuera del Estado y contra él sus fuerzas naturales e instintivas.

Como hemos dicho ya, los alemanes querían, no la libertad, sino un Estado poderoso; Bismarck lo comprendió y se sintió capaz, con ayuda de la burocracia prusiana y de la fuerza militar, de alcanzar ese objetivo; por esa razón marchó firmemente y seguro hacia él, burlándose del derecho y de las polémicas violentas dirigidas contra él por los liberales y los demócratas. Creía, contrariamente a sus predecesores, que unos y otros se convertirían en ardientes aliados.

El rey-sargento y Bismarck el político exigieron el refuerzo del ejército: eran precisos, pues, nuevos impuestos y nuevos empréstitos. La cámara de los representantes del pueblo, de la cual dependía la sanción de los nuevos impuestos y empréstitos, rehusaba siempre dar esa sanción, por cuya causa fué disuelta varias veces. En otro país, tal situación habría suscitado una revolución política, pero en Prusia no, lo cual sabía muy bien Bismarck. Por eso, y a pesar de la negativa, tomó las sumas necesarias donde pudo

por medio de impuestos, de empréstitos, mientras la Cámara, por su actitud, se convirtió en un objeto de risa, si no para Alemania, al menos para el resto de Europa.

Bismarck no se había engañado. Habiendo conseguido su propósito, se convirtió en el ídolo de los liberales y de los demócratas.

Jamás hubo quizás en otro país un cambio tan rápido y completo en la dirección de los espíritus como el que se hizo en Alemania entre 1864-1866 y 1870. Hasta la guerra austroprusiana contra Dinamarca, Bismarck era el hombre más impopular de Alemania. Durante esa guerra y sobre todo después de ella, dió prueba del desprecio más profundo de todos los derechos, del pueblo y del Estado. Se conoce el descaro con que Prusia y, arrastrada por ella, el Austria estúpida expulsaron del Schleswig y de Holstein al cuerpo sajón y hanoveriano que ocupaba esas provincias por orden de la Unión Germánica, y con qué desvergüenza repartió Bismarck con Austria, engañada por él, las provincias conquistadas y cómo acabó por declarar éstas botín exclusivo de Prusia.

Se habría podido creer que tal conducta suscitaría la profunda indignación de todos los alemanes honestos, equitativos y amantes de la libertad. Al contrario, precisamente desde ese momento comenzó a crecer la popularidad de Bismarck: los alemanes sintieron sobre ellos la razón patriótica de Estado y un poder estatista poderoso. La guerra de 1866 no hizo más que reforzar su importancia. La marcha rápida en Bohemia, que recordó las campañas de Napoleón, una serie de brillantes victorias que aterraron a Austria, la marcha triunfante a través de Alemania, el saqueo de las localidades enemigas, la proclamación de Hanóver, de Hesse-Cassel, y de Francfort como botín de guerra, la formación de la Unión de la Alemania del Norte bajo el protectorado del futuro emperador, son hechos que llenaron de júbilo a los alemanes. Los jefes de la oposición en Prusia, los Schultze-Delitsch, etc., se callaron repentinamente, declarándose así en bancarrota moral. No quedó en oposición más que un grupo mínimo con el noble viejo Jacoby a la cabeza, que hizo causa común con el Partido del Pueblo, que se había fundado en el sur de Alemania después de 1866.

De acuerdo con el tratado firmado entre la Prusia triunfante y el Austria quebrantada, la antigua Unión Germánica fué abolida, y en su puesto se fundó una Unión Germánica del Norte bajo la dirección de Prusia, y se dejó a Austria, a Baviera, a Wurtemberg y a Baden la facultad de fundar una Unión del Sur.

El Barón de Beust, ministro de Austria, nombrado después de la guerra, habiendo comprendido la importancia capital que podría tener la creación de una unión semejante, dirigió sus esfuerzos en esa dirección; pero los problemas insolubles del interior del país y los obstáculos enormes de parte de los mismos Estados, a los cuales era necesaria esa unión, le impidieron realizar tal plan. Bismarck engañó a todo el mundo: a Rusia, a Francia y a los soberanos alemanes, para los cuales era necesaria la fundación de una unión que habría impedido a Prusia llegar a la situación que hoy tiene.

El Partido del Pueblo, que se había formado entonces con los elementos burgueses del sur de Alemania, con el fin exclusivo de estar en oposición a Bismarck, tenía un programa que en el fondo era el mismo de Beust.

El centro de ese partido era Stuttgart. Aparte de la unión con Austria, tenía gran número de otros matices: por ejemplo, coqueteaba en Baviera con los ultracatólicos, es decir, con los jesuitas, y quería la alianza con Francia, con Suiza. El grupo que reclamaba la alianza con la Suiza republicana fué el fundador principal de la Liga de la Paz y de la Libertad.

En resumen, su programa era bastante inocente y estaba lleno de contradicciones. Las instituciones democráticas y populares se ligaron fantásticamente a la forma monárquica de gobierno, enlazaron la independencia de los soberanos a la unidad pangermánica y esta última a la federación republicana de Europa. En una palabra, casi todo había de quedar como hasta ahora y debía ser impregnado del nuevo estado de espíritu y debía, sobre todo, tener un carácter filantrópico; la libertad y la igualdad habían de prosperar en condiciones que las destruyen. Tal programa no podía ser inventado más que por los burgueses sentimentales de la Alemania del Sur, que se habían hecho notar al principio por un desdén sistemático y luego por una negación ardien-

te de las aspiraciones socialistas de nuestros días, como lo ha probado el Congreso de la Liga de la Paz de 1868.

Es claro que el Partido del Pueblo debía asumir una actitud hostil contra el partido obrero de los socialdemócratas fundado en el 60 por Fernando Lassalle.

Tendremos aún ocasión de relatar en detalle el desarrollo de las asociaciones obreras en Alemania y, en general, en toda Europa. Notemos ahora que hacia la última década y principalmente en 1869, la masa obrera de Alemania estaba dividida en tres categorías: la primera, la más numerosa, no pertenecía a ninguna organización. La segunda, bastante numerosa también, estaba compuesta de sociedades para la educación de los obreros (*Arbeiter Bildungs Vereine*) y, en fin, la tercera, la menos numerosa, pero, al contrario, la más enérgica y la más inteligente, fundó una falange de obreros lassallianos con el nombre de Asociación General de los Obreros Alemanes (*Deutsche Allgemeine Arbeiterverband*).

No tenemos que hablar de la primera categoría. La segunda representaba una especie de pequeñas asociaciones obreras bajo la dirección directa de Schultze-Delitsch y socialistas burgueses del mismo calibre.

"Ayúdate a ti mismo", era su consigna. Se recomendaba con insistencia a los trabajadores no esperar ni salvación ni ayuda de parte del Estado o del Gobierno, sino únicamente de su propia energía. El consejo era excelente si no se hubiese agregado a él la falsa seguridad de que en las condiciones actuales de la organización social, paralelamente a la existencia del monopolio económico que explotaba las masas obreras y del Estado político que salvaguardaba esos monopolios contra la insurrección del pueblo, la emancipación de los trabajadores era posible. Gracias a esa ilusión y a un engaño consciente de parte de los socialistas burgueses y de los jefes de ese partido, los trabajadores que caían bajo su influencia debían alejarse sistemáticamente de toda preocupación y de toda cuestión política y social relativa al Estado, a la propiedad, etc., tomar como punto de partida la existencia racional y legítima del orden de cosas tal como subsiste hoy y buscar los mejoramientos y alivios a su suerte en la organización de asociaciones cooperativas de consumo, de crédito y de producción. En cuanto a la educación política, Schultze-Delitsch proponía

a los obreros el programa entero del Partido del Progreso, a que él y sus camaradas pertenecían.

Desde el punto de vista económico, y esto es claro para todos ahora, el sistema de Schultze-Delitsch tendía lógicamente hacia la protección de la sociedad burguesa contra la tempestad social; en cuanto al punto de vista político, sometía completamente el proletariado a la burguesía, que lo explotaba, y en manos de la cual debía ser un instrumento obediente y estúpido.

Fernando Lassalle se había levantado contra un engaño tan burdo y doble. Le fué fácil romper el sistema económico de Schultze-Delitsch y mostrar la inanidad de su sistema político. Nadie pudo, como Lassalle, aplicar y demostrar de un modo tan convincente a los obreros alemanes que, en las condiciones económicas actuales, la situación del proletariado, no sólo no puede mejorarse, sino que, al contrario, por la fuerza misma de la ley económica infalible, deberá empeorar de año en año a pesar de todas las tentativas cooperativas que pudieran aportar una ventaja efímera y temporal, y eso a un número ínfimo de trabajadores.

Destruyendo el programa político, había probado que todo esa política llamada popular no tenía en suma otra virtud que el refuerzo de los privilegios económicos de la burguesía.

Hasta aquí, estamos de acuerdo con Lassalle. Pero es aquí donde nos separamos de él y, en general, de los socialistas demócratas o comunistas de Alemania. En oposición a Schultze-Delitsch, que recomendaba a los trabajadores que no buscasen su salvación más que en su propia energía y que no esperasen nada del Estado, Lassalle, después de haber demostrado que en las actuales condiciones económicas les es imposible, no sólo alcanzar su emancipación, sino también el menor mejoramiento de su suerte, que será inevitablemente empeorada; y luego, que mientras exista un Estado burgués los privilegios burgueses permanecen inaccesibles, llegó a formular la conclusión siguiente: para alcanzar la verdadera libertad, basada en la igualdad económica, el proletariado deberá conquistar el Estado y dirigir la fuerza estatista contra la burguesía en beneficio de la masa obrera, lo mismo que hoy es dirigida contra el proletariado en beneficio único de la clase explotadora.

¿Pero cómo se hará dueño del Estado? Para eso sólo hay dos medios: o bien por una revolución política, o bien por una agitación legal del pueblo en favor de las reformas pacíficas. Lassalle, alemán, judío, sabio y hombre rico, aconsejó el segundo medio.

En ese sentido y con ese fin organizó un partido considerable, y preferentemente político, de los obreros alemanes; lo organizó jerárquicamente, sometido a una severa disciplina y a su dictadura; en una palabra, hizo lo que el señor Marx había querido hacer, durante los últimos tres años, en la Internacional. La tentativa de Marx fracasó, pero la de Lassalle tuvo un éxito brillante. El objetivo directo e inmediato del partido fué la agitación pacífica a través del país en pro del sufragio universal para la elección de los representantes del Estado obrero y del Poder.

Habiendo conquistado ese derecho por medio de las reformas legales, el pueblo enviaría únicamente sus representantes al Parlamento, que, por una serie de decretos y de leyes transformaría el Estado burgués en un Estado popular. El primer deber de un Estado popular sería abrir un crédito ilimitado a las asociaciones obreras de producción y de consumo que, sólo entonces estarían en situación de luchar contra el capital burgués y llegarían pronto a vencerlo y absorberlo. Cuando el proceso de devoramiento terminase, entonces se abriría la era de la transformación radical de la sociedad.

Tal es el programa de Lassalle, tal es el programa del Partido Socialdemócrata. En el fondo, no es a Lassalle, sino a Marx a quien pertenece ese programa, que lo desarrolló ampliamente en su célebre *Manifiesto del Partido Comunista* publicado por él y Engels en 1848.

Una alusión evidente a ese programa se encuentra en el primer *Manifiesto de la Asociación Internacional*, escrito por Marx en 1864, en las palabras siguientes: *el primer deber de la clase obrera consiste en la conquista del poder político, o, como se ha dicho en el Manifiesto comunista: el primer paso hacia la revolución de los trabajadores debe consistir en la elevación del proletariado a la jerarquía de clase dominante. El proletariado debe concentrar todos los instrumentos de producción en manos del Estado, es decir, del proletariado elevado a la jerarquía de clase dominante.*

¿No está claro que el programa de Lassalle no se distingue en nada del programa de Marx, a quien reconocería como su maestro? En el folleto contra Schultze-Delitsch, Lassalle, que había caracterizado con una claridad verdaderamente genial sus obras y había definido sus ideas fundamentales sobre el desenvolvimiento político y social de la sociedad futura, decía francamente que esas ideas y la terminología misma no le pertenecían a él sino a Marx, primero en formularlas y en desarrollarlas en su obra notable, que no publicó todavía.

Tanto más singular parece ser la protesta del señor Marx insertada, después de la muerte de Lassalle, en la introducción de su obra sobre el capital. Marx se queja amargamente del plagio de Lassalle, que se apropió de sus ideas. La protesta es excesivamente extraña de parte de un comunista que predicaba la propiedad colectiva y que no comprendía que una idea, una vez emitida, cesa de ser propiedad de un individuo. La cosa sería diferente si Lassalle hubiese copiado una página o más; eso habría sido un plagio y la prueba de un fracaso intelectual de un autor incapaz de digerir las ideas tomadas a otros y de reproducirlas por un trabajo intelectual propio en una forma independiente. Así no obran más que los que están desprovistos de capacidad intelectual o son deshonestos por vanidad —cuervos disfrazados con plumas de pavo—.

Lassalle era demasiado inteligente y demasiado independiente de espíritu para recurrir a medios tan mezquinos a fin de atraer sobre él la atención del público. Era vanidoso, como corresponde a un judío, pero al mismo tiempo estaba dotado de cualidades tan notables, que habría podido sin muchas dificultades satisfacer las exigencias de la vanidad más refinada. Era inteligente, erudito, rico, hábil y extremadamente audaz; tenía, en el más alto grado, el don de la dialéctica, el del talento oratorio, de la claridad de comprensión y de exposición. En oposición a su maestro Marx, que es fuerte en teoría, en intriga secreta y clandestina y pierde, al contrario, la fuerza y la significación en la arena pública, Lassalle estaba creado, se habría dicho, que expresamente, para la lucha abierta en el terreno político. La sutileza dialéctica y la fuerza de la lógica, estimuladas por el amor propio caldeado en la lucha, reemplazaban en él

a la fuerza de las convicciones apasionadas. Obraba con una fuerza enorme sobre el proletariado, pero estaba lejos de ser un hombre del pueblo.

Toda su vida, su ambiente, sus hábitos, sus gustos estaban estrictamente ligados a la clase burguesa, a lo que se llamaba la juventud dorada. La superaba, naturalmente, por el cerebro, reinaba por su inteligencia, gracias a la cual se encontró a la cabeza del proletariado alemán. En el espacio de algunos años, había alcanzado una popularidad inmensa. Toda la burguesía liberal y democrática le odiaba profundamente; sus camaradas de ideas, los socialistas, los marxistas y el maestro mismo, Marx, concentraron contra él toda la fuerza de su envidia malevolente. Lo odiaban tan profundamente como la burguesía, pero mientras vivió no se atrevieron a expresarle su odio, porque era demasiado fuerte para ellos.

Tuvimos ocasión varias veces de expresar nuestro disgusto profundo hacia las teorías de Lassalle y de Marx, que recomendaban a los trabajadores, si no como ideal, al menos como objetivo principal más próximo, la fundación del *Estado popular* que, según ellos, no sería más que "el proletariado elevado a la jerarquía de clase dominante".

Si el proletariado —se pregunta— se convierte en clase dominante ¿sobre quién dominará? Quedará, pues, otro proletariado que será sometido a esa nueva dominación, a ese nuevo Estado. Ese es el caso, por ejemplo, de la masa campesina que, como se sabe, no disfruta de la benevolencia de los marxistas y que, encontrándose en un nivel inferior de cultura, será probablemente gobernada por el proletariado de las ciudades y de las fábricas; o, si consideramos la cuestión desde el punto de vista nacional, los esclavos caerán por esas mismas razones bajo un yugo servil en relación con el proletariado alemán vencedor, semejante al que sufre este último en relación a su burguesía.

Donde existe el Estado, existe, inevitablemente, la dominación, por consiguiente la esclavitud; el Estado sin la esclavitud —abierto o enmascarado— es imposible: es la razón por la cual somos enemigos del Estado.

¿Qué significa "el proletariado elevado a la jerarquía de clase dominante"? ¿Sería el proletariado entero el que se pondría a la cabeza del gobierno? Hay aproximadamente

unos 40 millones de alemanes. ¿Se imagina uno a todos esos 40 millones miembros del gobierno? El pueblo entero gobernará y no habrá gobernados. Pero entonces no habrá gobierno, no habrá Estado; mientras que si hay Estado habrá gobernados, habrá esclavos.

Este dilema se resuelve fácilmente en la teoría marxista. Entienden por gobierno del pueblo el gobierno de un pequeño número de representantes elegidos por el pueblo. El sufragio universal —el derecho de elección por todo el pueblo de los representantes del pueblo y de los gerentes del Estado—, tal es la última palabra de los marxistas, lo mismo que de la minoría dominante, tanto más peligroso cuanto que aparece como la expresión de la llamada voluntad del pueblo.

Así, pues, de cualquier parte que se examine esta cuestión, se llega siempre al mismo triste resultado: al gobierno de la inmensa mayoría de las masas del pueblo por la minoría privilegiada. Pero esa minoría, nos dicen los marxistas, estará compuesta de trabajadores. Sí, de *antiguos* trabajadores, quizás, pero que en cuanto se conviertan en gobernantes o representantes del pueblo cesarán de ser trabajadores y considerarán el mundo trabajador desde su altura estatista; no representarán ya desde entonces al pueblo sino a sí mismos y a sus pretensiones de querer gobernar al pueblo. El que quiera dudarlo no sabe nada de la naturaleza humana.

Pero esos elegidos serán convencidos ardientes y además socialistas científicos. Estas palabras *socialistas científicos*, que se encuentran incesantemente en las obras y discursos de los lassallianos y de los marxistas, prueban por sí mismas que el llamado Estado del pueblo no será más que una administración bastante despótica de las masas del pueblo por una aristocracia nueva y muy poco numerosa de los verdaderos y seudosabios. El pueblo no es sabio, por tanto será enteramente eximido de las preocupaciones gubernamentales y será globalmente incluido en el rebaño administrado. ¡Hermosa liberación!

Los marxistas se dan cuenta de esa contradicción y, reconociendo que un gobierno de sabios —el más pesado, el más ultrajante y el más despreciable del mundo— será, a pesar de todas las formas democráticas, una verdadera dictadura,

se consuelan con el pensamiento de que esa dictadura será provisional y corta. Dicen que su sola preocupación y su solo objetivo será educar y elevar al pueblo, tanto desde el punto de vista económico como del político, a un nivel tal, que todo gobierno se haga pronto superfluo, y el Estado, perdiendo su carácter político, es decir de dominación, se transforme en una organización absolutamente libre de los intereses económicos de las comunas.

Tenemos aquí una contradicción flagrante. Si el Estado fuese verdaderamente popular, ¿qué necesidad hay de abolirlo? Y si el gobierno del pueblo es indispensable para la emancipación real del pueblo, ¿cómo es que se atreven a llamarlo popular? Por nuestra polémica contra ellos, les hemos hecho confesar que la libertad o la anarquía, es decir la organización libre de las masas laboriosas de abajo arriba, es el objetivo final del desenvolvimiento social y que todo Estado, sin exceptuar su Estado popular, es un yugo que, por una parte, engendra el despotismo y por la otra la esclavitud.

Dicen que tal dictadura-yugo estatista es un medio transitorio inevitable para poder alcanzar la emancipación íntegra del pueblo: anarquía o libertad, es el objetivo; Estado o dictadura, es el medio. Así, pues, con el fin de emancipar las masas laboriosas, es preciso ante todo subyugarlas.

Sobre esa contradicción se ha detenido por el momento nuestra polémica. Ellos afirman que sólo la dictadura —la suya, evidentemente— puede crear la voluntad del pueblo; respondemos: ninguna dictadura puede tener otro objeto que su propia perpetuación ni es capaz de engendrar y desarrollar en el pueblo que la soporta más que la esclavitud; la libertad no puede ser creada más que por la libertad, es decir, por la rebelión del pueblo y por la organización libre de las masas laboriosas de abajo arriba.

Tenemos intención de examinar luego con más detalles y desde más cerca esta cuestión a cuyo alrededor gira todo el interés de la historia contemporánea. Por el momento, atraemos la atención del lector sobre el hecho siguiente, hecho muy significativo que se repite invariablemente.

Mientras que la teoría políticossocial de los socialistas antiestatistas o anarquistas los lleva infalible y directamente a una ruptura completa con todos los gobiernos, con to-

dos los matices de la política burguesa, no dejando otra salida que la revolución social, la teoría opuesta de los comunistas estatistas y de la autoridad científica arrastra con la misma infalibilidad y embrolla a sus partidarios, bajo el pretexto de táctica política, en transacciones incesantes con los gobiernos y los diferentes partidos políticos burgueses; en otras palabras, los lleva directamente hacia la reacción.

Lassalle mismo es la mejor prueba de ello. Todos conocen sus relaciones y sus negociaciones con Bismarck. Liberales y demócratas, contra quienes llevaba a cabo una guerra implacable y muy hábil, aprovecharon eso para acusarlo de estar vendido al enemigo. Lo mismo, aunque menos manifestamente, murmuraban entre sí los partidarios personales de Marx en Alemania. Pero unos y otros mentían. Lassalle era rico y no tenía ninguna razón para dejarse comprar: era demasiado inteligente y demasiado orgulloso para preferir al papel de agitador independiente la situación despreciable de un agente de un gobierno o de cualquiera que fuese.

Hemos dicho ya que Lassalle no era un hombre del pueblo, porque era demasiado elegante para tener contacto con el proletariado fuera de las reuniones públicas, donde lo magnetizaba generalmente por su talento oratorio notable; estaba demasiado mimado por la riqueza y por los hábitos que se derivan de una existencia elegante y caprichosa, para hallar la menor satisfacción en el seno del pueblo; y, en fin, era demasiado consciente de su superioridad intelectual para no experimentar un cierto desprecio ante la multitud iletrada y grosera a que se dirigía más bien como un médico a su enfermo que como de hermano a hermano. En esos límites estaba seriamente consagrado a la causa del pueblo, lo mismo que un médico honesto está consagrado a la curación de su enfermo a quien, por lo demás, considera menos como hombre que como objeto. Estamos firmemente convencidos de que era hasta tal punto honesto y orgulloso, que nada del mundo le habría hecho traicionar la causa del pueblo.

No hay necesidad de recurrir a viles suposiciones para explicarse las relaciones y las transacciones de Lassalle con el ministro prusiano. Lassalle estaba, como hemos dicho, en guerra abierta con todos los matices liberales y

demócratas y despreciaba profundamente a esos retóricos inocentes cuya impotencia e inconsistencia veía tan claramente; Bismarck luchaba también contra ellos, bien que por razones diferentes; ese fué, pues, el primer pretexto para un acercamiento. Pero la base fundamental consistía en el programa político y social de Lassalle, en la teoría comunista creada por el señor Marx.

El punto cardinal de ese programa es la emancipación (imaginaria) del proletariado *por el solo medio del Estado*. Mas para eso sería preciso que el Estado quisiera convertirse en el libertador del proletariado del yugo del capital burgués. ¿Cómo hacer para llegar a inspirar tal voluntad al Estado? Únicamente dos medios pueden concurrir a ese fin. El proletariado debe realizar una revolución para conquistar el Estado, medio heroico. Según nosotros, una vez en posesión del Estado, deberá destruirlo inmediatamente, como prisión eterna de la masa laboriosa; pero según la teoría del señor Marx el pueblo, no sólo no debe destruirlo, sino que, al contrario, debe afirmarlo y reforzarlo y ponerlo en ese estado en manos de sus bienhechores, padrinos y maestros, de los jefes del partido comunista, es decir del señor Marx y de sus amigos, que comenzarán entonces a libertar a su modo. Centralizarían las riendas del Poder en un puño de hierro, porque el pueblo ignorante exige una tutela muy enérgica; fundarían un solo banco del Estado que concentraría en sus manos toda la producción comercial, industrial, agrícola y hasta científica y repartirían la masa del pueblo en dos ejércitos: uno industrial y otro agrícola, bajo el mando directo de los ingenieros del Estado, que formarían así la nueva casta privilegiada político-científica del Estado.

¡Admirad el objetivo brillante que coloca ante el pueblo alemán la escuela de los comunistas alemanes! Mas para llegar a todos esos beneficios, es indispensable ante todo dar un pasito inocente, ¡la revolución! ¡Esperad que los alemanes hagan una revolución! Discutir indefinidamente sobre la revolución, pase, pero, en cuanto a hacerla...

Los mismos alemanes no creen en la revolución alemana. Será preciso que otro pueblo la comience o que una fuerza exterior cualquiera pueda arrastrarlos o impulsarlos a ella; por sí mismos, no irán nunca más allá del estadio de la ar-

gumentación. Es preciso, por consiguiente, buscar otro medio para conquistar el Estado. Es preciso conquistar la simpatía de los hombres que se encuentran o podrían encontrarse a la cabeza del Estado...

En la época de la actividad de Lassalle, como por lo demás hoy todavía, era Bismarck quien estaba a la cabeza del Estado. ¿Quién habría podido reemplazarlo? Los partidos liberal y democrático-progresista estaban vencidos; quedaba sólo el partido puramente democrático que más tarde tomó el nombre de Partido Popular. Pero ese partido era insignificante en el norte, un poco más numeroso en el sur, y aspiraba directamente a la hegemonía del Imperio austriaco. Los últimos acontecimientos han probado que ese partido exclusivamente burgués no poseía ninguna independencia ni fuerza. Cayó completamente en ruinas en 1870.

Lassalle estaba dotado sobre todo del instinto y del sentido práctico que faltaban a Marx y a sus partidarios. Como sucede con todos los teóricos, Marx era un soñador incorregible en la práctica. Lo había demostrado por la campaña infortunada en la Asociación Internacional que tuvo por fin el establecimiento de su dictadura en la Internacional y por medio de la Internacional en todo el movimiento revolucionario del proletariado de Europa y de América. Es preciso estar loco o ser un sabio totalmente abstracto para proponerse tal finalidad. El señor Marx ha sufrido en el corriente año una derrota completa y merecida; pero es dudoso que eso le libre de sus quimeras ambiciosas.

Precisamente gracias a esas mismas quimeras y al deseo de adquirir admiradores y partidarios en las filas de la burguesía, Marx impulsó siempre y continúa impulsando al proletariado a transacciones con los radicales burgueses. Jacobino por educación y por predilección, su sueño favorito es la dictadura política. Gambetta y Castelar son los hombres de su ideal. Su corazón, sus pensamientos, se elevan hacia ellos, y si últimamente se vió obligado a descalificarlos, fué sólo porque no pudieron sostener la apariencia de ser socialistas.

Un doble fin es perseguido en ese deseo de transacción con la burguesía radical que se ha evidenciado en Marx cada vez más durante los últimos años: primeramente, la burguesía radical, si llegase a conquistar el poder político,

querrá, tendrá la posibilidad de querer hacer uso de él en beneficio del proletariado; luego una vez conquistado el Poder, el Partido Radical ¿podrá un día resistir la reacción cuya raíz se encuentra en su propio seno?

El Partido Radical burgués se diferencia de la masa laboriosa en que, por sus intereses económicos y políticos, así como por sus hábitos de vida, por su ambición, su vanidad y sus prejuicios, está profundamente y, digámoslo, orgánicamente ligado a la clase explotadora. ¿Cómo podrá querer emplear el Poder, aunque lo hubiese conquistado con ayuda del pueblo, en provecho de este último? Sería simplemente el suicidio de toda una clase, y el suicidio de toda una clase es cosa imposible. Los demócratas más frenéticos y más rojos han sido, son y serán burgueses en tal grado, que bastará siempre una declaración seria de las reivindicaciones e instintos socialistas de parte del pueblo, para forzarlos a lanzarse inmediatamente a la reacción más desenfrenada y más insensata.

Todo eso es lógicamente inevitable; y, lógica aparte, la historia contemporánea demuestra que no puede evitarse. Basta recordar la traición desvergonzada del Partido Republicano rojo en las jornadas de junio de 1848; y, como si tal ejemplo y la cruel lección que le siguió durante un período de veinte años, lección dada por Napoleón III, hubiesen sido insuficientes, la misma cosa se repite aún de nuevo en Francia en 1870-71. Gambetta y su partido se han mostrado los enemigos más encarnizados del socialismo revolucionario. Traicionaron a Francia, entregándola atada de pies y manos, a la reacción que hoy impera en ella. Otro ejemplo está en España. El partido político radical más extremista (el Partido Intransigente) ha demostrado ser el enemigo más encarnizado del socialismo internacional.

Se plantea aún otra cuestión: la burguesía radical, ¿puede realizar sin la insurrección del pueblo un golpe de Estado triunfante? Basta plantear la cuestión para resolverla negativamente: no. Se deduce, pues, que no es el pueblo el que tiene necesidad de la burguesía, sino la burguesía la que tiene necesidad del pueblo para el triunfo de la revolución. Esto se ha hecho evidente en todas partes y en Rusia más que en otros países. Reunid toda nuestra juventud que piensa revolucionariamente, pero que razona con

el espíritu de la nobleza y de la burguesía; mas, en primer lugar, ¿cómo la ligaréis en un solo organismo vital con un pensamiento único y una aspiración única? No puede unirse más que disolviéndose en el pueblo; fuera del pueblo, será siempre una multitud vacía de sentido, sin voluntad propia, charlatana y enteramente impotente.

Los mejores hombres del mundo burgués, burgueses de nacimiento y no por convicción y aspiraciones, no pueden ser útiles sino a condición de que se disuelvan en el pueblo, en la verdadera causa del pueblo; pero si continúan existiendo fuera del pueblo, no sólo le serán inútiles, sino francamente nocivos.

El Partido Radical es un partido aparte; vive y obra fuera del pueblo. ¿Qué significa su tentativa de alianza con el pueblo trabajador? Ni más ni menos que la conciencia de su impotencia, la confesión de que el apoyo del pueblo le es indispensable para conquistar el poder estatista, no en provecho del pueblo, naturalmente, sino en beneficio propio. Y en cuanto lo haya conquistado, se convertirá, inevitablemente, en el enemigo del pueblo; una vez convertido en su enemigo, perderá su punto de apoyo —la fuerza del pueblo— y para quedar en el Poder, aunque no sea más que por un tiempo limitado, estará obligado a buscar nuevas fuentes de energía, pero ya contra el pueblo, en las alianzas y transacciones con los partidos reaccionarios vencidos. Yendo de este modo de compromiso en compromiso, de traición en traición, se vuelve a poner él mismo y vuelve a poner al pueblo en manos de la reacción. Escuchad lo que dice hoy Castelar, republicano encarnizado, convertido en dictador: "La política vive de compromisos y de transacciones; por eso tengo intención de colocar a la cabeza del ejército republicano generales del partido monárquico moderado." Los resultados a que se encamina de ese modo son, naturalmente, claros para todo el mundo.

Lassalle, hombre práctico, comprendía a maravilla todas estas consideraciones; además, despreciaba profundamente a la burguesía alemana y no podía, por consiguiente, aconsejar a los trabajadores que anudasen relaciones con un partido burgués cualquiera.

Quedaba la revolución; pero Lassalle conocía perfectamente a sus compatriotas para confiar en una iniciativa re-

volucionaria de su parte. ¿Qué le quedaba, pues, que hacer? Una sola cosa: trabar relaciones con Bismarck.

El punto de convergencia lo daba la misma teoría de Marx, a saber: un Estado unido, vasto y fuertemente centralizado. Lassalle lo quería y Bismarck lo estaba realizando. ¿Qué les impedía, pues, aliarse?

Desde su advenimiento al ministerio, después del parlamento prusiano de 1848, Bismarck había demostrado que era el enemigo despreciador de la burguesía; en cuanto a su actividad presente, muestra que no es ni fanático ni esclavo del partido feudal de la nobleza, al cual pertenece por su origen y su educación y cuyas alas quiere cortar con la ayuda del partido deshecho, vencido y servilmente obediente de los liberales burgueses, demócratas, republicanos y aun socialistas, que aspiran definitivamente a un denominador común en el Estado.

Su objetivo principal, como el de Lassalle y el de Marx, es el Estado. Por esa razón, Lassalle se mostró incomparablemente más lógico y práctico que Marx, que consideraba a Bismarck como un revolucionario, a su modo, naturalmente, y que soñaba en desposeerlo, por la razón, sin duda, de que ocupaba en el Estado el primer puesto, puesto que, según el señor Marx, debía pertenecerle a él mismo.

Lassalle, no tenía probablemente un amor propio tan grande y no desdeñó de ningún modo entrar en relaciones con Bismarck. En acuerdo completo con el programa político enunciado por Marx y Engels en el *Manifiesto comunista*, Lassalle pedía a Bismarck una sola cosa: que abriera el crédito del Estado a las asociaciones obreras de producción. Pero al mismo tiempo —y eso prueba en qué grado tenía confianza en Bismarck— llevaba a cabo, siempre de acuerdo con el programa, entre los obreros una agitación legal y pacífica en favor de la conquista del sufragio —otra quimera sobre la cual hemos tenido ya ocasión de expresar nuestra opinión—.

La muerte repentina y prematura de Lassalle no le permitió llevar a buen fin sus planes, ni pudo siquiera desarrollarlos suficientemente.

Después de la muerte de Lassalle, se fundó un tercer partido bajo la influencia de los amigos y de los discípulos de Marx, entre la libre federación de las Sociedades para

la Educación de los Trabajadores y el Partido General de los Trabajadores Alemanes. A su frente se encontraron dos hombres de talento, semiobrero uno, literato y discípulo y agente de Marx el otro: los señores Bebel y Liebknecht.

Hemos contado ya las consecuencias molestas de la aventura del señor Liebknecht en Viena, en 1868. El resultado de esa aventura fué el Congreso de Nuremberg (agosto de 1868), en el cual se organizó definitivamente el Partido Socialdemócrata.

Según las intenciones de sus fundadores, que obraban bajo las órdenes directas de Marx, ese partido debía convertirse en la sección pangermánica de la Asociación Internacional de los Trabajadores. Pero las leyes alemanas y sobre todo prusianas impidieron tal filiación. Esta fué anunciada indirectamente del siguiente modo: "El Partido Socialdemócrata de los Trabajadores Alemanes entra en relaciones con la Asociación Internacional de los Trabajadores en lo que las leyes alemanas permitan tales relaciones."

No hay duda de que ese partido ha sido fundado en Alemania con la esperanza y el designio secretos de introducir por su intermedio en la Internacional el programa íntegro de Marx, dejado al margen por el Primer Congreso de Ginebra (1866).

El programa de Marx se convirtió en el programa del Partido Socialdemócrata. Comienza repitiendo algunos párrafos principales del programa de la Internacional, confirmado por el Primer Congreso de Ginebra; pero luego y repentinamente se da un paso brusco hacia la "conquista del poder político", recomendada a los trabajadores alemanes como el "fin más inmediato y más urgente" del nuevo partido, con la adición de la famosa frase: "La conquista de los derechos políticos (sufragio universal, libertad de prensa, libertad de asociación y de reuniones públicas, etc.) como condición preliminar indispensable a la emancipación económica de los trabajadores."

He aquí la significación de esa frase: antes de proceder a la revolución social, los trabajadores deben realizar una revolución política, o, lo que está más en conformidad con el carácter alemán y más simplemente, adquirir los derechos políticos por medio de una agitación pacífica. Y como todo movimiento político no puede ser más que un movimiento

burgués, se desprende de ahí, por consiguiente, que ese programa recomienda a los trabajadores alemanes asimilarse ante todo los intereses y fines burgueses y llevar a cabo un movimiento político en favor de la burguesía radical que, entonces, por reconocimiento, no libertará al pueblo, sino que lo subyugará a una nueva autoridad, a una nueva explotación.

Tuvo lugar una reconciliación conmovedora sobre la base de ese programa entre los trabajadores alemanes y austríacos y los radicales burgueses del Partido Popular. A la conclusión del Congreso de Nuremberg, los delegados elegidos especialmente para ese fin por el congreso, partieron para Stuttgart, donde se concertó una alianza formal, defensiva y ofensiva, entre los representantes de los trabajadores engañados y los jefes del Partido Radical burgués.

Como resultado de esa alianza, unos y otros acudieron, como hermanos, al Segundo Congreso de la Paz y de la Libertad, que abrió sus sesiones en septiembre, en Berna. En ese congreso se produjo un hecho significativo. Si no todos, al menos muchos de nuestros lectores han oído hablar de la escisión que se manifestó por primera vez en ese congreso entre los socialistas y demócratas burgueses y los socialistas revolucionarios que habían pertenecido al partido conocido con el nombre de Alianza o que entraron después en ella.

La cuestión que dió el pretexto exterior a la escisión, inevitable ya desde hacía tiempo, fué expuesta de una manera precisa y clara por los "aliancistas". Querían desnudar a los socialistas y a los demócratas burgueses, forzarlos a expresar abiertamente, no sólo su indiferencia, sino su actitud positivamente hostil hacia la cuestión que podía ser considerada como cuestión popular, es decir, la cuestión social.

Propusieron con este fin a la Liga de la Paz y de la Libertad que reconociera como fin principal de todas sus aspiraciones la igualación de los individuos (no sólo desde el punto de vista político o jurídico, sino sobre todo desde el punto de vista económico) y de las clases (en el sentido de la abolición total de éstas). En una palabra, invitaron a la Liga a aceptar el programa socialrevolucionario.

Dieron expresamente la forma más moderada a su propo-

sición, a fin de que los adversarios, la mayoría de la Liga, no pudiesen enmascarar su negativa por una objeción contra el modo extremo con que era planteado el asunto. Se les dijo claramente: "No nos ocupamos esta vez de la cuestión de los medios para alcanzar el fin. Os preguntamos: ¿Queréis la realización de ese fin? ¿Lo reconocéis como legítimo y actualmente como objetivo principal, por no decir único? ¿Queréis, deseáis realizar la igualdad más completa, no fisiológica o etnológica, sino social y económica entre los hombres, en cualquier parte del mundo que sea, a cualquier nación que pertenezcan? Estamos convencidos, y toda la historia contemporánea está ahí para confirmarlo, de que, en tanto que la humanidad esté repartida en minoría de explotadores y en mayoría de explotados, la libertad es imposible y se convierte en una mentira. Si queréis la libertad para todos, debéis querer, con nosotros, la igualdad entre todos. ¿La queréis o no?"

Si los señores demócratas burgueses y los socialistas hubieran sido más inteligentes, habrían respondido con un sí, a fin de salvar su honor, y habrían, como hombres prácticos, podido postergar la realización de ese fin *ad kalendas graecas*. Los aliancistas, que temían tal respuesta, se habían convenido de antemano para poner a discusión, en esa eventualidad, la cuestión de los medios necesarios para conseguir ese fin. Entonces habría surgido la cuestión de la propiedad colectiva e individual, de la abolición del derecho jurídico y del Estado.

En ese terreno, la mayoría del congreso habría podido estar mejor situada para librar batalla que sobre la primera.

La claridad de la primera cuestión era tal que no permitía ningún subterfugio. En cuanto a la segunda, era más complicada y daba materia a un número infinito de definiciones, lo que, con una cierta habilidad, permitiría hablar y votar contra el socialismo del pueblo y al mismo tiempo darse aires de ser socialista y amigo del pueblo. Bajo este aspecto, la escuela de Marx nos había dado muchos ejemplos; el dictador alemán es tan hospitalario (a condición expresa de que se prosterne uno ante él), que cubre en la hora actual con su bandera un número considerable de socialistas y de demócratas burgueses en el más alto grado, y la Liga de la Paz y de la Libertad habría podido abrigar-

se bajo él con la sola condición de que quisiera reconocerlo como el hombre más grande.

Tal actitud de parte del congreso burgués habría hecho más difícil la posición de los aliancistas; habría resultado una lucha entre la Liga y estos últimos, semejante a la que existe hoy entre ellos y Marx. Pero la Liga se mostró más estúpida y también más honesta que los marxistas; aceptó la batalla en el primer terreno que se le propuso, y a la cuestión de si "exige la igualdad económica, sí o no" respondió en gran mayoría con un *no*. Se separó así definitivamente del proletariado y se condenó a una muerte próxima. Murió y no dejó más que dos sombras extraviadas y quejumbrosas: Armando Goeg y el millonario sansimoniano Lemonnier.

Volvamos ahora al hecho extraño ocurrido en ese congreso, a saber: que los delegados procedentes de Nuremberg y de Stuttgart, es decir, los obreros enviados al Congreso de Nuremberg por el nuevo Partido Socialdemócrata de los Trabajadores Alemanes y los "suavos" burgueses del Partido Popular votaron como un solo hombre, con la mayoría de la Liga, contra la igualdad. Que los burgueses votaran así, no puede sorprender a nadie, no son burgueses en balde. Ningún burgués, aunque fuese el revolucionario más rojo, puede querer la igualdad económica, porque esa igualdad equivale a su muerte.

Pero, ¿de qué modo pudieron votar los trabajadores, miembros del Partido Socialdemócrata contra la igualdad? ¿No es una prueba de que el programa a que están subordinados hoy les conduce directamente a un fin diametralmente opuesto al planteado por su posición social y por su instinto, y que su alianza con los radicales burgueses, concluida para fines políticos, está basada, no en la absorción de la burguesía por el proletariado, sino, al contrario, sobre la subordinación de éste a aquélla?

Otro hecho notable: el Congreso de Bruselas de la Internacional, que clausuró sus sesiones algunos días antes del de Berna, rechazó toda solidaridad con este último, y todos los marxistas que participaron en el Congreso de Bruselas hablaron y votaron en ese sentido. ¿De qué modo se puede explicar entonces que otros marxistas, obrando como los primeros, bajo la influencia directa de Marx, ha-

yan podido llegar a una unanimidad tan conmovedora con la mayoría del Congreso de Berna?

Todo eso ha sido un enigma que no ha podido explicarse hasta ahora. La misma contradicción hay que registrar durante todo el año 1868, y aun después de 1869 en el *Volksstaat*, el órgano principal y oficial, por decirlo así, del Partido Socialdemócrata de los Trabajadores Alemanes, editado por los señores Bebel y Liebknecht. Se encontraban en él algunos artículos bastante enérgicos contra la Liga burguesa; pero eran seguidos por francas declaraciones de ternura, algunas veces por reproches amistosos. El órgano que debía representar los intereses reales del pueblo parecía suplicar a la Liga que reprimiera sus manifestaciones de instintos burgueses demasiado francas y que comprometían a los defensores de la Liga ante los trabajadores.

Tal vacilación en el partido del señor Marx continuó hasta septiembre de 1869, es decir, hasta el Congreso de Basilea. Este congreso forma una época en el desenvolvimiento de la Internacional.

Anteriormente, los alemanes habían tomado una parte muy débil en los congresos de la Internacional. El papel principal era desempeñado por los trabajadores de Francia, de Bélgica, de Suiza y en parte de Inglaterra. Pero ahora los alemanes, que habían organizado su partido a base del programa anteriormente enunciado, más bien políticoburgués que popular y social, se presentaron en el Congreso de Basilea como un regimiento bien disciplinado y votaron, como un solo hombre, bajo la vigilancia severa de uno de sus jefes, el señor Liebknecht.

Lo primero que hicieron fué, naturalmente, la introducción de su programa y la proposición de colocar la cuestión política por encima de toda otra cuestión. Se produjo una batalla encarnizada en la cual los alemanes sufrieron una derrota decisiva. El Congreso de Basilea conservó intacta la pureza del programa de la Internacional y no permitió a los alemanes mutilarla por la introducción de la política burguesa.

Así fué como comenzó la escisión en la Internacional, cuya causa fueron y son los alemanes. Se atrevieron a proponer a una sociedad, preeminentemente internacional, quisieron imponerlo hasta por la fuerza, su programa estre-

chamente burgués, políticonacional, exclusivamente alemán, pangermánico.

Fueron derrotados completamente, y los aliancistas, miembros de la Alianza de los Revolucionarios Socialistas, contribuyeron en mucho a esa derrota. De ahí procede el odio atroz de los alemanes contra la Alianza. El final de 1869 y la primera mitad de 1870, estuvieron repletos de insultos groseros y de intrigas aún más groseras y a menudo abyectas de los marxistas contra los hombres de la Alianza.

Mas todo eso acabó pronto por tranquilizarse bajo la amenaza de la tempestad militar y política que se acumulaba en Alemania y que se difundía por Francia. El resultado de la guerra es conocido: Francia fué vencida y Alemania, transformada en imperio, ocupó su puesto.

Acabamos de decir que Alemania tomó el puesto de Francia. No, ocupó un puesto que ningún otro Estado había ocupado precedentemente en la historia contemporánea; ni siquiera la España de Carlos V ocupó ese puesto; es el imperio de Napoleón I el que podría comparársele en potencia y en influencia.

No sabemos lo que habríamos tenido si Napoleón III hubiese triunfado. La situación, ciertamente, habría sido mala, muy mala; pero no habría podido haber mayor desgracia para el mundo entero, para la libertad de los pueblos, que lo que padecemos ahora. El triunfo de Napoleón III habría tenido consecuencias para los demás países, como una enfermedad aguda, dolorosa, pero de corta duración, porque ningún sector de la nación francesa posee en cantidad suficiente el elemento orgánicamente estatista que es indispensable para la afirmación y la perpetuación de la victoria. Los mismos franceses habrían destruido su hegemonía temporal, que podría, tal vez, adular su vanidad, pero que su temperamento no puede soportar.

No pasa lo mismo con los alemanes. Están creados al mismo tiempo para la esclavitud y para la dominación; el francés es soldado por temperamento, por vanagloria, pero no puede sufrir la disciplina. El alemán se someterá voluntariamente a la disciplina más insoportable, la más ultrajante y la más pesada: incluso está dispuesto a amarla, siempre que lo coloque, o más bien que coloque a su Estado

alemán, por encima de todos los demás Estados y pueblos.

¿Cómo se podría explicar de otro modo ese entusiasmo loco que se apoderó de toda la nación alemana, de todas las capas de la sociedad alemana, a la recepción de las noticias de una serie de victorias brillantes obtenidas por las tropas alemanas y, en fin, de la toma de París? Todos saben bien en Alemania que el resultado inmediato de la victoria será el predominio indudable del elemento militar, que, ya antes, se había distinguido por una villanía sin límites, y que, por consiguiente, en la vida interior del país, eso equivaldría al triunfo de la reacción más vil. ¿Y entonces? Ninguno o casi ningún alemán se asustó: todos se unieron, al contrario, en un entusiasmo unánime. Toda la oposición "suava" se fundió como la nieve ante el brillo del nuevo sol imperial. El Partido Popular desapareció y los burgueses, los nobles, los campesinos, los profesores, los artistas, los literatos, los estudiantes levantaron hasta las nubes el triunfo pangermánico. Todas las sociedades alemanas y todos los círculos del extranjero organizaron regocijos y gritaron "¡Viva el Emperador!...", aquel mismo que ahorcaba a los demócratas en 1848. Todos los liberales, demócratas y republicanos se hicieron bismarckianos; aun en los Estados Unidos, donde habrían podido aprender y habituarse a la libertad, los millones entusiastas de emigrantes festejaron el triunfo del despotismo pangermánico.

Un hecho tan general no puede ser considerado como acontecimiento pasajero. Indica una pasión profunda, viviente en el alma de todo alemán, pasión que parece contener como elementos inseparables el mando y la obediencia, la dominación y la servidumbre.

¿Y los trabajadores alemanes? ¡Bien! Los trabajadores alemanes no han hecho nada, ni una sola declaración enérgica de simpatía y de solidaridad con los trabajadores de Francia. Se celebraron algunos, pocos, mítines donde fueron pronunciadas algunas frases en que callaba el orgullo nacional triunfador, por decirlo así, ante la proclamación de solidaridad internacional. Pero nadie se aventuró más allá de las palabras; y sin embargo se habría podido comenzar por hacer algo en Alemania, completamente desguarnecida de tropas. Es verdad que la mayor parte de los trabajadores estaba enrolada en el ejército, donde cumplían a

perfección el deber de soldados, es decir ametrallaban, estrangulaban, asesinaban y fusilaban por orden de los jefes, y saqueaban también. Algunos de ellos, aun cumpliendo así sus obligaciones militares, escribían al mismo tiempo cartas conmovedoras en el *Volksstaat*, describiendo vívidamente los actos bárbaros perpetrados por las tropas alemanas en Francia.

Hubo, sin embargo, varios ejemplos de oposición más tenaz, como las protestas del valiente viejo Jacoby, que pagó con prisión en la fortaleza, las protestas de Bebel y de Liebknecht, que están aún encerrados en una fortaleza. Pero son ejemplos excepcionales y muy raros. No podemos olvidar el artículo aparecido, en septiembre de 1870, en el *Volksstaat*, y en el cual la satisfacción por el triunfo pangermánico era claramente transparente. Comenzaba por estas palabras: "*Gracias a las victorias obtenidas por las tropas alemanas, la iniciativa histórica ha pasado definitivamente de Francia a Alemania; nosotros, alemanes*", etc.

Se podría decir, en suma, que, sin excepción, el *sentimiento entusiasta del triunfo militar, nacional y político* dominaba en los alemanes y predomina aún. ¡En él se basan principalmente la potencia del Imperio pangermánico y de su gran canciller, el Príncipe de Bismarck!

Las ricas provincias conquistadas, la masa considerable de material de guerra tomado y, en fin, los cinco mil millones que permiten a Alemania mantener un ejército enorme, bien organizado y con un armamento perfecto; la creación del imperio y su subordinación orgánica a la autocracia prusiana; la instalación de nuevas fortalezas y, finalmente, la creación de una flota, todo eso contribuye, es verdad, considerablemente al refuerzo de la potencia pangermánica. Pero su apoyo principal consiste, sin embargo, en la simpatía profunda e indudable del pueblo.

Como se ha expresado uno de nuestros amigos suizos: "Ahora, todo sastre alemán, que viva en Japón, en China o en Moscú, sentirá tras sí la flota alemana y toda la potencia alemana; esa conciencia llena de orgullo, suscitará en él transportes de entusiasmo; el alemán es, en fin, capaz de decir con altivez, como el inglés o el americano, apoyándose en su Estado: soy alemán." Es verdad que cuando el inglés o el americano dicen: "soy inglés", "soy americano",

entiende por esas palabras: "soy un hombre libre"; mientras que el alemán subentiende por esas palabras: "soy un esclavo; pero, en cambio, mi emperador es el más poderoso de los soberanos, y el soldado alemán que me estrangula os estrangulará a todos".

¿Se contentará largo tiempo el pueblo alemán con esa situación? ¿Quién podría decirlo? Había soñado tanto con esa dicha de un Estado único —de un látigo único—, que es preciso creer que querrá disfrutar de él largo tiempo aún. Cada pueblo tiene su gusto particular, y el de un buen látigo estatista predomina en el pueblo alemán.

Que con la centralización estatista comenzarán, y comienzan ya, a desarrollarse en Alemania todos los principios negativos, toda la corrupción, todas las causas de la desorganización intestina que son el resultado inevitable de las vastas centralizaciones políticas, no es dudado por nadie. Es tanto más difícil dudar de ello cuanto que a los ojos de todos comienza ya el proceso de descomposición moral e intelectual; y basta leer los periódicos alemanes —los más conservadores o moderados— para encontrar en todas partes descripciones espantosas de la corrupción que se ha apoderado del público alemán, que, como se sabe, era considerado como el más honesto del mundo.

Es el resultado inevitable del monopolio capitalista, acompañado siempre y en todas partes de un refuerzo y de la ampliación de la centralización estatista. El capital privilegiado y concentrado en manos de un pequeño número se ha convertido, en la hora actual, por decir así, en el alma del Estado político; le da sus créditos a él solo y, a cambio, el Estado le garantiza el derecho ilimitado a explotar el trabajo del pueblo. El monopolio financiero es inseparable del mercado de la Bolsa y está estrechamente ligado a la extracción de sus últimos céntimos por medio de compañías por acciones, comerciales e industriales, pues las masas del pueblo así como de la pequeña y mediana burguesía se empobrecen gradualmente.

Gracias a la especulación de la Bolsa y de las acciones, la antigua virtud burguesa basada en el ahorro, en la moderación y en el trabajo, desaparece de la burguesía actual; se manifiesta una tendencia general hacia un rápido enriquecimiento y como éste no es posible más que por el frau-

de y por el robo llamado legal, y también ilegal, siempre que sea hábil, está claro que debe desaparecer la vieja honestidad y buena fe burguesas.

Es notable ver con qué codicia desaparece, bajo nuestros ojos, la famosa honestidad alemana. La honestidad burguesa alemana era indeciblemente estrecha y estúpida; pero el alemán corrompido es una criatura de tal modo repugnante, que nos faltan palabras para describirlo. En el francés, la corrupción se oculta bajo la gracia y la inteligencia hábil y atractiva, mientras que la corrupción alemana, que no conserva ninguna medida, está en descubierto. Brilla con toda su desnudez repugnante, grosera y estúpida.

Con esta nueva tendencia económica que gana la sociedad alemana entera, desaparece velozmente toda la dignidad de la prensa alemana, del arte alemán, de la ciencia alemana. Los profesores se han vuelto, más que nunca, lacayos y los estudiantes se emborrachan más y más de cerveza a la salud y en honor de su emperador.

¿Y los campesinos? Están perplejos. Sistemáticamente impulsados y retenidos, durante siglos, por la burguesía liberal en los campos de la reacción, constituyen hoy, en su gran mayoría, sobre todo en Austria, en la Alemania central y en Baviera, el apoyo más sólido de la reacción. Deberán pasar aún muchos años antes de que vean y comprendan que el Estado pangermánico unificado y el Emperador, con su enorme personal militar, civil y policíaco les oprimen y les roban.

Los obreros, en fin, están desorientados por sus jefes políticos, literarios o judíos. Su situación es cada año más insostenible; la prueba está en las serias perturbaciones que estallan entre ellos en todas las comarcas industriales principales de Alemania. Casi no pasa un mes o semana sin que haya que registrar una efervescencia y algunas veces incluso una colisión con la policía en una u otra ciudad alemana. Pero no habría que concluir que la revolución del pueblo está próxima: ante todo, porque los jefes odian con tanto ardor como el menor burgués la revolución, y la temen, aunque no cesen de hablar de ella. En razón de ese odio y de ese miedo, conducen el pueblo sobre la vía de la llamada agitación legal y pacífica que resulta generalmente de la elección de uno o dos obreros, o incluso burgueses de

barniz literario, del Partido Socialdemócrata al Parlamento pangermánico. No sólo no es peligroso, sino que, al contrario, es excesivamente útil al Estado alemán, como un pararrayos o una válvula de seguridad.

Y, además, no hay que esperar una revolución alemana, porque existe muy poco elemento revolucionario en el espíritu, el carácter y el temperamento del alemán. El alemán es capaz de razonar indefinidamente contra toda autoridad y aun contra el emperador; pero esa tendencia misma al razonamiento evapora, por decirlo así, sus fuerzas intelectuales y morales, no le da la posibilidad de concentrarse y lo libra, por consiguiente, del peligro de una explosión revolucionaria.

Y, después de todo, ¿cómo se podría unir, en el pueblo alemán, la tendencia revolucionaria con la obediencia hereditaria y la aspiración hacia la dominación que constituye, como hemos repetido más de una vez, la característica fundamental de su esencia? ¿Sabéis cuál es hoy la aspiración que domina en la conciencia y en el instinto de todo alemán? Es el *deseo de ensanchar todo lo posible las fronteras del Imperio alemán*.

Tomad un alemán de cualquier sector social que sea y será mucho que encontréis uno sobre mil, ¿qué digo?, sobre diez mil alemanes que no os responda con la célebre canción de Arndt:

No, no, no; la patria alemana debe ser más vasta.

Todo alemán considera que la obra de la creación de un gran imperio germánico no ha hecho más que comenzar, y que para terminarla es necesario agregarle toda Austria, sin excepción de Hungría, Suecia, Dinamarca, Holanda, una parte de Bélgica, una parte aún de Francia y toda la Suiza hasta los Alpes. Tal es la pasión que hoy sofoca en él todo otro sentimiento. Es esa misma pasión la que dirige actualmente los actos del Partido Socialdemócrata.

Y no creáis que Bismarck era un enemigo tan encarnizado de ese partido como aparentaba serlo. Es demasiado inteligente para no ver que le sirve de gastador, propagando la idea estatista germánica en Austria, en Suecia, en

Dinamarca, en Bélgica, en Holanda y en Suiza. Es la propaganda de esa idea germánica la que forma hoy la principal aspiración de Marx que, como hemos observado, había intentado renovar en su beneficio, en el seno de la Internacional; las hazañas y victorias del Príncipe de Bismarck.

Bismarck tiene en sus manos todos los partidos y es poco probable que los ponga en manos del señor Marx; es actualmente, más que el papa o que la Francia clerical, el jefe de la reacción europea y, se podría decirlo, de la reacción mundial.

La reacción francesa es monstruosa, ridícula y lamentable hasta el extremo, pero de ningún modo peligrosa. Es demasiado insensata, está en contradicción demasiado flagrante con las aspiraciones de la sociedad contemporánea y de la burguesía misma —sin hablar del proletariado—, y con las condiciones de la existencia del Estado, para que pueda convertirse en una fuerza verdadera. No es nada más que una conclusión enfermiza y desesperada del Estado francés moribundo.

El caso es diferente con la reacción pangermánica. No se cuida de las contradicciones groseras y estúpidas con las demandas modernas de la civilización burguesa; trata, al contrario, de obrar en todas las cuestiones de pleno acuerdo con ella. En el arte de ocultar bajo las formas más liberales y aun democráticas sus actos y obras despóticas, superó a su maestro Napoleón III.

Examinad, por ejemplo, la cuestión religiosa. ¿Quién tomó la iniciativa valerosa de reaccionar resueltamente contra las pretensiones medievales de la Santa Sede? Fué Alemania, fué el Príncipe de Bismarck, que no temió las intrigas de los jesuitas, que minaban en todas partes contra él, en el pueblo, donde promovían disturbios, pero sobre todo en la corte imperial, demasiado insuficientemente preparada aún para no inclinarse ante todas las gazmoñerías; no tuvo miedo siquiera de su puñal, de su veneno, con los cuales, desde hacía ya mucho tiempo, tenían el hábito de desembarazarse de sus adversarios peligrosos. El Príncipe de Bismarck asumió una posición tan clara contra la Iglesia católica, que aun el viejo y afable Garibaldi —héroe en el campo de batalla, pero muy mal filósofo y político, que odiaba a los sacerdotes por sobre todas las cosas y en tal

grado que bastaba declararse enemigo suyo para ser proclamado inmediatamente el hombre más liberal y el más avanzado!—, que incluso Garibaldi, decimos, acaba últimamente de publicar un ditirambo entusiasta en honor del gran camaleón alemán, proclamándolo el libertador de Europa y del mundo. El pobre general no ha comprendido que, en la hora actual, esa reacción es incomparablemente peor y más peligrosa que la reacción clerical, malvada, pero impotente, porque es absolutamente imposible ahora; que la reacción estatista es hoy más peligrosa, que es aún posible, que reviste hoy la última y la única forma posible de la reacción. La mayoría de los llamados liberales y demócratas no lo comprenden todavía y por eso muchos de ellos, como Garibaldi, consideran a Bismarck defensor de la libertad del pueblo.

De ese mismo modo ha obrado el Príncipe de Bismarck con respecto a la cuestión social. ¿No había convocado, hace sólo algunos meses, un verdadero congreso social de sabios juristas y economistas políticos de Alemania, a fin de someter a una discusión seria y profunda las cuestiones que interesan en el momento a los obreros? Es verdad que estos señores no pudieron tomar ninguna decisión, y no habrían podido hacerlo, pues les fué planteada una cuestión: ¿cómo se puede aliviar la suerte de los obreros sin cambiar en nada las relaciones existentes entre capital y trabajo?, o lo que quiere decir lo mismo, ¿cómo hacer posible lo imposible? Está claro que han debido separarse sin tomar ninguna decisión; pero la gloria es que Bismarck, al contrario de los demás hombres de Estado de Europa, comprende toda la importancia de la cuestión social y se ocupa de ella seriamente.

En último lugar, dió completa satisfacción a la vanidad política de la burguesía patriótica alemana. No sólo fundó un imperio pangermánico poderoso y unido, sino que le dió las formas de gobierno más liberales y democráticas; le dió un parlamento basado en el sufragio universal, con derecho ilimitado a discutir toda suerte de cuestiones, no reservándose él más que el derecho a no hacer y poner en práctica más que lo que él y su soberano considerasen necesario. De ese modo, dejó el campo libre a algunos para charlar cuanto quieran, reservándose él tres cosas: la ha-

cienda, la policía y el ejército, es decir, la esencia del Estado moderno, la fuerza de la reacción.

Gracias a esos tres pequeños detalles reina hoy soberanamente en toda Alemania y por Alemania en el Continente. Hemos demostrado, y creo evidenciado, que los demás Estados de este Continente son tan débiles, que nadie tiene necesidad de ocuparse de ellos, sea porque están insuficientemente constituídos y no podrán nunca constituir un Estado serio, como Italia, sea, en fin, porque se hallan en estado de descomposición, como Austria, Turquía, Rusia, España y Francia. Entre los adolescentes de una parte y los decrepitos por otra, se levanta, lleno de belleza y de fuerza, el edificio majestuoso del Estado pangermánico, el último abrigo de todos los privilegios y de todos los monopolios, de la civilización burguesa, en una palabra; es la fortaleza poderosa del estatismo, es decir, de la reacción. Sí, no existe en el Continente de Europa más que un solo Estado verdadero, es el Estado pangermánico; el resto es un virreinato del poderoso Imperio alemán.

Ese imperio ha declarado, por boca de su gran Canciller, la guerra hasta el fin contra la revolución social. El Príncipe de Bismarck ha pronunciado su sentencia de muerte en nombre de cuarenta millones de alemanes que lo sostienen y le sirven de apoyo. En cuanto a Marx, su rival envidioso, y tras él todos los jefes del Partido Socialdemócrata en Alemania, declararon por su parte, como confirmación de la declaración de Bismarck, una guerra igualmente encarnizada contra la revolución social.

Vemos que, actualmente, por una parte, se encuentra la reacción más completa, realizada en el Imperio pangermánico, en el pueblo alemán, únicamente movido por la sola pasión de conquista y de dominación, es decir, de estatización; por la otra, se levanta, como única defensora de la liberación de los pueblos y de los millones de trabajadores, la revolución social. Por el momento, ha concentrado sus fuerzas en el sur de Europa: en Italia, en España, en Francia; pero esperamos que pronto se unirán también a ella los pueblos del noroeste: Bélgica, Holanda y, sobre todo, Inglaterra y, en fin, más tarde todas las razas eslavas.

Está inscripto en la bandera pangermánica: *Mantenimiento y refuerzo del Estado a todo precio*. Pero en la bandera

socialista revolucionaria, en nuestra bandera, están inscriptas, en contraposición, con letras relumbrantes y sangrientas, las palabras: *Abolición de todos los Estados; destrucción de la civilización burguesa; libre organización de abajo arriba, por medio de las asociaciones libres; organización de la masa oprimida por el duro trabajo, de toda la humanidad liberada; creación de un mundo nuevo, el de toda la humanidad solidarizada*.

APENDICE A

APENDICE A

Para que no exista malentendido, queremos precisar que lo que llamamos ideal del pueblo no tiene ninguna analogía con las soluciones, fórmulas y teorías político-sociales elaboradas al margen de éste por sabios o semisabios desocupados, y generosamente ofrecidas a la multitud ignorante como condición expresa de su organización futura. No tenemos la menor fe en esas teorías y las mejores de ellas nos hacen el efecto de lechos de Procusto, por demasiado angostos para abarcar el curso amplio y poderoso de la vida popular.

La ciencia más racional y más profunda no puede adivinar las formas que asumirá la vida social en el porvenir. Solamente puede definir los factores negativos que derivan lógicamente de una crítica rigurosa de la sociedad actual. En consecuencia, la ciencia económico-política, al proceder a esta crítica, ha llegado a la negación de la propiedad individual hereditaria y, por ello, al concepto abstracto y por así decirlo, negativo, de la propiedad colectiva como condición necesaria del futuro sistema social. Del mismo modo, ha llegado incluso a negar la noción misma del Estado y del sistema estatal, es decir, de todo el sistema que consiste en gobernar la sociedad de arriba abajo en nombre de un pretendido derecho teológico o metafísico, divino o científico y, acto seguido, a emitir el concepto diametralmente opuesto, a saber: la anarquía, es decir, la organización libre y autónoma de todas las unidades o partes separadas que componen las comunas y su federación libre, de abajo arriba, y no por inducción de una autoridad cualquiera, aunque sea elegida, ni tampoco de formulaciones de ninguna teoría sabia, sino como consecuencia del desarrollo natural de las necesidades de todo orden que la propia vida habrá hecho aparecer.

Por tanto, ningún sabio está en condiciones de enseñar al pueblo, o de definir por sí mismo lo que será o deberá ser la forma de vida del pueblo al día siguiente de la revolución social. Ese modo de vida se verá determinado, en primer lugar, por la situación de cada pueblo y, en segundo lugar, por las necesidades que nacerán en cada uno de ellos y que se manifestarán con el máximo vigor, pero en modo alguno según directrices o notas explicativas procedentes de arriba ni, de manera general por teorías, no importa cuáles, concebidas la víspera de la Revolución.

Sabemos que en la actualidad hay en Rusia una tendencia favorable a la formación de sedicentes educadores del pueblo. Algunos pretenden que se debe empezar por instruir al pueblo y que, una vez éste instruido de modo que pueda comprender sus derechos y sus deberes, entonces se le podrá empujar a la revuelta. Pero de inmediato se plantea un problema ¿Qué se le va a enseñar al pueblo? ¿No es cierto que vosotros mismos no sabéis lo que no podéis saber y que deberíais empezar por aprender de ese pueblo?

En esta tendencia o partido, que por otra parte dista de ser nueva, hay que distinguir dos categorías de gentes:

La más numerosa es la de los doctrinarios, la de los charlatanes, quienes en su mayoría se mixtifican ellos mismos y, sin rechazar las satisfacciones y beneficios que la sociedad actual procura a una minoría de ricos y privilegiados, desean conservar a la vez, o adquirir, la reputación de hombres fundamentalmente dedicados a la causa de la emancipación popular, es decir, de revolucionarios, siempre que ésto no implique demasiados inconvenientes. Demasiados señores de este tipo han hecho su aparición en Rusia. Se les ve fundar bancos populares, cooperativas de consumo y producción, ocuparse asimismo de los problemas de la mujer e intitularse ruidosamente defensores de la ciencia, positivistas, y ahora marxistas.

El rasgo común que los caracteriza es el de no aceptar ningún sacrificio, el de proteger y salvaguardar por encima de todo su querida persona, y al mismo tiempo aparentar formas de hombres avanzados en todos los aspectos. Con gente de esta categoría, por numerosa que sea, cualquier discusión es inútil. Antes de la revolución la tarea a realizar con ellos es la de desenmascararlos y confundirlos; en el momento de la revolución.... bueno, entonces hay que esperar que

esa gente desaparecerá voluntariamente.

Ahora bien, existe otra categoría compuesta por gente joven y honrada, sinceramente preocupada, la cual, en los últimos tiempos se ha lanzado como desesperada en esa tendencia, sólo porque creen que en las circunstancias actuales, ni hay otras causas que servir ni otra alternativa. No daremos más detalles característicos de estos jóvenes para no atraer sobre ellos la atención de la policía; pero los pertenecientes a ese grupo que lean estas líneas, comprenderán que nuestras palabras se dirigen a ellos.

Precisamente desearíamos preguntarles lo que entienden por instruir al pueblo. ¿Se trata de enseñarles la ciencia racional? Por lo que sabemos de ellos, su objetivo no es ése. Ellos no ignoran que el gobierno pondría coto claramente, desde la primera tentativa, a toda persona que intentara introducir la ciencia en las escuelas públicas y que, por otra parte, nuestro propio pueblo, en la situación miserable en que se halla, no tiene cura. Para hacerle accesibles las cuestiones teóricas es necesario modificar su vida y, para empezar, transformar radicalmente las condiciones materiales de su existencia, sustrayéndole a la miseria que le abruma por todas partes y le condena, por decirlo así, a los tormentos del hambre.

¿De qué manera pueden las gentes honradas modificar la vida material del pueblo? No tienen en modo alguno el poder, y el Estado, como intentaremos demostrar más adelante, es incapaz de mejorar la condición material del pueblo; la única cosa que el Estado puede hacer en favor de éste es disolverse, desaparecer, dado que su existencia es incompatible con la felicidad del pueblo, felicidad que sólo podrá ser creada por el pueblo mismo.

¿Qué pueden hacer sus amigos? Impulsarle a un movimiento y a una acción autónoma, y para empezar lo afirman precisamente los defensores de buena fe de la tendencia de la que acabamos de hablar— indicarle las vías y los medios que le llevarán a la emancipación.

Las vías y los medios pueden ser de dos clases: unas puramente revolucionarias y encaminadas directamente a la organización de un levantamiento general del pueblo; las otras más pacíficas, abordando su emancipación por medio de una transformación sistemáticamente lenta, pero al mismo tiempo radical, de sus condiciones de existen-

cia. Esta segunda táctica, si se quiere seguir con sinceridad, excluye, no es necesario decirlo, la indecente insistencia de los economistas burgueses en favor del ahorro, por la sencilla razón de que el pueblo proletario en general y el nuestro en particular, no puede ahorrar ni un solo céntimo.

Entonces, ¿qué pueden hacer las personas honestas para impulsar a nuestro pueblo por la vía de una lenta, pero radical transformación de sus condiciones materiales? Primeramente, el gobierno guardián y paternal no lo tolerará; segundo, los campesinos, ¡ay! no comprenderán nada y se contentarán con la cabeza de los profesores; y por fin, la propia sociología y la ciencia del porvenir; en el momento actual es mucho más rica en preguntas no resueltas que en respuestas positivas, y no tenemos que decir que nuestros miserables mujiks no disponen en verdad del ocio suficiente para interesarse por ellas; no se puede actuar sobre ellos si no es por medio de una acción práctica, pero en modo alguno por medio de teorías...

¿Cuál puede ser esta acción práctica? ¿Debe ésta empezar por marcarse como finalidad principal, ya que no como fin único, el empujar a nuestra inmensa masa campesina por el camino de las transformaciones económicas que sólo la afectan a ella y concebidas dentro del espíritu de la sociología moderna? Si es así, esta acción no puede ser otra cosa que la formación de asociaciones artesanales y de asociaciones cooperativas de préstamos, de consumo y de producción, yendo estas últimas sobre todo más directamente que las otras en el sentido de la finalidad: la emancipación del Trabajo del dominio del Capital.

Pero ¿es posible esta emancipación en las condiciones económicas que rigen la sociedad actual? La ciencia, apoyándose sobre hechos y precisamente sobre toda una serie de experiencias llevadas a cabo en los últimos veinticinco años en una serie de países, responde categóricamente que es imposible. Lassalle, de quien dicho sea de paso estamos muy alejados, ha demostrado en sus libros esta imposibilidad de la manera más brillante y popular, y en esto están de acuerdo con él todos los economistas modernos, burgueses, ciertamente, pero serios, que parecen descubrir de mala gana la impotencia del sistema cooperativo, en el que ven con bastante razón una defensa contra el rayo de la revolución social.

Por su lado y durante años, la Internacional ha agitado la cuestión de las asociaciones cooperativas; basándose en numerosos argumentos, la Internacional ha llegado a las siguientes conclusiones, formuladas en el Congreso de Lausana (1867) y confirmadas en el Congreso de Bruselas (1868). (1).

(1) Como conclusión al informe de la Comisión, de la que Charles Longuet era el portavoz, el Congreso de Lausana adoptó la siguiente resolución: "El Congreso invita de manera urgente a los miembros de la Asociación de Trabajadores en los diferentes países, a utilizar su influencia para convencer a las asociaciones de oficios de que apliquen sus fondos a la cooperación de producción, como la mejor manera de utilizar, con el objetivo de lograr la emancipación de las clases obreras, el crédito que dan ahora a la clase media y a los gobiernos. Aquellas sociedades que no crean en el fin de consagrar sus fondos a la constitución de establecimientos cooperativos propios deberían emplear esos fondos para facilitar el establecimiento de la cooperación productiva en general y hacer los esfuerzos necesarios para establecer un sistema de crédito nacional, proporcional a los medios de quienes reclamaran su ayuda, independientemente de los valores metálicos y establecer un sistema de bancos cooperativos". (*Procesos verbales del Congreso de la Asociación internacional de Trabajadores de Lausana, 2-8 septiembre 1867, La Chaux-de-Fonds 1867, p. 75*).

El Congreso de Bruselas adoptó la siguiente resolución: "Cualquier sociedad basada sobre los principios democráticos rechaza toda deducción en nombre del capital, bajo cualquier forma que se presente: renta, interés, beneficio, y confiere así al trabajo todo su derecho, toda su justa remuneración. Así, poco a poco, el obrero, por la disminución de sus horas de trabajo, por la justa remuneración del fruto de sus penas, por la instrucción que la seguridad de su vida le habrá permitido adquirir, por la desaparición de quienes, como vampiros sin entrañas le asfixiaban, entonces el obrero, el obrero libre, el obrero por sí mismo, sólo, habrá cambiado la faz del viejo mundo, (...) El Congreso invita a todos los miembros que forman parte de la Asociación Internacional de Trabajadores a entrar en las diversas sociedades cooperativas, a fin de intentar por todos los medios posibles hacerles adoptar los principios reconocidos por el Congreso en las resoluciones del informe sobre el mejor modo de cooperación". (*Tercer Congreso de la Asociación Internacional de Trabajadores. Informe oficial, suplemento del periódico "El Pueblo Belga", Bruselas, 1868, ps. 41-42*).

La cooperación, bajo todos sus aspectos es incontestablemente una forma equitativa y racional del futuro sistema de producción. Mas para que pueda alcanzar esos objetivos, que son la emancipación de las clases laboriosas, su retribución en función del producto integral de su trabajo y la satisfacción de sus necesidades, la tierra y el capital deben convertirse de algún modo en propiedad colectiva. Mientras esto no se lleve a cabo, la cooperación, en la mayoría de los casos, se verá aplastada por la concurrencia todopoderosa del capital y de la gran propiedad territorial; en los raros casos en que, por ejemplo, tal o cual sociedad de producción, funcionando por fuerza aisladamente, consiguiera sustraerse y escapar a esa concurrencia, este éxito tendría como único resultado la creación de una nueva clase privilegiada de cooperadores satisfechos dentro de la masa miserable de los proletarios. Así, en las condiciones actuales de la economía social, la cooperación no puede aportar la emancipación a las masas obreras; sin embargo, ofrece la ventaja de que incluso ya en el presente habitúa a los trabajadores a unirse, a organizarse y a llevar ellos mismos sus propios asuntos.

Sin embargo, pese a esta innegable utilidad, el movimiento cooperativo que al principio había avanzado a grandes pasos, se ha debilitado sensiblemente en Europa en el curso de los últimos tiempos por la simple razón de que las masas obreras, convencidas hoy de que no pueden obtener la emancipación por ese medio, no han juzgado conveniente recurrir a la cooperación para perfeccionar sus conocimientos prácticos; no confiando ya en ese medio para obtener sus fines, se han apartado de inmediato del camino que lleva a la cooperación, o mejor, que no lleva a ella en absoluto, y ya no tienen tiempo que consagrar a esos ejercicios, incluso útiles.

Lo que es verdadero en el Oeste no podría ser erróneo en el Este, y no pensamos que el movimiento cooperativo pueda asumir una gran amplitud en Rusia. En el momento actual, la cooperación tropieza allí con más obstáculos aún que en Occidente. Una de las principales causas de éxito allí donde ha cuajado reside en la iniciativa individual, la perseverancia y el coraje, pero el espíritu individual está mucho más desarrollado en Occidente que en Rusia, donde reina el espíritu gregario. Además, los propios factores externos, lo mismo sociales que políticos, así como el grado de instrucción, son incom-

parablemente más propicios en Occidente que en Rusia a la formación y a la expansión de las sociedades cooperativas, pero a pesar de todo el movimiento cooperativo retrocede. Por tanto, ¿cómo podría llegar a implantarse en Rusia?

Se dirá que el carácter gregario de los movimientos populares rusos puede favorecerle. Lo que constituye el progreso es el perfeccionamiento incesante de la organización del trabajo, de la industria y de sus productos; sin ese perfeccionamiento, la lucha contra la concurrencia del capital, de por sí ya desigual, es imposible, además de incompatible con una actividad gregaria, por fuerza rutinaria. Esto es lo que hace que en Rusia la cooperación no se pueda desarrollar más que dentro de límites débiles, por no decir ínfimos. Y mientras esto sea así, el capital, con su aplastante superioridad, y el gobierno, con sus medios más aplastantes aún, no sentirá su efecto ni su presencia.

Entretanto, comprendemos perfectamente que algunos hombres jóvenes, demasiados serios y honestos como para consolarse con frases liberales y para disimular su egoísmo con charlatanerías doctrinarias sin alma ni pensamiento, en una palabra, las sabias charlatanerías de los Mirtov y los Kedrov (2) y, demasiado llenos de vida y de entusiasmo por otra parte para permanecer con los brazos cruzados en una vergonzosa pasividad; comprendemos, decimos, que no viendo por otra parte ninguna salida ante ellos, se lancen al movimiento llamado cooperativo. Esto, cuando menos, les ofrece el medio y la oportunidad de entrar en contacto con los trabajadores, de situarse al lado de éstos trabajando al unísono con ellos; de conocerlos bien y, en la medida de lo posible, de agruparlos, aunque sólo sea para alcanzar cualquier objetivo. Todo esto es más consolador y útil que no hacer absolutamente nada.

Desde esta óptica, no somos enemigos de las experiencias cooperativas; pero al mismo tiempo pensamos que los jóvenes que las promueven no deben hacerse ilusiones en cuanto a los resultados que

(2) P. Mirtov y Kedrov eran los seudónimos de Lavrov, quien, después de su deportación en 1866 al norte de Rusia, no podía publicar nada con su nombre. Sus *Cartas Históricas* aparecieron en 1868-1869 en la revista *Nedelja* bajo el seudónimo de Mirtov, pero Lavrov continuó utilizando esos seudónimos para los escritos que publicaba en Rusia, mientras residía, desde 1870, en el extranjero.

puedan alcanzar. En las grandes ciudades y en los pueblos que posean una fábrica, y entre los trabajadores, los resultados pueden ser bastante estimables. Por el contrario, serán insignificantes en la población rural, donde se perderán como el grano de arena en el desierto o la gota de agua en el mar...

Mas, ¿es cierto que no existe hoy en Rusia otra alternativa u otra causa a la que entregarse, al margen de las empresas cooperativas? Pensamos francamente que esto no es exacto.

Hay en el pueblo ruso y a gran escala, dos factores que podemos considerar como las condiciones previas de la revolución social. Este pueblo tiene todas las razones para cansarse de su miseria extremada y de una servidumbre, modelo en su género. Sus sufrimientos son infinitos, y no los soporta con paciencia y resignación, sino con profunda y feroz desesperación que, dos veces ya en la historia, se ha traducido en tremendas explosiones populares: la rebelión de Stenka Razin y la de Putgatchev y que hoy, en nuestros días, no deja de expresarse en continuos motines campesinos.

¿Qué es, pues, lo que le impide llevar a cabo una revolución victoriosa? ¿Acaso la ausencia de un ideal común capaz de concebir una revolución popular, de conferirle un objetivo bien definido, ideal sin el cual, ya lo hemos dicho, no existe rebelión simultánea y generalizada del pueblo entero, ni puede darse, en consecuencia, el éxito de la revolución? Ahora bien, ¿sería justo afirmar que este ideal no existe ya en el pueblo ruso?

Si este ideal no existiera, si no hubiera penetrado en la conciencia del pueblo, por lo menos en sus rasgos esenciales, habría que abandonar cualquier esperanza de una revolución en Rusia, porque ese ideal proviene de las profundidades de la vida del pueblo, deriva necesariamente de las vicisitudes que éste ha sufrido a través de la historia, de sus aspiraciones, de sus sufrimientos, de sus protestas, de su lucha, sin dejar de ser al propio tiempo la expresión, digamos, hecha imagen, inteligible para todos y siempre muy elemental, de sus verdaderas necesidades y esperanzas.

Está claro que si el pueblo no asimila por sí mismo este ideal, nadie estará en condiciones de proporcionárselo. Porque, en efecto, no se puede dar al individuo, a la sociedad o al pueblo lo que no existe en ellos, no sólo en germen, sino ni siquiera desarrollado hasta

cierto punto. Tomemos al individuo; si una edad no existe en él en forma de noción más o menos clara que ayude, por así decirlo, al instinto a revelarse, por mucho que hagáis no conseguiréis explicársela ni, sobre todo, hacérsela concebir. Tomad a un burgués satisfecho de su suerte. ¿Alentáis la esperanza de hacerle admitir un día que el proletario tiene derecho a todos los placeres, a todas las satisfacciones, a desarrollar plenamente su humanidad y a participar en un plano de igualdad en todas las ventajas de la vida social, o de demostrarle la legitimidad y la saludable necesidad de la revolución social? Evidentemente, no; si no habéis perdido la razón, ni siquiera lo intentaréis. ¿Y porqué no lo intentaréis? Porque tendréis la certeza (aún admitiendo que ese burgués sea de buena índole, inteligente, que tenga nobleza de carácter, grandeza de espíritu, que sea dado a la justicia —ya veis las concesiones que hago, pues burgueses de este tipo existen pocos— incluso muy cultivado, e incluso sabio) de que no os comprenderá y de que nunca será un revolucionario socialista. ¿Y porqué no lo será? Por la simple razón de que la vida no ha creado en él las aspiraciones naturales que corresponden a vuestra idea revolucionaria y socialista. Si por el contrario esas aspiraciones existieran en su espíritu, aun cuando sólo en germen o en las formas más rudimentarias, no importa cual fuere su estimación por la sensualidad o la satisfacción de su amor propio que le proporciona su situación social, no podría sentirse satisfecho de sí mismo.

Por el contrario, tomado al individuo menos instruido o ignaro; a poco que descubráis en él sentimientos instintivos, incluso oscuros, aspiraciones desinteresadas que se corresponden con la idea socialista revolucionaria, por muy primitivas que sean sus verdaderas nociones, vosotros no os asustaréis, sino que os ocuparéis de él seriamente, con interés, y entonces veréis con qué amplitud y pasión captará y asimilará vuestra idea; o más bien la suya propia, porque no será entonces otra cosa que la expresión clara, plena y lógica de su propio instinto, de manera que en esencia no le habréis dado ni aportado nada nuevo, sino simplemente le habréis revelado lo que ya existía en él antes de vuestro encuentro. He aquí por qué digo que nadie puede dar nada a nadie.

Mas si esto es verdadero aplicado al individuo, lo es tanto más aplicado al pueblo entero. Hace falta ser un triple imbécil o un

doctrinario incurable para imaginar que se pueda dar algo al pueblo, hacerle el regalo de un material determinado o de otra mentalidad o moralidad, es decir, de una verdad nueva; que se pueda imprimir así arbitrariamente a su existencia una nueva orientación o, como pretendía Chadaiev (3) hace treinta y seis años, hablando precisamente del pueblo ruso, escribir sobre él no importa qué como sobre una página virgen.

Hasta ahora y por parte de los grandes genios, hay pocos que hayan hecho verdaderamente algo por el pueblo; los genios del pueblo son grandes aristócratas y todo lo que han hecho hasta hoy no ha servido más que para instruir, fortificar y enriquecer a la minoría explotadora; las masas miserables, abandonadas y oprimidas por todo el mundo, tuvieron que abrirse su camino, repleto de inmenso martirio, hacia la libertad y la luz por medio de incesantes esfuerzos, oscuros y estériles. Los más grandes genios no han aportado ni podían aportar una sustancia nueva a la sociedad, pues creados ellos mismos por esa sociedad, al continuar y ampliar la obra de los siglos, no han hecho otra cosa que aportar, y seguirán aportando, formas nuevas para esa misma sustancia que renueva y desarrolla sin cesar la evolución de la vida social.

Ahora bien, lo repito, los genios más ilustres no han hecho nada, o muy poco, hasta nuestros días, por el pueblo, es decir, por los millones y millones de proletarios. La vida, la evolución, el progreso

(3) Petr Jakovlevic Chadaiev (1793 ó 1796-1856). Historiador y publicista. Desde 1830 circulaban en Moscú, escritas en francés y manuscritas, sus famosas "cartas filosóficas", de las cuales la primera, publicada en 1836 en el *Teleskop*, supuso la prohibición del periódico por parte de la censura. Sus escritos planteaban la cuestión de las relaciones de Rusia con Occidente. Fue entonces considerado como el precursor de los "occidentófilos". Bakunin quiere hablar de la "Apología de un loco" escrita en 1837. En sus "cartas", Chadaiev exponía su filosofía de la historia: Rusia permanece al margen de la historia, no tiene pasado ni tradición nacional; no ha dado nada a la humanidad capaz de contribuir al progreso general, pues Rusia ha recibido el cristianismo bajo la forma del cisma bizantino. Si Rusia no quiere permanecer al margen del movimiento universal continental, debe amalgamarse con Europa occidental, imponiéndose un ciclo de educación.

En su "Apología de un loco", Chadaiev ha corregido, contradiciéndose, ciertas ideas enunciadas en sus "cartas". Constata que la historia de Rusia ha comenzado con Pedro el Grande, que ahora tiene un presente y un porvenir y que la asimilación de Rusia a Europa se realiza por la voluntad y el hecho de los Príncipes.

del pueblo pertenece exclusivamente al propio pueblo. Este progreso, no se lleva a cabo, ciertamente, por medio de estudios librescos, sino por un crecimiento natural de la experiencia y del pensamiento; transmitido de generación en generación, el progreso evoluciona necesariamente, desarrolla su propia sustancia, se perfecciona y toma forma evidentemente con extremada lentitud; un número infinito de onerosas y amargas vicisitudes históricas han hecho comprender, por fin, en nuestros días a las masas populares de todos los países, o cuando menos a ciertos países de Europa, que nada tienen que esperar de los Estados actuales, ni de una manera general de las revoluciones políticas, y que sólo llegarán a emanciparse por su propio esfuerzo, por medio de la revolución social. Esto mismo define el ideal universal que anima hoy a las masas populares de este país y las hace actuar.

¿Existe este ideal en la concepción del pueblo ruso? Existe, no hay duda y ni siquiera es necesario analizar profundamente la conciencia histórica de nuestro pueblo para definir los rasgos fundamentales del mismo.

El primero y el principal de estos rasgos es la convicción, compartida por el pueblo entero, de que la tierra, esa tierra regada con su sudor y fecundada por su trabajo, le pertenece integralmente. El segundo, no menos importante, es la convicción de que el derecho al disfrute de la tierra no pertenece al individuo, sino a la comunidad rural entera, al mir, que reparte la tierra, con carácter temporal, entre los miembros de la comunidad. El tercero de estos rasgos, de importancia equiparable a los dos precedentes, es la autonomía casi absoluta al mismo tiempo que la gestión comunitaria del mir y, en consecuencia, la hostilidad manifiesta de este último respecto al Estado.

Estos son los tres rasgos fundamentales que caracterizan el ideal del pueblo ruso. Por su naturaleza, corresponden plenamente al ideal que se ha formado en los últimos tiempos en la conciencia del proletariado de los países latinos, los cuales se hallan hoy infinitamente más cerca de la revolución social que los países germánicos. De cualquier modo, el ideal del pueblo ruso se ve oscurecido por otros tres rasgos que desnaturalizan su carácter y complican en extremo, retrasándola, su realización; rasgos éstos que debemos combatir con toda

energía y que es tanto más fácil de realizar cuanto que el pueblo mismo ha iniciado ya el combate.

Estos tres rasgos son: 1. El Estado patriarcal; 2. La absorción del individuo por el mir; 3. La confianza en el zar.

Se podría añadir, como cuarto resgo característico, la religión cristiana, lo mismo si ésta se reclama de la iglesia ortodoxa oficial que si lo hace de una secta; pero a nuestro juicio, en Rusia esta cuestión dista de revestir la misma importancia que en los países católicos o protestantes de Europa occidental. Los revolucionarios socialistas, no es necesario decirlo, no olvidan este factor y aprovechan cualquier ocasión para manifestar delante del pueblo, la verdad, mortal para el Señor Sabaoth y para sus representantes en la tierra, teólogos, metafísicos, políticos, juristas, policías y economistas burgueses. Pero ellos no sitúan la cuestión religiosa en el primer plano, persuadidos de que la superstición religiosa, consecuencia natural de su oscurantismo, se halla, sin embargo menos enraizado en su ignorancia que en su miseria, en sus sufrimientos materiales y en las vejaciones inauditas que ese pueblo sufre cotidianamente; de que las ideas y las historias religiosas, al inclinarse fantásticamente hacia el absurdo, tienen un aspecto mucho más práctico que teórico y son, por ello, menos una aberración que una protesta de la vida, de la libertad y de la pasión contra el peso insoportable de la existencia; que la Iglesia es para el pueblo como un cabaret de los cielos, lo mismo que el cabaret es una especie de Iglesia celeste en la tierra; tanto en la Iglesia como en el cabaret, el pueblo olvida, aunque sea sólo un instante, el hambre, la opresión, las humillaciones, y trata de mitigar la sensación de su miseria cotidiana, ya por medio de una creencia insensata, ya por medio del vino. Una y otra embriaguez se equivalen.

Los revolucionarios socialistas lo saben y están por ello convencidos de que sólo se podrá suprimir el sentimiento religioso en el pueblo por medio de la revolución social y no por la propaganda abstracta y doctrinaria de los llamados librepensadores. Esos señores librepensadores son burgueses de los pies a la cabeza, incorregibles metafísicos por sus modos, por sus hábitos y su manera de vivir, incluso cuando se llaman positivistas y se creen materialistas. Les parece que la vida deriva del pensamiento, que es la realización de

una idea preestablecida partiendo de la cual afirman que su pensamiento, por supuesto su indigente pensamiento, debe dirigir a la vida misma; no comprenden que el pensamiento, por el contrario, deriva de la vida y que, para transformar el pensamiento hay que transformar la vida. Dad al pueblo una existencia ampliamente humana y os asombrará por el profundo racionalismo de sus ideas.

Los doctrinarios inveterados que se titulan a sí mismo librepensadores, disponen todavía de otra razón para preferir la propaganda doctrinal antirreligiosa a la acción práctica. Son en su mayoría mezquinos revolucionarios y egoístas vanidosos al mismo tiempo que individuos perezosos. Además, y debido a su posición social, pertenecen a las clases cultivadas y están apegados a sus comodidades, al lujo refinado, a los vanos placeres del espíritu de que está repleta la vida de estas clases. Comprenden que la revolución popular, brutal y expeditiva por su propia naturaleza tanto como por los fines perseguidos, no se detendrá ante la abolición del mundo burgués que tantas delicias les procura; por tanto, e independientemente del hecho de que no están en modo alguno dispuestos a sufrir las serias implicaciones a las que se exponen quienes sirven honradamente la causa revolucionaria, ni a suscitar la indignación de sus protectores, admiradores, amigos, colegas, menos liberales y temerarios que ellos, pero muy útiles, y con los cuales están vinculados por su formación intelectual, sus relaciones mundanas, su gusto por el lujo y el confort; por tanto, decimos, no tienen el menor deseo de desencadenar una revolución a la que temen, y que los derribaría del pedestal y les haría perder sobre el terreno todas las ventajas de su situación actual.

Ahora bien, esto no quieren admitirlo y se creen obligados a confundir y admirar al mundo burgués por su radicalismo y arrastrar a sus posturas a la juventud revolucionaria y al propio pueblo. Mas ¿cómo hacerlo? Hay que deslumbrar al mundo burgués, pero no indisponerse con él. ¡Hay que arrastrar a la juventud revolucionaria y al mismo tiempo evitar el abismo revolucionario! Para esto sólo hay un medio: volver la cólera pseudo-revolucionaria contra Dios. Están tan seguros de que Dios no existe que no temen su reacción. ¡Muy diferentes son las cosas cuando se trata de las autoridades, de cualquier autoridad, desde el zar hasta el último sargento! ¡Muy diferentes asimismo cuando se trata de gente rica o que por su posi-

ción social son poderosas, desde el banquero y el judío usurero hasta el último gran comerciante rural o propietario territorial! Porque la cólera de esas gentes puede expresarse del modo más riguroso.

En virtud de estos razonamientos, los librepensadores declaran una guerra implacable a Dios, rechazan del modo más radical la religión en todas sus manifestaciones y bajo cualquier forma, fulminan a la teología y a las quimeras metafísicas, a las supersticiones populares, no importa cuales sean, en el nombre de la ciencia, la cual por supuesto está en sus bolsillos y con la cual envuelven sus interminables escritos; pero al mismo tiempo se dirigen con la mayor mesura a todo lo que aquí abajo representa una autoridad política o social y si llega a ocurrir que, empujados por la lógica o la opinión pública, se atreven a recusar a algunas de ellas, lo hacen en términos tan corteses, tan atenuados, que habría que tener un espíritu muy torvo para enfadarse contra esas autoridades; por otra parte les dejan las suficientes salidas y expresan la esperanza de que se corregirán. Esta actitud de esperar y de creer en las autoridades es tan grande que llega hasta considerar posible que nuestro Senado gobernante se convertirá tarde o temprano en el organismo que emancipará al pueblo. (Ver el último programa, el tercero en el tiempo, de *Vpered*, publicación no periódica cuya aparición se espera dentro de poco en Zürich. (4).

Pero dejemos aquí a estos charlatanes y sigamos con nuestro problema.

No se debe nunca, bajo ningún pretexto y no importa cuál sea el fin perseguido, engañar al pueblo. Esto no sólo sería criminal sino además nefasto en tanto que medio para servir a la causa revolucionaria; nefasto porque todo engaño, no importa cual es, por esencia, limitado, mezquino, estrecho, siempre frágil y corrupto y por ello, la juventud revolucionaria quedaría situada en la dirección más engañosa, más arbitraria e insensata, además de la más opuesta al pueblo. El individuo sólo es fuerte cuando defiende con ardor su buena causa, cuando habla y actúa de acuerdo con sus convicciones más profun-

(4) El "tercer programa" redaccional de Lavrov fue publicado mimeografiado en abril de 1873. (El primer número de *Vpered!* apareció en agosto de 1873.

das. Entonces, no importa cuál sea su situación, siempre sabe lo que conviene decir y hacer. Puede sucumbir, pero es imposible que se comprometa y comprometa a su causa. Si intentamos emancipar al pueblo por medio de la mentira, nos perderemos sin la menor duda, abandonaremos el camino bueno, perderemos de vista la propia finalidad y, si contamos con alguna influencia sobre el pueblo, le haremos desviarse de su camino, lo que quiere decir que actuaríamos en el sentido de la reacción y en su beneficio.

De igual modo, debido a que somos ateos profundamente convencidos, adversarios de cualquier creencia religiosa, y de los materialistas, cada vez que tengamos que hablar de religión delante del pueblo, tendremos la obligación de expresarle francamente nuestro ateísmo y yo diría más: nuestra hostilidad hacia la religión. A todas las preguntas que haga sobre el tema deberemos contestar honestamente, e incluso, si es necesario, es decir, cuando se puedan esperar resultados, nos esforzaremos por explicarles y demostrarles la justicia de nuestros argumentos. Pero nosotros mismos no debemos provocar tales situaciones. No debemos situar la cuestión religiosa en el primer plano de nuestra propaganda al pueblo. Hacerlo equivale, estamos de ello persuadidos, a traicionar su causa. (5).

El pueblo no es doctrinario ni filósofo. No tiene ni tiempo ni costumbre de interesarse por diversas cosas a la vez. Al apasionarse por una, olvida a las otras. De aquí la obligación, para nosotros, de plantear delante de él la cuestión esencial de la que, más de cualquier otra, depende su emancipación. Ahora bien, esta cuestión está indicada por su propia situación y por toda su existencia, es la cuestión económico-política: económica en el sentido de la revolución social; política en el sentido de la abolición del Estado. Distraer al pueblo con la cuestión religiosa es desviarle del problema esencial, es traicionar su causa.

Esta causa consiste únicamente en realizar el ideal del pueblo corrigiéndole eventualmente según sus aspiraciones propias y siguiendo

(5) Esta opinión refleja lo que Bakunin ha profesado siempre. Nunca pretendió sustituir el programa de la Internacional por el de la Alianza. Declaró en todo momento que la Internacional debía apoyarse sobre la solidaridad de las reivindicaciones económicas de todos los trabajadores y no debía por ello tener programa político ni filosófico.

do, porque será la mejor, la dirección más directa y más corta que el propio pueblo trazará. Ya hemos indicado tres rasgos desgraciados que sobre todo oscurecen el ideal del pueblo ruso. Digamos ahora que los dos últimos: la absorción del individuo por el mir y el culto al zar, son por así decirlo, efectos naturales del primero, es decir, el estado patriarcal del pueblo; a partir de aquí ese estado es un mal histórico, el mayor de todos, un mal que por desgracia viene del pueblo y que debemos combatir con toda energía.

Este mal ha deformado toda la vida rusa, le ha dado ese carácter de inmovilismo torpe, de espesa mugre familiar, de mentira profunda, de hipocresía ávida y, en fin, de un servilismo que la hace insoportable. El despotismo del marido, del padre y después del hermano mayor ha hecho de la familia, de por sí ya inmoral por su fundamento jurídico-económico, la escuela de la violencia y de la estupidez triunfantes, de la cobardía y la perversión cotidianas en el hogar doméstico. La expresión de Sepulcros Blanqueados caracteriza muy bien a la familia rusa. El padre de familia ruso, incluso si es bueno aunque sin carácter, es un cochino bonachón, inocente o irresponsable, un ser que no tiene clara conciencia de nada, no sabiendo con precisión lo que quiere, que hace de manera indiferente y sin darse cuenta, e incluso al mismo tiempo el mal y el bien. Sus actos están mucho menos determinados por un fin que por una circunstancia, por sus disposiciones del momento y sobre todo por el medio; acostumbrado a obedecer en el hogar, continúa obedeciendo y doblando el espinazo según sopla el viento, y en la sociedad está hecho para ser y seguir siendo esclavo. Pero no será un déspota. No tendrá fuerza para serlo. También es cierto que no hará daño a nadie y que apoyará al desgraciado, culpable o inocente, a quien la autoridad fustigue, esa autoridad que ante sus ojos reviste los tres aspectos esenciales y sagrados: el padre, el "mir" y el zar.

Si tiene carácter y la sangre caliente, será esclavo y déspota a la vez; un déspota que ejercerá su tiranía sobre cuantos están bajo su mando y dependen de su voluntad. No reconocerá otro amo que el "mir" y el "zar". Si es el jefe de familia se conducirá en ella como déspota absoluto, pero será el criado del "mir" y el esclavo del zar.

La comunidad rural constituye todo su universo. No es otra cosa que su familia y, en un plano más amplio, su clan. Esto explica que en

el "mir" prevalece el principio patriarcal, una tiranía odiosa tanto como una sumisión cobarde y, por consiguiente, una negación absoluta de todo derecho individual, lo mismo que en la familia. Las decisiones del "mir", no importa cuáles, constituyen ley. ¡"Quién osa enfrentarse al mir!", exclama el mujik. Veremos que aparte del zar, de sus funcionarios, de sus señores, los cuales en realidad se hallan fuera del "mir", o mejor, por encima del mismo, hay en el pueblo ruso un personaje que tiene la audacia de desafiar al "mir": es el bandido. He aquí por qué el bandidaje es un fenómeno histórico en Rusia. Los primeros rebeldes, los primeros revolucionarios en Rusia, Putgatchev y Stenka Razin, eran bandidos.

En el "mir" el derecho de voto está reservado a los ancianos, a los jefes de familia. Célibes o casados, pero no separados de sus padres, los jóvenes, deben ejecutar las órdenes y obedecer. Pero por encima de la comunidad, de todas las comunidades rurales, está el zar, patriarca universal y fundador del clan, padre de todas las Rusias. Su poder sin límites viene de ahí.

Cada comunidad forma un todo cerrado, lo que hace —y ello constituye una de las grandes desgracias de Rusia— que ninguna comunidad tiene ni experimenta la necesidad de mantener el menor vínculo orgánico autónomo con las demás comunidades. Sólo se relacionan unas con otras por medio del "pequeño padre, el zar", y sólo por el poder supremo, patriarcal, que ejerce.

Decimos que la gran desgracia está ahí precisamente. Está claro que la desunión paraliza al pueblo, condena sus revueltas, casi siempre locales y dispersas a una derrota cierta y por ello mismo consolida la victoria del despotismo. A la vez, uno de los principales deberes de la juventud revolucionaria es establecer, a cualquier precio y por todos los medios posibles, un vínculo vivo de rebelión entre las comunidades rurales desunidas. La tarea es difícil, pero no imposible, pues la historia nos enseña que en tiempos de confusión y de problemas, como por ejemplo en ocasión de la guerra intestina del falso Dimitri, en la de la revolución de Stenka Razin y de Putgatchev, lo mismo que cuando se dio el levantamiento de Novgorod (6) al

(6) Se trata de la revuelta de Novgorod en 1650 contra el zar Aleksey y de las rebeliones de los siglos XVII y XVIII a las que están unidos los nombres de los falsos Dimitrij (todos ellos pretendían ser el hijo del zar Ivan Vasilevich), Stepapan Timofeevich Tazin (m. en 1671) y de Jemeljan Ivanovich Pugachev (1742-1775).

comienzo del reinado del emperador Nicolás, las comunidades rurales se esforzaron para establecer entre ellas ese lazo comunitario.

Las comunidades rurales son innumerables, y su "pequeño padre común", el zar, se mantiene demasiado alto por encima de ellas, aunque un poco por debajo del Señor, para poder ocuparse personalmente de todas ellas. Ahora bien, si el propio Dios necesita, para gobernar el mundo, echar mano de una multitud de servidores y de fuerzas celestiales: serafines, querubines, arcángeles, ángeles de dos alas y de seis alas, con mucha más razón necesitará el zar contar con una serie de auxiliares. Le hace falta toda una administración, militar, civil, judicial y policíaca. Así, entre el zar y el pueblo, entre el zar y la comunidad rural, existe el Estado, militar, policíaco, burocrático y forzosamente centralizado.

Imaginad todos esos rasgos; el pequeño padre-zar, protector y bienhechor del pueblo se halla situado muy arriba, por así decirlo, en la altura de los cielos, mientras que el verdadero zar, el zar-látigo, el zar-ladrón, el zar-asesino: el Estado, ocupa su lugar. De aquí ese hecho singular de que el pueblo venere a un zar imaginario y a la vez execre al zar real, materializado en el Estado.

Nuestro pueblo detesta profunda y apasionadamente al Estado y a cuantos, no importa bajo qué forma, le representan a sus ojos. Todavía hace poco, su odio estaba dividido entre los nobles y los funcionarios y a veces incluso parecía detestar más a los primeros que a los segundos, aunque en el fondo su odio por unos y otros fuese el mismo. Pero a partir del momento en que, a consecuencia de la abolición de la servidumbre, la nobleza se vio enfrentada a la ruina y a la desaparición, o bien a volver a asumir su forma primitiva de casta al servicio exclusivo del Estado, el pueblo la englobó en su odio común a todos los funcionarios. ¡No es necesario demostrar hasta qué punto ese odio es legítimo!

El Estado aplastó y corrompió sin remedio a la comunidad rusa ya suficientemente viciada por su sistema patriarcal. Bajo su yugo las mismas elecciones comunales se convirtieron en engaños. Las personas elegidas para un tiempo determinado por el pueblo: jefes, decanos, jefes de distritos, síndicos, fueron transformados, por una parte, en instrumentos del poder y, por otra, en criados venales de los ricos propietarios rurales. En estas condiciones, los últimos vestigios de

justicia, de verdad, y de simple humanidad acabaron por desaparecer de las comunidades rurales, arruinadas además por las talas y las prestaciones, y literalmente aplastadas por la arbitrariedad de las autoridades. Más que nunca el bandidismo se convertiría entonces en la única salida para el individuo y el levantamiento general, la revolución, para el pueblo entero.

¿Qué puede hacer en esas condiciones nuestro proletariado intelectual, la juventud rusa social revolucionaria, honesta, sincera y abnegada en grado extremo? Debe, sin duda, ir al pueblo porque hoy, en todas partes, pero sobre todo en Rusia, fuera del pueblo, al margen de los millones y millones de proletarios, no hay vida, ni causa, ni porvenir. Pero ¿cómo y con qué fin ir al pueblo? En la hora actual, tras el desgraciado epílogo a la aventura de Netchaef (7), las opiniones parecen estar muy decididas; mas de la confusión general de las ideas parecen desgajarse desde ahora dos tendencias principales y diametralmente opuestas. Una, de carácter más pacífico, se inclina en favor de la acción preparatoria; la otra, favorable a los movimientos insurreccionales, tiende a poner al pueblo en estado de autodefensa.

Los partidarios de la primera tendencia no creen que la revolución sea realmente posible para gobernar el mundo, mas como no pueden ni quieren permanecer como espectadores pasivos de sus desgracias, se han decidido a ir al pueblo para compartir fraternalmente sus miserias al mismo tiempo que para instruirle y prepararle para la acción, no teórica sino práctica, dando el ejemplo. Irán junto a los obreros de las fábricas y así, trabajando hombro con hombro, se esforzarán por propagar entre ellos el gusto por la asociación...

Otros tratarán de constituir colonias rurales, donde a la par que el disfrute de la tierra, lo que nuestros campesinos conocen bien, se aplicará un principio que desconocen aún pero que, desde el punto de vista económico es indispensable, a saber, el cultivo colectivo de la tierra común y el reparto igualitario de los productos o de su

(7) Sergio Gennadievich Netchaef (1847-1882) tras su detención el 14 de agosto de 1872, en Zürich, y de su extradición el 26 de octubre de 1872 por el gobierno suizo, Netchaef fue condenado en Rusia en enero de 1873 a veinte años de trabajos forzados. Detenido en la Fortaleza de Pedro y Pablo, murió en ella el 21 de septiembre de 1882.

valor, esto de acuerdo con la equidad más rigurosa, no jurídica, sino humana, es decir, exigiéndose más trabajo a los capaces y a los fuertes y un esfuerzo menor por parte de aquellos menos aptos o más débiles, distribuyéndose las ganancias no en razón del trabajo realizado, sino en función de las necesidades de cada uno.

Estos instigadores piensan seducir a los campesinos por su ejemplo y, sobre todo, por las ventajas que esperan de la organización del trabajo colectivo; es la misma esperanza que abrigaba Cabet (8) cuando, ante el fracaso de la revolución de 1848 partió con sus icarianos a América, donde fundó su Nueva Icaria, de efímera existencia (9). Ahora bien, hay que decir que para el éxito de este tipo de experiencias, la tierra americana era de todos modos más favorable que la rusa. En América reina una libertad completa, mientras que en nuestra bendita Rusia reina... el zar.

Mas la esperanza de quienes desean preparar e iniciar pacíficamente al pueblo no se limita a esto. Al organizar su vida doméstica sobre la base de una completa libertad, pretenden oponerse al odioso régimen patriarcal, sobre el que descansa toda la esclavitud rusa. Esto quiere decir que desean atacar nuestro principal mal social en su raíz

(8) Etienne Cabet (1788-1856) publicó en 1840 su libro *Viaje a Icaria* que escribió en el transcurso de los cinco años (1834-1839) que vivió en Londres como emigrado, después de haber quedado profundamente impresionado por la *Utopía*, de Tomás Moro, por las concepciones de Ricardo Owen y las teorías comunistas de Babeuf y Buonarroti. (Una primera edición fue impresa en Londres, sin el nombre del autor y con una edición muy limitada, con el título: *Viajes y aventuras de lord William Carisdall en Icaria*). Esta descripción de una sociedad comunitaria y otros escritos de Cabet sobre el comunismo pacífico, experimental y religioso, influyó fuertemente en el movimiento obrero francés de los años cuarenta. En ese tiempo se fundaron en Francia colonias icarianas. Bakunin conoció a Cabet en París en junio de 1844.

(9) La primera colonia de icarianos fuera de Francia fue fundada antes de la revolución de febrero. En mayo de 1847, Cabet publicó en su periódico *Le Populaire*, un artículo titulado: ¡*Vayamos a Icaria*! Se trataba de un llamamiento para organizar una comunidad en el Nuevo Mundo. Expuso el mismo proyecto en su ensayo *Realización de la comunidad de Icaria* (primera edición en mayo de 1847). El 3 de febrero de 1848 una vanguardia compuesta de 69 pioneros dejó el Havre y se dirigió a Texas, con el fin de establecer una comunidad siguiendo el modelo descrito por Cabet en su novela. Otras quinientas personas siguieron a poco tardar. Cabet llegó en enero de 1849 y ante las dificultades halladas transfirió la colonia a Nauvoo (Illinois). Los efectivos de la colonia nunca sobrepasaron las 1500 personas, lo que no era precisamente un éxito. Restos de esta comunidad se mantuvieron hasta 1895.

y, en consecuencia, emplearse de una manera efectiva en la corrección del ideal del pueblo y a divulgar entre éste nociones prácticas sobre la justicia, la libertad y los medios de emanciparse.

Todo esto resulta muy hermoso, extremadamente magnánimo y noble, pero ¿es realizable? Admitiendo que la empresa de alguna manera se consiga, ello no sería sino una gota de agua en el mar y una gota de agua no puede bastar para preparar, levantar y emancipar a nuestro pueblo; de cualquier modo, eso exigiría muchos medios, muchas fuerzas vivas, y los resultados serían ínfimos.

Los que hacen planes de este tipo y desean sinceramente llevarlos a cabo cierran sin duda los ojos para no ver en todo su horror nuestra realidad rusa. De antemano se les pueden predecir las peores desilusiones una vez que pasen a la ejecución de los proyectos porque, a excepción de un número reducido de ellos, un número muy pequeño de casos afortunados, la mayoría no superarán el estadio inicial y no tendrán valor para ir más adelante.

Inténtese la experiencia si no se tiene otra alternativa delante de los ojos, pero asumiendo que esto es muy poco, demasiado poco para liberar, para salvar a nuestro pobre pueblo mártir.

La otra tendencia es la de la rebelión, de la lucha. Confiamos en ésta y sólo de ella esperamos la salvación.

Es evidente que nuestro pueblo necesita ayuda. Se halla en una situación tan desesperada que sin ningún esfuerzo se podría pasar a la rebelión en cualquier localidad. Mas aunque toda rebelión, incluso al fracasar, tenga su utilidad, las acciones aisladas no son suficientes. Hay que levantar todo el campo a la vez. Que esto es posible lo ponen de manifiesto los amplios movimientos populares conducidos por Stenka Razin y Putgatchev. Estos movimientos nos prueban que en la conciencia popular vive efectivamente un ideal que el pueblo se esfuerza por realizar; pero del fracaso de estos movimientos extremos la conclusión de que este ideal tiene graves lagunas que han supuesto y siguen suponiendo graves obstáculos para el triunfo.

Esas lagunas ya las expusimos al tiempo que expresábamos nuestra convicción de que el primer deber de nuestra juventud revolucionaria es hacer todo lo que esté en su mano por combatirlas dentro de la conciencia popular. A fin de probar que esta lucha es posible, hemos puesto de manifiesto que ya ha comenzado hace tiempo en la

entraña del propio pueblo.

La lucha contra el régimen patriarcal se ha iniciado hoy ya en casi todos los pueblos, en cada familia, y la comunidad rural, el mir es hasta tal punto un instrumento del poder del Estado y de la arbitraria burocracia, detestados por el pueblo, que la rebelión contra ese poder y esa acción arbitraria es al propio tiempo una rebelión contra el despotismo de la comunidad rural y del mir.

Queda el culto al zar; pensamos que ha quedado seriamente erosionado y debilitado en la conciencia popular en el curso de los diez o doce últimos años, gracias a la política de prudencia y de amor al pueblo del emperador Alejandro el Bueno. El señor-propietario territorial-esclavista ya no existe; se trataba de un pararrayos que solía atraer en general las iras populares. Han permanecido el noble, el señor territorial-comerciante, el campesino acomodado y, sobre todo, el funcionario, ángel o arcángel del zar. Ahora bien, el funcionario es ejecutor de la voluntad del zar. Por muy sumido que esté en las tinieblas por su histórica e insensata confianza en el zar, nuestro campesino empieza por fin a comprender. ¡Y cómo no hacerlo! Tras una decena de años y desde los rincones más ocultos de Rusia. El mujik está empezando a enviar acerca del zar diputados-solicitadores, quienes todos ellos oyen de labios de aquél una sola y misma respuesta: "¡No obtendréis más libertades!".

Ahora bien, es necesario dar por cierto que aunque el mujik es ignorante, no es en modo alguno tonto. Y tendría que ser el mayor de los necios para no llegar por fin a comprender, después de tantos hechos que saltan a los ojos y de pruebas experimentadas en su propia carne, que no existe peor enemigo que el zar. Explicarle ésto, hacérselo sentir por todos los medios posibles, explotando todos los incidentes lamentables y trágicos de que está cotidianamente impregnada la vida rusa, y hacerle ver que todos los actos arbitrarios y violentos, todo el bandidismo y el pillaje de los funcionarios, de los propietarios territoriales, de los popes y de los campesinos ricos que le hacen la vida tan dura, emanan directamente de la autoridad del zar, se apoyan sobre esta autoridad y sólo son posibles por ella misma; demostrarle en una palabra que ese Estado tan odiado es el propio zar y nadie más que el zar, tal es hoy la tarea esencial, la tarea obligatoria de la propaganda revolucionaria.

Pero esto no es todo. El vicio principal que paraliza y ha hecho imposible hasta el presente el levantamiento general del pueblo ruso es la organización cerrada de las comunidades rurales, el aislamiento y la desunión de esas comunidades. Hay que romper a todo trance esos compartimentos estancos y unir entre sí a todas las comunidades rurales aisladas por la corriente activa del pensamiento, de la voluntad y de la causa revolucionaria. Hay que unir entre ellos a los campesinos más esclarecidos de los pueblos, de los cantones, y si fuera posible, de las regiones, los hombres de vanguardia, los revolucionarios surgidos naturalmente del mundo rural ruso y, en cuantos lugares sea posible, establecer los mismos lazos vivos entre los obreros de las fábricas y los campesinos. Estos vínculos no pueden ser sino individuales. Sin dejar de actuar, no hay que decirlo, con la mayor circunspección, es necesario que los campesinos más activos y más avanzados de cada localidad, de cada cantón, de cada ciudad, se conecten con los mismos campesinos de los demás pueblos, cantones y regiones.

Ante todo hay que convencer a los elementos avanzados del campo y por medio de ellos, si no a todo el pueblo, por lo menos a la mayor parte del mismo, la parte más enérgica, de que para el conjunto del pueblo, de los pueblos, los cantones y regiones de toda Rusia, e incluso más allá de sus fronteras, sólo existe un mal común y, por tanto sólo una causa común. Hay que convencerles de que el pueblo es portador de una fuerza invencible contra la cual nada ni nadie podría oponerse; y de que si hasta ahora esa fuerza no ha emancipado al pueblo, es sólo porque únicamente es poderosa cuando está unida y actúa al unisono en todas partes, de cara a un mismo objetivo, lo cual hasta ahora no se ha conseguido. Para unificar toda esa fuerza es necesario que los pueblos, los cantones y las regiones tomen contacto entre sí y que se organicen de acuerdo con un plan común y con el único fin de emancipar al pueblo. Con el fin de dar a este último el sentimiento y la conciencia de una unidad real, hay que crear una especie de periódico, impreso, hectografiado o escrito a mano, o incluso retransmitido verbalmente, cuyo objeto sería dar a conocer sobre el terreno y en todas partes a la vez, en los rincones más alejados, en las regiones, los cantones y los pueblos, cualquier levantamiento, lo mismo popular que campesino u obrero que se

produjera en cualquier punto del país, lo mismo que los movimientos revolucionarios importantes del proletariado de Europa Occidental; esto para que nuestro campesino u obrero no se sienta solo, sino para que por el contrario tenga la certidumbre de que a su lado, doblegado bajo el mismo yugo, pero animado por el mismo entusiasmo, se halla la masa innumerable de los proletarios del mundo entero que se preparan para el levantamiento universal.

Tal es la tarea y, digámoslo con franqueza, el único objeto de la propaganda revolucionaria. La forma en que esta acción debe realizarse por nuestra juventud, no es necesario precisarlo en los escritos.

Digamos solamente que el pueblo ruso no reconocerá a la juventud intelectual como suya propia sino cuando la vea compartiendo su vida, su miseria, su causa y su rebelión desesperada.

En lo sucesivo es necesario que esta juventud esté presente, no como testimonio, sino como participante activa, en la primera fila de la acción, y que esté dispuesta a sacrificarse, en todas partes y en cualquier momento, en todos los movimientos y levantamientos populares, igual los más grandes que los más pequeños. Es necesario que aún actuando de acuerdo con un plan rigurosamente concebido, eficaz y ajustando sus actos a la más estricta disciplina, a fin de que logre crear esa unanimidad sin la cual no hay victoria posible, aprenda ella misma y enseñe al pueblo, no solamente a resistir con valor, sino también a pasar audazmente al ataque.

Todavía una palabra para terminar. La clase que llamamos nuestro proletariado intelectual y que en Rusia está ya en una situación francamente socio-revolucionaria, dicho de otra manera, en una situación imposible y desesperada, debe llegar a imbuirse ahora de una pasión razonada por la causa revolucionaria socialista, si no quiere sucumbir vergonzosamente y perderlo todo; ella es, en adelante, la llamada a constituirse en organizadora de la revolución popular. Para ella no hay otra alternativa. Ciertamente que, gracias a la instrucción que ha recibido, hubiera podido hallar un pequeño sitio, más o menos ventajoso, en las filas ya bien numerosas y poco acogedoras, de los detractores, explotadores y opresores del pueblo. Mas, para empezar, esas plazas se hacen cada día más raras, hasta el punto de que son sólo accesibles a un número muy pequeño de personas. Por otra parte, la mayoría de los beneficiarios no recogen sino la vergüenza de

la traición y terminan sus vidas en la estrechez, la insignificancia y la bajeza. Nuestro llamamiento, por consiguiente, se dirige sólo a aquellos para quienes la traición es inconcebible, y por ello mismo, imposible.

Habiendo roto definitivamente cualquier lazo con el mundo de los explotadores, de los asesinos y de los enemigos del pueblo ruso, deben considerarse como un precioso capital exclusivamente reservado a la causa de la emancipación popular, capital que no deberá emplearse sino para desarrollar la propaganda en las masas populares y para preparar gradualmente, organizándolo sobre la marcha, el levantamiento del pueblo entero.

APENDICE B

Programa de la sección Eslava de Zürich (10)

1. *La sección eslava, adherida sin reservas a los Estatutos generales de la Asociación Internacional de Trabajadores adoptados en el primer Congreso (Ginebra, septiembre 1866) (11), se fija expresamente como objetivo la propaganda de los principios del socialismo revolucionario y la organización de las fuerzas populares en los países eslavos.*

2. *La sección combatirá con igual vigor las tendencias y manifestaciones del paneslavismo, es decir, la liberación de los pueblos eslavos con la ayuda del imperio ruso, tanto como la del pangermanismo, es decir, la liberación de los pueblos eslavos, con el apoyo de la civilización burguesa de los alemanes, que se esfuerzan hoy por organizarse en un gran Estado supuestamente popular.*

3. *Partidarios del programa revolucionario anarquista, único que, a nuestro juicio, refleja todas las condiciones de una emancipación real y completa de las masas populares, y convencidos de que la existencia del Estado, bajo no importa qué forma, es incompatible con la libertad del proletariado y un obstáculo a la fraterna alianza internacional de los pueblos, nosotros perseguimos la abolición de todos los Estados. Para los pueblos eslavos, sobre todo, esta abolición es una cuestión de vida o muerte y, al mismo tiempo, el único medio de reconciliación con los pueblos de raza extranjera, sea turca, magiar o alemana.*

4. *Con el Estado debe desaparecer obligatoriamente todo lo que se llama el derecho jurídico, toda reglamentación de arriba abajo por*

(10) Este texto ruso del Programa de la sección eslava no concuerda del todo con la versión, redactada en francés por Bakunin, en agosto de 1872. El texto original ruso de esta versión es desconocido.

(11) Para el texto de los estatutos generales adoptado en el primer Congreso de la AIT, en Ginebra, septiembre de 1866, ver *Archivos Bakunin*.

medio de leyes y del poder gubernamental, reglamentación que nunca tuvo otro objeto que instituir y sistematizar la explotación del trabajo del pueblo en beneficio de las clases dirigentes.

5. La abolición del Estado y del derecho jurídico tendrá como efecto necesariamente la abolición de la propiedad individual hereditaria y de la familia jurídica fundada sobre esa propiedad, por el hecho de que la una y la otra se oponen a la justicia humana.

6. Sólo la abolición del Estado, del derecho de propiedad y de la familia jurídica permitirá organizar la vida del pueblo de abajo arriba, sobre la base del trabajo y de la propiedad colectiva, convertidos ambos por la fuerza de las cosas en posibles y obligatorios para todos, por medio de la federación absolutamente libre de los individuos en las asociaciones (de producción) o en las comunas autónomas, y también más allá, de las comunas y las divisiones regionales y nacionales de toda suerte, dentro de grandes asociaciones homogéneas, vinculadas entre sí por la identidad de los intereses y de las aspiraciones sociales, y de las comunas en la nación y de las naciones en la humanidad.

7. La sección eslava, al profesar el materialismo y el aleísmo, combatirá todos los tipos de cultos, todas las iglesias, oficiales o no, y testimoniando, tanto en sus propósitos como en sus actos, el mayor respeto por la libertad de conciencia de todos y el derecho sagrado de cada uno a propagar sus ideas, se esforzará por destruir la noción de Dios en todas sus manifestaciones religiosas, metafísicas, doctrinarias, políticas y jurídicas, persuadida de que esta noción funesta ha sido y es aún la consagración de toda suerte de esclavitud.

8. La sección eslava tiene el mayor respeto por las ciencias positivas; reivindica para el proletariado la instrucción científica igual para todos, sin distinción de sexo, aunque, enemiga de todo gobierno, rechaza con indignación y desprecio el gobierno de los sabios como el más arrogante y el más nefasto de todos.

9. La sección eslava reivindica, al mismo tiempo que la libertad, la igualdad de los derechos y los deberes para el hombre y la mujer.

10. La sección eslava, aun dándose por misión especial la emancipación de los pueblos eslavos, no se propone organizar un mundo eslavo aparte, hostil por sentimiento nacional a los pueblos de otras razas. Por el contrario, tenderá con todas sus fuerzas a que los pue-

blos eslavos formen parte ellos mismos de la gran familia humana que la Asociación Internacional de Trabajadores tiene como objetivo constituir sobre las bases de la libertad, la igualdad y la universal fraternidad.

11. Debido a la alta misión que se ha propuesto la Asociación Internacional de Trabajadores —la emancipación de las masas populares de toda tutela y de todo gobierno— la sección eslava no admite que pueda haber en el seno de esta Asociación ningún poder supremo o gobierno, no importa su carácter; en consecuencia, no acepta otra organización que no sea una federación libre de secciones autónomas (12)

12. La sección eslava no admite ni verdad oficial ni programa político uniforme impuesto, bien por el Consejo General, bien por un Congreso general (13). Sólo acepta una solidaridad plena de los individuos, de las secciones y de las federaciones en la lucha económica de los trabajadores de todos los países contra los explotadores. Se esforzará muy especialmente por asociar los obreros eslavos a todas las consecuencias prácticas de esta lucha.

13. La sección eslava admite para las secciones de todos los países: a) la libertad de la propaganda filosófica y social; b) la libertad

(12) Esta reivindicación fue retomada en los nuevos Estatutos generales de la AIT, aceptados en el Congreso de Ginebra celebrado del 1 al 6 de septiembre de 1873, en los que el artículo 3 decía: "Las federaciones y secciones que componen la asociación conservan su autonomía completa, es decir, el derecho de organizarse según su voluntad, de administrar sus propios asuntos sin ninguna ingerencia exterior y de determinar por sí mismas el camino que consideran oportuno para llegar a la emancipación del trabajo". (*Informe oficial del sexto Congreso General de la Asociación Internacional de Trabajadores*, Locle, 1874).

(13) Esta frase resumía el preámbulo que sigue de la primera resolución del Congreso internacional antiautoritario de St Imier (15 septiembre 1872), adoptada por los delegados de las federaciones y secciones italiana, francesa, española, americana y jurasiana: "Considerando que la autonomía y la independencia de las federaciones y secciones obreras son la primera condición de la emancipación de los trabajadores; que todo poder legislativo y reglamentario acordado a los Congresos sería una negación flagrante de esta autonomía y de esta libertad; el Congreso rechaza en principio el derecho legislativo de todos los Congresos, tanto generales, como regionales, no reconociéndoles otra misión que la de poner de relieve las aspiraciones, necesidades e ideas del proletariado de las diferentes localidades o países, a fin de que su armonización y unificación se realice tanto como sea posible; pero en ningún caso la mayoría de un Congreso podrá imponer sus resoluciones a la minoría". (Ver el texto de la resolución en *Archivos Bakunin*, II).

política, a condición de que no interfiera en la libertad y los derechos de las demás secciones y federaciones; la libertad de organización frente a la revolución popular; la libertad de relaciones con las secciones y federaciones de otros países.

14. Como la Federación jurasiana ha proclamado altamente esos principios y como los practica sinceramente, la sección eslava de Zürich ha pedido la admisión en su seno (14).

(14) La afiliación de la sección eslava a la Federación del Jura debió llevarse a cabo al principio de la segunda quincena de agosto de 1872, después de haber estado representada la sección eslava en el congreso extraordinario de la Federación del Jura, celebrado en La Chaux-de-Fonds el 18 agosto 1872.

Si se nos preguntase, en relación con todo el tiempo transcurrido desde la revuelta de Diciembre de 1825 hasta nuestros días: "¿Qué es un revolucionario ruso?", nos veríamos obligados a contestar: un hombre casi siempre joven, que constantemente siente impulsos y quiere actuar, pero que nunca ejecuta nada, un razonador que no cesa de perorar, que evoluciona como dentro de su propio jardín, entre todas las teorías, sociales o no, posibles o imaginarias, pero que no consigue aplicar ni una sola de ellas; en una palabra, se trata de un hombre que siempre medita o intenta emprender alguna cosa, pero que no sabe llevar nada, no digamos a término, sino ni siquiera a una situación de mero esbozo.

En estas condiciones, se dirá, se trata de un hombre excesivamente cándido. Sí, en efecto, cándido, pero perseguido por nuestro gobierno con un encarnizamiento tal, que ni siquiera se le pasaría por la cabeza si se tratara de un vulgar mulhechor. Sin la menor razón aparente, el gobierno encarcela por decenas, por centenares, a estos singulares revolucionarios; sin el menor indicio de culpabilidad y sin la menor prueba los mantiene durante meses y años enteros en prisión y luego los envía, casi siempre por simple medida administrativa y para estar tranquilo, al exilio, a la muerte lenta, en las cercanías del círculo polar. Y si se encuentra un desgraciado documento comprometedor, y en esencia, un folleto de los más anodinos, pero prohibido, entonces lo que espera a estos desgraciados son los presidios de Siberia por espacio de años.

¿Se trata, pues, de mártires? Sí, de mártires, pero al mismo tiempo se trata de individuos ociosos en el sentido de que, con raras excepciones, ni uno solo de ellos ha sido capaz de emprender, ni siquiera de concebir, una verdadera acción revolucionaria.

*Traducción de Juan Gómez Casas

Este sentimiento de inutilidad o, para hablar más educadamente, de su candidez, debe hacer insoportables para nuestros mártires las pesadas cargas de la prisión, del exilio y del presidio. Ahora bien, el número de estos mártires crece de día en día. El gobierno tiene, pues, razón: nuestros jóvenes se entregan a un juego que nada tiene de inocente. Por otra parte el juego de estas gentes tampoco dura tanto tiempo, se cansan pronto y no sabrían resistir tales persecuciones. La candidez de las iniciativas de nuestra juventud revolucionaria inexperta esconde, pues, una pasión que se extiende más cada vez. Y allí donde existe una pasión, aparecerá también la acción.

El mártir pasivo, digno solamente de los fanáticos religiosos, ha terminado por rechazar a nuestros jóvenes revolucionarios. Se pregunta si en verdad resulta necesario estropear su vida por simples bagatelas, exponiéndola a las persecuciones gubernamentales. ¿No es preferible renunciar al vulgar verbalismo revolucionario, a la agitación insensata y sin finalidad y consagrar el tiempo a organizar lo mejor posible su propia existencia tomando como punto de partida el orden actual de las cosas, pero en modo alguno con el designio de abolirlo?

Ciertamente, a esta solución no le faltarán adeptos. Un número importante se han convertido, o mejor dicho, se han denominado revolucionarios, sin saber bien ellos mismos cómo ni por qué, la mayoría arrastrada por la corriente, la moda, o por su propia vanidad, así como por las deducciones que, razonadores como son, han inferido de los principios abstractos que en general tanto predicamento tienen sobre la juventud: de tanto hablar, han acabado por abrazar la causa de la revolución y, sintiéndose incómodos delante de sus compañeros, siguen llamándose revolucionarios, se esfuerzan, digamos más bien, de hacerse pasar por tales e incluso en superar a los demás por el impulso y la vehemencia extremada de sus convicciones. Pero no resisten por mucho tiempo a las pruebas y en cuanto se les presenta la oportunidad de dar marcha atrás, regresan fatalmente al campo de los explotadores universales y felices del género humano.

Pero sería muy necesario que esta posibilidad le fuera ofrecida a todo el mundo. Y se puede afirmar que en Rusia, y consideramos que esto representa una circunstancia extremadamente feliz. ... (a).

NOTA (a): Faltan las páginas tres y cuatro del manuscrito; sigue el manuscrito

En un esfuerzo desesperado era necesario saltar ese abismo y es entonces cuando nuestra juventud, suficientemente convencida por la experiencia de la inutilidad de sus tentativas y de sus medios, decidió ir al pueblo. Decimos que se trata de un acto de valor saludable, pero a la vez extremadamente difícil. No se trata ya de un capricho, de un juego de niños o de una manera bizantina de razonar, ni tampoco ya de una disertación teórica, sino de un hecho real y, por ello, de una importancia tal que se puede denominar histórico. Cuando menos se trata del comienzo de la acción práctica, del pri-

de las páginas cinco, seis y de la mitad de la página siete, que son una variante del texto, más tarde modificada, que empieza de nuevo con una página cinco. Reproducimos aquí en nota esta variante:

Por medio de un esfuerzo desesperado era necesario saltar ese abismo y es entonces cuando nuestra juventud, suficientemente convencida por la experiencia de la vanidad de sus tentativas y de sus medios, decidió dirigirse al pueblo. Decimos que es éste un acto de valor, tan difícil como saludable. Ya no es una fantasía o una disertación teórica por su parte, sino el comienzo de un trabajo activo, el primer paso decisivo, y por ello mismo práctico, hacia la acción revolucionaria. Ir al pueblo significa rechazar a la sociedad condenada teóricamente desde hace tanto tiempo, pero que ahora, además, hay que repudiar renunciando a todas sus ventajas, a todos sus hábitos y a todos sus bienes; renunciar, insisto, a ese encanto corruptor, pero a la vez delicioso, de las relaciones y de la vida mundana, al refinamiento deletéreo de las formas, las cuales, la mayor parte del tiempo no encubren sino odiosas mentiras, el egoísmo cínico y la negación más grosera de lo que puede en verdad considerarse humano, noble y magnífico, pero a lo que los individuos nacidos y educados en nuestra sociedad, por poco que hayan gustado ese veneno, se afician ordinariamente tanto y se familiarizan con él de forma tan íntima, que renunciar a todas esas formas "seductoras", constituye por su parte toda una proeza.

Todavía hay más. Es preciso aún, y sobre todo, renunciar a la pretensión inepta, sabia, desde cuya altura los individuos que se consideran instruidos, miran al populacho ignorante. Se creen llamados a instruir al pueblo. Mas, ¿qué podrían enseñarle? ¿A leer y a escribir? Cosa útil; lo único lamentable es que el gobierno haya tomado las medidas más eficaces para impedirles instruir al pueblo. ¿Y después de la lectura y la escritura? ¿Las ciencias positivas y naturales: matemáticas, mecánica, astronomía, física, química, fisiología y así sucesivamente? Nadie puede negar la importancia de estas ciencias, mas incluso si se ignoran las medidas gubernamentales que obstaculizan la difusión de cualquier tipo de ciencia en el pueblo, ¿no es evidente que todas estas disciplinas resultan para él absolutamente inaccesibles y por ello inútiles?

El pueblo no está preparado para estudiarlas y no tiene tiempo para interesarse en ellas. Algunas de ellas, como por ejemplo, la mecánica, la física, la química,

mer paso decisivo hacia una verdadera acción revolucionaria ().*

Hemos dicho que este acto de coraje es extremadamente difícil; lo es efectivamente bajo un doble punto de vista; desde el punto de vista de aquello de que estamos dispuestos a despegarnos y de lo que estamos dispuestos a apegarnos.

Dado que entre sociedad y pueblo hay un abismo, sólo se puede ir al pueblo renunciando completamente y una vez por todas a la sociedad, a todos los vínculos, a todas las afinidades morales, a todos los sentimientos, a todas las ideas o costumbres y a todas las ventajas materiales de esta sociedad; al renunciar a todas estas formas de la vida civilizada, tan dulces, tan vinculantes, tan seductoras, aunque de hecho estén impregnadas de mentira y oculten casi siempre un egoísmo cínico y la más grosera negación de lo que puede calificarse como humano, generoso y magnífico. Pero los individuos nacidos en

podrían aportarle nuevos medios de destrucción para combatir a las fuerzas gubernamentales sabiamente organizadas. Podrían hacerlo, a condición de que tuviera ocio suficiente y el dinero necesario para entregarse, al mismo tiempo que a experiencias costosas, al estudio de esos medios. En lo que concierne a las ciencias llamadas morales: filosofía, historia, derecho, filología, todas ellas están todavía hasta tal punto impregnadas de mentira teológica y metafísica, que en modo alguno se les puede acordar el nombre de ciencias. En cuanto a la 'ciencia social, la ciencia de la economía y de la organización libre de las masas populares, es algo por el momento sencillamente inexistente. Cuanto se posee se reduce a una crítica más o menos sabia del sistema actual. El hecho de que bajo ese sistema el pueblo viva mal, muy mal, éste no necesita de ninguna ciencia para saberlo, y lo que debe hacer y la manera en que debe organizarse para conseguir el bienestar, eso la ciencia no se lo ha enseñado. Por consiguiente ¿qué se enseñará al pueblo?

No menospreciamos a la ciencia en modo alguno, sabiendo tanto como el que más que la ciencia, así como la aptitud y la aspiración a adquirirla son precisamente las cualidades que diferencian al hombre de los otros animales. Pero decimos que quien desea interesarse por ella, debe renunciar a la actividad revolucionaria, pues la ciencia no es compatible con aquella. La ciencia absorbe al hombre por completo, la revolución lo absorbe del mismo modo y, por tanto, ambas no pueden repartírsele. Por otra parte, los métodos son hasta tal punto diferentes que el hecho de ocuparse seriamente por una sitúa al hombre en la imposibilidad absoluta de consagrarse a la otra. Esto explica por qué cada vez que los sabios han intentado tomar parte en la acción revolucionaria, han sido lamentables revolucionarios y, la mayoría de las veces, unos reaccionarios de marca mayor.

(*) En las páginas que faltan, Bakunin se refería al parecer al abismo que separaba del pueblo a la juventud rusa de esa época.

esta sociedad privilegiada, que han recibido su educación o vivido algunos años en contacto con ella, se impregnan de tal modo con el refinamiento deletéreo de las relaciones y de la vida mundana, se familiarizan tan íntimamente con ellas que para tales personas, rechazar ese mundo para penetrar irremediabilmente en el mundo grosero de la existencia miserable y abrumadora del pueblo, constituye una verdadera proeza. En teoría, esta proeza puede parecer fácil, pero en realidad es extremadamente difícil.

Pero esta dificultad negativa inherente a la repudiación completa de la sociedad no es nada si se compara con la otra dificultad positiva que deriva de la fusión real con el pueblo.

¿Cómo ir al pueblo? ¿De qué manera aproximarse a él, ganar su confianza y luego, qué hacer en medio de él?

Algunos —constatemos por otra parte para satisfacción nuestra, que no es pequeña, que su número disminuye notablemente— algunos se creen todavía llamados a instruir al pueblo y se disponen a compartir con él sus conocimientos, enseñándoles todas las disciplinas. Esos señores, incluso cuando tienen el libro en la mano, son incorregibles; sin dejar de interesarse siempre mucho más en ellos que en la ciencia, no escuchan ni conocen en realidad más que lo que guarda relación con ellos mismos y con su sombra solitaria, y no comprenden ni ven nada dentro del medio que les rodea; publican un periódico que tiene por título Vpered! , mientras tiran hacia atrás con toda su energía, consolándose como niños viejos.

Que se consuelen los pobres y que consuelen a cuantos son como ellos. Que convengan al pueblo de que le hace falta necesariamente aprender todas las ciencias, desde el ABC a la aritmética, de la aritmética a los cálculos diferenciales, de los cálculos diferenciales a la sociología, para llegar a ser un pueblo feliz y libre; y que, en tanto que no aprenda todo esto, tendrá que permanecer tranquilo en los bancos de la escuela sin pensar en modo alguno en rebelarse. Propagar tales locuras lo consideran "remover los espíritus". Es para morir de risa.

Mas dejemos a los pedantes y a los sabios vanidosos, lo mismo que a los charlatanes faltos de conocimientos. Dirijámonos a los hombres de buena fe que siguen convencidos de que hay que instruir al pueblo antes de hablarle de libertad. Hagámosles observar por nuestra

parte que aún no han franqueado el abismo que separa, como ya vimos anteriormente, al pueblo de la sociedad, y que continúan viviendo, pensando y agitándose a este lado del abismo, en la sociedad, imbuidos de todos los prejuicios desdeñosos o altaneros que ésta alienta contra el pueblo.

Después de esto, preguntémosles lo que pretenden enseñar al pueblo y por qué medios desean hacerlo. ¿Pretenden simplemente enseñarle el abc, es decir, a leer, escribir y contar, añadiendo un poco de instrucción general y algo menos sobre la historia ficticia de Rusia? En una palabra, lo que se aprende en nuestras escuelas primarias, allí donde existen. Ciertamente, saber leer y escribir es una de las cosas más útiles, incluso de las más imprescindibles para el pueblo, pero constatemos lo que sigue: 1.º) aunque en efecto ello permita, aunque de manera muy débil, el desarrollar rudimentariamente las facultades mentales del pueblo, tomado por separado el abc no es aún la ciencia, sino sólo una puerta abierta hacia la ciencia; 2.º) para enseñar a escribir y a leer a setenta millones de individuos, los medios y las fuerzas de que disponen esos hombres de buena voluntad, distan mucho de ser suficientes. Para que ese fin pueda lograrse con éxito sería preciso emplear, en las circunstancias presentes y bajo el actual régimen político y económico del Imperio de todas las Rusias, una parte notable de la totalidad de los recursos públicos y, por otra parte, obtener la aquiescencia del gobierno, pues una empresa tan vasta como ésta que consiste en impartir la enseñanza primaria a todo un pueblo, no puede llevarse a cabo secretamente. Pero todo el mundo sabe que los recursos del Estado ruso derivan hacia empresas o negocios que nada tienen que ver con la instrucción del pueblo, y que el gobierno no sólo no se pronuncia favorablemente sino que, por el contrario, ha dictado las más severas ordenanzas y sigue observando las medidas más atentas y eficientes para prohibir a las personas no habilitadas para ello, es decir, que son funcionarios o no están encargados por las autoridades de instruir al pueblo, cualquier intrusión en la enseñanza.

Por otra parte nos vemos obligados a reconocer que, desde su punto de vista, el gobierno tiene razón. Debe desearse que el pueblo siga en ese estado de obediencia crónica y continúe llevando sin protestar todas las cargas que tenga a bien echarle sobre los hombros.

Es necesario, pues, que el pueblo no pueda conocer nunca sus derechos ni su fuerza y que permanezca eternamente abrumado por el sentimiento de su impotencia y por su creencia en el derecho único y en el poder invencible del zar. Pero la mayoría de los jóvenes que han ofrecido desinteresadamente sus servicios para instruir al pueblo se han propuesto, como se sabe —lo que dice mucho en favor de ellos— una primera finalidad: libertar al pueblo de los prejuicios del Estado. Al mismo tiempo que el abc, se han puesto a enseñarle su derecho y a demostrarle que la fuerza real no reside en el Estado, sino en él mismo y que bastaría con que deseara levantarse unánime, para que sus extorsionadores, opresores y bebedores de su sangre, fuesen enviados al diablo. Esta es una verdad indudable, mas una verdad que ningún gobierno puede digerir y, por ello, es completamente natural e incluso legítimo y loable, desde el punto de vista del Estado, que éste haya empezado por decretar el cierre de las escuelas dominicales, y que acto seguido haya tomado medidas rigurosas y eficaces para acabar con una propaganda tan peligrosa para la existencia del Estado.

¿Qué hacer, pues? Algunos dirán probablemente que, para empezar, se debería sólo enseñar al pueblo estrictamente a leer y a escribir, sin ninguna propaganda revolucionaria. Entonces, el gobierno, al comprobar las buenas intenciones y la inocuidad de esas enseñanzas, dejaría de poner dificultades. La cosa sigue siendo bastante dudosa, pero admitiendo que todo ocurriera así, ¿qué pasaría después? “Después, nos responderán los reformadores políticos bien intencionados, el pueblo, habiendo evolucionado algo gracias a la enseñanza recibida, acabará al fin por tomar conciencia de sus derechos y de su fuerza”.

Esos señores creen que el hecho de saber leer y escribir puede dar al pueblo una orientación revolucionaria. Si así fuera, sin ninguna duda los alemanes, el “pueblo más instruido de Europa”, sería al mismo tiempo el más libre. Pero a estas alturas todos se han apercibido ya de que las amargas palabras de Boerne, pronunciadas en 1830, son hoy más verdaderas que nunca: “Los otros pueblos son a veces esclavos, pero nosotros, los alemanes, somos siempre serviles” (1), o lo que es igual, esclavos voluntarios, esclavos por convicción; nos parece que este ejemplo basta para que se deje de disertar sobre

(1) Bakunin había ya citado las palabras de Boerne en su manuscrito de noviembre-diciembre de 1872 (Cf. *Archives Bakounine*, II, pp. 216-217), pero este texto no fue publicado en vida de Bakunin.

la fuerza revolucionaria secreta que se escondería bajo las nociones elementales de la lectura y la escritura.

Repitámoslo, la instrucción es una cosa preciosa y absolutamente necesaria para toda nación. Pero es asimismo absurdo en grado superlativo creer que los millones de individuos que constituyen la masa del pueblo ruso en el momento actual puedan, en su situación presente, adquirir esa instrucción, o que este pueblo, habiendo aprendido súbitamente, por no sé qué milagro, a leer y a escribir, ello bastaría para conferirle la capacidad, el deseo y la fuerza de llevar a cabo la revolución salvadora.

Y si esto es así en lo que concierne a los medios elementales ¿qué decir en lo que se relaciona con la ciencia? ¿Por qué medios, dónde y cuándo enseñaríais a nuestro pueblo, miserable, abrumado, hambriento, aplastado, la geometría, la trigonometría, el álgebra, los cálculos diferenciales, la mecánica, la astronomía, la física, la química, la fisiología? Basta con plantear esta cuestión, creo yo, para poner de relieve la inutilidad de la empresa. Y, además, y me refiero a la mayoría de vosotros (los que queréis enseñar al pueblo), a quienes se puede considerar los mejores, al menos desde el punto de vista revolucionario, ¿cómo haríais para enseñarle, puesto que no conocéis esas ciencias sino superficialmente? Y si ellos mismos deben completar sus conocimientos antes de ir al pueblo, podemos decir casi con seguridad, que jamás irán a su encuentro.

No se vaya a creer que menospreciamos o condenamos a la ciencia. Sabemos tan bien como el que más que la capacidad y la aspiración de adquirir, o de hacerse una idea sistemática del mundo existente, son precisamente las principales cualidades que diferencian al hombre de los restantes animales. Pero decimos que aquél que se descubre una vocación especial por la ciencia o se siente irresistiblemente atraído hacia ella, debe consagrarse a la misma por entero y debe renunciar a la actividad revolucionaria. No regatearemos nuestra más profunda estimación a ese hombre, (y hay que tener presente que hombres de esa clase, sabios auténticos, productivos, de los que abren campos nuevos a la ciencia, hay siempre muy pocos); reconocemos en efecto los beneficios que hombres así aportan a la humanidad, pero pedimos que en modo alguno se mezclen a nuestra causa revolucionaria, por la cual no puede hacer sino estupideces o cosas

nocias. Si se trata de un hombre justo y honrado, en quien aliente un corazón generoso, en quien las ocupaciones científicas no hayan asfixiado la compasión por la humillante condición de las masas laboriosas, puede simpatizar con el movimiento revolucionario, como lo hacía Kant sin dejar de enseñar matemáticas y filosofía en Koengsberg, pero por el bien de la revolución y por el suyo propio, que no se inmiscuya en la acción revolucionaria.

La ciencia exige que el hombre se entregue a ella por entero, e igual lo exige la acción revolucionaria; esos dos mundos, teórico el uno, práctico el otro, son igualmente vastos y no puede dividirse a un solo y mismo individuo. Por otro lado, sus métodos son muy diferentes. En la ciencia deben reinar y primar la crítica y la duda. Pero en la acción revolucionaria, a la vez que un frío análisis de los hombres y de las situaciones, son evidentemente necesarias la voluntad y la fe apasionadas sin las cuales nada es posible. Esta diferencia de métodos y los hábitos que engendran nos explican la razón por la cual cada vez que los sabios han participado en la revolución, han sido lamentables revolucionarios y finalmente han llegado a ser en su mayoría, acendrados reaccionarios.

Hablamos aquí de los verdaderos sabios, y no de los charlatanes de la ciencia que, a la manera del honorable editor de ¡Vpered!, espíritu comparador y coleccionador prolijo y laborioso de hechos y de ideas en su mayoría contradictorios, extrañas unas a otras y sin que ni una sola le pertenezca, resultan tan estériles para la causa revolucionaria como para la ciencia.

“¿Cómo?, se nos dirá, ¿pedís a nuestros jóvenes revolucionarios que no aprendan absolutamente nada y que, incluso olvidando todo lo que saben, se conviertan en supinos ignorantes para estar más al nivel del pueblo?”. En modo alguno, nosotros no damos ese consejo. Decimos, por el contrario, leed, instruíos cada minuto que os deje la acción revolucionaria, a la cual debéis, bien entendido, consagrar la mayor parte de vuestro tiempo. Desarrollad vuestros conocimientos tanto como os sea posible y extended y consolidad al mismo tiempo vuestras facultades intelectuales; esforzaos por aumentar esa cosa preciosa que es la aptitud para generalizar los problemas y los hechos sociales, aptitud que precisamente falta en el pueblo y que

debéis aportarle a cambio de todo lo que él os da. Sed hombres instruidos, portadores de buenos y numerosos conocimientos, pero no sabios. Estos estudian la ciencia por la ciencia. Ahora bien, vosotros debéis estudiar en aras a la revolución y tener siempre como objetivo extraer de cada conocimiento recién adquirido el máximo de provecho para la causa revolucionaria. Por ejemplo, si sois mecánicos, ingenieros, físicos o químicos, tratad de descubrir nuevos procedimientos de destrucción susceptibles de dar al pueblo los medios de luchar contra las fuerzas del Estado superiormente organizadas. En una palabra, los que nuestros politécnicos hacen en interés de la industria, vosotros debéis hacerlo en el de la causa revolucionaria.

Y ahora, ¿qué podemos decir de las ciencias que tienen por objeto desarrollar a los individuos en la sociedad y que los franceses llaman ciencias morales por oposición a las ciencias físicas? ¿Qué diremos de la filología, la estética, la estadística, la historia y, en fin, de la nueva ciencia llamada social? ¿Qué ventajas pueden ofrecer en la hora actual al pueblo? Por supuesto que la filología no aportará ninguna; y por otra parte, ¿es el momento de hablar de filología, cuando el pueblo no tiene ni los medios ni el tiempo libre para aprender simplemente a leer y a escribir? Podemos decir lo mismo de la estética, y exclamar con Proudhon: "Dad primero pan al pueblo, y luego podréis hablarle de la belleza". La metafísica es la hermana mayor y la heredera de la teología, tiene como objeto materias irreales, ficticias, creadas por la imaginación y el pensamiento abstracto del hombre: abstracciones, sombras, fantasmas en el nombre de los cuales hasta ahora se ha conturbado a los espíritus y se ha espantado a los pueblos, para someterlos mejor. De modo que nada es más contrario a la libertad y al bienestar del pueblo que la metafísica; en cuanto a la verdadera, a la auténtica filosofía que se funda sobre el estudio concreto y tan exhaustivo como sea posible de todos los fenómenos naturales y sociales, y que reconstituyen en el pensamiento la evolución efectiva del mundo real —la ciencia de las ciencias, la reina de las ciencias— esta filosofía se halla todavía en la primera fase de su gestación. Por ello, es por completo inaccesible al pueblo y no puede serle de alguna utilidad. La economía política, tal como se enseña en las universidades y se expone en las obras de ciertos economistas burgueses de ayer y de hoy, que toman como

base el estatuto codificado del derecho de propiedad y tomando además prestado tanto a la teología como a la metafísica lo que una y otra dicen tan falsamente sobre la aversión instintiva y supuestamente insuperable del hombre por el trabajo, no importa cual y sobre la miseria necesaria —o el garrote necesario— para hacerle trabajar, la economía política, decimos, concluye de la forma más natural que la situación actual de las masas populares es perfectamente normal y legítima y que todos los Estados de Europa, por lo menos los más civilizados de entre ellos, avanzan rápidamente por la vía del bienestar y del progreso de los pueblos.

Por lo demás, no se puede negar que la economía política es, cuando menos al cincuenta por ciento, una ciencia muy positiva y útil en gran manera. Su objeto es de los más positivos: la producción y el reparto de las riquezas; nos muestra, en efecto con una exactitud rigurosa, una maravillosa claridad y una precisión, por así decirlo, matemática, y partiendo de una multitud de hechos de ayer y de hoy, cómo se ha desarrollado y se desarrolla en nuestros días la llamada riqueza nacional de los Estados, indicándonos a la vez las causas que favorecen ese desarrollo o, por el contrario, lo obstaculizan. Su error, un error considerable, que incluso se puede calificar de fatal, reside en que, bajo el imperio de la teología, de la metafísica y de la jurisprudencia que intentan con la mayor naturalidad deificar todo lo que existe o ha existido, ha sacado falsas deducciones del pasado y del presente contra el porvenir. En lugar de contentarse con estudiar de manera más modesta, pero infinitamente más útil, la historia crítica del desarrollo de la producción y de la distribución de las riquezas hasta nuestros días, ha querido ser una ciencia absoluta, como consecuencia de lo cual ha resuelto que todo lo que existe y ha existido, existirá siempre o deberá existir.

Por ello, ha condenado eternamente a la miseria, a la humillación o a los trabajos esforzados, a innumerables millones de proletarios. Y los ha condenado con conocimiento de causa pues, por medio de una argumentación matemática, ha llegado a la terrible conclusión de que la pretendida prosperidad del Estado y la multiplicación de la fortuna pública tiene y debe tener necesariamente como efecto una concentración cada vez mayor de esta fortuna en manos de un número cada vez más reducido de privilegiados, en detrimento de millones

y millones de individuos. Lo que significa: riqueza monstruosa para algunos centenares de individuos, por una parte; por otra parte, vida de galeras para millones de personas; y en medio de todo ésto, algunas decenas, o acaso algunos centenares de millares de viles criaturas, vendidas y entregadas en cuerpo y alma a las oligarquías financieras que las alimentan con las migas que caen de sus mesas suntuosas y las utilizan para maltratar y conducir al rebaño popular. He aquí la última palabra de la economía política, y esta palabra se ve hoy transformada en realidad por grandes hombres de Estado del tipo del príncipe Bismarck y otros. Tal palabra explica todo el sentido del Estado moderno, protector todopoderoso y al mismo tiempo servidor de los monopolios económicos.

No es dudoso que los hombres que abrazan la causa popular tengan el mayor interés por conocer las últimas deducciones de la ciencia económica, aunque sólo sea porque esos conocimientos les ahorrarán los frustradores errores en que caen con frecuencia espíritus bienintencionados que imaginan que se puede todavía hoy, por medio de asociaciones cooperativas de producción y de consumo, de bancos populares o de sociedades de socorros mutuos, llegar sin revolución y sin abolición de los regímenes actuales, a una solución pacífica de la cuestión social.

Pero para familiarizarse con tales deducciones no se necesita ser un sabio economista. Basta con leer uno o dos trabajos recientes de economía, o simplemente algunos de los principales discursos o ensayos de Lassalle (2), el vulgarizador más lúcido y concienzudo de la ciencia económica de estos últimos años, o mejor aún, con seguir atentamente los acontecimientos que se desarrollan cada día ante nuestros ojos, para convencerse de la verdad incontestable de las deducciones arriba mencionadas, y esto con no menor razón legítima e inatacable que la del común de los mortales, quienes, aun ignorando la astronomía, están hoy seguros de que no es el sol quien gira alrededor de la tierra, sino ésta quien gira alrededor del sol. Si para verificar todos los sistemas que por costumbre se han convertido en axiomas para nosotros, nos viéramos obligados a rehacer todo el enorme trabajo llevado a cabo por los espíritus que los han descubierto o desarrollado ulteriormente, podemos estar seguros de que, aplastados por la enormidad de esta tarea, simplemente imposible,

(2) Bakunin habla aquí de *Zur Arbeiterfrage. Lassalle's Rede Bei der am 16. April in Leipzig abgehaltenem Arbeiterversammlung*, 1863. (La question ouvrière); *Arbeiter-Lesebuch* (libro de lectura para los obreros), 1863; *Herr Bastiat-Schulze von Delitzsch*, Berlín 1864.

no llegaríamos ni a la más elemental de esas verdades.

Es absolutamente evidente que en la hora actual, la ciencia no existe para el pueblo. Por otra parte, éste no la necesita para nada, al menos por ahora. Sin ayuda de ningún tipo de ciencia, nuestro pueblo sabe por amarga experiencia que sus condiciones de vida son muy malas y que su situación es tal que, aunque trabajara diez veces más, no sería más rico, ni más feliz, ni más libre, exceptuando quizás a algunos afortunados, labradores acomodados o pequeños burgueses que han conseguido, por medio de expedientes lícitos, y sobre todo ilícitos, pasar de las filas de la multitud explotada a las de los explotadores y opresores. Todo esto nuestro pueblo lo sabe sin conocer la economía política; por consiguiente, no necesita para nada a esta ciencia.

Se puede decir otro tanto de la estadística, tan estrechamente vinculada a la economía política y que es a ésta lo que la anatomía y la patología son a la fisiología. Lo mismo que la economía política, la estadística, en su forma actual, es una ciencia para las clases privilegiadas, al interesarse por la riqueza, la evolución y el bienestar de las mismas, acordando en cambio escasa atención a la suerte de las clases laboriosas. Su principal objeto es el Estado: informes sobre las fuerzas militares, marítimas y terrestres de los diferentes países, situación de sus finanzas, deudas públicas, gastos presupuestarios, balance de las importaciones y exportaciones, movimiento del comercio interior y exterior, tendencia de la producción manufacturera y agrícola, vías de comunicación de todas clases, número de fábricas, de universidades y de otros establecimientos de enseñanza, como por ejemplo escuelas primarias, reparto de la población por nacionalidades y por religión, tasa de crecimiento demográfico, duración media de la vida, tasa e importancia relativa de la criminalidad, etc., estas son las principales materias utilizadas por la estadística para llenar sus gráficos. En cuanto a la condición real de los millones de proletarios que llevan sobre sus abrumadas espaldas la gloria, la grandeza, el poder y la riqueza de esos Estados, así como el peso del progreso moral y material de las clases privilegiadas; en cuanto a la miseria sin esperanza de las masas, digo, lo mismo que sobre la vida de condenados a trabajos forzados de los proletarios, sobre su ignorancia involuntaria, sistemáticamente mantenida por los ministros de

educación y sobre las privaciones innumerables que engendran la enfermedad y la muerte precoz, no encontraréis casi nada en las mejores obras de estadística; y si tras largas y minuciosas búsquedas, acabáis por descubrir, perdidos en una obra de varios volúmenes, algunos hechos que hasta cierto punto ponen de relieve, por así decirlo, contra la voluntad de su sabio autor, el estado miserable de las masas populares, esto no sería aún suficiente para extraer consecuencias definitivas. Está claro que los señores estadísticos desvían voluntariamente su atención y la de sus lectores, de semejantes hechos. Solamente en un país estos hechos han sido tratados con todo relieve, con la mayor consciencia y amplitud; nos referimos a Inglaterra; allí, merced a comisiones parlamentarias nombradas a tales efectos y que han cumplido honestamente con la misión que les ha sido confiada, ha sido por fin revelada, en informes publicados por orden del Parlamento, la espantosa miseria del proletariado. Esto ha contribuido mucho a fortalecer el movimiento obrero en Inglaterra.

Calificaríamos de benefactor de la humanidad y de verdadero amigo del pueblo al sabio estadístico que, ignorando el estrépito insoportable y estéril que se hace alrededor de los grandes Estados y de sus ganancias oficiales y privilegiadas, se dedicara al estudio de la situación real, en todos los aspectos, de las masas populares y que, en una obra escrita en lenguaje sencillo y asequible a todos por su bajo precio, su estilo, su claridad y su lógica, pusiera de relieve esta espantosa situación ante los ojos del mundo civilizado.

No hay que decir que una obra de este tipo debería escribirse menos para el pueblo, que en su mayor parte no podría leerlo, que para una multitud de espíritus indecisos y aún no decididos, aunque honrados, pertenecientes a las clases privilegiadas; creemos que la lectura de tal libro bastaría para incitarles a ir hacia el pueblo, no sólo para compartir con él un destino amargo, sino para empujarle a la rebelión, única alternativa de salvación.

Por otra parte, la aparición de un libro semejante podría ejercer sobre el pueblo mismo, si no una influencia directa e inmediata, cuando menos un efecto en cadena. Uno de nuestros conocidos italiano, espíritu semisabio y relativamente justo, pero extremadamente moderado y que se ha ocupado mucho de estas cuestiones, nos ha declarado que comparando la duración media de la vida del proleta-

rio de las ciudades, y sobre todo el proletario rural, con la de las clases privilegiadas de Lombardía, había llegado a resultados tan espantosos que temía publicarlos; a nuestra pregunta de: "¿Por qué?", respondió: "El pueblo se hubiera revelado".

Sería vano esperar encontrar pronto un estadístico de esa clase, benefactor y sabio al mismo tiempo, con la genialidad suficiente para abarcar la situación general de todo un pueblo y con el valor, la voluntad y la honestidad necesarios para mostrarla en toda su desnudez. Por lo demás, ¿por qué esperar la aparición de un sabio semejante? Se puede reemplazar una gran obra por cierto número de pequeñas monografías, cada una de las cuales expondría y explicaría en sus mínimos detalles la vida de un sector de nuestro inmenso país, es decir, de una provincia, de un distrito, de un cantón, de un pueblo, de una aldea, por supuesto teniendo siempre presente y ante todo los sufrimientos, las privaciones, el trabajo, el temor, la esperanza y el pensamiento íntimo y la fantasía de la población laboriosa de las ciudades y los campos. Esto aportaría materiales preciosos para una estadística revolucionaria de la tierra rusa y sería efectivamente el inicio de una ciencia enteramente nueva, viva y verdaderamente popular.

En el momento actual, gracias a la solicitud paternal de nuestro gobierno, una multitud de jóvenes capaces y afectos a nuestra causa están dispersos por todas partes y por todos los rincones de Rusia.

"...De la provincia de Perme a la de Tauride, de los fríos arrecifes de Finlandia a la ardiente Colchida, del kremlin derruido a la gran muralla de la inmóvil china" (3) —comprendiendo evidentemente el conjunto de Siberia— viven, en un duro aislamiento y en una inactividad forzosa todavía más penosa, nuestros amigos; separados de su mundo de origen y arrojados en un mundo extranjero, desprovistos de cualquier medio de existencia, y entregados además a la acción arbitraria de sus tutores y carceleros, sin saber qué hacer ni cómo hacerlo. Por tanto, me pregunto por qué en los primeros tiempos, a falta de cualquier otra actividad, no podría encargarse cada uno de ellos de estudiar hasta en sus menores detalles, tanto desde el punto de vista mental y moral como desde el punto de vista material, el lugar donde se halla encadenado. Al hacerlo, decimos, la atención se centrará principalmente sobre la vida de los trabajadores, pero tam-

(3) Cita del poema de Pushkin: "A los detractores de Rusia".

poco se perderá de vista los otros lugares del universo burocrático que tienen una influencia tan directa en el destino del proletariado.

En este estudio no olvidéis ningún detalle. Los detalles que se repiten cotidianamente son con mucha frecuencia más importantes y más dignos de atención que aquellos hechos sobresalientes que, por supuesto, no escapan nunca a vuestra atención. Al estudiar minuciosamente la vida material de las gentes sencillas que os rodean, tratad de profundizar el fondo de sus almas, las costumbres colectivas en el aspecto mental y moral, sus relaciones diversas dentro de la familia y de la sociedad, a la vez que la razón secreta de su actitud en relación con los demás cuerpos sociales y con las autoridades. Es importante saber lo que piensan de sus derechos y de sus humillaciones, que por supuesto no faltan en ningún lugar de Rusia. También conviene saber qué quieren, qué esperan, si es que en realidad esperan algo y de quién. Qué se dice y qué se piensa del zar, vis a vis de quien la actitud del pueblo se habrá modificado indudablemente en sentido favorable después de que nuestro emperador Alejandro II, que reina felizmente, se ha puesto a liberarlo... Estamos convencidos de que la fe en el zar se ha debilitado en el pueblo de modo muy considerable en los últimos tiempos.

*Conocemos de cerca la vida y la manera de pensar de las otras corporaciones sociales y ello nos permite adivinar aproximadamente lo que el individuo, cogido en un cierto ambiente, pensará, dirá y hará en unas circunstancias determinadas. No podemos decir lo mismo de nuestras poblaciones urbanas y, sobre todo, de las rurales, porque el secreto de su pensamiento, de sus representaciones y de sus sentimientos se nos escapan. Descubrir la fuente secreta de su vida mental y moral, comprender el proceso del pensamiento popular, saber lo que piensa, lo que espera y desea el pueblo ruso, he aquí el principal y, digámoslo, el único objetivo de la ciencia viva y revolucionaria de nuestro tiempo. Cuando tomemos conciencia de lo expuesto seremos incomparablemente más fuertes. (**).*

(**) El manuscrito se interrumpe aquí.

POSTSCRIPTUM AL PRÓLOGO

En los *Letopisi Marksizma (Anales del marxismo)* de Moscú, tomo II, 1926, pág. 60-102, D. Riazanof ha publicado, en treinta y ocho grandes páginas, el manuscrito de Marx, mencionado más arriba, que contiene sus extractos y sus comentarios hechos durante una lectura de las más atentas del libro de Bakunin, probablemente en los primeros meses de 1874. Por un facsímil del manuscrito, se ve que Marx copió el ruso en caracteres tipográficos, no en escritura cursiva, sin duda para releerlo más fácilmente, pero eso es una prueba también de que la lengua no le era familiar, y una prueba por consecuencia del gran esfuerzo que se había tomado para recorrer así con la pluma en la mano un libro de 308 y 24 páginas; debió de pasar así una o dos semanas al menos.

Marx hizo cuanto pudo por destruir y deshonestar a Bakunin por el Congreso de La Haya y por la odiosa publicación sobre la Alianza, sacada a la luz en el verano de 1873. Había también, desde que en los últimos meses de 1868 se enojó con Bakunin, tratado a éste en sus cartas y comunicaciones confidenciales, como el primero de los ignorantes, si no de los imbéciles. Es extraño, pues, que, después de haber hecho todo eso, pasase largas jornadas en examinar a fondo un voluminoso libro en una lengua difícil, escrito por ese ignorante y ese deshonesto, según tenía el hábito de calumniarlo. ¿Qué fué lo que le indujo a eso? ¿Meditaba una nueva "demolición" de Bakunin sobre la base de su libro que tan sinceramente y al desnudo pone de manifiesto el fondo de su pensamiento revolucionario? En todo caso, Marx se calló y no utilizó esas notas para un fin de esa

naturaleza. ¿Era ese el sadismo de un asesino que, después de haber matado —según él— a su víctima en 1872 y 1873, se siente empujado a volver a sus despojos para solazarse de nuevo lacerándolos? El tono malevolente, áspero y de superioridad de sus comentarios demuestra que el odio de Marx quedó en pie, y el sadismo de las laceraciones literarias de sus enemigos fué siempre para Marx una voluptuosidad suprema.

Pero pudo ser otro el motivo. Como hombre de gran inteligencia, Marx debió de confesarse en su fuero interno, que, en el fondo, su odio contra Bakunin no reposaba sobre ningún conocimiento serio de sus ideas. Cuando visitó a Bakunin en Londres, en 1864, recibió, como escribió honradamente a Engels, una buena impresión intelectual, y desde entonces, hasta 1868, no supo casi nada de Bakunin, que no se había mezclado en la Internacional. Cuando, por la Alianza pública internacional, los elementos libertarios de la Internacional iban a obtener un refuerzo, Marx, que veía ya con malos ojos a los proudhonianos y a los colectivistas, nacientes entonces, vió completamente de color rojo y cayó sobre Bakunin y el fantasma de sus operaciones secretas, forjándose un Bakunin embrollón y una Alianza intrigante, nacidos en su imaginación, y, con el pretexto de esas creaciones de su fantasía malsana, hizo la guerra a muerte contra los libertarios en la Internacional. Podemos comprobar y demostrar ahora, con las cartas de Marx en la mano, las actas del Consejo general, y muchos otros documentos, en qué espantoso grado Marx y Engels ignoraban las cuestiones de Bakunin y las relaciones entre camaradas íntimos que se llaman Alianza, y por tanto las ideas, las concepciones sobre principios y táctica, que Bakunin y sus camaradas expresaban en su correspondencia íntima, de la que conocemos al menos una pequeña parte, y en sus publicaciones de entonces. Cada uno de nosotros habrá hecho la experiencia de que los hombres más ignorantes en asuntos anarquistas son, por hábito, los socialdemócratas; esa ignorancia se remonta jerárquicamente a la de Marx y Engels sobre lo que concierne a Bakunin de 1868 a 1873. Sin embargo, por fanfarronería, afectan saberlo todo, y el ejemplo es esa campaña que culminó en los años 1872 y 1873 contra Bakunin y la Alianza tales como ellos los desfiguraban,

productos de una mezcla de ignorancia y de maldad incalificables.

Marx, satisfecho su odio, pudo, pues, ser conducido por su conciencia científica a querer saber, al menos en 1874, cuáles eran las ideas de ese Bakunin, a quien, como hombre y jefe de partido, había combatido tan encarnizadamente sin el menor escrúpulo desde 1868 a 1873. Se puso, pues, a examinar ese libro seriamente, y entra a veces en discusión cerrada, sería, con Bakunin, presentando sus propias ideas en concentraciones de alto valor intelectual; las partes sobre la dictadura del proletariado, sobre la revolución social y los campesinos en particular, son notables y sería de desear que un traductor competente sacase de esas páginas todo lo que es original de Marx en la crítica a Bakunin y en defensa o explicación de su propio punto de vista: sería un diálogo póstumo entre esos dos protagonistas de la libertad y de la autoridad que se reconstruiría así, al menos en fragmentos.

Es de advertir que Marx nota con un placer evidente todo el bien y las expresiones de respeto intelectual que Bakunin escribió sobre él, Marx, desde el comienzo de su carrera. ¿Se ruborizó al copiar esas observaciones leales de Bakunin contra su enemigo, él, que en 1872-73 hizo cuanto le fué posible para deshonorar a ese hombre y que algunos meses después traduce palabra por palabra, y devora visiblemente el relato real de Bakunin, escrito en 1873, después del golpe de Jarnac en el Congreso de La Haya? Si se ruborizó o no, es cosa que no puede saberse; pero la idea de dar satisfacción a Bakunin, a quien conoció verdaderamente por primera vez de un modo serio por ese libro, no se le ocurrió, no dijo nada, y Engels continuó regalando el libelo de 1873 contra la Alianza —que nadie quería comprar, ni de cerca ni de lejos— en esos años, a sus visitantes, sobre todo a los rusos. Nadie podía despedirse entonces de Engels sin el obligado regalo de ese libelo.

Quisiera agregar todavía algo referente a *La anarquía según Proudhon*, que Guillaume (*L'Internationale*, III, página 252) cuenta que se escribió en 1873 a petición de Ross y que fué traducida por Saitsef. El manuscrito fué devuelto a Guillaume, que leyó una parte, *El socialismo de Proudhon y el socialismo de la Internacional*, en conferencias pú-

blicas en el Jura, en noviembre y diciembre de 1874. Por una circular del Comité federal jurasiano del 10 de febrero de 1875, sé que entonces la sección de Sonvillier propuso una suscripción para la publicación de ese trabajo en folleto o volumen, pero no se hizo. El manuscrito quedó en manos de Guillaume y fué quemado por él con muchos otros papeles en 1888.

Max Nettlau

25 de marzo de 1929.

FIN DEL TOMO V

INDICE
DE
NOMBRES

INDICE DE NOMBRES

A

ALEJANDRO I, zar de Rusia, 64, 177, 191, 197.
 ALEJANDRO II, zar de Rusia, 11, 122, 132.
 ALEJANDRO III, zar de Rusia, 11, 132.
 ALTENSTEIN (ver Stein zum Altenstein).
 AMADEO, rey de España, 57, 86.
 ARAKTCHEYEV, Alexei Andrevich, conde, 188.
 ARCO, Juana de, 69.
 ARMINIO, 196.
 ARNDT, Ernst Moritz, 193, 195, 277.
 AUGUSTO, César Octavio, 185.

B

BABEUF, François Noël, llamado Gracchus, 304 (n).

BARBARROJA (ver Federico I).
 BARODET, Desiré, 77 (Barode en el texto).
 BAUER, Bruno, 217.
 BAUER, Edgard, 217.
 BEBEL, August, 110, 267, 271, 274.
 BECKER, Johan Philip, 14.
 BEIST, Barón de, 91.
 BESTUYEF- Riumin, 126.
 BEUST, Friedrich Ferdinand, 253.
 BISMARCK, Otto Eduard Leopold, príncipe de, 8, 12, 13, 14, 16, 18, 55, 57, 61, 62, 63, 65, 66, 77, 81, 91, 93, 94, 98, 107, 110, 117, 122, 128, 150, 151, 154, 155, 160, 162, 163, 170, 171, 179, 185, 198, 199, 212, 213, 248-253, 261, 262, 263, 266, 274, 277, 278, 279, 280, 328.
 BLANC, Louis, 215, 218.

BLUCHER, Gebhard Leberecht, 184.
 BLUNTSCHLI, Johan Kasper, 216.
 BORNE, Ludwig, 196 (Werner en el texto), 202, 216.
 BRANDENBURG, Friedrich Wilhelm, conde de, 238, 250.
 BRAUNER, František, 119.
 BROUSSE, Paul, 5.
 BRUNSWICK, Karl, duque de, 176.
 BUCHNER, Ludwig, 205.
 BUONARROTI, Filippo, 43, 304 (n).

C

CABET, Etienne, III, 304.
 CAFIERO, Carlo, 39, 47, 51.
 CARLOS ALBERTO, 115.
 CARLOS V., 83, 272.
 CASTELAR Y RIPOLL, Emilio, 213, 263, 265.
 CATALINA II, La Grande, 65, 127.
 CAVAIGNAC, Louis-Eugène, 235-238.
 CAVOUR, Camille Benso, Conde de, 38, 116.
 CESAR, Julio, 196.
 CHAMBORD, conde de, 247.
 CHADAIEV, Petr Jakovlevic, 294.
 COLLINET, Michel, VII.
 COMTE, 26.
 COUSIN, Víctor, 204.
 CZERNIECKI, 46.

D

DANTE ALIGHIERI, 87.

DANTON, Georges-Jacques, 216.
 DEBAGORIO-MOKRIEVITCH, 33.
 DE PAEPE, C., 43.
 DESMOULINS, Camille, 216.
 DIDEROT, Denis, 176.
 DUJINSKI, 140.
 DUMONT, René, V.

E

EILERT, Friedrich, 189.
 ENGELS, Friedrich, V15, 21, 44, 60, 110, 218, 223, 256, 284, 285.
 ESPARTERO, Baldomero, 86.

F

FAVRE, Gabriel-Claude-Jules, 56, 57.
 FEDERICO I, Barbarroja, 197.
 FEDERICO II, 62, 63, 127, 177, 181, 182, 184, 248.
 FEDERICO-GUILLERMO III, 178 - 179, 183, 185, 189, 200, 203.
 FEDERICO-GUILLERMO IV, 214, 215, 228, 230, 241, 242, 244, 245.
 FELIPE II, 83.
 FEUERBACH, Ludwig, 12, 205.
 FICHTE, Johan Gottlieb, 175, 178, 179, 204, 205.
 FRANCISCO-JOSE, 180, 181.

G

GAMBETTA, León, 8, 14, 56, 68, 69, 72, 73, 77, 78, 79,

80, 81, 107, 212, 263, 264.
 GARIBALDI, Giuseppe, 38, 61, 87, 116, 212, 278-279.

GILK, B., 48.

GOEG, Amand, 270.

GOETHE, Johan Wolfgang von, 144, 175, 176, 178, 204, 205, 243.

GORTCHAKOF, A. Mijailovich, príncipe, 155, 162, 163, 171, 172.

GUILLAUME, James, 15, 24, 41-46, 48, 49, 50, 285, 286.

GUILLERMO I, emperador, 239, 245, 246, 247, 248, 250.

GUILLERMO III, de Orange, 185.

H

HEGEL, Georg Wilhelm Friedrich, 21, 175, 203-207, 213, 243.

HEINE, Heinrich, 177, 202, 206, 216, 220.

HERWEGH, Georg Friedrich, 17, 216.

HERWEGH, Marcel, 160.

HERZEN, Alexandre, 22, 47.

HESS, Moses, 43, 217.

HILFERDING, Rudolf, IV.

HOHENZOLLERN-SIGMARINGEN, Karl Anton, 245.

HOLSTEIN, Vladimir Augustovic, 28, 29, 35, 41, 45.

HOOK, Sidney, IV.

I

IBELL, Karl Fr.J.E. von (IBEL en el texto), 195.

ISABEL II, reina de España, 85-86.

J

JACOBY, Johan, 71, 229, 232-233, 246-247, 274.

JAKOVLEF, V., 41.

JELLACIC, Josip, barón de, 225.

JAHN, Friedrich Ludwig (JAN en el texto), 193.

JUKOWSKI, Nicolás, 24, 43.

K

KANT, Immanuel, 175, 177, 205, 243, 325.

KEDROV (véase LAVROV, P.).

KHMELNITZKY, Bogdan, 134.

KINKEL, Gotfried, 249.

KOTZEBUE, August Friedrich Ferdinand von, 195, 197.

KROPOTKIN, P.I., II, 5, 41, 44.

KRUDENER, Baronesa, 191.

L

LAMARTINE, Alphonse de, 215.

LASSALLE, Ferdinand, 6, 8, 12, 71, 223-224, 254, 255-258, 261, 262, 263, 265-266, 288, 328.

LAVROV, Petr. Lavrovic, I, 23, 27, 29, 33, 40, 41, 291, 298 (n), 302 (n).

LEMONNIER, Charles, 270.

LERMONITOF, 50(n).

LESSING, Gotthold Ephraim,

175, 204, 205, 243.
 LIEBKNECHT, Wilhelm, 14, 71,
 109, 110, 267, 271, 274.
 LOENING, Karl, (Carlos LEH-
 NING en el texto), 195, 196.
 LONGUET, Charles, 293 (n).
 LORENZO (Anselmo), 14.
 LUIS XIV, 62.
 LUIS XVI, 177.
 LUIS-FELIPE, 198, 236.
 LUTERO, Martin, 193, 195.

M

MAC-MAHON, mariscal, 131.
 MANTEUFEL, Otto Theodor
 von, 244, 245, 246.
 MAQUIAVELO, 62, 87.
 MARAT, Jean-Paul, 216.
 MARIA-ANTONIETA, 177.
 MARIA-TERESA, emperatriz,
 127-128.
 MARKOVIC, Svetozar, 37.
 MARX, Carlos, II, III, IV, V, VI,
 VII, 6, 8, 12, 14-18, 21,
 37-40, 44, 47, 49, 60, 71, 79,
 90, 110, 179, 212, 216-218,
 222, 223, 256-259, 261-263,
 266, 267, 269, 270, 271,
 278, 280, 283, 284, 285.
 MAZZINI, Giuseppe, 7, 13, 14,
 38, 57, 58, 61, 87, 115, 133
 (n), 213.
 METTERNICH, Príncipe de, 63,
 91, 128, 180-182, 188-190,
 192, 200, 204, 244.
 MICHELET, Jules, 216.
 MICKIEWICZ, Adam, 96.
 MIEROSLAWSKI, 22.
 MILIUTIN, Dimitri A., 142.

MIRABEAU, Victor Ruiquetti,
 marqués de, 206.
 MIRTOV (véase P. LAVROV).
 MORO, Tomás, 304 (n).
 MOST, J., 10.
 MROCZKOWSKI, Obolenski,
 24.
 MULLER, Wilhelm, 197.
 MURAVIEF, Michael Nikolae-
 vic, 98, 135, 149, 150.
 MURAVIEF-APOSTOL,
 126, 194.
 NAPOLEON I, 62, 83, 84, 85,
 99, 138, 179, 180, 182, 184,
 192, 195, 220, 238, 249,
 252, 272.
 NAPOLEON III, 8, 38, 61, 67,
 91, 116, 147, 148, 154, 172,
 185, 238, 250, 264, 272,
 278.
 NARVAEZ, Ramón María, 86.
 NETCHAEF, Sergei, 23-25,
 27, 28, 37, 39, 303.
 NICOLAS I, 11, 91, 126, 133,
 139, 204, 214, 241, 242,
 244, 245, 247-248, 302.

O

OELSNITZ, 28, 29, 41, 45, 46,
 48.
 OGAREF, 23.
 ORANGE, Guillermo de, 185.
 ORLEANS, Duque de, 68.
 OWEN, Ricardo, 304 (n).

P

PAHLEN, Conde, I.
 PALACKY, Frantisek, 10, 119,
 152.

PASIC, Nicola, 37.
 PASKEVICH, Ivan, 133.
 PAVLOVITSCH, Alexei,
 192.
 PEDRO EL GRANDE, 162, 298
 (n).
 PESTEL, Pavel Ivanovic, 22,
 126, 294.
 PEZZA, Vicente, 39.
 PI Y MARGALL, Francisco,
 213.
 PLEJANOF, G., 34.
 POPOF, A., 41.
 POTOCKA, 41.
 PRIM, Juan, 86.
 PROUDHON, Pierre-Joseph, II,
 43, 38, 49, 50, 218, 285, 326.
 PUSKIN, 138.
 PUTGAICHEV, VI, 32, 98, 292,
 301, 305.

R

RADOWITZ, Josep María von,
 228.
 RALLI, Zemfirij, 27-30, 34, 35,
 39, 41, 45, 48-50, 51 (n).
 RAZIN, Stenka, VI, 32, 98, 292,
 301, 305.
 RECLUS, Elisée, 8(n), 39.
 REICHENBACH, Eduard, conde
 de, 219.
 RIAZANOV, D., 21, 283.
 RIEGER, Franz Ladislaus von,
 10, 119, 152.
 ROBESPIERRE, Maximilien de,
 206, 216, 218, 238.
 RONGE, Johannes (Juan Range
 en el texto), 219.
 ROSS (véase W. SAYN), 27-30,

36, 40-42, 45-49, 51, 285.
 ROUSSEAU, Jean-Jacques, 176,
 206.
 RUGE, Arnold, 216.

S

SAGASTA, Práxedes Mateo, 57,
 86.
 SAINT-JUST, Louis de, 216.
 SAINT-SIMON, Claude-Henri
 de, 218.
 SAITSEF, 39, 49, 50, 285.
 SAYN-WITTGENSTEIN-HO-
 HENSTEIN, Wilhelm (en el tex-
 to Miguel SAJIN), 24.
 SAND, Karl Ludwig, 195, 196.
 SCHARNHORST, Gerhard Jo-
 han David von, 181.
 SCHILLER, Friedrich von, 144,
 175, 205.
 SCHULTZE-DELITSCH, 252,
 254-255, 257.
 SCHURTZ, Carl, 249 (n).
 SCHWARZENBERG, Félix,
 príncipe de, 91, 132, 242,
 244, 245.
 SCHWITZGUEBEL, A. 43.
 SHISHKO, L.E., 33.
 SKERLIC, 37.
 SOKOLOF, N., 29, 39, 48, 49.
 STEIN, Julius, 219.
 STEIN, barón de, 178, 181, 189,
 190.
 STEIN, Lorenz von, 216.
 STEIN ZUM ALTENSTEIN,
 Karl, 203.
 STEPNIAK, I, 33.
 STIRNER, Max, 217.

T

TACITO, 196.
 TAMERLAN, 170.
 TETZEL, Johann, 219.
 THIERS, Adolphe, 67-68, 73,
 76-78, 80, 131, 236.
 TKATCHEF, 33, 34 (n).
 TOKARZEWICZ, 37.
 TROFIMOVA, A, 41.
 TUN, conde de, 91.
 TURSKI, 39.

U

URSATI, 41.
 UTIN, 14, 25, 30(n), 44.

V

VENTURI, Franco, II.
 VICTOR MANUEL II, 57, 115,
 116.
 VOLTAIRE, 62, 176, 206.

W

WEIMAR, duque de, 178.
 WEITLING, Wilhelm Christian,
 216.
 WENCESLAO, 117, 118, 121.
 WERNER, (véase BORNE).
 WINDISCHGRAETZ, Alfred
 von, 199, 239.
 WIRTH, Johann G. August, 201.
 WITTGENSTEIN, príncipe de,
 190.

Z

ZAYSEF, V. A. 42.
 ZISCA, Jean, 117.
 ZORRILLA, Manuel RUIZ, 86.

OBRAS COMPLETAS DE BAKUNIN

Tomos publicados

Tomo 1:

Prefacio, Sam Dolgoff
 Prólogo, Max Nettlau.
 Cartas a un francés sobre la crisis actual (1870)
 Carta. La situación política de Francia (Marsella) primera quincena de
 octubre de 1870.
 El despertar de los pueblos (Fragmento).
 Carta a Esquiros (Alrededores de Marsella, 20 de octubre de 1870)

Tomo 2:

Prefacio de Sam Dolgoff
 Prólogo, Max Nettlau
 El imperio knutogermánico y la revolución social. Primera entrega.
 La alianza rusa y la rusofobia de los alemanes.
 Historia del liberalismo alemán.
 Fragmento.
 La Comuna de París y la noción del Estado.
 Advertencia para el imperio Knutogermánico.
 Tres conferencias a los obreros del Valle de Saint-Imier.

Tomo 3:

Prefacio, Sam Dolgoff.
 Prólogo, Max Nettlau.
 Federalismo, socialismo y antiteologismo (Ginebra, 1867)
 Proposición al Comité de la Liga de la Paz
 Fragmento.
 Apéndice: Consideraciones filosóficas sobre el fantasma divino, sobre
 el mundo real y sobre el hombre.
 1. El sistema del mundo.
 2. El hombre. Inteligencia, voluntad.
 3. Animalidad, humanidad.
 4. La religión.
 5. Filosofía. Ciencia.

Tomo 4:

Prefacio, Sam Dolgoff

Prólogo, Max Nettlau

El imperio knutogermánico y la revolución social. Segunda entrega
(1871).

Dios y el Estado.

El principio del Estado (1871).

Los osos de Berna y el oso de San Petersburgo (1870).

Tomo 5:

Prefacio de Sam Dolgoff

Prólogo de Max Nettlau

Estatismo y anarquía (1873)

Apéndice A

Apéndice B

Adónde ir y qué hacer

Poscriptum al prólogo, de Max Nettlau

Índice de nombres

